

ISABELLE BELLMER

MI DULCE

DESTRUCCION



MI DULCE DESTRUCCION



MI DULCE
DESTRUCCIÓN

ISABELLE BELLMER

ISABELLE BELLMER

SINOPSIS

Ryder Montgomery había dejado de lado su faceta de chico malo, corredor de carreras ilegales, y mujeriego empedernido, hace mucho tiempo. Ahora es un buen chico. Muy bueno, de hecho. Pero las cosas cambian cuando se da cuenta de que comienza a tener sentimientos por una persona muy especial a la que no le gustaría lastimar. Y lo único que puede hacer para alejarse de ella, es volver a ser quien era antes, pero ¿a qué costo?

Cuando Katia llega a Londres por un pase de universidad y para vivir algunos meses en la casa de su hermana, nunca creyó que todo se le haría tan complicado. Y mucho menos que tendría que lidiar con Ryder, quien al principio se muestra como el sujeto más amable del mundo y de un día para el otro termina siendo una gran decepción sin razón alguna.

Sin embargo, las cosas nunca terminan como comienzan y no todo es lo que parece. Así Katia terminará conociendo el peor y más triste de los secretos de Ryder. Un secreto que puede destruir su corazón para siempre. Porque según él, todo está perdido, y lo único que le queda es disfrutar.

Capítulo 1

Ryder Montgomery

El taxi me dejó en la calle 21 la mañana del viernes 15 de agosto del 2009. El cielo estaba completamente despejado, pintado de un azul celeste muy hermoso. En lo alto, el sol parecía no dar tregua. No veía la hora de sacar las valijas del maletero y pedirle a mi hermana que me dejara usar su ducha.

Ya me sentía un verdadero asco, ¿cómo era posible que el verano nos estuviese azotando de esa manera? Bueno, eso era simple: el calentamiento global.

Llevaba conmigo dos maletas, lo justo y lo necesario. Lo suficiente para subsistir unos cuantos meses en su casa hasta que pudiese encontrar un buen empleo y obtener mi propio apartamento. Todo eso sin dejar la universidad. Mi primer trimestre empezaba en unas cuantas semanas, de modo que debía comenzar a prepararme para los primeros días, que si bien serían tranquilos, también serían la clave para el resto de los meses.

Cuando hablé con mi hermana Elizabeth para ir a Londres a estudiar Historia le pareció bien. Allí en Boston las cosas no estaban muy bien. Con mis padres arrancándose los pelos por el divorcio, no podía estar un día tranquila sin que alguno me llamara por teléfono al cuarto que mi amiga Ginger y yo compartíamos en el campus de la universidad.

A veces mis padres resultaban una tortura.

Avancé por el camino de gravilla en cortas zancadas mientras arrastraba las maletas detrás de mí y subí las escaleras del pórtico. La casa parecía silenciosa. Miré a mí alrededor. Había un solo auto en la entrada: un Mitsubishi Lancer Evolución color azul eléctrico que parecía un auto de carreras, pero sin etiquetas de patrocinadores. Lo reconocí porque una vez había visto una publicidad en la televisión.

Me sequé el sudor de la frente con el dorso de la mano y dejé las maletas a un lado de mis piernas. Acto seguido, toqué el timbre y esperé.

Oí unos pasos provenientes del interior de la casa y luego el ruido del picaporte al girar. Respiré profundo pensando en la hermosa ducha que tomaría en solo unos minutos. Santo Dios, ya lo estaba disfrutando.

La puerta comenzó a abrirse y Ben, el esposo de mi hermana me recibió con una extraña mueca en sus labios, como si no esperase que yo llegara. Lo miré por una fracción de tiempo. ¿Cuándo había cambiado tanto? Su cabello se veía más oscuro, llevaba unos lentes de aviador y tenía un cuerpo... mi fuero interno se aclaró la garganta. ¿Ese era su cuerpo? No, imposible. Ese hombre se la había pasado en el gimnasio y había resultado...bien.

—Hola, Ben, ¿cómo estás? Te ves... —demasiado—, bien.

Él sonrió ampliamente y se apoyó sobre el umbral de la puerta con un gesto que fue cien por ciento arrogante, lo que me dio el primer indicio.

—Hola, nena ¿buscas a alguien? —dijo y arqueé las cejas. Algo andaba mal aquí. Nunca había oído a Benjamin decir "nena".

O me equivoqué de casa o él se había convertido en otra persona.

— ¿Elizabeth no te dijo que vendría? —pregunté. Diablos, me estaba muriendo de calor, y la vista de ese torso marcado, desnudo y malditamente bronceado comenzaba a empeorarlo todavía más.

No había derecho.

—Elizabeth no habló de esto conmigo.

— ¿Cómo? ¡Yo le avisé que vendría! —exclamé.

Aquello era técnicamente imposible: Elizabeth siempre hablaba con Ben sobre todo. Aunque viéndolo bien, si se comportaba de esta manera, estaba claro por qué mi hermana no le había dicho nada. Su esposo parecía haberse convertido en un cabeza de chorlito.

Alzó su mano para quitarse los anteojos y allí fue cuando caí en la cuenta de lo que estaba sucediendo.

¿Cómo podía haber sido tan ciega?

Él no era Ben. Benjamin no tenía unos voraces y arrogantes ojos azules idénticos al zafiro. Ben no se veía como un oasis. Pero si no era Ben, ¿quién demonios era?

— ¿Quién eres tú? —preguntó haciendo un movimiento hacia arriba con su mentón.

Me observó de arriba a bajo y siguió sonriendo descaradamente como si no le importase que yo esté frunciendo el cejo. Una corriente eléctrica atravesó mi cuerpo cuando me miró directo a los ojos. Tragué saliva con algo de dificultad.

«No, tú no —me dije—, estos son los peores.»

Di un paso hacia atrás, como si eso pusiera una buena distancia entre nosotros. Ser precavida ante estos personajes siempre es bueno.

—No, ¿quién eres tú? Ésta es la casa de mi hermana.

Lanzó una carcajada y se llevó una de las patitas de los anteojos a el borde de su short de jeans. Justo en las caderas, desde donde los pantalones colgaban y bien al medio junto al botón.

Acababa de hacerlo adrede.

No contesté, estaba...Maldita sea, quien quiera que seas.

— ¿Estás mirando mi entrepierna? Hoy no está muy altiva.

Parte de mí quería salir corriendo.

Alcé la cabeza de inmediato, volviéndome color carmesí. ¡Oh, vamos! Había visto decenas de hombres sin camiseta -en televisión y revistas- como para ponerme de esa manera. Tenía que enderezarme y mirarlo a los ojos.

— ¿Qué? ¡No! ¡Claro que no! Yo solo estaba...estaba pensando —dije intentando sonar lo más convincente posible.

—Sí, claro. Déjame decirte una cosa. Si lo quieres... —arrastró las palabras con un tono muy particular. Sexy.

Respiré profundo y puse los brazos en jarra.

—Aún no me has dicho quién eres. Eso es lo que quiero, mal pensando.

Lanzó una carcajada y se apoyó sobre el umbral de la puerta.

—Oye, no era yo quien me observaba descaradamente como si nunca hubiese visto un cuerpo masculino. Mira que si no lo vas a llevar no puedes tocarlo, ¿eh?

— ¿Tocarte a ti? Jajaja. No me hagas reír.

Frunció los labios y me miró sin decir nada. Nunca en la vida había visto unos ojos azules como aquellos, que para colmo, resaltaban con su bronceado.

— ¿Y? ¿Vas a decirme quién eres? No tengo tiempo que perder. —Insistí.

—Ryder, ¿y tú?

Ignoré su pregunta.

Me crucé de brazos y lo miré con desaprobación. Ryder me sonrió sin apartar sus ojos de los míos.

— ¿Y qué haces aquí? —pregunté.

—Tienes que pedir turno para hacerme una entrevista, o cualquier otra cosa que quieras hacerme, ¿sabías? Aunque podría concertarte una ahora mismo.

Rodé los ojos. Tomé una bocanada de aire, tragué saliva y me armé de paciencia. No importaba cuan bueno esté su cuerpo o que tan perfecto pareciese su cabello oscuro y ondulado. Estaba a punto de sacarme de mis casillas.

—Lo único que quiero, hombre misterioso, es darme una ducha.

—Hombre misterioso, me gusta ese apodo —dijo y me guiñó un ojo ladeando una sonrisa.

— ¿Puedes dejar de hablar idioteces y dejarme entrar, realmente necesito esa ducha?

— ¿Y crees que te voy a dejar pasar? —dijo alzando una ceja.

— ¡Es la casa de mi hermana! —repliqué.

Ryder chasqueó la lengua negando con la cabeza.

—Ella no está aquí ahora, y no pienso dejarte entrar hasta que alguno, Elizabeth o Ben me confirme quién eres. Aunque si fuera por mí...

—Ya deja eso, por favor, ¿puedes llamarla siquiera? Necesito darme una ducha.

Ryder carcajeó y se incorporó, acaparando el hueco de la puerta de entrada casi en su totalidad.

—Creo que eso ya lo has dicho.

Cerré las manos formando dos puños. Si no dejaba de hacer eso, uno iría directo a su linda carita.

—Pues voy a seguir repitiéndolo hasta que me dejes entrar. Necesito una ducha ahora.

—Me apunto a ello —sonrió.

—Idiota —mascullé.

Rodó los ojos y se echó a reír.

—Creo que voy a llamar a Elizabeth.

Ryder se encogió de hombros, me miró con lo que parecía desconfianza y en menos de un segundo me cerró la puerta en la cara. Santo cielo, estaba sudando como una puerca. Debía de hacer por lo menos 40 grados en ese maldito lugar. Y ese chico no ayudaba en nada.

A los cinco minutos, la puerta se abrió y él me dejó entrar. Gracias a Dios se había puesto una camiseta. Eso lo hacía un poco más fácil. Quiero decir, no tenía problema con que se pasease así por la casa, me daba igual, pero una tampoco no era de palo.

—Lo siento —dijo—, creí que eras una vagabunda.

Dejé escapar el aire y una expresión de indignación se formó en mi rostro.

—No me digas.

—Bueno, esa ropa que llevas tampoco ayuda mucho —soltó.

Qué idiota. Nada tenía de malo mi camiseta azul de mangas cortas y mis shorts de algodón blanco. Era una vestimenta normal para una persona normal. No para un exhibicionista sin camiseta.

Me volví hacia él al tiempo que dejaba las maletas sobre la escalera.

—Recuérdame —dije—. ¿Por qué estoy hablando contigo?

Se acercó unos pasos hasta estar a algunos metros de mí y sonrió con picardía. Yo estaba en el primer peldaño, por lo que casi parecíamos de la misma altura.

— ¿Por qué soy la única persona en esta casa que puede decirte donde está la ducha y tu cuarto, muñeca?

—Puedo encontrarla sola, gracias. Ni que la casa fuera tan grande. —Dije girándome de nuevo dispuesta a subir.

— ¿Estás segura que no necesitas una toalla?

Me detuve a mitad de la escalera y sosteniendo una de mis valijas. Mierda. Él estaba en lo cierto. Yo nunca había estado en esta casa y no conocía absolutamente nada. Sin embargo no necesitaba un guía turístico.

Me encogí de hombros y suspiré con cansancio debido a las horas de vuelo. Le dije que estaba bien, que me ayudara. Pelear no me serviría de nada.

—Genial, entonces te llevaré al cuarto.

— ¿Qué cosa? —pregunté.

—Que te llevaré al cuarto para que dejes tus cosas —me explicó como si se lo dijera a un niño de 5 años.

Y apenas unos segundos, pasó trotando a mi lado, escaleras arriba y con mis maletas en sus manos.

Lo seguí por el pequeño pasillo hasta la tercera puerta. Era una habitación medianamente grande, pintada de verde agua y con una pequeña ventana con vista a un enorme y frondoso jardín frontal. Desde allí se podía ver el automóvil que estaba en la entrada.

Había otra puerta dentro de la habitación que probablemente era un clóset.

— ¿Cómo sabes que ésta va a ser mi habitación?

—Lizzie me lo dijo por teléfono.

Inspeccioné un poco más el cuarto. Había una cama frente a la puerta y a la derecha una cómoda y una biblioteca para que dejara mis libros.

— ¿Te dijo algo más "Lizzie"?

Ryder apoyó las maletas en mi cama que rechinó bajo el peso de ambas.

—Que no te irritara y que no te fastidiara. Aunque básicamente es lo mismo.

Lancé una carcajada.

— ¿Por qué ríes? Aún no te he irritado — se encogió de hombros.

—Demasiado tarde. Parece que tienes el don para hacerlo.

Él cruzó los brazos sobre su pecho.

—Tengo el don para hacer muchas cosas —dijo alzando una ceja.

Apreté los ojos y una sonrisa comenzó a tirar lentamente de sus labios.

—No puedo creer que tenga que soportarte toda la tarde. No me dejarás tranquila, ¿verdad?

—No, pero podemos volver a empezar, ¿cierto? —dijo, y probablemente estaba siendo sincero porque no lograba atisbar ni una pizca de burla en sus palabras ni en su expresión—. Ryder Montgomery, soy el hermano de Ben.

Dudé un segundo antes de estrechar su mano. Sus ojos azules, muy azules, me escrutaron con sinceridad.

Entonces lo hice, le estreché la mano. Sus músculos se veían tensos, pero su sonrisa estaba relajada.

—Katia Green —dije.

—La hermana de Elizabeth. Vaya, no te pareces en nada a ella.

Sonreí a medias mientras metía mis manos dentro de los bolsillos del pantalón.

—Lo sé.

—Eres más atractiva, de hecho.

Rodé los ojos. Bueno, eso ya era algo incómodo, así que debía proceder a ducharme.

— ¿Me das las toallas?

—En el tercer estante del baño. Esa puerta es la del baño de tu habitación.

Y yo que había creído que era un clóset.

—Está bien, gracias.

Se quedó allí de pie mirándome sin decir nada, así que carraspeé para que se fuera.

— ¿No deberías salir de mi habitación? Quiero cambiarme.

— ¿No necesitas ayuda? Ya te digo, soy muy bueno para muchas cosas —dijo y se echó a reír.

—No, vete.

Una sonrisa divertida apareció en su rostro. Él estaba probándome, de alguna manera lo estaba haciendo. Se llevó las manos a los bolsillos y salió del cuarto para volver segundos después.

— ¡Eh, te dije que te fueras! —espeté. Diablos, había estado a punto de sacarme la camiseta. Tomé varias bocanadas de aire.

—Tranquila —se defendió—. Solo veía a avisarte que no hagas mucho ruido cuando acabes. No me gustaría que despiertes mi princesa.

Y dicho esto, salió del cuarto.

¿Su princesa? ¿Mi hermana lo dejaba tener una novia en su propia casa y con Jenifer y Max aquí?

Ryder Montgomery era un tipo curioso. Parecía ser un idiota y un sujeto amable casi al mismo tiempo. Bueno, no importaba cómo fuera. Mientras no se entrometiera en mis asuntos, yo no me metería en los suyos; así todos viviríamos en armonía.

Sin embargo, meses después iba comprender que las cosas nunca salen como uno quiere. Y como mi madre solía decir «el hombre propone y Dios dispone», y aquello era totalmente cierto.

Capítulo 2

Apariencias

Un baño de agua caliente, seguido de una buena sesión de agua fría me refrescó muchísimo. Incluso hasta me sentía más descansada, así que planeaba esperar a que Elizabeth regresara del trabajo para hablar con ella antes de dormir un poco.

Acabé de secarme el cabello con la toalla, me lo peiné y me lo até en una coleta alta. El flequillo me había crecido a lo largo de los meses que no me lo había cortado, así que ahora podía atarlo también. Me sequé bien el cuerpo y me puse una camiseta sin mangas y unos pantalones cortos de jeans. No encontraba mis sandalias, de modo que no tuve más que ponerme mis Converse negras.

Cuando estaba terminando de ordenar mi maleta, oí el timbre de la puerta de entrada sonar. Dudé que fuera mi hermana, puesto que se suponía que ella tenía la llave de su propia casa.

Salí del cuarto y me dirigí hacia el pequeño hall, la cocina estaba a un lado, así que no me costó encontrarla.

— ¡Katia! —llamó mi hermana. Entonces sí era ella quien había llegado recientemente a casa. Crucé a grandes zancadas lo que nos quedaba de distancia y ella me abrazó—. ¡Katia, me alegro tanto que estés aquí! ¿Tuviste problemas con el vuelo?

—No, todo en orden. Solo tuve un percance cuando llegué a la casa —dije desviando mi vista a Ryder que estaba apoyado sobre el umbral de la puerta—. Pero ya está solucionado.

—Oye, solo cuidaba la casa —se quejó él—. No puedes dejar entrar a cualquiera cuando Jenifer está durmiendo. Mira si resultabas una roba bebés.

Fruñí el ceño. Elizabeth me abrazó más fuerte y luego de separarse de mí, me sonrió.

Nos dirigimos a la cocina.

—Lo que dijiste hoy, ¿lo decías por Jen? —pregunté algo atontada mientras lo seguíamos.

Ryder se giró y me lanzó una mirada penetrante que combinaba perfectamente con su sonrisa engreída. Eso había resultado bastante vergonzoso, porque estaba segura que él sabía lo que yo había pensado.

El brillo de sus ojos se podía captar a varios metros. Él estaba ahora con su cadera apoyado en la mesada, tal vez recordando y riéndose de mí el muy bastardo.

—Sí —se encogió de hombros—. ¿Por qué iba a decirlo sino?

—No, por nada —dije y me senté a la mesa. Apoyé los codos sobre la madera y me llevé las manos a la cabeza para atusarme el cabello.

Elizabeth sacó unas tazas y unos saquitos de té.

— ¿Quieres té?

— Claro, ya sacaste las tazas.

— ¿Y tú, Ryder? — dijo girándose hacia él.

— Seguro, cuñada. Una bebida caliente para un día caliente — dijo y me miró de reojo. No sé de qué colores me puse en ese momento, pero por suerte nadie lo advirtió. O por lo menos nadie lo hizo hasta que me atraganté con mi maldita saliva.

— Bueno, entonces toma un vaso de leche — lo regañó mi hermana.

— Oye, era solo una broma. Claro que quiero un buen té. Después de que enciendas el aire acondicionado.

Elizabeth tomó un pequeño control blanco que estaba sobre la mesa y apretó una serie de botones que produjeron algunos pitidos, luego el aire comenzó a enfriarse. Que linda sensación.

Miré a mi hermana por unos segundos. Se parecía muy poco a mí. Mientras que mi cabello era negro, el de ella era de un castaño claro. Mientras que mis ojos eran negros, los de ella eran verde esmeralda. Había sacado los rasgos de mi madre, mientras que a mí me habían tocado los de mi padre. Y ni siquiera nos asemejábamos en la estatura porque Elizabeth medía lo normal, cerca del metro 60, y yo casi un metro 70.

— Te ves distinta, Elizabeth. Bueno, tal vez es porque no te veo hace como tres años. Y la última vez fue vía Skype.

— Tú también cambiaste completamente. Estás hermosa. Vas a tener cientos de hombres corriendo detrás de ti en la universidad. Quién nos dice, tal vez encuentres un buen muchacho y te quedes en Londres.

Por un momento me removí en mi asiento y evité contestar. No iba a hablar de eso con mi hermana frente a ese sujeto. Aunque no tenía nada en su contra, tampoco lo conocía suficiente como para que esté allí sentado oyendo la conversación que iba a tener con Elizabeth.

— Bueno, eso lo veremos — dije restándole importancia al tema—. Solo espero que aquí la carrera de historia sea igual o mejor que la de Estados Unidos.

— Las universidades inglesas son las mejores — dijo Ryder.

— ¿Tu vas a la universidad? — le pregunté.

— No, pero podría volver. Puedo ir contigo si quieres. Como no tienes amigos.

Lo miré arqueando una ceja. Conocía a mi hermana y no me sorprendería saber que le hubiese pedido a alguien que cuidase de mí en la universidad. Ni que fuera una irresponsable que no podía hacer las cosas con juicio.

— No necesito niñeras, gracias. Y tampoco necesito amigos. Voy a la universidad a estudiar, no sé si conoces el término.

— Ryder iba a la universidad, era bueno. Muy bueno, de hecho.

Lo miré y él abrió más sus ojos como diciendo «Oye, no es mi culpa ser listo»

— ¿Y por qué lo dejaste?

Estuvo a punto de decir algo, pero luego al parecer lo pensó bien y dijo que serviría el té.

Lo miré extrañada, ¿había dicho algo para ofenderlo? No lo recordaba.

— ¿Dije algo malo? —le pregunté a Elizabeth.

Ella se giró por unos momentos a mirarlo y luego me sonrió.

—Nada, solo que no está pasando la mejor etapa de su vida.

— ¿A qué te refieres?

—Ya te enterarás.

Ryder sirvió las tazas de té y yo decidí que me llevaría la mía al cuarto. El cansancio me cayó en los hombros, así que expliqué a mi hermana que iría a dormir. Me dijo que estaba bien, que descansara porque Max llegaba de la escuela a las cinco y seguramente querría verme.

—Claro, estaré despierta a esta hora —dije levantándome de la mesa—. Los veo más tarde.

Dormí unas cuantas horas pero me desperté cuando oí que alguien hablaba bastante alto en la habitación contigua a la mía.

Me levanté despacio y salí del cuarto intentando hacer el menor ruido posible. La que hablaba era mi hermana, y la segunda persona era Ryder. Podía distinguir claramente sus voces.

—Sí, lo sé. No acercarme a ella con ninguna intención —dijo él con un tono cansado en su voz—. Lo dices como si fuera un acosador, Elizabeth —acabó diciendo enojado.

—Ryder, lo hago por ambos. Por ti..., bueno, tú sabes. Y por ella.

Silencio.

—Claro.

Más silencio.

—Ryder, sabes que eres un muchacho apuesto. Y ese es el peor peligro que hay en tu vida. No quiero que mi hermana sufra por enamorarse de ti.

—Entiendo —dijo él—. Sé que incluso si llegase a convertirse en mi amiga romperé su corazón. Como siempre rompo el de todos.

¿De qué rayos estaban hablando? ¿Y por qué hablaban de mí así? Yo no tenía intención alguna de enamorarme de él ni de ser su amiga, por más amable que pudiera resultar.

—No es eso, Ryder. Es lo mejor que podemos hacer.

—Lo mejor que puedo hacer es volver a mi apartamento.

—Ben no quiere y debes obedecerle.

— ¡Aquí y allí es el mismo infierno, Lizzie! A fin de cuentas... —suspiró sonoramente—. A fin de cuentas nunca he tenido tanto miedo de tener amigos. De hecho, hace demasiado tiempo que no voy a Calle Inter.

— Así es mejor. Ese lugar no era para ti.

— Ese lugar era mi mundo, lo único que tenía — gritó a medias voces.

— Pero ya no. Has cambiado, Ryder. Eres un buen muchacho.

— Lo sé, y honestamente, eso es lo que más odio de mí.

Se quedaron en silencio un instante y cuando oí el ruido del picaporte girando, me metí rápidamente en mi habitación y me quedé allí pensando de qué rayos estaban hablando.

Cuando todo se hubo calmado, salí del cuarto y fui a buscar a Elizabeth a la cocina, pero ella no estaba allí.

— Se fue a buscar a Max a la escuela — dijo una voz detrás de mí—. Mírate que hermosa estás — añadió.

— ¿Disculp...? — estuve a punto de decir: « ¿Discúlpame desubicado? » Pero él no se refería a mí—. Jenifer — susurré.

Rayos, mi sobrina era más hermosa de lo que parecía en fotografías. Era una hermosa beba de ojos castaños.

Jenifer tenía casi un año y medio, y como yo vivía en Boston, nunca la había visto personalmente, pero era hermosa. Realmente lo era. Bueno, Max también era un niño muy lindo de siete años, y muy listo. Pero se parecía más a su padre en apariencia, solo que tenía los ojos de Ryder.

Max había vivido con nosotras en Estados Unidos por un año completo, mientras Ben preparaba la casa para que viviesen aquí en Londres. Siempre charlábamos mediante video llamadas, pero verlo personalmente era otra cosa.

— Oh, Dios. Es tan bella, ¿puedo cargarla?

Ryder me sonrió. Jenifer llevaba puesto un pequeño vestido rosa claro y tenía el cabello recogido en dos coletas.

— Claro, es tu sobrina también. Solo espero que le agrades, no se lleva muy bien con la gente.

Alcé a Jenifer en brazos y la miré de frente.

— No sabes cómo te entiendo, pequeña — ella me miró por unos segundos y comenzó a babear. Su aroma a bebé era inconfundible.

— ¿También te llevas mal con la gente? Yo lo digo porque ella muerde, y a pesar de no tener muchos dientes, muerde fuerte.

Me eché a reír.

— ¿Cómo esta cosita podría morder?

— ¿No me crees? Díselo a mi mano llena de mordiscos — dijo alzando la mano.

Jenifer no hizo nada más que babear, sin embargo no tardó mucho en largarse a llorar con todo.

— ¿Y ahora qué le hice? — me quejé.

— No le agradas mucho, además no sabes sostenerla. Dámela un segundo.

Él seguía sentado en el sofá como si nada. Trabamos miradas durante unos segundos mientras yo dejaba a la niña en su regazo. Demonios, eso había sido patético, mi propia sobrina me odiaba.

—Bueno, cariño, tranquila —le decía él mientras la acunaba. Y como por arte de magia, ella sonrió.

Abrí los ojos aún más.

— ¡Oh, vamos! ¿Esto es una broma? Ella se divierte más contigo que no tienes ningún atractivo infantil.

Ryder me miró, curioso. Frunció el ceño pero no apartó la mirada de mí ni un segundo, lo que me puso un tanto nerviosa.

—Tengo demasiado atractivo, y no solo infantil. No es mi culpa que no le agrade. Ella no te conoce y reacciona así si nunca te ha visto.

Me encogí de hombros y di unos pasos hasta ellos. Ahora Jenifer parecía feliz.

— ¿Lo hizo contigo?

Él sacudió la cabeza con una mirada orgullosa.

—No, nunca. La he cargado desde el primer día que nació. Dudo que alguna vez se lllore estando conmigo, ¿verdad preciosa?

Jenifer rió y yo rodé los ojos, contrariada. Tampoco podía negar que se veía bastante tierno cargando a Jenifer como si fuer lo máspreciado en su vida.

Estudí el espacio que había entre él y el otro lado del sofá, y cuando me aseguré de que había una distancia prudente para sentarme a su lado, lo hice.

—Bueno —dije tocando las pequeñas manitos de mi sobrina—. Espero que algún día me quieras, pequeña.

—Te querrá, no te preocupes por eso.

Me llevé detrás de la oreja unos mechones de cabello que se me habían caído cuando me dormí, y los acomodé.

Tenía la sensación de que habían cambiado al sujeto que me atendió en la mañana por otro, porque este Ryder era mucho más amable. Además, al parecer se había dado una ducha y lucía más como una persona normal: con unos pantalones deportivos azules y una camiseta blanca que para mi desgracia se ajustaba exageradamente a su cuerpo.

Después de unos incómodos diez minutos de silencio, decidí que debía decir algo. Si iba a vivir por lo menos tres meses con ese sujeto, si es que vivía allí, teníamos que comenzar a sociabilizar. Aunque eso no había sido mi idea desde el principio. Pero él parecía agradable.

—Entonces, ¿tú vives aquí? —dije trasladando su atención de Jenifer, que estaba jugando con sus manos, a mí.

Él me miró por unos segundos como creyendo que era obvio y asintió.

— ¿Así, sin más? ¿Vives aquí, no tienes un empleo y no vas a la universidad?

Ryder sacudió la cabeza con una media sonrisa y yo fruncí el ceño. Conocía bien a mi hermana como para saber que no le gustaban los haraganes, y este Ryder parecía ser uno de ellos.

¿Cómo diablos lo soportaba?

— ¿Es una broma? — insistí.

— No. Tengo ahorrado bastante dinero que he venido ganando en algunas carreras, y me esta sirviendo de mucho ahora. Vivo aquí porque Ben lo quiere así. Créeme, me iría a mi apartamento si pudiera, pero no puedo ir allí.

— ¿Por qué?

— Porque no se puede.

Carraspeé. Esa era una respuesta bastante vaga.

— Está bien, ¿y la universidad?

— La dejé.

— No me extraña para nada — dije con sarcasmo.

Él se encogió de hombros y suspiró como quien intenta calmarse.

— Problemas personales, Katia. Tal vez un día comprendas y así dejarás de juzgarme como al parecer has hecho desde que llegaste.

Lo miré por unos segundos y me di cuenta de que él escondía más de lo que decía, pero ¿quién era yo para que me lo contase?

Tragué saliva y también mis próximas palabras. Sin duda ese resultaba ser el sujeto más extraño que había conocido en años.

Capítulo 3

Jenifer y Max

Por la tarde, mi sobrino Max llegó de la escuela y estuvimos jugando un poco. Él tampoco me recordaba mucho, pero Elizabeth le había hablado de mis padres y de mí, y además nos habíamos visto por Skype muchas veces, así casi tenía idea de quién era la nueva chica que se hospedaba en su casa.

Sin embargo, Max se llevaba mejor con Ryder que conmigo, y esta vez, en vez de enfadarme, me resigné. Los niños no me veían hace mucho tiempo, y en el caso de Jenifer, nunca me había visto. Y a Ryder sí. Todos los días. De modo que no era su culpa ni la mía, ni mucho menos la de Ryder. Eran cosas que pasaban a causa de la ausencia y la distancia, y debía comprenderlo.

Durante la cena, Ben me preguntó acerca de algunas cosas de la universidad: como cuándo comenzaba y si estaba contenta de haberme trasladado a vivir con ellos.

—Será por algunos meses, Ben, no quiero ser una molestia.

Él y mi hermana sonrieron mientras ella servía ensalada en mi plato.

—Te dijimos que no debes preocuparte por eso —dijo él—. Nosotros no tenemos problemas con que te quedes. Es más, nos resulta grato.

No, mis planes estaban bastantes delimitados. Mi objetivo desde que arribé al aeropuerto en Boston era la de venir y lograr ser independiente.

—No quiero parecer una oportunista.

Ryder me miró suspendiendo el tenedor a escasos centímetros de su boca. Desvió la mirada de sus ojos zafiros hacia mi plato y seguí masticando el corte carne que había metido en mi boca segundos antes.

—No es ser oportunista —dijo mi hermana—. Tienes la chance y debes aprovecharla. Además no me sentiría segura si sé que andas sola por la ciudad cuando puedes estar aquí, conmigo y a salvo.

—Te conseguiremos un pequeño auto para que vayas a la universidad —dijo Ben—. Ryder, ¿puedes hacerlo tú? Tienes más conocimientos sobre ello.

—Claro —dijo él encogiéndose de hombros.

Volvimos a trabar miradas y de inmediato me dirigí hacia Ben.

—No, no, no. Eso es demasiado. Iré en el transporte.

Mi cuñado lanzó una carcajada.

— ¿Estás segura? —preguntó Elizabeth con una sonrisa divertida—. Tienes que tomar un tren y dos autobuses. Será muy cansador para ti que estabas acostumbrada a vivir en el campus de la universidad.

—Yo puedo llevarla —sugirió Ryder.

Lo miré por unos segundos y atisbé una ligera sonrisa en sus labios. Mi hermana nos miró a ambos y frunció el ceño como si no estuviese de acuerdo. De hecho, era evidente que estaba a punto de levantarse y gritar ¡yo me opongo!

—No quisiera romper tu rutina —le dije a Ryder.

—No tengo una rutina —respondió él.

— ¿Y qué hay de Jenifer? —pregunté a todos a la vez.

—Suele ir a una guardería. Hoy se quedó porque tenía algo de fiebre —explicó Ben, y Elizabeth lo fulminó con la mirada.

Así que no tenía más opción que aceptar la ayuda de Ryder. Y lo hice, por varias razones: ¿un tren y dos autobuses? No, definitivamente no. Y segundo, él intentaba ser agradable, y eso contaba mucho.

Además, nada malo podía ocurrir.

Esa noche dormí como un si fuera la primera noche que dormía en años. A pesar de haberme regalado dos horas de una hermosa siesta, seguía agotada por el vuelo cuyas tres escalas fueron insoportables, sumado a que se retrasó como tres horas, algo supuestamente "normal". Lo que resultó en un maldito vuelo de más de ocho horas. Sé que hay vuelos mucho más largos, pero yo no estaba acostumbrada a viajar en avión y eso me había fastidiado bastante.

Mi amiga Ginger, que solía viajar mucho con su familia, se la pasaba diciendo que viajar en avión era lo mejor que podía existir. Era bastante calmo excepto en los despegues y los aterrizajes, pero durante el viaje se podía tranquilo.

—Excepto si conoces un chico de esos sexys que salen en los comerciales de perfumes caros —dijo una vez mientras intentábamos estudiar historia renacentista—. En ese caso, disfrutaría de un buen viaje movido.

— ¡Ginger! —le había gritado yo mientras no paraba de reírme—. ¡Eres una loca!

— ¿Yo? ¿Has visto los modelos de *Dolce & Gabbana* y *Carolina Herrera*? Están tan buenos que deben estar tratados genéticamente para ser jodidamente perfectos.

—No seas exagerada.

Ginger..., ya la extrañaba.

A la noche, y a pesar de que descansé muy bien por la tarde, me dormí pensando a cerca de lo que había oído hablar a mi hermana y a Ryder. ¿Por qué decía que lastimaría a todo el mundo? No estaba segura, pero podría aventurarme a pensar que podía ser a causa de drogas. Así es como se trata a un adicto: se lo reserva en la casa o en una institución para procurar que no vuelva a consumir. ¿Sería que Ryder Montgomery consumió drogas hasta un nivel alarmante? Siendo honesta, realmente no lo parecía. De hecho se veía como un sujeto normal. Un sujeto que por desgracia era bastante sexy, porque, sin mentir, sí que lo era. Ryder desprendía encanto.

«Y tiene un cuerpo asombroso» dijo mi mente. No obstante, eso no significaba nada para mí. Podría ser el hombre más sexy del año y aún así no moverme ni un pelo.

Bueno, casi.

A la mañana siguiente me desperté cerca de las ocho, me dirigí hacia el baño para darme una ducha y lavarme los dientes. Elizabeth no estaba y Ben tampoco. Al parecer su rutina era irse al trabajo alrededor de las siete de la mañana y volver por la tarde. Ambos trabajaban en un buffet de abogados. De hecho se habían conocido cursando su carrera de leyes allí en Harvard, de donde Benjamin obtuvo una beca.

Bajé las escaleras con poco entusiasmo y mi estómago rugió en cuanto sentí el olor que las tostadas francesas solían despedir. Esa mezcla de mantequilla y azúcar.

¡Qué rico!

¿Pero quién estaría cocinando a...? Que pregunta más estúpida. Solo podía ser Ryder.

— ¡Buenos días! —exclamó sin siquiera voltearse, ¿cómo supo que estaba detrás de él?—. ¿Tienes hambre?

—Buenos días. Eh...sí, algo.

Traté de despabilarme.

—Grandioso, hice tostadas francesas. Puedes comerlas con jamón si quieres.

Rodeé la mesa y me senté en un taburete cerca de mi sobrino que estaba comiendo cereales con leche. ¿Él era como una en un especie de niño, cocinero y chofer? Era de alguna manera... ¿adorable?

—Buenos días, tía Katia —dijo Max.

—Buenos días, cariño, ¿no tienes escuela hoy? —le di un beso en la mejilla.

Max asintió y siguió con su desayuno. Las clases habían comenzado esa misma semana.

—Entra a las nueve hoy porque su maestra ciencias no puede ir. Mejor para él, ¿verdad, campeón?

Ryder zarandeó una espátula en el aire. ¿Tenía puesto un delantal?

—Sí, la profesora es un castigo. Y encima tengo doble jornada.

Ryder lanzó una carcajada al tiempo que ponía las tostadas sobre un plato y lo llevaba a la mesa. Olían deliciosas.

Las miré curiosa. Parecía ser un buen cocinero, o por lo menos lo disfrutaba.

—Todas las profesoras lo son, y a medida que vayas creciendo será peor —lo asustó Ryder.

Max se rió de su pequeño chiste.

— ¡Oye! —dije. A pesar de que no lo había dicho a propósito ni sabía mis planes, me molestó—. No digas eso.

— ¿Y a ti qué te pasa? No eres profesora. Estudiarás historia.

Lo miré con seriedad mientras me cruzaba de brazos.

—Trabajaré en la universidad como profesora de historia cuando me reciba, espero.

Ryder abrió los ojos y se dio cuenta de porqué me había enfadado. Una sonrisa de disculpa se desplegó en su rostro.

—Bueno, Max. Todas las profesoras no son un castigo. Cuando vayas a la universidad tal vez tengas una profesora como tu tía, de las cuales los alumnos siempre se enamoran.

Mi sobrino frunció el ceño. ¡Señor!, cuando hacía eso se parecía un poco a Ryder.

— ¿Por qué querían enamorarse de la tía Katia? —preguntó Max. Esta conversación ya no me estaba gustando nada.

Sentí que Ryder me miró por unos cuantos segundos y luego desvió la mirada a Max. Yo mantenía la mirada fija en mi café.

—Tal vez porque es muy bonita— susurró.

Alcé la mirada de inmediato. ¿Él me creía bonita?

—Bueno, listo —dije—. Creo que ya hemos hablado demasiado de las profesoras. Ahora cuéntame, Max, ¿cómo te va en la escuela?

Mi sobrino de encogió de hombros, siguió con su desayuno y al final se salió de la cocina sin decir nada.

Me quedé con las preguntas en la boca.

— ¿Qué les pasa a los niños de hoy? —me quejé.

Ryder me sirvió un poco más de café y luego de agradecerle, tomé una tostada a la que le agregué queso.

—No saben apreciar la belleza —dijo distraído.

Dejé escapar el aire, nerviosa, ignorando lo que había dicho.

—No me refería a eso. Quiero decir, ¿desde cuándo son tan maleducados?

Ryder frunció el ceño.

—Él no es maleducado. Solo que no le gusta hablar mucho.

—Tiene siete años, por si no lo has notado. Si yo le hubiera esquivado a mi madre alguna pregunta a esa edad, ella ya me habría abofeteado.

Él sostuvo una tostada en el aire y me miró como si concibiera la idea. Tenía los ojos bien abiertos.

—No en esta casa —respondió cuando pareció caer en la cuenta de que no estaba bromeando—. Él merece respeto. Y además, tú no eres la madre.

— ¿Respeto? Volvemos a lo de que tiene siete años.

—Oye, así lo criaron Elizabeth y Ben. No es mi culpa si no quieres aprender a tratarlos.

Pestañee por unos segundos sin decir nada. Él se había enfadado. Sin dudas amaba a Max más de lo que me imaginaba y estaba dispuesto a defenderlo de cualquier cosa que pudiera llegar a decir acerca de su crianza. Y Max lo quería a él,

y lo respetaba, eso era muy evidente. El niño prácticamente lo estaba tomando como modelo, ya que su padre trabajaba durante todo el día y aunque era un buen sujeto, no parecía disponer de mucho tiempo para él.

Lo entendía perfectamente.

En ese momento sentí una pequeña oleada de envidia. Ryder lo tenía fácil, había vivido en esta casa desde hacia bastante tiempo, al parecer, y los niños estaban acostumbrados a él.

Técnicamente los había criado a ambos.

—Lo siento —dije después de unos diez minutos en los que desayunamos en absoluto silencio. Me levanté, lavé mi taza a pesar de que él me dijo que no lo hiciera y me fui a mi cuarto enfadada conmigo misma.

— ¡Espera, Katia! —fue lo último que oí.

Unos quince minutos después, escuché que alguien golpeaba a la puerta de mi habitación. Yo me encontraba recostada en la cama oyendo música a un volumen muy bajo, de otra forma no lo hubiera oído.

Respiré profundo y me levanté. Abrí la puerta y allí estaba él. Diablos, ¿iba a ser así todos los días? Debía apresurarme a conseguir un empleo así no lo veía tan seguido. Quiero decir, no es que no me cayera muy bien, solo que estaba acostumbrada a mis espacios. Ginger sabía en qué momentos no hablarme y este sujeto tenía pinta de entrometido.

— ¿Sigues enfadada? —preguntó apoyándose en el umbral con los brazos cruzados sobre su pecho.

—No estoy enfadada con nadie en particular más que conmigo. No me gusta que los niños ni me registren. Jenifer llora cuando la cargo y a Max le da igual si estoy o no.

—Oye, eso no es tan así.

Lo miré por unos segundos y sacudí la cabeza.

—Para ti es fácil, los niños te adoran —dije y me senté al borde de la cama.

Él me preguntó si podía pasar y asentí. Entonces se sentó a mi lado.

—Voy a contarte algo —dijo—. Cuando me mudé a esta casa, Max me odiaba. Decía que por mi culpa su padre estaba triste Todo el tiempo. Y sé que tenía completa razón. Él apenas tenía cinco años, pero ya sabía que todo lo que se refería a mi vida estaba mal. Al principio me enojé con él porque creía que no tenía derecho a juzgarme porque era pequeño, pero luego me di cuenta de lo ciego que había sido. Max es un chico inteligente y muy perceptivo. Él comprende todo y es por eso que ahora nos llevamos bien: porque es un niño percibe lo que sucede a su alrededor y que sabe perdonar.

Cuando acabó, tomó una bocanada de aire y se incorporó. Yo no sabía qué decir.

—Así que no debes preocuparte de nada, Katia. Al final te querrá mucho más que a mí, recuerda eso.

— ¿Estás seguro?

Ryder me regaló una sonrisa que le llegó a los ojos.

— Cien por ciento. Ahora, ¿quieres acompañarme a llevarlo a la escuela? Paso a paso.

Me lo pensé un segundo.

— No sé, tengo que desempacar mi ropa y preparar algunas cosas.

— Oh, vamos —dijo él—. Cuando comiences la universidad otra vez no tendrás tiempo ni de ver el sol. Vamos, acompáñame y luego podemos ir a que conozcas un poco de Londres, ¿quieres?

Respiré profundo y me obligué a sonreír. No tenía nada de malo que pasease un rato. Además, tenía que aprovechar el tiempo libre.

— Está bien. Pero tengo que cambiarme de ropa.

Él sonrió ampliamente y salió de la habitación luego de decirme que me esperaba abajo.

Tres cuartos de hora después estábamos en camino al centro de Londres luego de haber dejado a Max en la escuela. Para ser sincera estaba contenta de poder finalmente conocer los lugares de los que había leído hacia tiempo en algunos libros de historia.

— ¿Cuánto tardaremos hasta allí? —pregunté.

— No más de una hora si no hay tráfico.

— Está bien —me mantuve unos minutos en silencio mientras él conducía a través del barrio en dirección hacia el oeste—. Lindo auto, por cierto.

— Gracias.

— ¿Es de carreras?

— Era.

— ¿Ilegales? — ¿De dónde salió eso?

— Sí, Katia —dijo sonriente—. De carreras clandestinas o ilegales, como quieras llamarlo.

Alcé las cejas, no lo había creído.

— ¿Tú corrías?

— Sí, solía hacerlo. Pero eso ya quedó en el pasado. Ahora solo lo utilizo para llevar a Ben a la escuela.

— ¿Y por qué no lo haces más?

Estaba siendo demasiado quisquillosa, debía dejar de preguntar un poco.

Ryder se lo pensó unos momentos.

— Tuve un accidente una vez.

El auto se detuvo en un semáforo.

— ¿De veras? Pero el auto parece intacto.

— No fue con este, fue con uno de Ben. Al parecer me desmayé y tuve suerte de que no iba rápido, sino ya habría muerto hace rato. Desde ahí, mi hermano decidió

que no vaya más a Calle Inter por miedo a que me volviese a suceder. En parte tiene razón, por eso lo dejé. De todas maneras no ha vuelto a pasar.

— ¿Y por eso dejaste de correr entonces?

— Sí, digamos.

— Claro —dije en un tono de voz nada audible—. A propósito, ¿qué es Calle Inter?

Ryder giró en una esquina y diez minutos después salimos a una avenida atestada de vehículos.

— Es un viejo circuito para carreras clandestinas. Asisten todo tipo de personajes que no te gustaría ver en tu vida, créeme. El primer día que fui no me agradó mucho el clima con el que me encontré. Yo venía de otra cosa y eso no me gustaba para nada, hasta que comencé a encontrarle el lado positivo.

— ¿Tanto así?

— ¿No me crees? Katia, un tipo le disparó a otro en la cabeza porque le ganó el auto en una carrera. La mayoría están dementes. Y lo que no, son unos idiotas. Aunque debo reconocer que no todos son así.

— ¿Y tú estabas demente o eras idiota?

Él se lo pensó unos segundos.

— Tal vez idiota, pero a pesar de que me gustaba estar allí con mi grupo, a veces pienso que fui redimido, de alguna manera. ¿Quién sabe dónde estaría ahora? Solía pasar las noches en El Galpón, un bar muy concurrido con la compañía equivocada. Sin embargo tampoco me arrepiento, he conocido algunas buenas personas que solo estaban en el lugar equivocado.

Me acomodé en mi asiento. Nunca creí que podría haber más en ese sujeto de lo que yo creía. De hecho, ahora que lo oía, no era tan superficial como pensaba. De modo que su apariencia física poco importaba.

— ¿Y ahora qué haces?

Este Ryder Montgomery me traía más curiosidad de la que hubiera querido.

— Intento hacer lo correcto mientras pueda. Sin embargo, sé que te va a sonar contradictorio, pero probablemente estaría mejor si estuviera lejos de todos. El problema es que mi hermano no quiere y no me sentiría bien si supiera que está preocupado por mí.

— ¿Y por qué harías algo como eso? Honestamente, pareces un buen sujeto.

Una de las comisuras de sus labios se alzó en una media sonrisa.

— Tal vez, pero eso no cambia las cosas.

— No comprendo —dije, perpleja.

— Ya entenderás —dijo. Lo mismo que mi hermana. ¿Qué era lo que tenía que entender?

Capítulo 4

Londres

Pasamos el resto de la tarde visitando algunos de los edificios más importantes que había en el centro de Londres. El primero fue el Palacio de Westminster; cuya fachada gótica era casi lo más impresionante que había visto en toda mi vida, con grandes pináculos dorados y figuras de reyes que se reflejaban en el río como si hubiese dos palacios en dos dimensiones diferentes. Y ya que estábamos allí, aproveché para echarle un vistazo a las dos torres que flanqueaban el palacio: la torre Victoria y el majestuoso Big Ben.

—Recuerdo haber leído en un libro de la historia de Londres que en 1834 el palacio se incendió casi por completo —dije—. Se habrán tardado mucho en reconstruirlo. Y amo el Big Ben, mi madre tenía una pequeña réplica en casa.

— ¿Es una broma? —exclamó Ryder frunciendo el ceño—. No tenía la menor idea de todo esto. Diablos. Es una vergüenza que sepas más de la historia de mi país que yo.

—Bueno, a mí me gusta la historia. Aunque sí, deberías avergonzarte de ser tan flojo.

— ¡Yo no soy flojo!

— ¿Ah, sí? Ni me digas. ¿Qué estudiabas antes? Tal vez algo relacionado a los autos.

Ryder me miró unos segundos sin decir nada. Yo creía siempre que podría descifrar lo que la gente pensaba con solo ver sus expresiones, pero en esos momentos su expresión era indescifrable.

El sol se reflejaba en su cabello oscuro haciéndolo lucir más brillante, pero probablemente no tan brillante como sus ojos. Una sonrisa reluciente y presumida apareció en sus labios.

Tiró de unos pequeños mechones de cabello ondulado hacia un lado de su rostro y se acercó a mí.

—Si adivinas te doy algo —dijo con entusiasmo.

— ¿Qué?

—Es un premio sorpresa —replicó haciéndose el misterioso.

Puse los brazos en jarra y no pude evitar reírme.

—Es porque no existe tal regalo, mentiroso.

Ryder fingió estar ofendido por unos segundos y luego volvió a sonreír.

— ¿Y tú qué sabes? Puede ser cualquier cosa: un dulce, un secreto...

Rodé los ojos.

—Un baile sensual —dijo y se echó a reír.

— ¿Un baile? No quiero un baile, gracias.

Alzó el dedo índice y dijo:

—No un baile común. Un baile sensual. Muchas matarían por él y tú lo obtendrías prácticamente gratis.

Me llevé una mano al pecho.

— ¡Oh, Dios! No sabe cuánto lamento rechazar su oferta, señor bailes sensuales —ironicé.

—Está bien, ya vas a venir arrastrándote por él. Y no vas a tener nada.

—Ese día estaré ciega, ¿lo sabías?

—Bien, lo veremos —dijo estrechándome la mano—. Ahora adivina.

Dejé escapar el aire y resoplé mientras nos dirigíamos hacia el auto para ir la Abadía de Westminster que quedaba a un par de cuadras.

Ryder condujo por una calle llamada Abigdon por unos minutos y luego dobló en la calle Great College.

—No lo sé, hay cientos de carreras, Ryder —dije cuando volvió a insistir—. Te conozco hace un maldito día, ¿cómo crees que voy a adivinar la carrera que tú estudiabas?

—Oh, entonces hablabas en serio cuando dijiste que no querías mi sensual baile —murmuró.

—Claro que sí.

—Está bien, está bien. Voy a decírtelo.

—Bien.

—Si adivinas...

— ¡No! —grité cruzándome de brazos. No quería enfadarme con él, pero este chico lograba sacarme de mis casillas—. Si no quieres no me lo digas y acabamos esto aquí.

—Antropología —soltó de golpe.

— ¿Qué dijiste? —pregunté.

—Que estudiaba antropología —comentó él encogiéndose de hombros—. ¿Lo ves? No parezco tan bruto ahora.

Me sentí insultada porque yo en ningún momento había dicho que él era bruto. Probablemente había pensado que era un haragán, pero nunca "bruto". Saltaba a la vista que era un chico bastante listo.

— ¡Oye, yo nunca te dije bruto! —me defendí—. Así que no pongas palabras en mi boca que no son mías. Y ahora continuando con el tema, ¿por qué dejaste?

Se detuvo en una esquina y dobló hacia su izquierda sobre la calle Tufton.

—Ya te lo dije, problemas personales. Y, lo siento, Katia, pero no me gusta hablar de eso. Espero que no te moleste.

Me sorprendió saber que sí me molestaba un poco, pero tampoco podía enfadarme porque él no quisiera contarme cosas personales.

—Está bien. Entonces, ¿en qué te especializabas?

—Hice dos años de antropología biológica y luego me pasé a la forense. Es como una sub rama, con más muertos. Es algo así como un investigador. Analizas los restos esqueléticos, y puedes formular tus propias hipótesis acerca de cómo murió la persona y qué sucedió en la escena del crimen. Básicamente sería como juntar las piezas de un rompecabezas.

—Euuu. Restos de alguien muerto. Paso.

Largó una carcajada y segundos después nos detuvimos en un estacionamiento para poder ver de cerca la Abadía de Westminster en todo su esplendor; una enorme iglesia gótica que tenía el tamaño de una catedral y había sido construida entre los años 1045 y 1050.

—Honestamente, no me lo hubiera imaginado.

Ryder rodó los ojos.

—Bueno, eso es porque eres un poco prejuiciosa, ¿quieres una coca?

Me encogí de hombros y asentí. Después de irse, y dejarme sola en medio de un lugar que no conocía, volvió a los diez minutos trayendo dos *coca-colas*.

—Gracias.

—De na... ¡Ay! —se quejó en cuando le pegué con mi pequeño e indefenso puño en sus duros abdominales—. ¡¿Por qué demonios hiciste eso?!

Junté las cejas.

—Por decirme prejuiciosa.

— ¡Es la pura verdad!

— ¡Claro que no!

— ¡Ay! ¡Maldita sea, Katia, ya deja de hacer eso! Duele.

Rodé los ojos y me froté el puño con la otra mano. A mí sí que me dolía.

—Deja de ser dramático, si lo tienes duro.

Por unos minutos, Ryder me miró y contuvo la risa hasta que estalló con unas ruidosas carcajadas mientras intentaba cubrirse la boca con su puño. Un par de personas que pasaban caminando a nuestros laterales comenzaron a mirarnos. Seguramente parecíamos un par de locos.

— ¿Lo tengo duro? —dijo finalmente y comprendí a qué se refería. Maldito asqueroso.

— ¡Eres tan desagradable! —Lo acusé llamando aún más la atención de la gente—. ¡Y un jodido malpensado! Yo me refería a tu vientre.

Él terminó de reír, ignorando completamente lo que le estaba diciendo y tiró de mi muñeca hasta aplastar mi palma en su vientre en un rápido movimiento. Presionó por unos segundos y sentí un calor quemar mi palma y luego mi estómago. No podía creer que mi cuerpo hormigueara de esa manera solo por aquel leve contacto sobre su camiseta.

—Es verdad, lo tengo duro. Toca, vamos —añadió mientras los colores se me subían al rostro. Por suerte pude acusar que era a causa del calor del día y no del

calor que sentí cuando tiró de mí, dejándome tan cerca de su cuerpo bien entrenado—. Que no te de pena.

— ¡Ya, suéltame! —me quejé.

— ¡Te sonrojaste! —Se burló y en ese momento deseaba que me tragara la tierra—. ¡Pareces un tomate, Katia

«Bien, Katia —me dije—. No te queda más opción que calmarte. Además, si te enfadas, ¿cómo demonios vas a regresar a la casa? » No, esperen, este idiota no sería capaz de dejarme aquí, ¿verdad? ¡¿Verdad?!

Claro que no, Elizabeth lo mataría.

Sin embargo, mi fuero interno me decía que tenía que salir corriendo de allí.

— ¿Cuál es tu problema? —le espeté intentando mantenerme controlada—. Desde que llegué has buscado todo tipo de momentos para burlarte de mí. Eres un idiota, Ryder. —Y sin decir más, me encaminé hacia el vehículo, lo rodeé, abrí la puerta del acompañante y me subí.

Encendí la radio y estaban dando el pronóstico del clima para los siguientes días. Bajé un poco el volumen.

Me quedé sola en el asiento del copiloto alrededor de unos veinte minutos hasta que él ingresó al auto. Por lo menos se había dignado a darme un tiempo a solas. De esa manera podía aplacar un poco el enojo que había sufrido por su culpa. Es por momentos me hacía creer que era un encanto de chico, agradable y muy simpático. Hasta que su faceta de idiota lo delataba absolutamente.

En cuanto se sentó bajé la mirada a mis manos que estaban sobre mi regazo. No me gustaba para nada que me tomara el pelo. Tampoco me había gustado el calor que sentí al tocar su vientre.

— ¿Ya está? —preguntó.

Me froté la frente, un maldito hábito que solía tener cuando me enfadaba al punto de parecer una loca. Seguramente me quedaría una gran marca roja.

— ¿Es una broma? —espeté—. ¿Ya está? ¿Es lo único que puedes decir? Te comportaste como un imbécil.

Ryder resopló. Movía sus ojos de un lado al otro sin decir absolutamente nada. Y yo esperaba que se disculpase.

Y no lo hizo.

Lo miré con el cejo fruncido y los dientes apretados.

— ¿Ya se te fue el enojo? —dijo girándose hacia mí.

Sacudí la cabeza y crucé los brazos sobre mi pecho.

— ¿Es tan complicado decir lo siento?

Ryder puso los ojos en blanco y sonrió.

— Está bien, lo siento, ¿me perdonas? Solo estaba jugando.

— Bueno no me gustan esa clase de juegos.

— ¿Por qué?

—Porque me ponen nerviosa.

Él se volvió al frente y dejó caer sus anchos hombros.

Pasaron unos cuantos minutos sin decir nada. Hasta que él lo hizo.

—Lo siento, de verdad —dijo con un dejo de sinceridad en su voz. Así parecía ser Ryder Montgomery todo el tiempo: durante un minuto era un buen sujeto y al segundo se convertía en un idiota con título y medalla. Pero nunca se sabía qué porcentaje poseía de cada hombre, algo que realmente me confundía.

Ahora que había recuperado un poco de mi estado de ánimo habitual tomé una bocanada de aire y asentí. Lo que le había dicho era verdad. Fue un horror tener mi primer novio porque todas pensaban que era una chica lanzada, pero no. Me hacía sentir nerviosa. Y peor me había puesto el día de mi primera vez. Rayos, nunca había estado tan nerviosa como aquel día. Tanto que parecía una jodida hoja de papel de cómo temblaba. Pero Lenn había sido muy comprensivo al respecto y eso era lo que más me agradaba de él, que se había tomado su tiempo. Sin embargo, no estaba segura de cómo sería estar con otra persona. A mí me gustaba Lenn, pero no había llegado a enamorarme de él, ni él de mí. Éramos un par de amigos que se querían demasiado como para terminar en una cama y no tanto como para acabar enamorados. Y por algunos años fuimos simplemente eso, amigos. Ambos nos habíamos llevado la primera vez del otro.

Dejé escapar el aire y me froté las rodillas con las manos.

—Está bien. Probablemente no debí haberme enfadado tanto, pero es que...

Ryder apoyó una de sus manos sobre la mía y la presionó. Una ligera sonrisa de costado se formó en su rostro.

—No tienes que explicarte. A veces cruzo la línea porque probablemente me he oxidado respecto a las relaciones con amigos, o amigas.

Grandioso. Estaba segura de que iba a arrepentirme de decir esto, pero tenía que decirlo porque era la verdad. Apreté los labios unos momentos antes de decidirme a hablar.

—Sé que esto puede llegar a sonarte cruel, Ryder, pero...no somos amigos. Tal vez lo seamos en algunos meses, o quién dice, semanas. Pero no somos amigos ahora. Te conozco hace dos días. Y lo siento si es demasiado sincero de mi parte, no quiero herir tus sentimientos.

Ryder quitó su mano de la mía y la llevó al volante. Bajó la mirada y asintió. Yo sentía una pequeña opresión en el pecho que comenzaba a doler. Sabía que no tendría que haber sido tan mala con él, porque en el fondo parecía un gran chico.

—Sí, tienes razón. Puede que sea prematuro, pero viviremos en la misma casa por un buen tiempo, y a mí realmente me gustaría ser tu amigo —dijo, y cada palabra se clavó en mí como pequeños y afilados cuchillos.

—Veremos —murmuré y forcé una sonrisa.

Lo que tal vez me hizo sentir más culpable era que él ahora me estaba mirando como si fuera la única persona en el mundo con la que podía hablar. En ese momento sus ojos azules derramaban una sinceridad aplastante que me hizo repensar de manera absoluta lo que acababa de decirle.

Lancé un suspiro de resignación y me encogí de hombros.

«Vamos, Katia — me dije —, no seas mala con el chico»

Una canción comenzó a sonar en la radio *Fix you*, de Coldplay.

—Está bien. Podremos hacer algunas cosas juntos, si quieres. Si por lo que dices no tienes muchos amigos, y yo no conozco a nadie, no hay nada que perder.

—Los he tenido — dijo él—. Pero no eran verdaderos. Los malos amigos siempre se van en las malas. Y he vivido bastante de ellas como para perderlos a todos. Cuando un problema azota tu vida, ellos simplemente desaparecen.

—Entonces ¿nunca ha habido en tu vida alguien que valga la pena?

Mirando hacia la nada, Ryder abrió un poco más los ojos y negó.

—Muy pocas, pero esas solo voy a lastimarlas. Todos aman a los chicos malos. Pero cuando un chico se vuelve bueno en un lugar como Inter, parece que desapareces de todo plano.

—Y eso es porque probablemente estabas en el lugar equivocado. —Dije y él asintió.

—Puede ser. Me gusta pensar que haberme topado con ese lugar me ha ayudado a valorar la vida en muchos sentidos.

—Me alegra que digas eso — dije —, los momentos perdidos nunca regresan.

—Lo sé.

Esa tarde volvimos antes de las cuatro de la tarde luego de un viaje de más de una hora desde el centro de Londres hasta el barrio donde estaba ubicada la casa de mi hermana.

La extraña confesión de Ryder me hizo sentir algo de pena por él. Me resultaba casi imposible que un chico como él, que parecía tan agradable no tuviera amigos. Era un muchacho suelto que no tenía problemas en hablarte y divertirse contigo. Y aún así pude ver sus ojos y darme cuenta que se sentía muy solo. Eso dolió, realmente lo hizo.

Capítulo 5 Hyde Park

Durante los siguientes quince días Ryder y yo hicimos algunos paseos bastantes agradables debido a todo ese asunto de que ninguno de los dos parecía tener amigos; yo por ser nueva en la ciudad y no conocer a nadie y él porque...bueno por esos problemas de los que no quería hablar.

Me sorprendió darme cuenta de lo bien que la pasábamos juntos. Yo disfrutaba mucho de los viajes al centro de Londres, pero también me agradaba estar en la casa con él. Sobre todo cuando Jenifer no iba a la guardería. Ver a Ryder Montgomery de niño era algo que toda persona debería haber visto aunque sea una sola vez. Eran tan dedicados con ella y también con Max, que podría jurar incluso que a veces parecían sus hijos.

A veces se quedaba tardes enteras en el living jugando con Jen, le leía libros y la ayudaba a dar sus primeros pasos.

«Esto es malditamente tierno» pensé una vez mientras lo miraba hacerle caras raras a Jenifer antes de darle de comer. Lancé una pequeña carcajada y él alzó la cabeza. Quería que la tierra me tragara allí mismo.

— ¿Te parece gracioso? —dijo él y sonrió.

Un manto caliente envolvió mi cuerpo y sentí que las mejillas me ardían. Asentí con la cabeza y él, con el ceño fruncido, sonrió aún más y asintió. Luego se volvió a Jen.

—Es...—intenté decir y tosí—, es lindo que cuides tanto de ella. Cualquier otro chico de tu edad se preocuparía por otras cosas.

— ¿Qué tipo de cosas? —preguntó alzando una ceja.

—Ya sabes, fiestas, alcohol, sexo, drogas.

Ryder rodó los ojos.

—Sí, es verdad. Bueno, yo ya no necesito nada de eso. He tenido suficiente de alguna de ellas.

Abrí un poco los ojos. Lo miré por unos segundos, pasmada, acababa de dejar más que en claro que él ya había probado cada una de esas cosas.

Fiestas.

Alcohol.

Sexo.

Drogas.

Ninguna de esas palabras podría pasar por tu mente si mirabas esa escena de Ryder y Jenifer.

Era algo más como.

Ternura.

Dedicación.

Amor.

Sonreí para mis adentros. No cabía duda que lo había juzgado mal desde el principio.

Dos semanas después de visitar los palacios, él planeó una salida al Museo Británico. Sé que no le agradó mucho ir y que obviamente se aburríó, pero aprecié el gesto de llevarme a un lugar que para mí era importante debido a mi amor por la historia. Y honestamente, ese museo en particular era excepcional, porque no solo te encontrabas allí con la historia cultural de Inglaterra, sino también te podías encontrar piezas históricas y fascinantes de continentes como América, África, Asia y el resto de Europa.

Luego de una extensa recorrida por el museo en donde pude apreciar cosas como objetos de ciudades romanas de Pompeya y Herculano; algo que me llamó mucho la atención del sector de Pompeya fue un brazalete de oro con forma de serpiente enroscada y un enorme bloque de piedra que tenía tallado palabras en osco, que era una lengua extinta del sur de Italia. Sin embargo era hablado principalmente por tribus.

—Sí, que maravilloso —dijo Ryder apurando el paso mientras yo le explicaba lo que acababa de leer.

—Crees que es muy aburrido, ¿verdad?

Él me largó una mirada de soslayo.

—Eres una chica muy lista, Katia. Se supone que hay que apoyar a los listos. Y si esto te gusta, yo no tengo problema con ello. Aunque esté pensando a cada segundo a qué hora nos vamos.

Me mordí el labio inferior. Eso había sonado tan lindo de su parte.

— ¿En verdad?

Se detuvo en seco, inclinó su cabeza hacia mí y me dirigió una de esas incómodas sonrisas que me parecían demasiado sexys y de las que creí que pronto iba a acostumbrarme. Pero mientras tanto me hacían tener escalofríos y lograban que los hombros se me tensaran.

Sabía que Ryder y yo ya éramos amigos después de casi tres semanas de vivir juntos, pero a veces no podía evitar pensar qué sucedería en el futuro con nosotros. Y nunca en mis veinte años se me había cruzado ese pensamiento con otro chico al que había conocido.

—No, solo era una broma, ¿podemos irnos ya? —dijo haciendo pucheros—. Siento que estoy envejeciendo diez años por minuto.

Rodé los ojos.

—Eso es físicamente imposible —me quejé. Y al ver que él daba un paso al frente, yo di un paso hacia atrás.

A veces mantener las distancias era bueno.

—Mira mis patas de gallo —se inclinó peligrosamente hacia mí—, ya es tarde, parezco de 35 años cuando solo tengo unos jóvenes e inocentes 23.

Si, claro, inocentes.

—Creí que tenías menos —confesé.

Una sonrisa burlona se desplegó en su rostro.

—Yo creí que tenías más —bromeó.

Comenzamos a caminar de nuevo hacia la salida y atravesamos el enorme patio diseñado por Norman Foster, un arquitecto muy reconocido.

—Que tonto eres.

—Lo decía de verdad.

Bebí un poco de jugo de naranja y luego me sequé la condensación que había quedado en mi mano.

—Vaya, tú sí que sabes como animar a una mujer, Ryder Montgomery.

—Tranquila, tengo otras cosas para animar a las mujeres. Solo que no me gusta que siempre quieran más. A veces resulta abrumador.

Me atraganté con el jugo y Ryder se detuvo para golpear mi espalda.

— ¿Estás bien? —preguntó con una sonrisa divertida.

Mis mejillas intensificaron su carmesí.

—Sí, pero si pudieras dejar de decir las cosas con doble sentido me facilitarías mucho nuestras citas.

¿Qué había dicho? ¿Citas?

Su mano se quedó apoyada en mi espalda, sin moverse. Solo allí, quemándome con el calor que emanaba su palma.

Tragué saliva.

—Así que estamos en una cita, ¿eh? —dijo alzando una ceja.

Tenía miedo de querer hablar y que las palabras no me salieran.

— ¡Oye, no quise decir eso! Quise decir salidas. Sí..., salidas —tartamudeé.

Su mirada me recorrió lento, desde arriba hasta abajo, dejándome paralizada. El suave movimiento de sus ojos me estremeció, como si estuviera grabando mi imagen en su cabeza. Sus ojos zafiro parecieron brillar por un efímero instante. Sentí un calor ardiente en mi cuello y mi estómago, y además era evidente que mis mejillas ardían como dos malditas manzanas rojas.

Si me preguntaban en ese momento porque Ryder Montgomery me hacía sentir de esa manera, hubiera respondido que no sabía bien las causas. Tal vez porque parecía un chico seguro de sí mismo que no dudaría en arrebatarte un beso si le gustabas, o porque era terriblemente atractivo y no había conocido a nadie así en mi vida.

Él era distinto en todos los sentidos. Podía parecer duro por fuera, pero no tendrías que rascar mucho su corteza para darte cuenta lo tierno que podía llegar a ser.

Entonces sonrió gentilmente y yo volví a respirar.

Eso había sido jodidamente intenso.

—Claro —respondió desplegando aún más su blanca sonrisa.

Tomé varias bocanadas de aire y bebí un poco más de mi jugo. Mierda, mierda, mierda. Me sentía tan acalorada que el aire acondicionado del museo parecía no servir de nada.

—Mejor así —balbuceé.

Me retiré algunos cabellos de la cara y seguimos avanzando, esta vez sin decir nada más hasta llegar a la casa.

Durante la tercera semana, a principios de septiembre, fuimos Hyde Park. Y como Elizabeth y Ben trabajaban toda la tarde, Ryder pasó a recoger a Max a la escuela y luego fuimos a la guardería por Jenifer.

Iba a ser grato pasar una tarde con mis sobrinos y poder conectarme más con ellos. Sobre todo con Max porque Jenifer solo decía algunas palabras y me mordía la mano cada vez que la tocaba.

Me reí para mis adentros, Ryder había tenido razón.

Teníamos una hermosa tarde por delante y pensaba disfrutarla, porque solo me quedaba una semana antes de comenzar la universidad, que por cierto, aún no habíamos ido a conocerla.

El sol brillaba en lo alto y cientos de personas paseaban alrededor del parque: algunos leían, otros paseaban en bicicleta o hacían ejercicio, y numerosas familias disfrutaban de su día de campo.

Cuando Ryder estiró una manta sobre el césped, me dejé caer en ella mientras sentaba a Jenifer, que estaba mordiendo un pequeño juguete, sobre un pequeño cojín y Max sacó una pelota de fútbol. Un poco de improviso, habíamos logrado preparar una cesta de mimbre que habíamos encontrado bajo la mesada de mármol de la cocina, y habíamos preparado unos bocadillos y algunas bebidas frescas que Ryder guardó en una pequeña hielera.

Teníamos lo necesario para que el día resultara perfecto.

—Tienes que disfrutar de tus últimos días, Katia. ¡La universidad va a matarte!
—proclamó Ryder mientras le daba un poco de jamón a Jenifer.

—Despacito, bebé —le dijo y juntó sus pequeñas manitos para que lo tomara.

Me reí. Nunca en tanto tiempo me había sentido tan relajada, sin embargo cuando recordé que solo me quedaba una semana, comprendí que la había estado pasando tan bien, no solamente con Ryder sino con Elizabeth y Ben, que iba a extrañar tener ese tiempo libre.

«Vas a extrañarlo más a él, sé honesta» dijo mi mente. Era cierto. El tiempo con Ryder realmente había sido el mejor en toda mi vida, excepto cuando lo pasaba con mi mejor amiga Ginger, que a propósito me había exigido un mail detallado de cómo se veía Ryder Montgomery.

"Envíame una fotografía. Aunque ya puedo imaginar lo delicioso que se ve ese tal Ryder", había escrito ella en un mensaje de texto.

—Lo sé, gracias por recordármelo, Ryder —ironicé.

— ¡Vamos! Un poco de ánimo, nena. Si se te hace difícil puedo ayudarte —dijo mientras servía un vaso con soda—. Max, ¿quieres que juguemos un poco con esa pelota?

— ¡Sí! —dijo Max el entusiasmo que solo puede tener un niño de siete años, y corrió unos metros haciendo rodar la pelota.

—Tú no sabes nada de historia y dudo que en mi carrera haya esqueletos que examinar.

Ryder se levantó y antes de salir detrás de Max dijo:

—La historia está llena de muertos, preciosa. Lo malo es que por lo menos la mitad de ellos han hecho algo importante y sin embargo han sido olvidados.

Y lo vi alejarse, trotando de espaldas hasta que estuvo lo suficientemente lejos como para no vernos muy bien.

Me volví hacia Jenifer que estaba jugando con unos peluches y unas muñecas. Ya se había acabado el jamón y estaba bebiendo el biberón de Jugo que Ryder le había preparado. La niña era bastante tranquila, así que no necesitaba prestarle una atención extrema. Y no lo hice, porque de reojo observaba cómo Max y Ryder jugaban con la pelota.

Sin siquiera darme cuenta, me dejé llevar. Me quedé mirándolos por más tiempo del que se debería y no me sorprendí al pensar en que Ryder sería un gran padre en algún futuro. Tenía esa chispa. Y además parecía que los niños lo adoraban con locura. Porque parte de él tenía esencia de niño: era responsable y caprichoso a la vez, era desfachatado pero muchas veces te hacía pensar que era ingenuo. Y sin embargo, lo que más me gustaba de él era que parecía ser puro de corazón, a pesar de lo que insinuaba de su pasado.

Miré a Jen que seguía jugando y me volví a ellos otra vez.

Sonreí. Pocas veces en la semana había visto a Max así de feliz, casi siempre lo veía detrás de algún libro, perdido, cosa que también me parecía bien. Y otras tantas otras se desaparecía para jugar a los videojuegos o hacer la tarea con Ryder. Ellos corrían de un lado al otro haciendo rodar la pelota mientras reían. No sé si mi sobrino se llevaba así de bien con su padre, sobre todo sabiendo que Ben trabajaba todo el día, por lo que no era su culpa si no podía pasar todo el tiempo que

quisiera con su hijo. Pero las cosas con Ryder parecían, siempre parecían ser distintas.

Max y él conectaban.

Al cabo de media hora, los dos regresaron acalorados a beber unas sodas.

—Definitivamente eres mejor que yo —dijo Ryder con la respiración acelerada.

Max sonrió.

—Tú me lo enseñaste, tío —respondió Max.

—Eso no impide que seas mejor que yo. Eres realmente bueno en todo, Max, sabes que hagas lo que hagas vas a triunfar.

Ryder le revolvió el cabello con una mano y Max se echó a reír.

Después de comer algunos sándwiches y algunas tostadas francesas, de las cuales ya me estaba hartando porque parecía que era lo único que Ryder sabía hacer, estuvimos charlando un rato mientras Max arrojaba algunas piedras al lago Serpentine, que debe su nombre al hecho de que parece una serpiente, y de paso alimentaba a algunos patos que estaban allí. Ese lago acabó siendo uno de mis favoritos, porque dudo que los otros lagos de Hyde Park pudiese encontrar tal fauna silvestre como esa: como cisnes y gansos, o tal vez sí, pero a mí me gustaba ese en particular.

El día se había nublado un poco y debido al excesivo calor de los días previos era obvio que iba a formarse una buena tormenta en cuanto entráramos en las primeras horas del fin de semana.

Solo me quedaban nueve días. Rayos, las primeras tres semanas habían pasado tan rápido. Honestamente, cuando llegué al aeropuerto me dije a mí misma que iba a ser bastante aburrido estar en Londres sin amigos ni nada que hacer por tres extensas semanas, y ahora que había disfrutado mi corta estadía, y debía admitirlo: gracias a Ryder Montgomery, estaba segura de que la próxima semana se me iba a pasar volando.

Y no quería que eso sucediera.

Solo había una cosa que quería conocer en particular. Algo que me llamó mucho la atención desde que oí su nombre: la famosa Calle Inter. No solo porque Ryder la había nombrado unas cuantas veces, y tal vez exageraba respecto a ella, sino porque había visto algunos pequeños carteles en muchas tiendas a las que habíamos ido. Según Ryder, la presentaban como un lugar en donde los jóvenes se juntaban para divertirse algunas horas por la noche, pero él sabía que estaba muy lejos de ser eso: en palabras de él era un circuito mortal en el que solamente se aventuraban a competir hombres intrépidos.

— ¿Y tú eras intrépido? —le había preguntado mientras terminaba de tomar mi helado.

—Tal vez. No me interesaba mucho el qué dirán, y mucho menos me importaba mi vida hasta que la realidad te golpea con tanta fuerza que comprendes que hay cosas más importantes. Cosas que debes aprovechar antes de que desaparezcan.

Ahora entendía un poco el punto de vista de Ryder. Probablemente si él hubiera seguido allí estaría muerto, según él, o quién sabe en qué agujero espantoso. Y sin embargo, mis ansias de conocer ese lugar me estaban desesperando un poco.

Y por otra parte, no sé, deseaba conocer un poco de ese mundo del que tanto Ryder hablaba como si fuera el lecho del mismo diablo. Porque, vamos, si él había permanecido tanto a ese lugar, algo bueno debía de tener.

Ryder y peligro eran dos palabras que cuando hablabas con él parecías no congeniar. Hasta que veías al Lancer, su auto.

— ¡Espabila, Katia! —me gritó Ryder mientras apretaba el brazo levemente—. Aquí el hombre quiere sacarnos una foto, ¿te apuntas?

— ¿Una foto? ¿A quienes? —pregunté volviendo de mis pensamientos algo perdida.

—A los cisnes, ¿a quién va a ser, Katia? A nosotros y a los niños.

Lo miré de reojo mientras fruncía el ceño. No tenía que tratarme de idiota.

Me atusé el cabello y me acerqué hasta donde ellos estaban, junto al enorme árbol.

No me había percatado de lo que parecíamos hasta que el fotógrafo lo dijo, y eso me produjo un extraño escalofríos.

—Señora, ¿puede pegarse un poco más a su esposo, por favor?

¿Acaso parecíamos una familia?

—No es mi esposo —dije con severidad.

—Lo siento, a su novio entonces, señorita —replicó el fotógrafo rodando los ojos. Vaya, que carácter.

—Tampoco, ellos son nuestros sobrinos —dije.

Ryder se echó a reír de lo defensiva que me había puesto.

—Sí, y además no me imaginaría estar casado con una mandona como ésta —dijo y le di un codazo en las costillas. Yo no era mandona. El problema era que él solía ser muy lento cuando había que hacer algo y era yo quien lo apuraba para que no se demorase. Si fuera por Ryder, todavía estaríamos limpiando la cocina y la habitación de Jenifer.

El fotógrafo tomó la foto y dijo que volvería en menos de diez minutos porque era en su camioneta en donde imprimía las fotografías.

—No puedo creer que haya pensado que estaba casada contigo —me quejé abrazando mis piernas—. Tengo solo 20 años, el casamiento no está en mis planes.

Ryder sonrió.

—Sí, ¿verdad? Tampoco creo que logre casarme nunca. Y menos contigo.

Lo fulminé con la mirada. Me sorprendió que su comentario me haya molestado.

—Bueno, tampoco es que eres el mejor candidato.

Él alzó una ceja y su sonrisa le dio aquel toque arrogante.

—Lo soy, nena. Soy inglés, tengo un acento impecable y me encuentro irresistiblemente irresistible.

— ¿Irresistiblemente irresistible? —pregunté—. ¿Acaso eres una publicidad de chocolates?

—No soy yo el que se derrite —dijo con suficiencia—, sino ellas.

Dejé escapar un suspiro teatralizado y lo miré con pena fingida.

—Y así y todo, querido Ryder Montgomery, no eres mi tipo.

Ryder carcajeó.

—Tú tampoco eres el mío, descuida.

—Mejor así —dije.

—Mejor así —contestó.

Capítulo 6

Lo prometido es deuda

El fin de semana no pudimos salir de la casa debido al aguacero que se largó el viernes por la noche y no paró hasta el lunes al mediodía. Cuando me asomaba por la ventana o salía al porche, podía ver cómo la lluvia arreciaba con fuerza dando el aspecto de que no había más nada delante de la casa, pues no podíamos ver la calle y gran parte del jardín delantero.

La lluvia repiqueteaba contra la ventana del living mientras yo me mantenía inmersa en mi computadora portátil. La noche había caído hacia unas cuantas horas, así que ya era de madrugada cuando me levanté, debido a que no lograba conciliar el sueño. y aproveché para leer mis mails. Ese viernes por la mañana me había llegado el nuevo programa de la universidad, y no era de sorprender que algunas materias fuesen completamente diferentes a las que tenía en la universidad de Boston.

El archivo en pdf decía.

Primer año de licenciatura de historia:

Historia política británica.

Historia económica británica.

Períodos de la historia europea desde los griegos hasta la actualidad.

Períodos de historia mundial más importantes.

Historia estadounidense.

Introducción al pensamiento político.

Antropología.

Y ese iba a ser mi primer año. Tenía algunas buenas opciones como especializarme en documentos antiguos y medievales, así que planeaba hacerlo mientras pudiera.

Siempre había considerado a la historia europea como la mejor, porque había tanto para desmenuzar que era increíblemente interesante.

— ¿Tendrás antropología?

— ¡Ah! —grité y la computadora casi se me cae de las piernas, puesto que estaba recostada en un sofá y me asusté cuando Ryder apareció detrás de ella como un fantasma. Y considerando que eran las dos de la madrugada del sábado y casi todas las habitaciones estaban con las luces apagadas, él casi me había matado del susto—. ¿Por qué te escabulles así? ¡Me asustaste!

Mi corazón se aceleró.

—Lo siento —dijo, totalmente pasivo—. ¿Té?

Lo fulminé con la mirada.

—Estuviste a punto de matarme del susto, Ryder. Y solo dices, ¿té?

Se quedó en silencio unos segundos mientras yo me esforzaba por verlo debido a que la única luz que nos iluminaba era la de la pantalla de mi computadora.

— ¿Entonces café? —añadió.

Dejé caer la cabeza hacia atrás. Maldita sea. Sin dudas me lo estaba haciendo a propósito. ¿Por qué otra razón Ryder Montgomery se aparecería como un maldito zombi frente a mí a altas horas de la noche?

—No quiero nada —dije.

— ¿Segura? Puedo hacerte lo que quieras —susurró en un tono muy provocador. «Razona, Katia», me dije.

Frené el impulso de decirle algo grosero porque no estaba segura de que él estuviese diciendo eso en doble sentido, ¿o sí? Sí, así era. No podía sacar conjeturas de todo lo que Ryder decía. Tal vez era su manera de hablar. Pero por si acaso, decidí quedarme en silencio hasta que él dijese otra cosa.

Ryder encendió la luz de la lámpara de pie que estaba a unos metros de mí y regresó otra vez hasta el sofá arrastrando sus pantuflas.

—Puedo hacerte un café o un chocolate.

Sacudí la cabeza.

—No, gracias, ya iba a acostarme.

— ¿No estabas viendo el programa de tu carrera? —preguntó haciéndome a un lado para sentarse. Bajé los pies al piso y cerré la computadora con un leve golpe en seco.

Fuera la lluvia seguía cayendo en una densa cortina y se podía oír cómo repiqueteaba contra el tejado.

Fruncí el entrecejo.

— ¿Cómo sabías eso, estabas espiándome? Es un hábito muy feo, por si no lo sabes.

Él carcajeó y cruzó los tobillos sobre el sofá dirigiéndome a su vez una sonrisa muy socarrona.

—Querida Katia —dijo fingiendo elegancia—. ¿Acaso no has notado que la pantalla de tu computadora se refleja en la ventana así como los árboles se reflejan en los arroyos? Y ahí decía, en letras enormes: PROGRAMA DE HISTORIA - UNIVERSIDAD DE LONDRES- CICLO 2009.

—Creo que tus analogías apestan.

— ¿Mis qué? —preguntó desencajado.

—Tus analogías, tus... —se echó a reír y supe que estaba burlándose de mí—. ¿No puedes comportarte más como una persona normal y menos como un idiota cabeza de chorlito?

—Sí, ya sabes que es una broma, Katia, no te alteres.

— ¿Y cómo no quieres que me altere? —alcé un poco la voz pero él hizo que me silenciara de nuevo.

—Está bien, si cierras tu bocota antes de despertar a todos, te llevo a donde quieras. En cuanto pare de llover, claro está.

Me lo pensé mejor. Bueno tal vez sí había un lugar al que quería ir. Al sitio intrigante que me daría las respuestas a muchas preguntas que me había hecho durante la semana pasada.

Ese lugar era la clave de lo que Ryder decía.

—Quiero ir a Calle Inter.

Ryder pestañó unas cuantas veces.

—Olvídalo —dijo levantándose listo para volver a su dormitorio—. Te dije que ese lugar es muy peligroso, Katia. ¿Acaso eres cabeza hueca?

— ¡Oye!, no me llames así. Tú eres el que sembraste la curiosidad en mí, ahora me llevas o aquí se termina nuestra amistad, Ryder.

Su boca formó una o.

— ¡Estás jugando sucio! —me acusó.

Me crucé de brazos y él se llevó las manos a la cintura. Llevaba una camiseta blanca sin mangas y un pantalón corto que dejaba poco a la imaginación, sobre todo porque era un poco ajustado.

Carraspeé y me acomodé en el sofá empujando mis pensamientos fuera. No podía perder la cabeza solo porque Ryder tenía un cuerpo como ese.

— ¡Claro que no! —y esa era una respuesta tanto como para él como para mí.

Luego de unos minutos de pensarlo, volvió al sofá y se dejó caer. Su sonrisa socarrona salió a la luz otra vez. Pero no yo sabía qué diablos estaba planeando.

—Está bien, Katia. Si quieres que te lleve a Calle Inter, te llevaré —dijo con un tono algo sospechoso.

—Más te vale. —Me crucé de brazos. Él me miró por unos segundos, me besó la mejilla -lo que me hizo hormiguar el rostro-, y diez minutos después se había marchado a su cuarto y lo único que quedaba en el sofá era su exquisito aroma a jabón y colonia.

Durante el correr de los días tomé un hábito del que no me enorgullezco, además de que me mordía las uñas: oír detrás de las puertas. Y no sé porqué, pero nunca me sorprendía oír mi nombre en conversaciones en las que mi hermana, Ben y Ryder hablaban de algo que no debía suceder.

El lunes por la noche, me acerqué al cuarto de Ryder porque había visto a Elizabeth dirigirse allí luego de cenar, y después a Ben mientras yo lavaba los platos. Así que dejé el fregadero con agua, detergente y la esponja listos para cuando volviese.

La puerta estaba cerrada, de modo que apoyé una oreja sobre ella cuando mi hermana decía:

— ¿No crees que estás pasando demasiado tiempo con Katia? Ayer te oí cuando dijiste que ibas a llevarla a Calle Inter. No quiero que mi hermana vaya a ese lugar, Ryder y sabes por qué.

—No soy idiota, Elizabeth. Sé lo que tengo que hacer. No te preocupes. Eso es solo un capricho de Katia que pienso cumplir de una manera sencilla.

— ¿Cómo es eso? —preguntó Ben.

—Luego les explico —contestó Ryder—. Y como te decía, cuñada: esta será la última semana que Katia pasará tiempo conmigo. Cuando comience la universidad no tendrá momentos más que para estudiar. Además conocerá a muchas personas en las clases. Personas mucho más interesantes que yo. Quédate tranquila, que para fin de año yo seré historia en su vida.

¿Por qué hablaba de mí como si yo fuera a cambiarlo?

—Pero todavía está el problema de ir a la universidad. Tú serás quién la lleve y no sé si quiero eso, Ryder, es muy arriesgado.

—No te preocupes por eso —la alentó Ben—. Es un viaje de menos de una hora. A la ida seguramente charlarán, pero a la vuelta Katia estará tan cansada que lo último que hará será querer hablar.

— ¿Y si ocurre lo que ocurrió aquella vez? —insistió ella.

—No volverá a pasar —dijo Ryder.

—Pues no estés tan seguro —remarcó mi hermana—. Solo dime que serás más cuidadoso. Ryder, es mi hermana, y si algo le sucede...

—Aparte de que vas a matarte, bueno si no muero también yo.

—No digas eso —lo regañó ella—. Solo sé cuidadoso, ¿sí?

—Nada va a pasarle, Elizabeth —dijo Ben—. ¿No, Ryder?

—Así es.

Respiré profundo y me llené de confusiones. Siempre oía algo parecido, pero nunca lograba descifrar qué era lo que estaba sucediendo. Tenía que hacer algo, y sabía qué. El próximo fin de semana le preguntaría a Ryder qué era lo que ocurría y por qué Elizabeth no quería que yo fuese su amiga.

Aquella noche, luego de lavar los platos, me marché a mi habitación y revisé mis correos. No le había mandado a Ginger la fotografía de Ryder y ahora ella estaba como loca.

Mensaje nuevo.

Para: Katia Green.

De: Ginger Foster.

Asunto: " ¡Traición!"

Oh, vamos, Katia. Tómale la foto como sea. Quiero verlo, ¡quiero veerlo! Porque por lo que me cuentas de él es titánicamente sexy. Ya veo que te está empezando a gustar un poquito. Y si es así, te apoyo. Nunca hubo un chico en tu vida que te haya vuelto loca, y me parece que Ryder lo está logrando. ¡Santo Señor! Si a ti te gusta es que debe estar mejor que las patatas de Mc Donalds. Ya quisiera tener uno así, que me de vuelta el mundo. Lo único que hace Sebastian es dar vuelta los libros de su biblioteca cuando se los desacomoda. ¿Sabes? A veces me resulta un poco aburrido, pero ya te he contado la parte buena de eso *guiño un ojo*.

Así que por favor, cuéntame un poco más de tus últimos días de libertad. De chico Ryder -soy un dios griego, romano, egipcio (todos los dioses)- pero me porto como ángel, y ¡tómale la foto!

Espero que estés bien. Te quiero amiga.

PD: ¿Será que tiene amigos como él? No, solo era broma. Cuídate y enamórate.

Aquella noche me fui a dormir con una mezcla de sentimientos. Ginger parecía poder describir mis propios sentimientos mejor que yo. En ese casi mes, Ryder había provocado tantas cosas en mí que me sentía muy confundida. Yo lo apreciaba porque era un buen amigo y con él la pasaba tan bien que me olvidaba de todo, pero tenía miedo de comenzar a sentir algo más. Aunque probablemente mi miedo más grande era sentir algo profundo por él y no ser correspondida.

Capítulo 7

Enfermera

El martes por la mañana me desperté al oír los gritos de mi hermana que provenían de la cocina, ¿qué estaba sucediendo? Era evidente que le estaba ladrando órdenes a Ben y a Max, pero estos no se oían decir palabra alguna. Antes de despabilarme por completo, miré hacia la ventana y comprobé que aunque el cielo seguía algo encapotado, la lluvia parecía haber parado y la humedad había aumentado, lo que daba como resultado un calor sofocante en mi habitación, puesto que no había encendido el aire acondicionado y estaba tapada con dos mantas polar.

Bostecé y estiré los músculos.

Salí de la cama, me puse las pantuflas peludas que habían sido un regalo austero de mi amiga Ginger, quién hacía poco me había enviado otro mensaje para avisarme que vendría a Londres en cuanto yo lograra establecerme. Lo que obviamente sería dentro de unos largos meses, porque ya estaba casi finalizando mi primer mes aquí y aún no me había planteado la posibilidad de buscar un empleo decente. Y cuando por fin me despabilé por completo, me até el cabello y me cambié la camiseta. Más tarde me bañaría.

A pesar de lo grisáceo del cielo y la ausencia del sol, algunos pájaros seguían cantando y los oí cuando bajé las escaleras hacia la planta baja de la casa. Sabía que seguro me esperaban las ya conocidas tostadas francesas de Ryder, así que no podía hacer nada. Tal vez al día siguiente podría hacerles unos hot cakes a todos, ya que era mi especialidad: con crema y frutillas frescas. Y con eso, nuestros estómagos descansarían de tanta mantequilla frita.

— ¡Ben, ¿puedes apurarte?! — vociferó mi hermana mientras dejaba, irritada, su cartera sobre el sofá del living—. ¡Estoy llegando tarde a una reunión importante! ¡Max, termina de una vez tu desayuno, hijo, tenemos que ir a la escuela!

Elizabeth corría de un lado al otro con una taza de café en la mano y papeles en la otra. Solo se detuvo cuando me vio al pie de la escalera. Respiró profundo y sonrió.

— Gracias a Dios despertaste, Kat, quería pedirte un favor — rogó—. ¿Será que puedes llevar a Max a la escuela? — asentí—. Estoy llegando tarde a una reunión y ¡Ben, apúrate!, y voy a volverme loca en muy poco tiempo.

Era evidente que Elizabeth no hacía esto todas las mañanas.

Tomó un poco de aire mientras yo le decía que no se preocupara por nada, y que si quería podía cuidar a Jenifer también.

— Sería de gran ayuda el día de hoy.

Le sonreí.

— ¿Necesitas que haga algo más? Yo no tengo problema.

Aunque lo que quería preguntarle era otra cosa, muchas cosas. Sin embargo también me estaba preguntando en dónde estaría Ryder.

—No, no. Con eso estará bien. ¡Ah, no, espera! —dijo—. Necesito que te fijes si Ryder necesita algo durante el día, el pobrecillo tiene un dolor de cabeza que lo está matando y algo de náuseas.

Por eso la casa era un caos, Ryder se sentía mal.

—Puedo prepararle un té de hierbas para la resaca —dijo sin siquiera pensar. Otra vez estaba juzgándolo y no me gustaba que eso sucediera a menudo. Tal vez parte de mí trataba de caer decepcionada para no aceptar lo que realmente me estaba ocurriendo con él.

Elizabeth sacudió la cabeza y se puso una chaquetilla azul.

—No, no es resaca, solo que no se siente bien el día de hoy. Pero ya se le pasará. Igual odia el té de hierbas, así que buena suerte intentando que tome un trago.

—Está bien yo me ocupo.

Ginger también odiaba el té de hierbas, pero siempre lograba que se lo tomara. Ryder no sería la excepción.

— ¡Ben! —gritó y sin dejar de mirarme—. Siempre hace lo mismo. No puede tardar tanto para ponerse unos pantalones, una camisa y un saco. Que hombre tan lento.

Contuve la risa.

Sentí unos pasos apurados bajar las escaleras y cuando me volteé vi cómo Ben terminaba de ajustarse la corbata negra que combinaba con su traje verde oscuro, mientras hacía malabares para sujetar su maletín y una carpeta que parecía estar a punto de reventar de papeles.

—Ya voy, cariño —dijo al llegar hasta donde ella se encontraba. La besó en los labios y Elizabeth aflojó su sonrisa por unos instantes—. Perdóname, no sabía que hoy era el día de la reunión por el caso de Clementie.

—Lo es —declaró ella. Lo tomó de la corbata aún desarreglada y lo arrastró hasta el automóvil que se encontraba fuera—. Ahora deja de parlotear que no llego. Adiós, Kat.

—Adiós, Katia —dijo Ben.

—Adiós, Elizabeth. Adiós, Ben.

Los saludé con la mano a pesar de que ellos no me estaban observando. Y aprovechando eso, me eché a reír.

Entré a la casa de vuelta y cerré la puerta detrás de mí. Un automóvil pasó por la calle en cuanto me asomé por la ventana y trajo consigo un poco de oleaje. Apostaba que si alguien hubiera estado en la acera habría quedado completamente empapado. Como me había pasado tantas veces en Boston cuando iba a la escuela.

Fui a buscar a mi sobrino.

— ¿Max? —lo llamé mientras caminaba hacia la cocina. Mi sobrino estaba sobre un taburete comiendo cereales con leche. Ya estaba listo, de modo que solo faltaba que yo me pusiese unos jeans cortos y una camiseta sin magas. Bueno, y unos zapatos deportivos.

— ¿Sabes como llegar a la escuela, tía Katia?

—Digamos —dudé—. Pero ahora le pregunto a Ryder, ¿a qué hora entras? —dije sacando un cartón de jugo de naranja 100 por ciento natural, eso nos hacían creer, del refrigerador.

—Hoy a las 8.30.

Calculé la hora. Eran exactamente las 7.15, de modo que tenía tiempo de sobra.

Busqué en la alacena la cajita de té de hierbas y preparé una jarra de agua fría lista para ir al fuego. Esto tenía que calmarle las nauseas, y para el dolor de cabeza una aspirina, infalible.

—Tú acaba el desayuno tranquilo —le dije a Max una vez que el agua hirvió y mientras servía un poco en una taza—, que yo le llevo esto a Ryder, me cambio y nos vamos, ¿sí?

—Está bien, ¿puedo pasar a ver al tío después?

—Supongo que sí, si no está muy enfermo. Tampoco queremos que te contagies.

Al parecer a mi sobrino le daba pavor la idea de que un virus anduviese por la casa, porque hizo una mueca de desagrado y dijo que mejor iría a la tarde, cuando su tío estuviese un poco mejor.

—Okay, entonces le mando un saludo por ti.

—Gracias —sonrió y volvió a su plato a la vez que miraba unas caricaturas de luchadores en la televisión que estaba ubicada prácticamente dentro de la pared derecha de la cocina.

Terminé de servir el té y tomé del cajón de la encimera una plancha de aspirinas. Dispuse todo en una bandeja de madera que tenía pintado un colibrí color limón y algunas flores de loto color crudo.

Con cuidado de no derramar nada, me dirigí directo hacia el cuarto de Ryder, que estaba junto al mío. Subí los peldaños de las escaleras a paso lento y cuando me detuve frente a su puerta, respiré profundo y golpeé.

No obtuve respuesta del otro lado, así que luego de tragar saliva, tomé el picaporte, lo giré sin hacer ruido y abrí la puerta con cautela. A pesar de que era de día la habitación estaba en medio de la penumbra, con las persianas bajas y las cortinas cerradas.

El aire acondicionado estaba encendido, pero muy bajo.

—Permiso —dije al empujar la puerta—. ¿Ryder, estás despierto? —pregunté en voz baja.

No dijo nada, pero podía oír su respiración profunda y algo ronca inundar el cuarto; un cuarto que al estar a oscuras me dio mucha curiosidad, pues nunca había entrado antes.

A tuestas, encendí la luz y dejé la bandeja sobre el escritorio. Miré la hora: 7.43. Más tardar a las 8 tenía que estar cambiada, así que esto no debía llevarme mucho tiempo.

Lo que hice a continuación fue mirar directo a la cama de Ryder. Él estaba tapado con una sábana y se encontraba de lado.

Parecía profundamente dormido.

Lo miré unos momentos. De hecho, más tiempo del que debía.

El cuarto estaba pintado de color azul oscuro y no había mucho en él más que su cama, una cómoda color caoba, un enorme ropero entre abierto y una computadora portátil sobre el escritorio. Además de una pequeña televisión pantalla plana ubicada estratégicamente frente a la cama. Las cortinas eran de color marrón tabaco y el piso era igual al mío, de parqué.

Había unas cuantas fotografías de él con los niños. Una de él y Max en el jardín trasero, y unas cuantas con Jenifer de bebé. También colgaban de una de las paredes, unas fotografías de él con Ben y un hombre que nunca había visto en mi vida. No cabían dudas que era su padre, los ojos azules lo delataban. Si era su padre, se parecían muchísimo.

Me acerqué hasta él a pequeñas zancadas y lo sacudí un poco por el hombro. No sabía cómo ni porqué, pero estar allí en su cuarto, y a una proximidad que sonaba muy íntima a pesar de que no lo era, me puso nerviosa y provocó en mí inesperados nervios. Los había sentido con otros chicos y con él solo al principio, hasta que nos acostumbramos a estar uno alrededor del otro. Ryder últimamente no me ponía nerviosa, pero ese momento me había provocado una serie de temblores espasmódicos que no podía parar.

Cuando lo llamé por segunda vez, él se giró hacia mí e instantáneamente se llevó la mano a la cabeza. Conocía muy bien esos dolores, sobre todo cuando llegaba de la universidad. El murmullo constante de alumnos y profesores en una misma aula era una mala combinación para mí.

—Katia... —dijo esbozando una pequeña sonrisa muy forzada. También estaba algo pálido—. ¿Me extrañabas, nena? —Bueno, por lo menos su sentido del humor no había salido afectado por el dolor de cabeza matutino.

Alcé las cejas.

— ¿Si te digo que sí te tomarás el té de hierbas que traje para ti? —dije y mi voz sonó extrañamente dulce, como si le hablara a un niño. Como sea, Ryder a veces se comportaba como uno.

—Así que lo hiciste, lo sabía —una sonrisa tiró de sus labios—.Debió de haber sido duro no ver mi sexy cuerpo dando vueltas por ahí durante toda la mañana.

—La vecina de enfrente dijo que sí. A propósito, ¿cuántos años tiene? — bromeé—. ¿Tal vez 90? Eso explica porqué te ve sexy.

Ryder alzó una ceja y ladeó su sonrisa.

—Ella por lo menos lo admite —rió—. ¿Tú me ves sexy?

Rodé los ojos y sacudí la cabeza.

—Vamos, Ryder, ¿vas a tomarte el té? —Le pedí poniendo los brazos en jarra—. Te hará bien. Y además te traje una aspirina.

Me giré para tomar la bandeja. El té seguía caliente. Y por las dudas había traído un vaso de agua para la aspirina. Cargué la bandeja en mis manos y me giré hacia él nuevamente.

—Puedes destaparme si quieres, duermo en ropa interior, a veces... —dijo con un todo socarrón y con un gesto vago miró su cuerpo y advirtió algo que yo no había notado—. No, mejor no me destapes. Ya sabes como son las mañanas de un hombre.

Estuve a punto de ahogarme.

Un manto caliente me recorrió el cuerpo y las mejillas se me pusieron rojo ardiente. ¡Demonios!

—Va... vas... ¿vas a tomarte el té? —pregunté con la boca seca y el cuerpo acalorado. Él sonrió un poco más y negó.

Yo ya comenzaba a transpirar.

—Vamos, Ryder.

—No, puaj. Ese brebaje es de hippies. No quiero ese pasto en mi cuerpo.

Sacudí la cabeza, algo exasperada.

— ¡Pues más te vale que te lo tomes, porque tengo que llevar a Max a la escuela y no tengo tiempo de lidiar con un chiquillo inmaduro!

— ¡Oye, no le digas así a Max!

— ¡Lo digo por ti, idiota! —repliqué.

Y por un momento volvíamos a ser los mismos de siempre. Pero el calor seguía allí, sofocando mi cuerpo. Ni siquiera estando inconsciente iba a poder aplacar esas sensaciones que inundaban mi cuerpo cuando Ryder me miraba.

— ¿Tengo que creerte?

—Ryder, tómate el té ¡ahora! —dije entregándole la taza.

—No.

—Pareces un niño de 5 años, ¿puedes tomarte el maldito té?

—Di que te parezco atractivo —dijo incorporándose un poco. Su voz sonaba baja y temblorosa, como si le costase hablar, sin embargo me hizo tambalear un poco.

Abrí más los ojos, no pudiendo creer lo que acababa de pedirme.

— ¿Qué?

—Que reconozcas que te atraigo.

—Creo que tienes fiebre. Toma. Y una aspirina para que dejes de delirar.

Tomó la taza entre sus manos y una corriente eléctrica recorrió desde mis dedos hasta todo mi cuerpo en cuanto él me tocó los nudillos con las yemas de sus dedos. Nunca había sentido un choque eléctrico como tal, pero allí estaba yo: sucumbiendo ante cualquier gesto de Ryder Montgomery, que lejos de estar convaleciente, parecía sentirse mejor que yo. Acercó la taza a su nariz, olió su aroma e hizo una mueca de asco.

—Tal vez, pero no puedes negar esta inminente atracción —bebió un trago rápido y lo saboreó. No sabía tan mal como él creía porque tragó un poco más—. Inminente atracción —repitió sonriente—. Debería ser el nombre de un libro erótico, ¿no crees?

Sacudí la cabeza, desesperada, y suspiré.

—No sabes lo que dices.

—Y tú no eres consciente de lo que podríamos hacer —dijo y eso fue el colmo.

Santo Dios.

—Tengo que irme, Ryder —«tengo que irme antes de que todo esto se des controle.» Me encaminé hacia la puerta mientras oía cómo me llamaba. Pero yo no estaba dispuesta a volver. No después de lo que acababa de decir.

Cerré la puerta detrás de mí y me apoyé en ella al tiempo que me llevaba una mano al pecho. Estaba agitada y mi corazón palpitaba con desenfreno, de eso no había duda, pero mi razón no me dejaba pensar en la causa de ese calor que se había expandido por todo mi cuerpo en segundos hasta hacerme sentir avergonzada.

Tal vez debería ignorar la razón, por lo menos por una vez en mi vida.

Decidí que no iba a volver a entrar, ni siquiera para preguntarle la dirección de la escuela de Max, porque tranquilamente podría encontrarla en el cuaderno de comunicaciones y pedir un taxi. Así de fácil. De modo que lo hice, y contra todo pronóstico llegamos a la escuela a tiempo. Incluso logré cambiar a Jenifer y preparar biberón a tiempo. Así que para las 8.40 ya estaba de vuelta en el taxi, y más tarde a las 8.53 había llegado a la casa.

La cocina estaba como la había dejado al salir, lo mismo que el resto de la casa, lo que significaba que Ryder no se había levantado para nada. Tomé a Jen, la dejé en el corral que estaba en el living y me dispuse a limpiar un poco. Habitualmente la casa estaba ordenada, y por lo que parecía, esta no iba a ser una excepción. Lavé algunas tazas, limpié la mesada y barrí. En el living pasé la aspiradora, sacudí los almohadones y tiré algo de esencia de vainilla. Un aroma exquisito que Ryder había escogido un día que fuimos al mercado y que me pareció un gesto muy femenino.

Recuerdo habérselo comentado. El viaje de vuelta a casa había sido más que silencioso.

MI DULCE DESTRUCCION

Alrededor de las diez de la mañana, cuando el cielo comenzaba a despejarse, la humedad a evaporarse y el calor a volverse un poco más sofocante, decidí que tenía que ir a ver a Ryder. A pesar de sus ridículas palabras, mi hermana me había pedido que le echase un vistazo e iba a hacerlo. Sin embargo tenía algo de miedo, no ese miedo que se tiene a algo que puede dañarte, sino a lo que podrías llegar a descubrir. Algo que cambiaría tus planes. Y a eso era a lo que le temía, a descubrir en mí algún sentimiento por Ryder Montgomery que cambiase el rumbo de mi vida. Y con esta persona tan llena de secretos, secretos que incluso mi hermana escondía, tenía mucha pena. Pero Ryder tenía razón, a pesar de todo, esa atracción de la que él hablaba, como si el aire estuviese cargado de electricidad, existía.

ISABELLE BELLMER

Capítulo 8

Calle Inter

Ryder mejoró alrededor de 72 horas después. Los analgésicos habían surtido el efecto deseado, y el té de hierbas, del que tanto renegó y decía que no había ayudado en nada, también. Solo que él no iba a admitirlo. Así que a media mañana del viernes, volvió a ser el mismo. Aunque honestamente creo que nunca había dejado de serlo. Según Elizabeth, seguiría siendo irreverente aunque tuviera 40 grados de fiebre.

No recordaba en ese lugar exacto, pero resultaba demasiado familiar. Era un pequeño cuarto pintado de azul, con una ventana detrás de mí y a mi derecha había una cómoda, un escritorio y un ropero.

Sentí el roce de mi cuerpo desnudo contra las sábanas pero eso no fue lo que me hizo tomar conciencia de dónde estaba realmente, sino el calor de otro cuerpo aferrándose a mí tanto como yo me aferraba al suyo. Debajo de mí, mi reconfortante almohada se elevaba y bajaba, se elevaba y bajaba en cortos intervalos de tiempo. Tenía la mano aprisionada contra mi mejilla y con la palma acariciaba aquella almohada que resultó ser otra cosa más gratificante: el torso desnudo de alguien. Un beso en la cúspide de mi cabeza me hizo sonreír.

La paz me invadió.

Era una sensación muy fuerte pero difícil de explicar. Tan así como cuando dices que no tienes palabras para explicar un hecho demasiado especial.

—He esperado tanto para hacer el amor contigo, Katia. Eres tan pasional como me imaginaba y me siento tan a gusto.

Un suspiro escapó de los labios de mi amante. Labios que me hacían estremecer. Su brazo se cernió en torno a mi cintura y cuando alcé el rostro para mirarlo, mi cuerpo se cubrió de sudor frío.

— ¿Que hicimos qué? —No había dudas, estaba al borde del pánico y mi cabeza tan imaginativa comenzaba a pensar en que Ryder le había puesto algo a mi bebida y luego me había inducido a tener sexo con él. Porque no se puede hacer el amor con alguien a quien no amas, eso había sido solo sexo porque nada sentía por Ryder Montgomery.

Ryder se encontraba técnicamente elevado sobre mí cuando abrí los ojos con dificultad y su rostro apareció en mi campo de visión de inmediato.

Parpadeé unas cuantas veces antes de descubrir qué había sucedido y sentí un alivio tremendo al comprobar que todo había sido un simple sueño. Pero como mi

amiga Ginger se la pasaba el día diciendo que los sueños eran básicamente una representación de todo aquello que reprimíamos en la realidad, hubo algo en mí que se sintió inseguro durante un momento. No obstante, a veces ignorar la realidad no resultaba del todo malo.

Ryder abrió más los ojos.

— ¿Estabas soñando conmigo? —preguntó como si poco le preocupase haberse metido en mi cuarto sin siquiera pedir permiso. Lucía su típica sonrisa brillante que parecía salida de una publicidad, sus ojos azules resultaban aún más luminosos y su rostro con aquellos rasgos tan odiosos y delicados. Era evidente que tenía el ánimo por las nubes—. Acabas de llamarme por mi nombre. Suerte que estaba aquí para socorrerte.

Rodé los ojos.

Cuando inspeccioné un poco a mí alrededor, dejando la paranoia de lado, vi que Ryder estaba apoyado con sus manos sobre sus rodillas. Eso explicaba porqué lo tenía tan cerca de mí, como si estuviera levitando sobre mi cuerpo.

De inmediato me sentí nerviosa.

—Seguramente fue una pesadilla —atiné a decir mientras recordaba con vergüenza lo que acababa de soñar y me apoyaba sobre mis codos—. A propósito, ¿qué haces aquí? No recuerdo haberte invitado.

Él arqueó una ceja y sonrió de lado.

—Vine porque quiero llevarte a un lugar. Además es tu último viernes libre, el lunes empiezas las clases.

—Ejem, Ryder. Voy a ir a la universidad, no a la cárcel. Y solo comenzaré con tres materias.

—Que es prácticamente lo mismo.

Rodé los ojos y salí de la cama empujándolo a un lado. Él retrocedió unos pasos más y apoyó su cadera contra mi pequeño escritorio de roble pintado de negro.

Ese viernes amaneció un día húmedo y algo nublado, pero cerca de las diez de la mañana el cielo de despejó por completo y el sol se dejó ver en todo su esplendor.

Los rayos dorados atravesaban la delgada cortina de mi cuarto, y como había olvidado bajar la persiana, la luz se coló aún más cuando Ryder caminó hasta mi ventana y descorrió las cortinas en un gesto brusco.

— ¿Y a dónde se supone que vamos a ir? Espera, ¿te sientes bien? Porque hasta ayer delirabas como un demente.

Me senté de nuevo en la cama. No iba a cambiarme con ese sujeto ahí.

Ryder apretó los labios y se cruzó los brazos sobre el pecho.

—Nunca me he sentido mejor, Katia. Y déjame decirte que los locos siempre dicen la verdad, así que si oíste algo de mis labios... —y me guiñó un ojo. Maldito bastardo—. No habrá sido más que la pura verdad.

—Dijiste que querías ser travesti —dije y su escandalosa sonrisa desapareció de un plumazo.

—Bueno, no..., no hay que tomarse todo tan literal —replicó con el rostro enrojecido.

Puse los brazos en jarra, lista para reírme de él. Lo había atrapado en su propio juego y ahora me decía a mí misma que no había algo más divertido en ese momento que ver a Ryder con el rostro del color del tomate.

—Pero tú acabas de decir...

—Lo decía en broma —apretó los labios y emprendió el camino de regreso a la puerta, y en el trayecto chochó contra mi perchero—. ¡Ay, maldita sea!

Me eché a reír hasta más no poder.

Su espalda se tensó. Estaba avergonzado.

— ¡Espera! No me dijiste a dónde iríamos.

—Primero desayunemos —contestó sin girarse.

—Está bien. Me cambio y bajo.

No dijo nada más y salió del cuarto rápidamente.

En cuanto se marchó, me lancé a por mi móvil. Ginger me había enviado un mensaje de texto.

De: Gin

08:11 AM 03/09/09

« ¡Hola! Espero no habert despetado. Es que no me has contstado el ultimo email y queria sabr como estabas »

De: Yo

11:05

«Lo siento, Gin. No he tenido mucho tiempo. Ryder ha estado enfermo y tuve que ocuparme de las cosas de la casa. En la tarde te envió un email y te cuento como va todo. Besitos »

Durante los próximos 15 minutos, me duché, me lavé los dientes y me cambié: unos jeans cortos negros y una blusa azul cielo. Me até el cabello en una cola de caballo alta y me puse mis viejas Converse negras que en realidad comenzaban a volverse grises a causa del constante uso.

Me dirigí a la planta baja aún con un poco de sueño.

Lo que más me sorprendía de Ryder a menudo era que parecía tener memoria a corto plazo, porque cuando entré a la cocina no mencionó nada de su reciente vergüenza y se limitó a dejar sobre la mesa...

—No, gracias. Ryder, de verdad, te agradezco, pero ¿no sabes hacer otra cosa que no sea tostadas francesas? Sino puedo hacer algo yo.

—Creí que te gustaban —se quejó fingiendo ofenderse.

—Sí, pero he engordado por lo menos 5 kilos por comerlas todos los días.

Ryder se frotó las manos con el ánimo mejorado y me dijo que si no iba a desayunar en la casa podríamos pasar por Mc Donalds más tarde. Asentí, cualquier cosa menos esas odiosas tostadas.

—Elizabeth llevó ella a Max a la escuela, así que tenemos toda la mañana. O lo que queda de ella.

—Está bien —comenté siguiéndolo hacia la salida. En el camino, Ryder tomó las llaves de su auto, se detuvo en la puerta de entrada y me dejó pasar para luego cerrar la puerta detrás de nosotros—. ¿A dónde iremos?

El sol estaba en lo alto del cielo, resplandeciendo como un hermoso disco dorado sobre nosotros. La carretera estaba vacía esa mañana y Ryder, a pesar de que le pedí que fuera un poco más lento, puso 5ta y aceleró a fondo. El viaje duró menos de lo que me esperaba: 40 minutos. Pero lo que más me sorprendió era la causa de porqué la carretera estaba tan vacía: era una ruta abandonada. Y a dónde nos dirigíamos también era a un sitio abandonado hace mucho tiempo.

—Más te vale que este auto tenga bolsas de aire, Ryder Montgomery, porque te juro que si nos estrellamos y no lo tiene, ¡te mato!

— ¿Y si morimos?

— ¡Ryder!

—Solo decía, solo decía. Mira, ya falta poco.

—A propósito, te gusta mucho tu auto, ¿verdad?

— Este auto es mi vida, no lo cambiaría por nada del mundo.

El camino de asfalto se convirtió en camino de tierra por unos cuántos kilómetros hasta que llegamos a lo que parecía un viejo barrio fabril; con enormes construcciones de hierro oxidado y calles solitarias flaqueadas a un lado por una zona descampada y unas vías de ferrocarril en desuso y, del otro, más llanura. La entrada se presentaba con un enorme cartel pintado en rojo y verde que parecía haber sido restaurado hace no mucho tiempo, y llevaba una inscripción, un nombre que por alguna razón me puso los pelos de punta: **Calle Inter, drift**.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza. Finalmente Ryder me había llevado a su famosísima Calle Inter.

Nos adentramos con el auto y recorrimos todas las calles hasta llegar al centro del barrio. Este era totalmente distinto. Los edificios del centro lucían diferentes, tal vez estaban recientemente pintados y las calles tenían flechas amarillas como si guiaran el camino.

Todo lucía como un enorme callejón infinito.

— ¿Para qué las flechas? —le pregunté a Ryder.

—Las flechas marcan la pista que serpentean casi todos los edificios. Las construcciones del exterior son pura fachada, pero las del interior han sido

mejoradas debido a la afluencia del público —explicaba él mientras aminoraba la marcha.

— ¿Es una sola pista?

—No, tiene varios circuitos. De hecho, por allí hay un pequeño túnel también. Y una subida en espiral fabulosa.

«Y seguramente peligrosa», pensé.

— ¿Y eso qué es? —pregunté señalando una pequeña construcción pintada de rojo sangre y con una x negra en la doble puerta de latón. Tenía ventanas pero estaban cerradas.

—El Galpón, el único bar de Calle Inter desde hace 6 años.

Asentí procesando la información y el lugar en sí.

— ¿Y aquí son esas carreras clandestinas?

—Se llama *Drift*: y es el arte de derrapar. Y sí, son clandestinas, pero cuando ganas una, la paga es monumental.

Nos detuvimos frente a un edificio muy particular, pintado de negro, que según Ryder me contó después, le llamaban La celda de castigo y servía para encerrar a quienes se negaban a pagar cuando perdían una carrera; lo cual pasaba muy pocas veces, porque solo bastaba con los rumores que corrían entre los aficionados para que todos pagaran lo que debían.

—Y sin embargo, sigue siendo ilegal, ¿la policía nunca los ha pillado?

Ryder sacudió la cabeza.

—No, porque casi siempre se les da una comisión para que pasen todo por alto.

Abrí la boca sorprendida: soborno.

— ¿A la policía londinense?

—Nunca te fíes de los uniformados, Katia, algunos de ellos son la peor lacra que pueda existir.

—Me sorprende un poco.

—Bueno, de todas maneras ni que se hiciera algo tan grave. Calle Inter está alejado de la ciudad por muchos kilómetros y tienes que conducir por una ruta abandonada, muy pocos lo conocen al sitio.

Rodé los ojos.

Las cosas que una se tenía que enterar. Siempre había creído que la policía británica era la mejor y más honesta.

Miré a mis lados y me estremecí.

—De todas maneras este lugar parece un pueblo fantasma.

—La cosa se pone de noche, Katia. Pero traerte sería una locura.

— ¿Esos son carteles de neón?

Asintió.

— ¿Esto era un antiguo barrio de fábricas?

—El barrio fabril, Inter, fue construido alrededor de 1852 y en la mayoría de las fábricas se construían maquinarias para los trenes a vapor durante el auge del ferrocarril y la venta indiscriminada del acero.

Me crucé de brazos.

—Conozco las consecuencias de la Revolución Industrial —dije y mi parte sabionda salió a flote—. Supongo que por eso a un lado están las vías del ferrocarril, y presumo que van directo a un puerto.

—De hecho a un astillero abandonado que pertenecía a la British Star Line, que fundió, en 1870, con la creación de la White Star Line, su principal competidora. Ya sabes, la del famoso transatlántico Titanic.

¿Había memorizado todo eso?

— ¿Desde cuándo conoces tanto de historia? —pregunté, desconfiada.

—Desde que me pediste venir aquí. —Sentenció y la sangre de mi cuerpo comenzó a correr con furia. Las manos me sudaban y el pecho se me hinchaba bruscamente.

Sus intensos ojos azules penetraron los míos por primera vez desde que habíamos salido de la casa, y mi sueño se hizo presente en mi mente. Me pregunté cómo sería Ryder como amante: tal vez dulce y considerado, o furioso y apasionado.

Una frase que había leído en uno de los emails de Ginger me pasó por la cabeza.

"Vamos, Kat, deja que el chico te enamore"

Tragué saliva. Tal vez ella tenía razón, tal vez yo estaba sintiendo algo realmente profundo por Ryder Montgomery y no me daba cuenta.

De inmediato borré esos pensamientos de mi cabeza. La idea de que pudiera atraerme Ryder era absurda, no porque él no fuera atractivo, sino porque estaba segura de que las cosas entre nosotros no saldrían bien, lo intuía. Parte de mí sabía que enamorarme de él iba a ser un error. Porque por más que nos lleváramos así de bien -de hecho, magníficamente bien-, él tenía ese secreto que me generaba muchas preguntas.

No obstante, mis labios clamaban por ser besados, acariciados. Pero estaba segura de que nunca iba a pedírselo, porque cuando la primera llama se enciende, ya no puedes detenerla. Y eso era exactamente lo que nos podría pasar.

Capítulo 9

Drift

En el momento en que logré conectar mi mente a mi cuerpo, me bajé del automóvil y decidí que debíamos caminar un poco. Estar tanto tiempo dentro y juntos iba a ser contraproducente para ambos. Sobre todo para mí, que considerado cómo me ponía, temía arrojarme sobre él en cualquier momento. Pero había aprendido a reprimir mis impulsos cuando era adolescente y no iba a quitar los cimientos de tanto trabajo por su culpa.

Miré a Ryder por unos segundos, tenía un perfil casi perfecto...tal vez si yo...Oh, solo un poquito. Sacudí la cabeza. No, debía olvidar ese tema. Bueno, tanto como puedes hacerlo cuando tienes un espécimen como ese constantemente cerca de ti. Siempre con una sonrisa divertida en sus labios y con olor sudor, colonia y jabón.

Tal vez si fuera más guapa, pensé.

—Así que...arte, ¿eh?

Ryder frunció el cejo.

— ¿A qué te refieres? —preguntó dirigiéndome una mirada fugaz mientras llegábamos a mitad de lo que parecía ser una manzana con edificios construidos de ladrillos y pintados de un verde muy oscuro.

—Al drift, ¿arte? —inquirí.

Él sonrió.

—Es un arte, Katita, aunque no lo creas. Es muy complicado y requiere demasiada concentración.

—No me llames Katita, me suena a gatita y eso se oye mal.

Ryder lanzó una carcajada y se colocó la gorra que llevaba enganchada en su cinturón. Primero puso la visera hacia delante y luego la giró con un gesto arrogante y peligrosamente sexy. Los brazos y las piernas me temblaron, así que me obligué a decir algo antes de caer en la tentación de seguir mirándolo.

De pronto me pregunté qué demonios acababa de sucederme. Tal vez era el problema de pasar tanto tiempo con él. Eso es lo que siempre dicen de las personas que pasan mucho tiempo juntos, a la larga algo termina ocurriendo entre ellos.

—Ahora sigamos hablado de nuestro tema —dije procurando que mis mejillas encendidas pasaran desapercibidas.

—Que mal, yo quería hablar de nosotros —arrastró las palabras.

—Lo dudo, Ryder. Porque no hay un nosotros —le corté—. Somos buenos amigos, nada más.

—Podría haberlo —replicó.

—Por el momento no. Ya veremos luego.

Sus ojos se iluminaron y una sensación reconfortante recorrió mi cuerpo como si fuera un soplo de vida. Respiré profundo. Bueno, no. No era una respiración normal: acababa de suspirar por Ryder. Me alteré.

—Creo que lo has dicho para conformarme. Y está bien, te comprendo. Ahora sigamos que me desconcentras.

¿Que yo lo desconcentraba? Si era él el que cortaba la conversación a cada rato como si de por sí no me costase seguir sus locuras.

—Si, claro. Cuéntamelo todo —dije con sarcasmo.

—Arte, preciosa. Si puedes hacer que tu auto forme un ángulo con la dirección del movimiento sobre una carretera o pista, haces drift. Es el estilo del derrape.

Apreté los ojos.

—Eso es técnicamente imposible. Derrapar es solo derrapar. Todos derrapan y no hay nada de arte en ello. Mi madre derrapaba cuando llovía mucho y las carreteras estaban resbaladizas.

—Pero no todos derrapan con estilo, como yo. ¿Quieres hacerlo conmigo?

Mis mejillas se enrojecieron.

—No es lo que piensas, pervertida, así que apaga esas mejillas —dijo frunciendo el ceño como si lo dijese en serio. Y peor aún, como si él fuese un especie de santo y estuviera ofendido.

—No estaba pensando en nada —repliqué, me encogí de hombros y él sonrió con suficiencia. Dentro del barrio industrial se había levantado un poco de viento y el cielo comenzaba a nublarse lentamente.

El otoño se acercaba, así que era normal que los días fueran tan cambiantes.

—Creo que es hora de irnos, Ryder —anuncié cuando el viento sopló más fuerte y con él se levantó una capa de polvo.

Ryder se ubicó frente a mí, me llevaba una cabeza de altura, y con la punta de sus dedos tomó mi barbilla suavemente. Eso me sorprendió y me hizo temblar. No esperaba que hiciera nada como aquello. De hecho, nunca esperaba nada especial de Ryder Montgomery porque era jodidamente impredecible. Sus ojos destellaron a unos escasos y peligrosos centímetros de los míos. Diablos, ese azul tan refulgente iba a consumirme sin piedad. Parpadeó unas cuantas veces y no podía creer lo seguro que se veía de sí mismo.

¿Acaso pensaba besarme? Y si lo hacía, ¿yo iba a corresponderle? Quería cerrar los ojos y aguardar.

Entonces dijo:

—Corre al auto.

—¿Qué? —pregunté, confundida.

—Que corras, ¡ahora! Yo te sigo—gritó para que iniciase mi carrera.

No sé ni siquiera porqué lo hice, pero dos minutos después estaba deslizándome sobre el asiento del copiloto y cerrando la puerta. Ryder lo hizo un par de segundos después de mí.

—El cinturón, no quiero un accidente, Katita.

— ¡Que no me llames así!

—Tarde —exclamó al tiempo que salíamos casi literalmente volando por la calle hacia la zona sur del barrio.

Nunca supe en qué momento se encendió el auto, solo sabía que cuando me di cuenta, el vehículo rugía e íbamos a una velocidad peligrosa y extrema. Los edificios pasaban a raudales por mi ventanilla y tuve que sujetarme de las manillas del techo para no golpearme con algo o chocarme con mi compañero. Sabía que debía estar enojada con Ryder por haberlo hecho sin consultarme, pero una parte de mí estaba disfrutando el furioso vaivén del auto que parecía ir a más de 280 kilómetros por hora. Llegamos a una curva y cuando creí que iba a aminorar la marcha, el auto se inclinó, Ryder pisó el freno, aceleró largando una carcajada y comenzamos a avanzar de costado casi a la misma velocidad mientras las ruedas chirriaban y mis fosas nasales se inundaban del olor a caucho quemado. Por escasos segundos, una nube de humo nos rodeó hasta que retomamos una calle recta. Por suerte el cinturón de seguridad era lo bastante ajustado como para sostenerme. Durante los tres siguientes minutos, seguimos serpenteando edificios hasta que sentí que no podía más. Iba a vomitar.

Mi corazón seguía tan acelerado como el automóvil.

— ¡Ryder, detente! —le grité al tiempo que me inclinaba hacia delante.

El auto bajó la velocidad y se detuvo de inmediato. Salí del vehículo y me incliné sobre el asfalto. No logré vomitar nada más que bilis por la simple razón de que nada había comido esa mañana. Me limpié los labios con un pañuelo descartable y me volví hacia él.

Me sentía muy mal.

— ¡Estás demente!

No tendría que haberle dicho eso, porque había disfrutado sentir la adrenalina de la primera parte. Incluso antes de que mi estómago se diese vuelta por completo.

—Lo siento, creí que te gustaría la idea de sentir el drift.

— ¡Pero me hubieses avisado! Por un momento creí que nos estrellaríamos, Ryder.

—Soy muy seguro. Nunca he tenido un accidente en la pista, Katia —intentó calmarme al atisbar mi entrecejo fruncido.

Su mirada se entristeció y mi ceño fruncido pareció suavizarse. ¿Cómo maldita sea lograba que tuviera tanta compasión por él?

—De verdad lo siento, trato de hacer las cosas bien cuando estoy contigo —dijo y tragué saliva—. Pero siempre lo arruino de alguna manera u otra. Y, sin embargo...

—No —lo detuve, alzando la mano—. Está bien, no tienes que seguir. Solo intenta pensar un poco en mí cuando quieras hacer una locura más.

Él asintió llevándose las manos a los bolsillos de los vaqueros.

—Siempre pienso en ti —masculló volviéndose al automóvil. Esas palabras me sacudieron por completo, porque estaba segura de que él no planeaba que yo las escuchara. Sin embargo pasó y ya no sabía cómo demonios responder.

No alcancé a subirme al vehículo cuando otro automóvil, similar al de Ryder pero de color negro, se detuvo frente a nosotros. Miré a mi amigo y vi cómo fruncía el ceño y sus labios se volvían una fina línea.

— ¿Qué pasa? —le pregunté.

—Quédate dentro —dijo, abrió la puerta y se deslizó fuera del asiento.

—Pero...

Ryder se volvió y me miró con ojos preocupados.

—No quiero que salgas, Katia. Este tipo es peligroso, y para colmo un jodido imbécil, ¿entiendes lo que te digo? Te quedas dentro.

— ¿Estás hablando enserio?

—Nunca he hablado tan enserio, nena.

Asentí y me quedé dentro mientras lo vi pasar delante del parabrisas.

Un hombre que parecía medir por lo menos dos metros desde donde yo estaba, se bajó del auto negro. Llevaba una camisa negra, unos jeans negros y unos lentes irónicamente negros. Caminó lento hacia Ryder, que también se dirigía hacia él a paso decidido y con los puños apretados.

Sentí la necesidad de oír qué decían, pero la reprimí. Reprimí también el impulso del salir del vehículo, pero cuando noté que Ryder había caído al suelo salí del auto sin quisiera pensarlo.

— ¡Te advertí que no volvieras a Inter luego de haber abandonado las carreras como una asquerosa rata, Rex! ¡Qué mierda! ¡Ya ni podemos dejarte ese apodo!

Ryder estaba arrodillado en el piso con las manos apoyadas sobre el suelo sosteniendo su peso, y agitado. De sus labios corría una fina línea de sangre que me alertó e hizo que el corazón me diera un vuelco. Él tenía razón, nunca debí haber bajado, pero tampoco iba a dejar que ese animal volviese a golpearlo.

El hombre en cuestión, que no sabía quién demonios era, pero que estaba segura pertenecía al pasado de Ryder me miró fijo en cuanto me acerqué a Ryder y ladeo una sonrisa arrogante.

Apreté la mandíbula.

— ¿Y ésta gatita? —preguntó con lascivia—. Sabía que no podías dejarlas, eres demasiado débil ante la carne. Siempre has sabido disfrutar de la compañía de una bella mujer. Debe ser una fiera en la cama, basta con...

Me observó de arriba abajo y sonrió enarcando ambas cejas.

— ¡Cierra la boca! —Gruñó Ryder incorporándose de golpe—. ¡La bronca es conmigo, Bruno, no la metas a ella!

El tipo, Bruno, lo miró por unos segundos y luego se volteó hacia mí otra vez. Ryder se acercó unos pasos hasta donde estaba y me tomó la mano ubicándome detrás de él. Eso me hizo sentir más que segura.

—Contigo y con todo lo que ames. ¡Nos destruiste, Rex! —Bruno llegó hasta nosotros y tomó a Ryder por su camiseta, sin embargo éste ni se inmutó—. ¿Tienes la jodida idea del dinero que perdimos por ti? ¡Maricón, solo por tus estúpidos miedos a...!

— ¡Basta! ¡Si quieres el estúpido dinero, te lo daré! —gritó soltándose de su agarre.

—Lo quiero, pero no cómo tú imaginas —comentó Bruno con una serenidad que pareció inquietar a Ryder—. Quiero que vuelvas a correr para mí. Y quiero a tu chica en la pista también.

—Ella no es de esas mujeres, Bruno. Deja a Katia fuera de esto.

—Son 50 mil libras. 5 carreras, Rex, piénsalo. Si tu chica participa con las mías como lo hacía Britanie, ¿la recuerdas? Claro que la recuerdas, era tu favorita. Te gustaba mucho ella —dijo y un nudo se formó en mi garganta. Bruno me miró por unos segundos, y yo le mantuve la mirada firme—. Si tu chica participa solo tendrás que correr 3 carreras.

Ryder dejó escapar el aire de sus pulmones.

—Te conseguiré el dinero, pero no volveré a correr.

Bruno lo fulminó con la mirada.

—Las cosas pueden ponerse feas, Rex. Solo te lo advierto.

Las palabras no salían de mi boca, no podían. Estaba técnicamente muda y la mano de Ryder presionando la mía con fuerza me decía que tampoco debía hacerlo.

—A mí no me amenes —le advirtió Ryder.

—Será mejor que hagas lo que te digo. Se viene una carrera muy grande en unos meses y te quiero ahí.

Sin embargo transcurrieron algunos segundos hasta que mi garganta se aflojó y las palabras comenzaron a bullir.

— ¿Por qué no simplemente toma el dinero que Ryder le da y se larga a la mierda? Le dijo que no correría —espeté, y sentí una corriente de adrenalina recorriendo todo mi cuerpo.

Bruno me miró con recelo, como si no concibiese la idea de que yo le dijese algo así. Tenía tatuajes oscuros en el cuello y en sus brazos. Además de cuerpo de luchador.

—Tiene garras tu gatita, Rex. Me gustaría ofrecer algo por ella cuando vengas a correr.

¿Había oído bien, vendían mujeres? «No las venden, idiota —me dije—.Las prostituyen.» Y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

Tragué saliva y me encogí de hombros.

Capté un movimiento demasiado tarde. Cuando Ryder saltaba como un felino sobre Bruno y comenzaban a arrojar puñetazos el uno al otro. Bruno esquivó algunos y Ryder recibió unos cuantos hasta que atinó uno en el centro del rostro de Bruno, que le hizo sangrar la nariz y caer al piso. Y cuando éste intentaba incorporarse, tomé a Ryder de su camiseta y lo jalé hacia atrás.

— ¡Es mejor que salgas de aquí ahora mismo, Rex! ¡Y más te vale que vayas pensando en venir a correr si no quieres que tu gatita pague las consecuencias!

Seguí tirando de la camiseta de Ryder.

—Vámonos, por favor, Ryder. —Le rogué. Lo último que quería era que la cosa terminara mal entre esos dos sujetos que tenían ira contenida en sus ojos.

Bruno se incorporó llevándose la mano a su nariz y luego de dirigirnos una mirada oscurecida, volvió a su auto y salió raudamente por la misma calle que nosotros habíamos entrado.

Me volteé hacia Ryder que estaba apoyado sobre la puerta del auto, temblando y respirando agitadamente.

—Lo siento tanto —dijo—. Lo último que quería era meterte en mis broncas.

Apreté los ojos.

— ¿Vas a correr? —Le pregunté obviando la disculpa. No necesitaba disculparlo porque había sido yo la que insistió en ir a allí.

—No lo sé. A veces Bruno habla en serio, a veces no. Y tengo miedo de que se la tome contigo. Nunca se sabe lo que pueda llegar a pasar.

—Ni siquiera sabe mi nombre completo, ¿cómo sabrá quién soy? —dije poniendo mi mano en su hombro. Él me miró buscando esperanzas en mis ojos. Se humedeció los labios y suspiró.

—Bruno lo sabrá, Katia. Él siempre lo sabe todo.

Capítulo 10

Ry & Kat

El camino de vuelta a casa fue muy silencioso. Solo recién cuando llegamos me decidí por preguntarle porqué ese hombre estaba tan furioso con él. Si bien algunas cosas me habían quedado claras: como que él había dejado de correr y además vendían mujeres, o algo similar, me faltaba mucho para completar el rompecabezas que me resultaba Ryder Montgomery.

Nos bajamos del auto, entramos a la casa y pasamos por la cocina para tomar una bolsa del hielo.

— ¡Ay! —se quejó a la vez que tomaba la bolsa y presionaba un poco sobre su ojo. La comisura de su labio había dejado de sangrar hacia tiempo pero tenía que limpiarla.

Fruñí los labios.

—Te dio duro — dije.

Ryder rodó el ojo libre.

—No tengo talento para una pelea mano a mano. No es lo mío. Bueno, por lo menos no lo tengo mientras trato de mantenerme tranquilo.

—Ya lo veo, te dejó un hematoma enorme.

Nos quedamos un rato en la cocina hasta que él decidió que el hielo había sido suficiente.

Seguí a Ryder a su habitación después de dejar la bolsa de hielo en el refrigerador. Se sentó en la cama mientras se llevaba las manos a la cabeza. Yo lo imité y me senté a su lado.

Él suspiró.

— ¿Qué sucedió allí, Ryder? — pregunté.

Sus ojos se deslizaron hasta mí.

—Hace casi dos años tomé la decisión de dejar Calle Inter por motivos personales —comenzó a explicar—. Sentí que no podía perder mi vida allí, hablé con Bruno y él estuvo en desacuerdo con la idea desde que se lo planteé.

— ¿Y tú qué hiciste? — dije a la vez que llevaba una mano a su hombro.

—Seguí en mi posición. Ya había tomado una decisión y no iba a dar marcha atrás. Pero él insistía e insistía. Estábamos en la final de la competición y yo era su mejor piloto.

—Y él te dejó ir...

Ryder asintió.

—Sí, con la condición de que nunca más volviese allí. Ahora que fui, va a reclamarme lo perdido, y el hecho de que fue él quien me puso allí.

— ¿Sí?

—Lo conozco, Katia, no descansará hasta verme destruido.

Ryder mantuvo su mirada en el piso.

— ¿Él te llevó?

Asintió. Sentí su tensión y una inmensa culpa por haberle pedido que me llevara a Calle Inter.

—Sí, cuando cumplí los 17 ya tenía mi primer auto y gracias al apoyo y la motivación de mi padre, logré entrar en las primeras eliminatorias de la Fórmula Drift en Estados Unidos, que se había iniciado hacia pocos años. Todos coincidían en que era bueno. Y lo era. Realmente tenía talento. —Dijo y alegó que no quería ser orgulloso pero que en verdad era muy bueno—. A los 18 comencé a ganar más carreras y llegué a la cúspide del torneo..., pero todo se desmoronó cuando papá murió.

Algo dentro de mí se aplastó, como si pudiera sentir su dolor.

—Lo siento tanto... —musité.

—Murió de un ataque al corazón —dijo alzando la mirada hacia las fotografías. Entonces el hombre que estaba con él y con Ben sí era su padre—. Fue algo inesperado para todos y me rompió el corazón saber que sin él no tenía rumbo, estaba perdido. Joseph era mi gran apoyo y mi mejor amigo a la vez.

—Debió haber sido duro para ti —dije buscando sus manos para aprisionarlas entre las mías.

—Sin mi padre no era yo mismo, él era mi principal motivación, Katia. Fue así que cada vez me iba peor hasta que un día terminé descalificado —respiró profundo, conteniendo evidentemente las lágrimas—. Volví a Inglaterra y comencé a frecuentar bares. Bebía hasta que mi cuerpo no lo resistía más solo para olvidar todo lo que había perdido. Mi carrera estaba acabada y mi vida era un asco.

Me mordí el labio, no sabía si lo que iba a decir eran las palabras apropiadas.

—No soy una experta, pero puedo ver que tienes mucho control sobre tu auto y que te apasiona esto del Drift.

Ryder alzó la cabeza y me miró.

—Incluso a veces eso no es suficiente, Katia. Quiero decir, cuando me topé con Bruno Prime terminé por contarle mi historia y me dijo que en Calle Inter podría ofrecerme una buena oportunidad de ganar dinero haciendo lo que me gustaba.

No estaba segura de cómo reaccionar ante todo lo que me estaba contando, así que solo me limité a mantener sus manos entre las mías mientras que con el dedo pulgar dibujaba círculos sobre el dorso de una de ellas.

—Y así llegaste a ese lugar.

—Sí. Inter terminó por destruirme porque corría solo por tener cada vez más dinero para beber más y conseguir mujeres —volvió a bajar la mirada con algo de vergüenza—. Me estaba perdiendo en esa mierda hasta que toqué fondo cuando la

vida me dio una fuerte bofetada. Algunos me dijeron que ese lugar no era tan bueno, pero no les hice caso, porque allí encontré a algunas personas que me apoyaban.

— ¿Qué te sucedió?

Ryder sacudió la cabeza y volvió a mirarme. Sus ojos se habían oscurecido y su rostro expresaba que estaba al borde del pánico.

—No quiero hablar de eso...no, por favor, Katia, no me preguntes.

Alcé una mano lentamente hasta apoyarla sobre su mejilla.

—Shhh...cálmate, está bien, pero tenemos que decirle a tu hermano lo que sucedió.

— ¡No! —me rogó—. Lo último que quiero es traerle más problemas a Benjamin. No necesita más de eso en su vida, Katia. Él tiene una familia y un futuro. Conozco a mi hermano y sé que si se entera, intentará interferir.

— ¿Y entonces qué piensas hacer?

Ryder apoyó su mano sobre la mía y no apartó su mirada de mis ojos.

—Voy a hacer lo que tenga que hacer, solo te pido que no le cuentes nada a Ben ni a Elizabeth.

Fruñí el ceño.

—Pero es peligroso para ambos. No sabemos lo que puede hacer ese hombre.

—No estoy muy seguro de qué hacer. Tal vez corra, pero tengo miedo de no poder volver a salir. Quizá ese sea el plan de Bruno, atraparme otra vez.

Me solté de sus manos y lo abracé porque estaba segura de que él lo necesitaba, y estaba en lo cierto, porque Ryder me abrazó con fuerza susurrando que me agradecía estar junto a él en ese momento.

Sentir su aliento rebotando en mi cuello me hizo temblar y él lo notó, por lo que se separó de mí al segundo siguiente.

—Lo siento —dijo.

Le sonreí.

—No te preocupes, ¿por qué no te das una ducha y duermes un poco? Te hará bien despejar la mente.

Ryder me dirigió una sonrisa sincera.

—Gracias, Katia.

Pestañeeé unas cuantas veces.

— ¿Por qué?

—Por ser la mejor amiga que he tenido jamás.

Me mordí el labio impidiendo que todo tipo de sentimientos fluyeran dentro de mí. No sabía cómo habíamos llegado hasta ese punto. Ryder también era el mejor amigo que había tenido jamás, junto con Ginger, pero sentía que no me lo merecía en absoluto.

—No, Ry —dije y me sorprendí de haber acertado su nombre con tanto cariño—, soy la peor amiga que jamás has tenido. Fue por mi culpa que volviste allí. Si yo no te hubiera...

—Calla, Katia. Yo quise llevarte, así que no quiero que te culpes por nada, ¿me entendiste?

No dije nada y él me lanzó una de esas miradas que decían "acepta lo que te digo".

—Katia.

Hice un mohín.

—Te entendí.

Me sonrió, y cuando me besó la frente, cerré los ojos.

Durante el fin de semana le planteé a Ryder algunas ideas que había estado pensando. Él no tenía porqué correr si no quería. Si Ryder decidía que era mejor entregarle el dinero a Bruno, se haría así. Además, había dicho que temía volver a carreras y luego no poder dejarlas, de modo que era mi deber como amiga ayudarlo, como sea.

Y, sin embargo, estaba insegura de porqué me preocupaba tanto todo lo que rodease a Ryder. Tal vez por culpa o tal vez por un sentimiento más fuerte que tenía miedo de descubrir. Lo cierto es que él era un buen sujeto, algo loco e impredecible y bastante atrevido, pero bueno al fin. Y nadie tenía el derecho de hundirlo como quería hacerlo Bruno Prime.

—Entonces... ¿cuál es tu plan? —preguntó Ryder, algo distraído mientras abría una bolsa de galletas sobre su cama.

Yo me apoyé sobre la pared, de brazos y tobillos cruzados.

— ¿No crees que llamarlo plan es un poco dramático? —repuse.

—Si, es verdad, ¿cuál sería la idea?

—Tengo dos —contesté, algo nerviosa porque no estaba muy segura de si iban a resultar realmente.

—Soy todo oído.

Me impulsé hacia delante y me senté en la orilla de su cama. Lo oí suspirar profundamente.

—Llama a la policía —solté.

Ryder carcajeó.

— ¡Eres increíble! Llamemos a la policía para que busque al líder de la mayor movida de carreras ilegales en Londres en las que, por cierto, estoy envuelto por haber pertenecido a ese lugar por unos cuantos años.

Lo miré por unos instantes mientras me mordisqueaba el labio inferior.

—Buen punto.

—Katia..., no quiero que estés en esto...

Sacudí la cabeza.

— ¡No! Tengo un plan B. El A era solo por si acaso.

Ryder se echó a reír y me miró con la ternura que se mira a una niña pequeña.

—Se supone que el plan B es siempre el por si acaso.

Alcé la ceja.

—En mi lógica no, Ryder Montgomery —espeté con una sonrisa—. Te propongo que no corras.

—Pero Bruno me espera.

—Pero es malo para ti. Tú mismo lo dijiste, que temías volver a caer en la tentación de quedarte allí. No le des ese poder al imbécil de Bruno.

—Katia, no conoces a Bruno. Cuando él quiere algo...

—No me importa. Tú no vas a correr, Ryder —dije con firmeza.

Sus cejas se juntaron y una expresión de algo que se parecía mucho al orgullo se reflejó en sus ojos.

—No quiero que te haga daño, eres mi mejor amiga —su voz se rompió—. No..., no podría vivir con esa culpa.

—Nada va a pasarme, ¿me oíste? Estamos prácticamente todo el día juntos. Somos como un par de malditos siameses. Y no te rías, te estoy hablando en serio. Bruno no se atrevería a hacerme nada si tú estás, ¿verdad?

—Eso puede ser, sí. No lo había pensado. Y, sin embargo...

—Y sin embargo serás tú quien me lleve a la universidad, así que no tenemos de qué preocuparnos —dije, mientras dejaba escapar el aire de mis pulmones en un soplo.

— ¿Crees que funcionará? —me cuestionó enarcando una ceja. Sabía que Ryder no estaba seguro del todo, pero debíamos probar todas las opciones posibles antes de que él decidiera que no tenía más remedio que correr.

—Sí, por lo menos por ahora hagamos eso. Luego veremos qué hacer.

Él asintió, pero yo no me confiaba que estuviese siendo sincero conmigo. Estaba segura de que en cuanto le diese la espalda iría a Calle Inter para correr aquellas 5 carreras que creía deber.

El domingo por la noche volví a soñar con él. Esto ya estaba resultando ser un grave problema para mi estabilidad mental. Habíamos ido a Calle Inter en contra de nuestra voluntad. Los edificios se antojaban más altos y más oscuros. La gente vitoreaba el nombre Ryder y el de otro sujeto que no recuerdo muy bien. Se oyeron explosiones y los autos rugieron listos para la carrera. El vehículo de Ryder salió disparado y todo se volvió oscuro por unos momentos. El corazón me golpeó con fuerza sobre las costillas cuando oí el sonido de unas sirenas muy particulares. Esquivando a los aficionados, corrí hasta donde había ocurrido el siniestro.

Mis ojos se llenaron de lágrimas cuando vi el auto de Ryder en medio de llamas que refulgían con furia.

— ¡Todos para atrás! —Gritó un hombre—. ¡Todos para atrás que puede estallar!

— ¡Ryder! —lo busqué, al borde del pánico. El humo se intensificaba cerca de nosotros y no nos dejaba ver nada—. ¡Ryder, ¿dónde estás?!

Entrecerré los ojos porque me estaban ardiendo.

— ¡Ryder! —no lograba encontrarlo por ningún lado y me estaba desesperando.

— ¡Ry...!

— ¡Kat! —Su voz se hizo eco en algún lugar del espacio—. Kat...Kat...

Abrí los ojos, me froté la cara y miré al chico que estaba parado en la esquina de mi cama con una bandeja en sus manos.

Había sido una pesadilla horrenda. Y aún sentía mis ojos húmedos.

— Buenos días, Kat —dijo Ryder con el ánimo por las nubes.

¿Se estaba acostumbrando a entrar a mi habitación todas las mañanas?

Ryder se quedó mirándome por un momento y se le formaron dos hoyuelos en las mejillas gracias a una amplia sonrisa.

Lo miré por unos segundos. Era tan lindo.

Me incorporé mientras le decía que no se tendría que haber molestado en traerme el desayuno.

— Por cierto, ¿me llamaste Kat? —pregunté.

— Tú me llamaste Ry el otro día.

Mis mejillas ardieron de solo recordarlo.

— Lo siento.

— No, no te disculpes —dijo, mientras caminaba hasta mi mesa de noche y depositaba la bandeja sobre ella. Luego se sentó en la cama—. Se siente bien oírlo de otra persona, solo mi padre me decía Ry.

Le sonreí. Cuando Ryder hablaba de su padre su rostro expresaba la ternura que llevaba dentro. Aquella pérdida le resultaba irreparable.

— Espero que te guste el desayuno: un café para iniciar el día y tostadas que esta vez no son francesas.

Carcajeé.

— ¿Ah, sí? Gracias, Ry —hice hincapié en su nombre—. No tenías porque hacerlo.

Me removí en la cama un poco nerviosa y sentí una punzada en el estómago.

— Claro que sí. No voy a cansarme nunca de decírtelo, Kat. Eres la mejor amiga que he tenido jamás. Te quiero mucho.

Por un momento, sus ojos se encontraron con los míos y me quedé perpleja. Tenía unas ganas inmensas de besarlo, de arrojarme contra él, de sellar mis labios con los suyos y decirle que algo me estaba sucediendo, pero reprimí el impulso porque no estaba del todo segura, y lo último que quería era arruinar nuestra creciente amistad. Así que solo le sonreí, apoyé mi mejilla en su hombro y él besó la cúspide de mi cabeza con más cariño del que había tenido en años.

No cabían dudas de que el incidente en Calle Inter nos había acercado mucho.

Capítulo 11

Extrañando

— ¡Haz amigos, Kat! —exclamó Ryder desde el auto, claramente burlándose de mí. Yo iba mirando embelezada el campus mientras caminaba hacia la entrada de la Universidad de Londres por el camino de gravilla. Se suponía que no debía estar nerviosa, porque no me había pasado en Boston, pero aquí era todo demasiado nuevo y mi acento me delataría como extranjera que era. No estaba segura de cómo le caían los americanos a los ingleses.

Levanté mi mano y le enseñé el dedo medio. Sonreí intuyendo que él ahora se estaba riendo a carcajadas.

Me acomodé la mochila en el hombro y respiré profundo a la vez que recordaba el número del aula «Historia política británica: Aula A 23»

Iba a extrañar a ese tonto en mis mañanas. Me sonreí al darme cuenta de mi realidad. Sí, iba a extrañar a Ryder Montgomery cada vez que me alejara de él.

«Vamos, esto no puede ser tan malo», me dije. Además, yo no iba a hacer amistades, iba a formarme para mi futuro. Incluso aunque eso sonase demasiado acartonado a los oídos de cualquier persona, era verdad.

Alcé la cabeza.

El cielo se encontraba encapotado y aire se sentía asquerosamente húmedo. Algo típico considerando que el calentamiento global estaba haciendo estragos nuestro planeta. De pronto, en tanto caminaba apresuradamente antes de que las primeras gotas de lluvia cayeran sobre mis libros, oí unos pies trotando hacia mí. Subí los peldaños de la entrada principal y un brazo pasó por mi lado abriéndome la puerta.

—Pasa, nena —dijo la voz que nunca había oído, con algo de lascivia—. No querrás empaparte. Han anunciado lluvia para esta mañana.

Lo miré de reojo. Era el típico sujeto de apariencia ruda, con un tatuaje de espinas en el cuello y pinta de tener no más de veinte pocos años. Era para nada atractivo con todas esas cosas en su cuerpo.

—Gracias, parece que sí —respondí cortésmente y me volteé al tiempo que giraba sobre mí un segundo para ver si Ryder se había marchado. Y lo había hecho.

El individuo a mi lado -de grandes ojos negros y cabello corto y oscuro- me inspeccionó de los pies a la cabeza y estoy segura de que sus ojos se detuvieron en mis pechos, lo que hizo que elevara un poco los libros para cubrirme. No quería dar una mala señal.

— ¿Así que americana, eh? Tu acento te delata —continuó él, siguiéndome hasta el hall central de la universidad. Me detuve en una de las ventanillas dispuestas

exclusivamente para los alumnos, sobre todo los nuevos, y lo miré enarcando una ceja unos segundos antes de que una mujer entrada en años y con el cabello cortado a lo militar me atendiera con un "buenos días".

— ¿Tiene algo de malo? — Me escudé. Era algo habitual en mí. Ser un poco hosca al principio.

«Algo que no ha funcionado con Ryder, y me alegro mucho», pensé.

Estaba segura que en cuanto lloviese, el lugar olería a tierra húmeda. Mi aroma favorito.

Me mordisqueé el labio inferior mientras la mujer me explicaba dónde quedaba el aula que estaba buscando, casi al mismo tiempo que el sujeto sin nombre ni aparente vergüenza (y me refiero al descarado con el que me miraba) me preguntaba en qué carrera estaba.

— Licenciatura de historia — mascullé sin darle mucha importancia.

— Aburrido — se le escapó, ¿se le escapo? De pronto abrió mucho sus oscuros ojos negros y sonrió con arrogancia —. Lo siento, nena.

Rodé los ojos. Esto no me estaba gustando nada.

— Ejem... ¿puedo pedirte un favor?

— Lo que quieras, nena.

Apreté los dientes antes de hablar. El hall comenzaba a atestar de alumnos que revoloteaban y otros que se encaminaban hacia distintas direcciones. Pensaba que si Ryder me hubiera acompañado hasta mi clase, como me había pedido, ahora no estaría en este aprieto. No cabían dudas que mi amigo hubiese espantado a este idiota.

— Mira, no te conozco. Y no me agrada que me llames nena, ¿comprendes? Este es mi primer día en la universidad, y lo último que necesito es que me fastidien.

El sujeto sin nombre retrocedió.

— Está bien, lo siento.

Me acomodé la mochila y luego de agradecerle a la mujer, salí disparada hacia el pasillo.

Un par de minutos después, y cuando estuve segura de perder al sujeto que poco me había agradado, encontré el aula A23. Miré la hora en mi teléfono móvil: 8.14. La clase comenzaba a las 8.30, de modo que tenía tiempo de sobra para encontrar el lugar perfecto. El aula era bastante amplia y estaba dispuesta con más de lo que parecían ser 100 pupitres individuales. Al entrar, saludé a nadie en particular, pues solo había unos cuantos estudiantes, y me dirigí directo hasta la tercera fila junto a la gran ventana que daba a un hermoso paisaje de árboles.

Con el correr de los minutos, el aula se fue llenando de gente hasta que una mujer de unos 50 años y algo regordeta, vestida con una falda azul y una chaqueta del mismo color, ingresó y cerró la puerta detrás de sí.

Todos guardaron silencio de inmediato. Su rostro duro y severo decía claramente que en esa clase no debía haber nada fuera de lugar.

Tomé mi cuaderno y lo abrí en la segunda hoja. Siempre dejaba la primera libre para hacer algunas anotaciones respecto a temas administrativos y comenzaba la materia en la segunda.

—Atención, clase —dijo la profesora mientras escribía el nombre en la enorme pizarra con un rotulador negro—. Soy la profesora Anabel Phillips y voy a impartir la clase de historia política británica todos los lunes y jueves de 8.30 a 10.30. Tendrán 10 unidades que comenzará desde el siglo XIII con el proceso de creación del parlamento hasta el siglo XX, ¿sabe alguno que ocurrió entre el siglo XVIII y el XX?

—La revolución industrial —dijo una muchacha al fondo.

—Muy bien, ¿nombre?

—Jessica Lanker.

La profesora Phillips anotó algo en su agenda y se volvió a nosotros.

—Está bien, clase. Vamos a dejar las cosas en claro —añadió en todo áspero y malhumorado—. En mi clase no se come, si quieren tomar un café me parece bien porque es temprano, pero nada de comida. Tendremos un trabajo práctico mensual así que espero que para la próxima clase hayan formado grupos de... —nos contó uno a uno—, de cuatro personas. Ni más ni menos.

Oh, no. Si había algo que me molestaba era tener que hacer grupo. Sabía que me servía para conocer gente, pero ¿por qué no podía hacer los trabajos yo sola? Solía hacerlo así en Boston. Sin embargo tuve que mirar a mi alrededor para elegir compañeros, aunque honestamente me daba igual quienes fueran.

—Ahora necesito que pasen una hoja y vayan escribiendo sus nombres en ella hasta que el rector me pase la lista completa, ¿está claro? —Todos asintieron al unísono—. Hoy haremos un repaso general por las cuestiones más importantes y el jueves arrancaremos de lleno con la creación de nuestro Parlamento. Abran sus apuntes en la página 6 en donde yo misma me encargué de hacerles el resumen.

Y nos pasamos la hora y media restante oyendo a la profesora hablar de los diferentes reinados que hubo en Gran Bretaña y de cómo habían afectado estos, algunos positivamente, otros no. Todos en términos políticos. De modo que cuando la clase acabó, yo ya tenía más de dos hojas escritas y un lindo cuadro que resumía todo lo que la profesora Phillips había expuesto.

Durante el intermedio me dirigí a la cafetería para desayunar un café con leche y algunas galletas que me recordaban a las de Starbucks, porque eran inmensas. Pagué, tomé mis cosas y me fui hasta una mesa ubicada cerca de la ventana que daba a la entrada principal. Miré mi teléfono: las 10.52. Tenía otra clase a las 11.30 de modo que tenía tiempo para desayunar en paz, justo como me gustaba.

También tenía un mensaje de Ryder.

De: Ryder

10:40 AM 06/09/09

« Espero q t esté yendo bien en tu clase, tontita. T quiero. No me extrañes»

Rodé los ojos y me reí. ¿Desde cuándo me decía tontita?
Por otro lado, lo extrañaba mucho y eso me daba miedo.

De: Yo

11:00 AM 06/09/09

« ¡Siempre me va bien! Y claro que no te extraño, así q no m molestes»

De: Ryder

11:03 AM 06/09/09

« ¡MENTIROSA! MUERES PORQUE ESTE AHÍ»

De: Ryder

10:40 AM 06/09/09

« ¡Sí, claro! (chequea la ironía, Ryder Montgomery)»

Y no contestó nada más.

Más tarde, mientras me encontraba distraída leyendo lo que había anotado en la clase, en mi mente se colaban pensamientos que se preguntaban qué estaría haciendo Ryder en ese momento. A esa hora a menudo íbamos a algún lado o nos sentábamos a charlar, pero ahora mi tiempo para pasar con Ryder iba decreciendo y eso me fastidiaba un poco y me ponía de un muy mal humor aparente. Tanto que las personas que aparecieron en mi mesa segundos después de que mi ceño fruncido se suavizara, lo hicieran con mucha cautela.

—Hola —me saludó una chica de ojos grises y cabello rubio. Estaba sosteniendo un café y un sándwich con sus manos—. Te vimos en la clase de la profesora Phillips, ¿podemos sentarnos contigo?

Me removí un poco en la silla. No tenía nada de malo. Ella estaba acompañada por dos chicos, uno muy parecido a ella pero más alto y bien formado, con grandes ojos castaños y el cabello del mismo tono de la muchacha. Y el otro, bien diferente. Más bien era de mi misma altura, con el cabello negro ébano, rostro traslúcido y ojos oscuros.

—Sí, claro —dije haciéndome a un lado. Tomé mi mochila y mis libros del asiento siguiente y los dejé en el piso.

—Soy Melissa —se presentó ella. Se sentó a mi lado y los otros dos sujetos se sentaron en frente—. Él es mi novio Elliot —explicó a la vez que señalaba al sujeto

de ojos oscuros y cabello negro que llevaba puesto una chaqueta de cuero verde oscura y que le daba un aire rebelde. Melissa tenía suerte, pues era apuesto.

—Hola, mi nombre es Katia, por cierto —lo saludé levantando la palma de mi mano.

—Bonito nombre, Katia —la voz del chico de ojos castaños llegó a mí como el suave murmullo del río—. Yo soy Julien.

—Es mi hermano —añadió Melissa.

—Mucho gusto —dije y tragué saliva. De pronto sentí un mal sabor de boca. Mirar a Julien como lo estaba haciendo, era algo malo y no sabía porqué. Tal vez porque él parecía de lejos un chico amable. Con su rostro delicado y níveo tenía toda la pinta de un maldito ángel. Algo así como vi a Ryder la primera vez. La única diferencia era que los ojos zafiro de mi amigo eran penetrantes, avasallantes y a veces un poco intimidatorios, como si él pudiese ver más allá de lo que estás pensando. Como si Ryder pudiese atraparte solo con su mirada.

Julien se veía como ese tipo de chico que podrías encontrarte leyendo en una biblioteca. No por juzgar su aspecto, todo lo contrario, era más que guapo y se vestía elegante. En ese momento logré ver que llevaba un suéter azul oscuro y del cuello en forma de V sobresalía el cuello de una camisa gris grafito.

Él me sonrió con amabilidad y dos hoyuelos se formaron justo arriba de las comisuras de sus labios. Había dejado sobre la mesa un té y un par de apuntes, así que de reojo los miré pero nada me hizo alertar de que estaría en alguna de mis clases.

—Te vimos en la clase de la profesora Phillips —dijo Melissa repitiendo lo que me había dicho hacia unos minutos—. Y con mi novio queríamos saber si te gustaría formar grupo con nosotros.

Miré mi café con leche y le di un pequeño sorbo. Me mordisqueé el labio inferior y asentí. Esos tres pares de ojos estaban mirándome detenidamente hasta que hablé.

—Claro, sería estupendo.

— ¡Genial! —exclamó ella—. Viste, bebé, y tú dijiste que ella no querría.

Miré a su novio. A Elliot.

—Solo lo pensé. Tienes ese aspecto de chica a la que no le gusta que la molesten. No es que hayamos estado observándote todo el tiempo, pero hoy en la mañana vimos como te sacaste a Brendan de encima.

Abrí mucho los ojos. ¿Quién rayos era Brendan?

Y como si pudiese oír mis pensamientos, Melissa dijo:

—Brendan Musset, el tipo más idiota que vas a conocer en tu vida. Además de que es un asco. Está en la clase de mi hermano. De hecho han sido compañeros unas cuantas veces, ¿verdad, Julien?

Julien asintió mientras bebía su té.

—Sí, pero creo que este año dejará. Ha reprobado tantas materias que el rector ya no lo tolera. Además, la literatura no es lo suyo, se nota claramente.

—Bueno, tampoco te creas tan superior —le espetó Melissa a su hermano.

—Solo digo la verdad. De igual manera no tengo de qué quejarme, a mí me va bien —dijo con un leve tono de recriminación.

—Oh, lo siento. No sabía que teníamos un erudito en la familia —le contestó ella haciendo un gesto dramático.

—Sí, y descuida, no eres tú.

Reprimí una risita y creo que Elliot también.

—Idiota —masculló ella pero él no dijo nada. Solo sonrió con sorna y tamborileó sobre un libro con sus dedos. Estiré disimuladamente el cuello para ver de qué se trataba: Shakespeare.

—No puedo creer que te estés comportando como un idiota, bobo —volvió a decir ella, provocándolo.

—*Cuidado con la hoguera que enciendes contra tu enemigo; no sea que te chamusques a ti mismo.*

Shakespeare.

Ella rodó los ojos. Él acababa de citar a Shakespeare así de fácil como uno recuerda su canción favorita. Y lo había hecho con una voz tan melodiosa y extrañamente sensual que me molestó. No él, sino yo misma.

—Esto pasará a menudo —explicó Elliot dirigiéndose hacia mí—. Son como perro y gato.

Me reí.

—Lo entiendo, tengo una hermana y a veces nos tiramos de los pelos, no literalmente.

—Si tuvieras una como la mía —dijo Julien con aplomo—, sería muy literal.

Melissa se cruzó de brazos y Elliot estiró su mano para acariciarle la mejilla. Los conocía hacia menos de una hora, pero para ser franca todos me caían muy bien. Sin embargo, los ojos azules seguían acechándome en mis pensamientos.

Al final no tuvimos la siguiente clase porque el profesor Locke no pudo llegar debido a un pequeño accidente, así que pospusieron las clases de su materia hasta que se recuperara. Una o dos semanas como mucho. De modo que le envié a Ryder un mensaje de texto para preguntarle si podía venir por mí.

Melissa y Elliot se fueron un par de minutos después de que hube llamado a Ryder. Dijeron que me verían en la próxima clase y luego me saludaron. Pero Julien se quedó por allí, con su morral de cuero marrón y unos jeans oscuros.

—¿Tienes una clase? —le pregunté mientras me acompañaba a la salida.

—Sí, tengo latín III. No me va muy bien con eso, pero lo estoy sobrellevando.

Tragué saliva. No nos conocíamos y era normal que nuestra conversación estuviera repleta de silencios.

— ¿Estás en Literatura?

Julien asintió al tiempo que nos sentábamos en una banca que daba a la acera.

—Obtendré la licenciatura este año y planeo estudiar Clasicismo el próximo. Aunque también me gustaría especializarme en Shakespeare.

—Asombroso. A mí también me gusta la literatura. Tal vez no tanto como para estudiarla, pero me gusta.

—Es una verdadera pasión. ¿Tú estás en historia?

—Sí. Ésa es mi pasión —me eché el cabello hacia atrás y miré el cielo disimuladamente. Se estaba despejando de un modo considerable y algunos rayos de luz se filtraban por entre las nubes cargadas.

—Mel ama la historia. Aunque a veces añade sus toques. No quiero decir que a veces cree cualquier historia, pero su obsesión por el Rey Arturo me desconcierta. Cree que todo se le debe a él. Ya lo verás.

— ¿El Rey Arturo? —En cuanto giré el rostro me percaté de que el auto de Ryder se acercaba por la derecha—. No hay evidencias de que realmente haya existido.

—Es lo que le digo, pero así es ella.

Sonreí.

—Bueno, fue un gusto hablar contigo, Julien —dije al tiempo que me llevaba la mochila al hombro—, pero vinieron a buscarme.

Ryder detuvo el vehículo, abrió la puerta y se bajó. Lo vi fruncir el ceño al ver que me despedía de Julien, pero eso no tenía porqué preocuparme. Uno, porque Ryder no era nada mío, hablando sentimentalmente. Y dos, porque no estaba haciendo nada más que charlar.

— ¿Es tu novio? —Preguntó Julien y sacudí la cabeza—. Que bueno. Entonces nos vemos, espero.

Le sonreí.

—Adiós, Julien.

—Adiós, muchacha de nombre bonito. Adiós, Katia.

Caminé menos de un metro hasta el auto y me subí.

— ¿Muchacha de nombre bonito? —masculló Ryder sin dejar de fruncir el entrecejo—. No hay dudas de que quiere acostarse contigo. Y de que es un idiota.

Respiré profundo.

—No parece de ese tipo de chico, es más, Julien fue súper agradable conmigo.

Cerré la puerta y me abroché el cinturón.

—Incluso su nombre no es de fiar, Julien —dijo con desdén—. Tiene cara de perverso secuestrador de jovencitas inocentes e indefensas que van a la universidad y nunca más regresan a sus casas.

Me eché a reír ante sus ocurrencias.

—Tiene cara de ángel —se me escapó. No debí haber dicho eso.

El rostro de Ryder se volvió rojo, pero no era un rojo de enfado, sino más bien como de envidia.

—Claro, como tú digas. Si te secuestra al finalizar el trimestre no pienso pagar tu rescate —dijo finalmente. Se inclinó sobre mí y sacó de la guantera una pequeña bolsita.

— ¿Qué es? —pregunté.

—Era para ti.

— ¿Era? ¿Y ya no lo es?

—Sí, lo sigue siendo, pero dudo que signifique algo para ti.

Sus hermosos ojos zafiro, esta vez muy gélidos, me examinaron durante un momento antes de girar la llave del contacto. Estaba rígido.

—Eres mi mejor amigo, Ryder —dije acariciando su cabello ondulado—. Todo lo que se refiera a ti significa mucho para mí.

Y pareció que con esas palabras su rostro se suavizó. ¿Él estaba celoso? Eso no podría ser posible. O tal vez sí.

En el camino abrí la bolsa y descubrí en ella unos caramelos de chocolate y una pequeña tarjeta que decía: *Sé que debo acostumbrarme a esto, pero también sé que no puedo; porque te extraño como las flores extrañan a la primavera (aunque creas que mis analogías apestan, es lo mejor que tengo). Eres mi mejor amiga, Kat y no tienes idea de lo que te quiero.*

Ryder

Capítulo 12

Revelaciones

La mano cálida de Ryder tomó la mía y con la yema de su pulgar acarició delicadamente, y en forma de círculos, las venas de mi muñeca, logrando que me estremeciera. Nuestras respiraciones se habían acompasado minutos antes de que decidiera besarlo de una vez. Ya no lo soportaba, pues sus labios habían nacido para ser míos y los míos para ser exclusivamente suyos.

—Nunca he deseado algo tanto en mi vida, Kat —dijo sobre mis labios, con voz ronca.

En la penumbra de mi habitación no podía ver más que su contorno, pero el fulgor de sus ojos desprendía más luz que el mismo sol. Eran como dos llamas azules que me volvían de gelatina y penetraban hasta en lo más recóndito de mi cuerpo. Eran el detonante para que mi cuerpo estallara.

—Tampoco yo, es como si toda mi vida se resumiera en este momento. En estar aquí, contigo...

Sentí sus deliciosos labios recorriendo mi cuello con destreza hasta que llegó a por debajo de mi mentón y volvió a bajar lenta y sensualmente hasta mi clavícula. Me estremecí. Trazó besos aquí y allá. Su lengua dejó su exquisita marca y yo me sacudí cuando me apretó más contra su duro cuerpo. Alcé la vista y miré sus ojos. No había manera de que esta relación acabara allí. Ambos sabíamos lo que iba a pasar en minutos...

"Toc, toc, toc"

«Maldita sea»

Abrí los ojos y miré el reloj despertador: 10.23. Estos sueños constantes con Ryder ya estaban volviéndose muy problemáticos.

No obstante...

«Por todos los cielos, sabe lo que hace hasta en sueños. Y es odiosamente sensual en ellos», pensé. Y era cierto.

También era cierto que yo necesitaba una buena ducha fría, porque después de un sueño como ese, había despertado con el pulso acelerado y la respiración agitada.

Ese día no tenía ninguna clase, y puedo presumir que los tres primeros meses en la universidad fueron muy productivos, en todos los sentidos. Melissa y yo salimos juntas un par de veces luego de las clases con el profesor Locke, aunque ella parecía tener una relación extremadamente seria con su novio Elliot y él constantemente nos acompañaba; quien por cierto era muy divertido y agradable. A veces me recordaba un poco a Ryder, porque al igual que él, tenía esa simpática desfachatez que Ry poseía. Siempre salía con algún comentario que nos hacía

destornillar de la risa hasta llorar. Definitivamente Melissa tenía suerte al tenerlo a su lado.

También se unió otra chica a nuestro grupo, Helena, que era oriunda de Southampton y compartía cuarto con Melissa hasta que, según ella misma, su prima viniera a la universidad y alquilara un apartamento para ambas. Y a pesar de que Helena era un poco diferente a Melissa y a mí, nos complementábamos bastante bien.

"Toc, toc, toc"

Me incorporé sobre los codos hasta sentarme en la cama y tomé los anteojos que me había comprado la última semana a causa de todos los apuntes que estaba leyendo tenía la letra muy pequeña. Si los profesores querían abaratar costos, se equivocaron, porque los lentes salían muy caros.

— ¿¿Quién?! — pregunté al tiempo que me ponía las pantuflas y bostezaba.

— ¡Ryder!, ¿puedo pasar?

Bostecé otra vez y los ojos me lagrimearon. Claro, ¿quién más iba a ser?

« ¡Santo Dios! Ha aprendido a golpear a la puerta. »

Me reí. Había tardado cuatro meses en hacerlo, pero finalmente aprendió.

— ¡Sí, claro! — dije—. Como si tuviera opción, siempre terminas entrando — mascullé mirando mis pies.

La puerta se abrió y detrás de ella apareció el sujeto que había comenzado a irrumpir en mis sueños últimamente y con demasiada regularidad. Lo miré por unos segundos, ¿por qué debía ser tan jodidamente lindo?

— Buenos días, Kat — saludó con voz cantarina. Probablemente Ryder era el único chico en todo Londres que siempre se levantaba de buen humor. Aunque él se destacaba más que nada por ser histriónico.

— Buenos días. Creo que has superado tu récord de entrar a mi habitación todas las mañanas — bromeé con una sonrisa estúpida estampada en mis labios.

— La vida es corta, y ver algo tan bonito como tú todas las mañanas es un placer que pocos experimentan.

Mi rostro ardió con furia. Bueno, no solo mi rostro, otras partes de mi cuerpo también lo hicieron. Pero no dije nada, no podía.

Yo aún seguía con la temperatura del cuerpo un poco elevada, lo que empeoró cuando él, tan poco introvertido como siempre, depositó un beso dulce en mi mejilla y se sentó a mi lado ofreciéndome una taza de té. El calor que irradiaba su cuerpo me estaba quemando completamente y tenía miedo de perder toda moral y echarme sobre él. Sin embargo, me contuve.

— Gracias — dije. Tomé el pequeño plato que sostenía el pocillo y lo dejé sobre mi mesa de noche—. ¿Cómo has amanecido?

— Con mucha energía. Voy a lavar el auto antes de que se venga otra de esas inoportunas tormentas.

— ¿Quieres ayuda?

Ryder alzó ambas cejas y una sonrisa se explayó en su rostro.

—Sería estupendo, pero, ¿no tienes cosas que hacer para la universidad?

Sacudí la cabeza y no pude evitar fruncirle el ceño. Él me comprendió de inmediato y abrió mucho los ojos ofreciéndome una evidente disculpa.

—No es que no quiera que me ayudes, solo que no me gustaría ser una distracción.

—No eres una distracción, Ry —le aseguré llevando mi mano a su rodilla. Él palmeó mi mano y me dirigió una sonrisa cargada de agradecimiento—. Además solo me falta leer un capítulo que habla sobre las políticas económicas británicas y planeo hacerlo en la tarde. Tengo toda la tarde para t...

Caramba, iba a decir para ti.

—Terminar todo —completé la frase con algo de nerviosismo.

«Aunque si me miras de ese maldito modo, no solo eres una distracción, también eres una tentativa a pecar, Ryder Montgomery»

Bebí un sorbo de mi té y lo dejé sobre la mesa de noche.

—La paso muy bien contigo, Katia, quiero que lo sepas. Nunca he estado tan... —desvió la mirada, pensativo—, tan expectante de pasar el día con una amiga. Cuando vas a la universidad esta casa se siente vacía.

—También yo, excepto cuando duermes. ¡Rayos, Ryder! Se oyen tus ronquidos desde aquí. Antes no se oían tanto —bromeé, aunque era mentira.

Él rió, rodeó mis hombros con su fuerte brazo ligeramente bronceado y me acercó a su cuerpo pegando su mejilla a la mía. El ligero roce de nuestras mejillas me estremeció, y sentir sus labios tan cerca...

«Más que una ducha de agua fría necesitas una bañera con enormes cubos de hielo, chica»

Mordí mi labio con fuerza mientras desviaba la mirada al té que me había preparado.

La tentación volvió por unos fugaces segundos antes de que mi cerebro comenzara a funcionar. Me sentía una especie de Shakespeare (tal vez esté exagerando) frente a una incógnita que había estado revoloteando por mi cabeza durante las últimas dos semanas: ¿Besarlo o no besarlo?

«No lo hagas. No sabes lo que pueda a llegar a sentir por ti. Por el amor de Dios, Katia. No arruines lo que tienen»

No quería arruinar lo que Ryder y yo habíamos construido como amigos. Una amistad sólida y bastante sincera. Aunque él se empeñara en mantener oculto ese secreto que todos parecían conocer excepto yo.

—Está bien. Si me ayudas puedo acompañarte cuando estudies.

Se alejó un poco de mí y sus ojos se concentraron en los míos.

—Trato hecho. Y me harás café.

—Te haré lo que quieras —murmuró.

—Ryder —lo reprendí. Para él podía ser una broma, pero a mí me afectaba más de la cuenta.

—Lo siento, me comportaré.

—Mejor así —dije y me animé a besarle la mejilla con la dulzura que él se merecía—. Te quiero, Ry.

Nos quedamos abrazados un momento hasta que mi teléfono móvil comenzó a vibrar sobre la mesa de noche. Lo tomé y apreté "aceptar llamada".

— ¿Diga?

Ginger. Últimamente nos mandábamos mensajes por correo electrónico, excepto la última semana porque había estado muy atareada leyendo para mis clases.

Ryder se dio cuenta de que debía dejarme a solas. Se levantó de la cama, y caminó hasta la puerta. Antes de marcharse me dirigió una última mirada y dijo que iría a preparar unas tostadas simples. Menos mal que aclaró que eran simples.

— ¡Hola, amiga! —Me gritó con entusiasmo.

— ¡Ginger! ¿Cómo has estado? —pregunté. Hablar con ella me hacía extrañar mi hogar.

—Bien, ¿y tú? No me has contestado el último correo.

—Lo sé. Prometo enviarte mensajes más seguido para contarte las novedades.

Oí una risita.

—Ya sé lo que vas a preguntarme —dije y suspiré ruidosamente.

—Sí, ¿y entonces?

—Nada.

Arrugué la nariz al resumir lo que sucedía entre Ryder y yo: nada. Absolutamente nada. Era patético. Bueno, había amistad y cariño, pero nada del otro tipo de amor.

Me acerqué un segundo a la puerta y salí del cuarto para corroborar que Ryder no estaba merodeando por allí.

No estaba.

—No te creo —dijo ella—. A esta altura por lo menos debieron haberse toqueteado un poco.

—No.

— ¿Segura?

— ¡Es verdad! —grité, frustrada—. Lo siento, es que esto me desespera. Ryder me confunde. Actúa a veces como si me deseara, dice cosas que...—respiré profundo—. Me refiero a que no sé si solo quiere ser mi amigo o algo más. El otro día Julien, ¿recuerdas que te hablé de él?

—Sí, el sexy estudiante de literatura.

—No dije que era sexy, dije que era sensual e interesante.

— ¿Y Ryder lo es?

—Mucho más, pero existen demasiados enigmas a su alrededor. Y hasta que él no me diga lo que está sucediendo me temo que no planeo hablarle de lo que siento, que ya de por sí es muy extraño.

Ginger silbó.

— ¿Estás enamorada de él?

Sacudí la cabeza, aunque ella no podía verme.

—No, pero tengo miedo de que ocurra y él rompa mi corazón. No quiero que eso suceda. Creo saber cómo acaban este tipo de relaciones. Y considerando que mi hermana intenta mantenerlo apartado de mí, temo que sus razones sean demasiado dolorosas.

—Pero dijiste que era un chico increíble, y muy dulce, ¿sabes lo que daría por tener un Ryder en mi cama ahora mismo?

— ¿No te basta con Sebastian?

Ella se rió.

—Creo que no. Ya sabes, salgo con un ratón de biblioteca que usa anteojos y escucha música clásica. ¡Ah, y para colmo creo que su familia me odia! Pero no estoy segura aún.

Carcajeé.

—A veces olvido cómo eres, pobre muchacho. Y con lo que te ama.

—Lo sé, también lo amo, pero a veces tengo envidia sana de las cosas que me cuentas de ese Ryder. Ya puedo imaginármelo. Debe ser un sujeto impresionante.

—Sé que lo haces, y te agradecería que en tu imaginación le devuelvas la ropa.

Ginger largó una carcajada sonora.

— ¡Uf! ¡No es justo! Bueno, sigamos: estabas por decirme algo de Julien -el universitario sensual que recita a Shakespeare- cuando te interrumpí.

Me encogí de hombros de solo recordarlo.

—Es lo que te digo, Gin, él me confunde.

— ¿Julien?

—No, ¡Ryder!

Me dejé caer sobre la cama.

— ¡Ah! ¿Qué fue lo que hizo?

—La semana pasada me crucé a Julien a la salida de mi clase de antropología, casi siempre nos cruzamos, tomamos algo en la cafetería y me prestó un libro de literatura suyo.

—No me digas que vas a cambiarte de carrera solo porque el chico te atrae.

— ¡No! Solo que habíamos hablado un poco de ello, y él se ofreció a prestarme su libro. No quería ser descortés y además iba a echarle una mirada.

— ¡Oh, que dulce! Otro ratón de biblioteca. Nosotras vamos de mal en peor.

—No le digas así, pobrecito.

—Sigue —insistió ella.

—A la salida de la cafetería, Julien me acompañó hasta la entrada del campus porque lloviznaba un poco y yo casi nunca llevo paraguas porque...

—Porque Ryder te lleva.

—Sí. Caminamos hasta allí y cuando nos detuvimos en la entrada, cerca del mismo banquito en donde siempre espero a Ryder, Julien me confesó acerca de sus intenciones de tener una cita. Me dijo que lo había pensado mucho porque creía que no estaba preparado, pero que le gustaría intentarlo.

— ¿Y qué le contestaste?

—Eso no es lo importante. Escucha esto, estábamos hablando tan cerca uno del otro que yo no me di cuenta. Ni siquiera noté que alguien se acercaba caminando por el otro lado. En cuanto Julien me tomó de la mano para preguntarme si aceptaba, oí que alguien se aclaraba la garganta ruidosamente, aunque ciertamente sonó más como un gruñido. Así que él me soltó la mano de inmediato como si hubiera visto al mismo diablo y yo me volteé y me sorprendí de ver a Ryder cuando casi siempre me espera en el auto.

»Nunca había visto sus ojos embebidos en furia como ese día, eran de un azul intenso. Lo noté molesto. Había fruncido el ceño y en cuanto Julien lo saludó, él simplemente susurró un «hola» muy poco sonoro sin dejar de fulminarlo con la mirada. Por suerte Julien nunca comentó nada al respecto.

»Incluso después miraba el libro de Julien con una mueca de enfado. No sé que demonios pasa con él.

Ginger tosió.

—Puede que se haya sentido un poco celoso.

—O tal vez solo le molestó porque alguien más se interesó en mí. De todas maneras, durante el camino no dijo nada. Se limitó a conducir con un gesto claramente enfadado y en la noche parecía otro. Como si nada hubiera ocurrido, ¿ahora entiendes lo que intento explicarte?

— ¿Crees que pueda ser bipolar? —dijo ella—. ¿Errático?

—No, tengo la ligera sensación de que esto tiene que ver con lo que esconde. Hasta que no hable es muy probable que él tampoco admita si siente algo por mí. Repito, si es que llegara a sentir algo por mí.

—Entiendo, ¿y entonces qué vas a hacer con Julien? ¿Qué fue lo que le dijiste?

Me mordisqueé el labio.

—Le dije que lo pensaría porque era muy pronto, y porque tenía mucho que estudiar, lo que es cierto. Julien es agradable, y no quiero lastimarlo.

—Buena excusa, pero no va a durarte mucho tiempo, Katy.

Dejé escapar el aire ante esa triste realidad.

—Lo sé. Y con respecto a Ryder, son muchas preguntas que necesitan respuesta. Eso antes de que me vuelva loca.

—Yo creo que ya estás loca, pero por él.

Cerré los ojos y reprimí las imágenes de mis sueños.

Después de hablar con Ginger y beberme el té, mi cabeza siguió dándole vueltas a las múltiples cosas que estaban sucediendo a mí alrededor, pero decidí ignorarlas por un momento. Iba a pasar toda la tarde con Ryder, e iba a disfrutarlo. Sin embargo, lo que le había comentado a mi amiga era verdad. Tenía miedo de lo que pudieran ocasionar mis sentimientos. Si Ryder no sentía algo por mí, enamorarme solo lo empeoraría todo y sería yo la que terminaría lastimada.

Respiré profundo y me até el cabello luego de cambiarme. La decisión no estaba en mis manos, sino en las suyas.

Bajé las escaleras y fui a la cocina. Ryder estaba bebiendo una taza de té y comía una tostada silenciosamente mientras ojeaba el periódico. Cuando me apoyé sobre la mesa, él alzó la vista y sonrió apretando un poco los ojos. Fuera se veía que hacía un día hermoso, aunque algo pesado para ser otoño, de modo que acerté en ponerme una camiseta de mangas cortas y mi short de jeans. Dejé las converse de lado por el día, si iba a mojar mis pies, mejor estar de sandalias o descalza.

— ¿Quieres? — Me ofreció señalando las tostadas.

Negué con la cabeza.

— Es extraño que casi nunca desayunes por la mañana, Kat. Yo me levanto como si nunca hubiera comido nada.

Me reí.

— El té estuvo bien. Además, últimamente desayuno en la cafetería de la universidad.

— Sí, ya imagino con quien — mascullo intentando que no lo oyera, pero lo hice—. ¿Una galleta? — insistió.

— Nop.

— ¿Nop? Vaya, luces y te oyes de muy buen humor. Cualquiera diría que has soñado conmigo — bromeó.

Comencé a toser.

«Sí, y ha sido el sueño más maravilloso que he tenido. Lástima que sea eso, solo un sueño»

— No, solo estoy de buen humor y punto, ¿vamos a lo nuestro?

Él alzó una ceja, divertido.

— Ya sabes a lo que me refiero, bobo, dijiste que podría ayudarte a lavar el auto.

Una sonrisa se expandió por su rostro.

— Es verdad. — Bebió lo que quedaba en su té, le dio el último mordisco a su tostada y luego de dejar todo en el fregadero añadió—: Vamos, preciosa. El tiempo nos apremia.

Tragué saliva. *Preciosa*, cada vez que lo decía, mi corazón vibraba como las alas de un colibrí.

— Vamos — dije cuando me aseguré de que no iba a desarmarme allí mismo.

Cuando puse el pie izquierdo sobre el primer peldaño del porche, comprendí que mi ofrecimiento de ayuda hacia Ryder había resultado ridículo y una muy mala idea. Así que además de estar como estaba, se sumaba el hecho de verlo con ese ligero bronceado que lo hacía lucir como un pecado andante.

Respiré profundo y, sin poder evitarlo, clavé la mirada en su camiseta que se había ido humedeciendo por razones obvias. Me regañé a mí misma por mis estúpidas decisiones, y más aún, por mi poca contención ante mis emociones.

— ¡¿Vas a ayudarme o piensas quedarte toda la tarde allí?! Admirándome por cierto — gritó desde la otra esquina.

Resoplé y rodé los ojos. Ryder hizo una serie de muecas graciosas y yo le saqué la lengua. Todo lucía tan infantil, y aún así era divertido. Siempre que estaba con él era divertido.

Cuando centre mi atención en el auto, comprobé que Ryder ya lo había rociado por completo con la manguera. Las puertas estaban cerradas y había comenzado a enjabonarlo de a poco. Él también estaba bastante enjabonado.

« ¿En serio, vas a seguir con esto? Cabeza fría, Katia, FRÍA»

— ¡Ay! — grité al sentir el agua helada sobre mi brazo; o mejor dicho, unas esponja con agua helada.

— ¡Te dije que la tomaras! ¡No es mi culpa que estés en las nubes, Katia! ¡Si andas enamorada...! — dijo e hizo silencio de inmediato. Frunció el cejo antes de decir algo más—. Bueno, si lo estás, no necesito que me lo cuentes.

Arqueé las cejas. ¿Era una broma?

— ¿Estás bromeando? — repliqué mientras tomaba la esponja del suelo y luego me dirigía hacia el auto—. Se supone que eso es lo que hacen los mejores amigos. Se cuentan secretitos sobre sus amoríos — reí al ver su ceño fruncido y cómo apretaba la esponja escurriéndole toda el agua—, sobre cómo les fue con el chico o la chica con el que salieron durante toda la noche —acabé diciendo, con tono teatral.

Ryder asintió rápidamente al tiempo que me lanzaba una sonrisa sarcástica. Lo pensé, realmente lo pensé: estaba celoso solo de oír las palabras.

—Y por si no lo has notado, no somos una clase normal de amigos. Y no, no necesito que me cuentes con quién te acuestas.

Puse los brazos en jarra.

— ¡Yo no me acuesto con nadie! — Le espeté.

—Pues te conviene, porque según tú has venido a estudiar.

Irritante. Ser cien por ciento irritante. Ese era uno de sus dones.

Fruncí el ceño, esto ya se estaba yendo por las ramas y aún no había pasado ni media hora. Así que luego de unos diez minutos en silencio, mientras yo me mantenía casi apartada y él seguía enjabonando el Mitsubishi, decidimos realizar

un pacto tácito en el que se sobre entendía que no íbamos a pelearnos por algo que ni siquiera estaba ocurriendo.

El piso de la entrada del garaje estaba mojado, al igual que mis sandalias, así que para no resbalarme, me las quité. Se sentía bien estar descalza.

—Tengo que pedirte disculpas, ¿verdad? —dijo alcanzándome el bote del agua para sumergir la esponja. La sensación de mis manos dentro del agua fría era deliciosa.

Comencé a enjabonar mi lado del auto. Ryder tenía esa expresión en su cara, esa que parecía rogar que lo perdonasen.

—No, no tienes que hacerlo —reconocí—. Fui yo quien empezó con esto.

Ladeó una sonrisa y terminó de pasar la esponja por sobre el techo del auto mientras de vez en cuando alzaba sus ojos con la cabeza un poco gacha. Eso me resultaba tierno y sexy a la vez.

—Qué considerada eres —contestó y por el tono de voz supe que estaba lejos de ser una ironía.

Bajé un poco la cabeza para que no viese el sonrojo en mis mejillas, aunque podía tener la excusa de que hacía mucho calor esa mañana. A pesar de ser otoño, algunos días resultaban calurosos.

—Claro que no, solo me estoy haciendo cargo de lo que pasó.

—Es verdad —dijo y abrió la llave de la manguera—, ya pasó. Ahora, por favor, volvamos a ser amigos en buen plan, ¿quieres? —Y me guiñó un ojo.

Sonreí.

—Está bien, ¿me prestas eso?

— ¿Qué cosa?

—La manguera.

—Estaba por enjuagar el coche.

— ¿Puedo hacerlo yo? —alcé una ceja.

Él se encogió de hombros.

—Claro, pero... —su sonrisa se expandió más y gritó algo de que tenía que tomarla primero.

Así que comencé a perseguirlo por la corta distancia que la manguera nos limitaba. Él la levantaba y yo trataba de alcanzarla, pero Ryder era más alto y nunca iba a lograrlo.

Tenía una mirada de suficiencia. Traté de alcanzarla una vez más. Los chorros de agua salían hacia arriba como espesa lluvia de verano.

— ¡Vamos, alcázala! —Canturreó Ryder—. ¡Puedes lograrlo!

Claro que no, estaba de puntillas de pie y ya no aguantaba más.

— ¡Me estás mojando, Ryder!

—Es solo un poco de agua, ni que fueras de azúcar. Aunque a veces me resultas dulce...

Y de pronto perdí el equilibrio y aunque Ryder trató de sostenerme lo mejor que pudo, su cuerpo se tambaleó y ambos caímos al piso sin más.

— ¡Mierda! —gritó él.

Mantuvo los ojos cerrados en una expresión de ligero dolor. Sin embargo, sabía que estaba exagerando.

— ¡Ay! —exclamé—. Si solo te...te hubieras limitado a darme la maldita manguera, Ryder.

Cuando apoyé ambas manos sobre su pecho para impulsarme hacia arriba, Ryder alzó los párpados y recordé haber visto nunca esos ojos azules zafiro tan de cerca. Se antojaban más brillantes de lo que imaginaba, y eran como un torbellino que me atraía hacia él a cada segundo. Respiré profundo y sentí el latir de su corazón sobre la palma de mi mano, era un latido rápido e irregular que me hizo pensar en lo que podía estar sintiendo Ryder en aquel momento. El aliento de sus labios se mezcló con el mío y me embriagó. Tenía que levantarme antes de que fuera tarde, antes de que él se diera cuenta de que mi corazón latía aún más fuerte, como las alas de un colibrí.

Sin embargo no lograba apartar mi mirada de la suya.

Tragué saliva. Ryder no dijo nada sino hasta que me moví un poco. Era extraño que solo hubieran pasado unos pocos segundos cuando a mí me pareció una maldita eternidad.

—Hay algo que tengo que decirte... —dijo en voz baja.

Volví a tragar saliva y reprimí el deseo de morderme el labio. Eso solo me delataría. Lo seguí mirando mientras la temperatura de mi cuerpo comenzaba a elevarse con celeridad.

— ¿Qué? —pregunté con un hilo de voz. Mi cuerpo se había tensado y no lograba relajarme.

Ryder suspiró, y con un tono ahogado dijo:

—No había reparado antes en tus ojos tan castaños. Tienen el color de las almendras. Preciosos.

Mi corazón empezó a golpear con tal fuerza que dolía. Traté de sonreír, pero estaba paralizada.

—Gra...gracias —procuré sonar tranquila, pero el tartamudeó me invadió.

— ¿Sabes? —dijo—. Realmente te echo de menos cuando vas a la Universidad, mucho más de lo que imaginas.

Le sonreí.

—También yo —me aclaré la garganta—. Ahora... ¿esto era lo que ibas a decirme o hay algo más?

Tragué saliva y me sentí algo mareada. Si sabía que estar literalmente encima de Ryder, apoyada sobre su cuerpo iba a suponer todo esto, habría peleado muchísimas veces por esa tonta manguera.

Ryder se quedó pensativo, con la mirada clavada a nuestra derecha.

—Hay algo más...

Mis ojos se abrieron más, expectantes. Pero la confusión y la culpa en el rostro de Ryder hicieron que mi deseo por amarlo en ese preciso instante se hiciera a un lado.

— ¿Qué es?

—Bruno me envió un mensaje. Dijo que sabía a que Universidad vas y cuáles son tus horarios. Quiere que corra lo antes posible. Y me quiere en una de las carreras especiales.

Me mordí el interior de la mejilla. Con la poca fuerza que había recobrado, acabé de impulsarme hacia arriba.

La manguera seguía expulsando agua, pero eso era lo último de lo que nos íbamos a percatar.

Cuando me incorporé por completo, ayudé a Ryder a levantarse para así terminar de oír su explicación.

— ¿Cuándo?

—Lo envió hace dos días.

— ¿Y no me lo dijiste? —le exigí.

Ryder sacudió la cabeza.

—No es algo de lo que debas preocuparte, Katia —dijo en tono conciliador.

Dejé caer las manos y puse los brazos en jarra.

—Esto es acerca de ti —«y me interesa demasiado», pensé—, y de mí. Fue mi culpa que fuéramos a Calle Inter.

— ¡No! No fue tu culpa, deja de pensar eso. —Dio un paso hacia mí y puso sus manos en mis hombros, acercándose un poco—. No te quiero en esto, Katia.

—Ryder...

—Nunca me perdonaría si te hicieran daño por mi estúpida culpa —apretó los labios, claramente conteniéndose.

—No voy a dejarte solo...

—Tienes.

Negué con la cabeza y me encogí de hombros.

Sus manos comenzaron a vagar hacia arriba hasta detenerse en mis mejillas. Me estremecí ante el contacto de mi cuello con sus dedos. Él parpadeó lentamente y me miró fijo.

—Por favor, no discutas en esto.

Hice un mohín.

—Sabes que siempre voy a discutir por algo.

Lanzó una carcajada.

—Eres necia y a veces me gusta, pero esta vez no.

—Ni te imaginas —sonreí, me besó en la frente. Cerré los ojos al sentir que sus labios me quemaban. Entonces se alejó un poco, inclinó su cabeza y yo alcé la barbilla. Su aliento se mezclaba con el mío y solo nos separaban unos pocos centímetros. Mi corazón latía desenfrenado. Quería hacerlo, quería besarlo. Aunque eso significase que todo cambiaría a partir de ahora.

Cerré los ojos, a la espera de lo maravilloso.

Casi al mismo tiempo que yo creí que el beso finalmente llegaría, oímos que alguien se aclaraba la garganta detrás de nosotros.

Apreté los labios.

— ¿Qué está pasando aquí? —preguntó en voz alta mi hermana.

Ryder se separó de mí y yo abrí los ojos.

Me giré hacia ella. Estábamos tan enfrascados en nosotros que no la habíamos oído llegar.

—Estamos hablando —dije con voz temblorosa al voltearme hacia ella. Sabía que a Elizabeth no le gustaba mi relación de amistad con Ryder, pero tampoco podía impedirme que fuera su amiga. Incluso aunque viviera bajo su techo.

—Hablando demasiado cerca, diría yo —dijo Elizabeth y forzó una sonrisa.

—Me parece que estás pensando cualquier cosa. A propósito, ¿por qué has llegado tan temprano? —dijo él.

—Se ha cancelado mi junta —nos miró unos segundos con desconfianza y dijo—: Ryder, ¿recuerdas eso de lo que hemos hablado infinidad de veces?

Él la miró.

—Tal vez.

Entrecerré los ojos. Ella estaba hablando sobre su habitual y particular charla de alejarse de mí.

Elizabeth se quedó mirándolo unos segundos y se volvió hacia mí. Me pidió si podía prepararle un té y luego regresó su mirada seria hacia Ryder.

—Y tú, Ryder. Necesito que vengas al despacho conmigo, ¡ahora!

—Necesito terminar de lavar el auto —replicó él mientras yo me marchaba—. Se va a secar así y va a quedar horrible.

—Ryder.

—Está bien, ya.

En cuanto puse la tetera a calentar, me dirigí hasta la puerta del pequeño despacho de Elizabeth. Sabía que no debía hacerlo, y que debía dejar de oír las charlas de advertencia que mi hermana tenía con Ryder, pero tampoco pude contenerme; puesto que si él no me daba las respuestas que necesitaba, alguien debía de hacerlo.

No obstante, parece que ellos discutieron por muy poco tiempo, porque cuando subí las escaleras atisbé que Ryder salía del despacho con la mirada algo perturbada.

Pasó por mi lado rápidamente. Se detuvo a mitad de las escaleras donde yo me encontrada y forzó una sonrisa.

— ¿Estás bien? —pregunté.

Asintió.

— ¿Por qué me parece que no? —insistí.

—Estoy bien, de verdad. No te preocupes.

Me miró por unos segundos más y su sonrisa se desvaneció.

—Nos vemos después —dijo y siguió bajando las escaleras.

Sabía muy bien que Elizabeth acababa de decirle algo que lo había herido o lo había hecho sentir culpable. Y me molestaba mucho, pero hasta no saber la verdad, no podía decir nada.

Capítulo 13

¡El primer beso del año!

Desde hacía más de un mes que Melissa venía programando la salida a aquella discoteca: Fénix. Cuando me invitó, al principio le dije que lo pensaría, pero lo cierto es que estaba segura de que no quería ir.

No me sentía con ánimos.

Ryder había estado bastante errático esas últimas semanas. Al parecer lo que Elizabeth le dijo le había afectado hasta el punto de no hablar mucho conmigo. Los viajes a la universidad se habían vuelto bastante incómodos y exageradamente silenciosos. La primera semana intenté retomar un poco nuestra relación, pero acabé por cansarme.

Estar en la casa con él también resultaba bastante incómodo, por lo que trataba de alargar mis días en la universidad quedándome a estudiar en la biblioteca - hasta que comenzaron las vacaciones de invierno- o pasando el tiempo con Melissa e incluso hube pasado varias tardes con Julien, quien a pesar de no estar en mis clases, se había vuelto un gran amigo.

Durante los días festivos creí que él estaría alegre, y no, la cosa seguía igual. Elizabeth decidió que celebraríamos la navidad en un restaurante muy elegante del centro, pero Ryder se negó a ir alegando que no se sentía muy bien. Sabía perfectamente que estaba mintiendo, sin embargo, lo último que quería ese día era arruinarles la navidad a mis sobrinos.

Y así transcurrieron los días hasta el 31 de diciembre del 2009. El último día del año.

— ¡Es hoy! —exclamó Melissa cuando llegué a su apartamento—. ¡Me alegra de que hayas decidido venir finalmente! Tenemos que ir a comprar ropa para esta noche.

La abracé y entramos. Helena no estaba porque había ido a pasar las vacaciones de invierno con su familia a los Alpes Franceses.

—Sabía que iba a convencerte —dijo con suficiencia y sonreí.

—No estaba con muchas ganas, pero bueno, es un día para festejar. Año nuevo.

Mel sonrió.

—Y tal vez amores nuevos —insinuó guiñándome un ojo. Creo que ella ya intuía lo que me sucedía con Ryder—. Excepto para mí, yo no dejaría a Elliot por nada del mundo.

Luego de almorzar en su casa, nos dirigimos al centro comercial. Melissa no era una chica de comprarse ropa en exceso. Su lema era básicamente "calidad antes que cantidad".

—He ahorrado de a poco todo el año para comprarme un vestido para hoy. Es año nuevo, Katia, hay que ponerse algo nuevo.

—Yo no sé que voy a comprarme, no quiero gastar mucho dinero —dije mientras caminábamos por la segunda planta viendo vidriera tras vidriera.

—Oh, vamos, a ti cualquier cosa te quedará bien.

Seguimos dando vuelta por un par de horas más hasta que logré dar con un vestido que me gustó mucho, sobre todo en relación con el precio. Era un vestido con mangas largas de encaje color champagne.

A Melissa le encantó.

—Creo que me lo llevo, aunque vaya a usarlo una sola vez en mi vida, creo que es hermoso.

— ¡Sí! —vitreó ella—. Helena dijo que podíamos usar cualquiera de sus zapatos. Y los de ella son incluso más lindos que los míos.

Mi amiga terminó escogiendo un vestido rojo de tirantes. Pensé que iba a hacer demasiado frío esa noche para usar algo sin mangas, pero a ella le gustaba así. Además dentro de la discoteca estaría caluroso.

Cerca de las tres de la tarde, seguimos paseando hasta acabar rendidas en un banco tomando un capuchino de Starbucks.

Estaba tan abstraída que ni siquiera lo vi pasar frente a nosotras. De hecho estaba pensando justamente en él hasta que Melissa me dio un codazo.

— ¿Qué pasó? —pregunté alzando la cabeza.

— ¿Ese no es tu Ryder? —dijo apuntando con su móvil hacia nuestra derecha.

—No es mí... —dije y giré la cabeza en aquella dirección.

Abrí mucho los ojos. En efecto era Ryder, y estaba con Max, que en cuanto me vio le avisó que yo estaba allí.

Durante los siguientes segundos, trabajamos miradas hasta que Max se acercó hasta mí y Ryder no tuvo más opción que seguirlo.

—Vaya que es lindo —dijo Mel.

«Claro que lo es»

Señor, no podía apartar la mirada de él. Los ojos azules de Ryder me abdujeron hasta que estuvimos a pocos metros de distancia.

— ¡Tía! —gritó Max y corrió para abrazarme.

—Hola, cariño —dije presionando mis labios sobre su cabello—. ¿Qué haces por aquí?

—El tío me trajo a comer porque estaba aburrido y no había nadie en casa.

Ryder siguió acercándose.

— ¿Y Jen?

—En la guardería —dijo el chico.

—Hola, Melissa. Katia —dijo Ryder mientras se metía las manos dentro de los bolsillos de los pantalones. Aquella mañana no lo había visto. Estaba vestido con unos jeans oscuros, una camiseta azul y una chaqueta de cuero negra.

—Hola —saludó Melissa.

—Hola, Ryder, ¿qué hacían por aquí?

¿Cómo había ocurrido? ¿Cómo habíamos llevado a llevarnos así de distantes?

—Max quería dar un paseo.

Asentí.

—Ryder, ¿vendrás esta noche a Fénix? —preguntó mi amiga y me contuve las ganas de hacerla callar.

Ryder me miró y luego se volvió hacia ella, girando la visera de su gorro hacia atrás.

—Ejem... ¿Fénix, la discoteca?

Ella asintió.

—No creo que sea buena idea.

— ¡Oh, vamos será divertido! ¡Celebrar el año nuevo con los amigos! Irá mi novio, mi hermano, Katia. Ven, por favor.

Los ojos de Ryder se trasladaron otra vez a mí.

—Tal vez él quiera quedarse con los niños —dije.

Ryder apretó los ojos.

—No, ¿sabes qué, Melissa? Me gustaría ir — ¿qué bicho le había picado?—. ¿Vamos juntos, Katia?

Melissa dio un saltito.

— ¿No ibas a ir con Julien?

Los miré a ambos. Primero a Mel, mi amiga. Y luego a Ryder, la persona con la que más deseaba estar. No obstante, no sabía qué juego estaba jugando él.

—Lo siento, Mel, ¿puedes decirle a tu hermano que iré con Ryder? Será más cómodo para todos.

—Está bien, es solo un viaje —dijo ella con una sonrisa. En ese momento, su móvil comenzó a sonar al ritmo de una canción de Rihanna—. Es Elliot, ahora vengo. Hola, bebé.

Se alejó a grandes zancadas hasta el hall del centro comercial con el teléfono en su oreja. Miré a Max que estaba perdido mirando una de las fuentes de agua. Se veía tan pequeño, tan ajeno a todo que le rogué al cielo que siguiera siendo así por mucho tiempo.

Volví a mirar a Ryder y este apretó la mandíbula. Sus hombros también se veían tensos.

— ¿Me ignoras por casi un mes entero y luego quieres ir con mis amigos a bailar? No te entiendo, Ryder, ¿a qué juegas?

Él sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—No quiero pasar el año nuevo solo, ¿vendrás conmigo? —dijo, y parte de mí comenzó a luchar por perdonarlo.

—Sabes que no tengo opción —dije.

—Claro que la tienes, podrías ir con Julien.

Fruncí el cejo.

—No es a lo que me refería.

Ryder me miró como si no comprendiera. Un grupo de chicos pasó riéndose de quién sabe qué cosa. Se veían todos tan felices en comparación a nosotros dos. Ryder los miró por un segundo y luego volvió a mirarme.

—Katia, yo...

— ¡Oigan, chicos! —gritó Melissa desde el otro lado. Venía con una sonrisa de oreja a oreja—. Katia, lo siento tanto, pero Elliot me ha dicho que tiene una sorpresa para mí y quiere dármela antes de que se acabe el año, ¿te molesta que me vaya?

Le sonreí forzosamente.

—No, claro que no. No te preocupes.

— ¿Te vuelves con él?

Me mordí el interior del labio y miré a Ryder.

—Claro —dijo él—. De todas maneras Max y yo ya nos íbamos.

—Me haces sentir menos culpable —dijo ella apoyándole una mano en el hombro. Ryder hizo una especie de mueca que estaba muy lejos de parecer una sonrisa—. Bonita gorra, por cierto.

Segundos después, Melissa nos saludó y se marchó junto a sus bolsas.

—Creo que es hora de irse —dijo Ryder y fue a buscar a Max.

Durante el camino no dijimos absolutamente nada, en parte porque estaba segura de que ninguno de los dos quería incomodar a nuestro sobrino.

Pasé el resto de la tarde ordenando mi cuarto buscando entre los zapatos que había llevado y los de Elizabeth, uno que encajara con el vestido. Encontré unos blancos que me parecieron bastante tradicionales y opté por ellos.

Elizabeth y Ben pasarían el año nuevo en la casa de uno de sus amigos junto a los niños, de modo que Ryder no había mentido cuando dijo que no quería pasarlo solo. Además, cuando le pregunté porqué no iba con ellos, explicó que necesitaban pasar tiempo en familia, y aclaró: sin él.

Más entrada en la tarde, alrededor de las siete, me di una ducha de agua bien caliente, me sequé el cabello y luego lo planché. No acostumbraba a hacerle nada en realidad, porque ya de por sí mi cabello era bastante manejable, pero esta vez lo quería llevar suelto.

Alguien; o mejor dicho Ryder -porque mi hermana, Ben y los niños ya se habían ido-, llamó a la puerta de mi habitación cuando el reloj marcó las 21.36. Dejé la plancha del pelo sobre el escritorio y le abrí.

— ¿Ya estás lista? —preguntó.

Sin poder evitarlo, paseé mis ojos a lo largo de su cuerpo. Estaba vestido con unos jeans oscuros, unos zapatos de cuero negro y una camisa gris grafito peligrosamente ajustada a su cuerpo.

— ¿Katia? —dijo y volví del transe.

— ¿Ah? —«estúpida», me dije porque tenía que mantener mi mente apartada de él—. Sí, sí. Ejem, solo me pongo los zapatos y tomo mi abrigo.

Y cerré la puerta de mi habitación sin decir nada más ni esperar a que él dijera algo. Parte de mí quería quedarse en casa, encerrada en la habitación y pensar seriamente en lo que estaba haciendo. Pero tenía que enfrentarlo a él y a mis sentimientos que parecían ir en in crescendo a toda velocidad. Ryder tendría que darme respuestas a todo ese comportamiento tan errático que estaba teniendo.

Me senté en la cama y me puse los zapatos. Luego de abrigarme con mi viejo tapado negro, desenchufé la plancha del pelo y tomé una pequeña cartera que Elizabeth me había prestado.

Salí del cuarto y no me sorprendió en absoluto que Ryder estuviera esperándome al inicio de la escalera.

— ¿No llevas abrigo? —le dije en cuanto atisbé que no llevaba nada más que la camisa arremangada hasta el antebrazo.

Al igual que yo lo había hecho con él, me miró de los pies a la cabeza, lentamente. Sin embargo, su expresión no decía nada.

—Tengo una chaqueta en el auto, no te preocupes —dijo

—Fue solo una pregunta, no estaba preocupándome —solté y yo misma me di cuenta de lo idiota que fui.

Ryder asintió.

—Te ves guapísima, por cierto.

No dije nada. Simplemente hice caso omiso a sus palabras, porque no necesitaba que mi mundo se tambalease otra vez por él.

Bajé las escaleras y atravesé el hall en completo silencio hasta llegar al Lancer. Ryder lo encendió con la llave electrónica y de inmediato me deslicé sobre el asiento del copiloto.

El viaje fue medianamente corto y extremadamente silencioso, así que cuando quise darme cuenta ya estábamos estacionándonos frente a la discoteca Fénix. Tuve suerte de encontrarme a los chicos en la entrada. Melissa iba hermosa con su vestido, y Elliot y Julien iban vestidos similares a Ryder, solo que con camisas de diferente color. Unos segundos después me percaté de que había otra chica más a la que nunca había visto. Julien la presentó como su compañera de clase Dara. Era muy bonita. Supuse que él se merecía a alguien así, y no a una persona que lo veía como amigo y que además estaba colgada de un chico que parecía no darse cuenta de nada.

—A la mesa la tenemos reservada desde hace casi un mes —dijo Mel, emocionada. Le faltaba brincar.

— ¡Será el mejor año nuevo de todos! —exclamó Elliot y besó a su novia con efusividad.

Ryder les sonrió y también intenté hacerlo, pero para todos los presentes era evidente que fue una sonrisa forzada.

Esperamos fuera unos minutos hasta que una muchacha nos condujo a nuestra mesa. Vaya, el lugar era impresionante. Y gracias a Dios estaba templado, porque fuera hacía un frío de morir.

La música se hizo audible de pronto, en cuanto atravesamos el umbral de la entrada.

El interior de Fénix se antojaba amplio. Con piso de led y luces de colores en casi todo el techo. A esa hora la gente ya estaba bailando, solo algunos seguían comiendo en las mesas que estaban dispuestas a los laterales de la pista. No creí que fuera a haber tanta gente, así que me sorprendí cuando tuve que empezar a pedir permiso para llegar hasta la mesa que Melissa había reservado.

A la cabeza iban Melissa y Elliot, luego Dara y Julien, y últimos Ryder y yo. Yo iba por delante de Ryder, por lo que para no perdernos, él llevaba su mano apoyada en la parte baja de mi espalda desnuda; ya que me había quitado el abrigo al entrar. Al principio, cuando presionó su palma, sentí un escalofrío hasta que logré acostumbrarme a su calor.

Una vez que logramos acomodarnos en la mesa y una de las chicas nos llevó algo ligero para comer mientras seguíamos charlando.

Los chicos pidieron unas cervezas pero Ryder se dedicó a beber solo soda.

— ¿Estás preparada para su súper primer beso del año? —le dijo Elliot a Melissa mientras la atraía hacia sí.

Ella rió y Julien hizo una mueca que nos hizo reír a todos.

—Sí de por sí sus besos son bastantes exagerados —dijo Julien—, no quiero imaginarme lo que será su súper beso.

— ¡Tú, envidioso! —Le gritó su hermana—. No tienes a nadie a quien besar.

—No quiero besar a nadie —dijo él y Ryder, que estaba frente a mí, clavó sus ojos en los míos.

Me removí un poco incómoda en el asiento y Dara me preguntó si me sentía bien.

— ¿Estás segura? —dijo.

Asentí.

—De todas maneras —dijo Mel—. No hay nada como el primer beso del año.

—Bueno, tampoco es que hay que ir por ahí besando a cualquiera —dijo Elliot.

— ¡Lo sé, tonto! —dijo ella y presionó sus labios sobre los de él en un beso rápido.

El DJ subió la música. Estaba sonando un tema de Jenifer López.

Seguimos enfrascados en nuestra conversación hasta que Elliot comenzó a tirar del brazo de Melissa para ir a bailar.

— ¿Quieres bailar, Julien? —preguntó Dara, que por cierto, me hacía acordar mucho a mi amiga Ginger. Se notaba que eran buenos amigos.

Julien sacudió la cabeza.

— ¡Oh, vamos! No seas un mal amigo —insistió ella golpeando su hombro.

— Tal vez después.

Dara hizo pucheros.

Ryder ni siquiera alzó la cabeza. Estaba abstraído mirando su vaso como si nada estuviera pasando a su alrededor.

— ¿Quieres que vaya contigo? —le pregunté a Dara y ella sonrió—. Está un poco aburrido aquí.

— ¡Sí! —exclamó ella y se acercó a mi oído—. Estos son un par de aburridos, no sé cómo puedes salir con él. Sin ofender.

Abrí los ojos.

— No, yo no... —intenté decir.

— ¿De verdad? Creí que sí, lo siento.

Le sonreí.

— No te preocupes.

Y salimos a bailar.

Estuvimos bailando un poco apretujadas entre la gente y junto a Melissa y Elliot por una buena cantidad de tiempo. Debo decir que a pesar de haber pensado que iba a ser una noche horrible, me divertí mucho. Melissa levantaba los brazos al ritmo de la música mientras Elliot le rodeaba la cintura con sus brazos. Luego la giró quedando con la espalda de mi amiga pegada a su pecho. Melissa daba grandes carcajadas, lo que demostraba claramente que las rondas de cerveza y posteriormente tequila, le habían surgido efecto.

— ¡Esto está genial! —gritó Elliot y comenzó a cantar el estribillo de *Don't stop de music*, de Rihanna—. ¡Por favor no paren la música!

Seguimos bailando hasta que la música se detuvo de repente y el anfitrión habló a través del micrófono.

Melissa tiró de mí y de Dara para llevarnos fuera de la pista de baile mientras Elliot nos seguía.

— ¿Qué ha sucedido? —pregunté.

— Faltan diez minutos para las doce —dijo Julien.

— ¡Amigos, alcen sus copas y sígannos!

La gente comenzó a ovacionar. Las luces se encendieron y todos comenzaron a subir por las dos escaleras dispuestas a los costados de las pistas.

— Guau —dijo Dara—. Esto va a estar bueno si nos dejan ir a la terraza que está mortal.

—Me encantan los juegos artificiales —dijo Mel.

Y así, de a poco, comenzamos a llegar hasta la terraza que estaba decorada como un amplio jardín. Aquella noche el cielo estaba despejado, lo que daba más oportunidades para celebrar el espectáculo.

La noche estaba bastante fresca, pero debido al baile, ya no tenía tanto frío.

Un minuto antes, la gente comenzó la cuenta regresiva basada en una pantalla puesta estratégicamente con la hora.

— ¡Diez! ¡Nueve! ¡Ocho! —gritaban todos al unísono—. ¡Siete! ¡Seis! —miré a Melissa y a Elliot que estaban abrazados. Dara tenía sus brazos apoyados sobre los hombros de Julien—. ¡Cinco! ¡Cuatro! —Luego miré a Ryder que estaba con sus ojos pegados al cielo con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos parecían negros—. ¡Tres! ¡Dos! ¡Uno! —se veía un poco perdido—. ¡Feliz año nuevo! —gritaron todos y comenzaron a saludarse casi al mismo tiempo que el cielo comenzaba a iluminarse a causa de los juegos artificiales.

Todos mis amigos me saludaron excepto Ryder. Me toqué el cabello y lo tenía bastante erizado, así que tomé una pequeño brochecito que tenía agarrado a la manga del vestido y me hice un rodete en lo alto.

— ¡Primer beso del año! —gritó alguien de entre la multitud y algunos comenzaron a besarse.

La música comenzó a sonar.

Elliot tomó la cara de Melissa entre sus manos y le estampó un enorme y duradero beso que al parecer la dejó sin aliento. Se veían tan bien juntos que una parte de mí sintió algo de envidia sana. Un chico que salió de la nada e intentó besar a Dara, pero ella se echó hacia atrás y lo miró bien. Cuando se dio cuenta de que era linda, ella misma lo besó entre carcajadas.

Julien rió.

— ¡Está loca!

— ¡Se está divirtiendo! —dije.

— ¡Sí, pero también está loca!

Me reí.

Cuando los juegos artificiales menguaron, comenzamos a bajar. Melissa y Elliot ya estaban en la pista y Julien iba delante de mí hasta que lo perdí. Ni siquiera encontré a Dara.

Seguí bajando y cuando llegué hasta la pista, alguien me tomó de la muñeca y tiró hacia sí.

— ¡Oye! —grité creyendo que era algún desconocido. Hasta que me topé con el pecho de Ryder.

— ¡Lo siento! —gritó para hacerse audible por sobre la música. Sus ojos azules lucieron tan brillantes como las luces del lugar.

— ¿A qué te refieres?

— ¡Feliz año nuevo! —dijo y besó mi frente. Cerré los ojos y cuando dejé de sentir sus labios quemando mi piel, los abrí otra vez y él ya no estaba allí.

Respiré profundo y apreté los labios. Quería llorar, pero me contuve con todas mis fuerzas.

Encontré a Dara, Melissa y Elliot a unos pocos metros de nuestra mesa. Estaban bailando de a tres. Me reí.

— ¡Únete! —gritó Mel.

Me uní a su baile intentando olvidar lo que acababa de ocurrir, pero parte de mí siguió sintiendo sus labios en mi frente por una gran cantidad de tiempo.

Un momento después, el chico moreno al que Dara había besado, se acercó por detrás de ella y la invitó a bailar.

—Creo que necesito sentarme unos minutos —dijo Melissa riendo histérica—. ¿Bailan ustedes? —le preguntó a Elliot y él asintió.

Bailé con Elliot unos minutos casi sin tocarnos. No me sentía nerviosa junto a él, pero tampoco teníamos demasiada confianza como para que me tocara. Desde donde estábamos podíamos ver nuestra mesa. Melissa estaba recostada sobre el hombro de su hermano.

Y en mi camino a observar a mi amiga, mi mirada se topó con la de Ryder.

— ¡Creo que bebió demasiado! —gritó Elliot, pero no reaccioné. Entonces me tomó por los hombros y me volví hacia él, algo perdida—. Quieres bailar con él, ¿verdad?

— ¿Qué?

Elliot rió y acercó sus labios a mi oreja.

—Tranquila, he visto cómo lo miras. Y más aún, cómo te mira él a ti.

—No, no es —dije—. No es así.

Él sonrió y me dijo que lo esperara en donde estaba.

— ¡¿Qué vas a hacer?! —tiré de la manga de su camisa, deteniéndolo.

— ¡Alguien debe darles el empujón!

Elliot se alejó, la música siguió sonando y yo me volteé porque no me sentía cómoda mirando hacia la mesa. Continué bailando, pues no era la única que lo estaba haciendo sola.

No pasó mucho tiempo hasta que sentí una voz muy particular detrás de mí. Respiré profundo y cerré los ojos.

Me detuve.

— ¿Me permites? —preguntó apoyando las puntas de sus dedos sobre mis caderas. Su aliento cálido aliento rebotó cerca de mi oreja y una corriente eléctrica me atravesó el cuerpo.

Asentí y sus manos se deslizaron hasta sostenerme mejor. Seguí bailando y pude sentir el pecho de Ryder presionando mi espalda. El corazón me aleteaba como las alas de una mariposa.

Alcé mis manos por detrás y con las yemas de mis dedos acaricié su rostro suavemente.

Las canciones pasaban una detrás de otra y nosotros nos movíamos al ritmo de ellas, hasta que decidí voltearme hacia él y rodear su cuello con mis brazos.

Ryder sonrió de lado y apoyó su frente contra mía. Su aliento era fresco, ya que no había bebido nada, cuando acercó un poco su boca.

Pero no me besó. Se apartó de mí de inmediato y dijo que necesitaba irse.

— ¡Aún es temprano! — dije.

— ¡Lo siento, esto no...debo irme, Katia! ¡Tú puedes quedarte!

Sacudí la cabeza, no iba a quedarme en ningún lugar sin él.

— ¡Entonces me voy contigo, Ryder! — dije tomándolo de la mano. Lo arrastré hasta la mesa para avisarles a los chicos que nos iríamos.

—De verdad, puedes quedarte. Si quieres te vengo a recoger luego.

—No, me voy ahora.

Ryder frunció el cejo pero no dijo nada más. Tomé mi abrigo y mi cartera luego de despedirme de los chicos.

Apenas salimos del estacionamiento, le pedí a Ryder si podíamos ir unos momentos a la ribera del río Támesis.

Cuando nos estacionamos y nos bajamos, me abotoné bien mi abrigo. Ryder se puso su chaqueta americana negra y me siguió. Oí que dejó escapar un profundo suspiro en cuanto se apoyó en el barandal.

Me perdí por unos segundos mirando cómo la ciudad se reflejaba en el agua calma.

— ¿Qué pasó con nosotros, Ry? — le pregunté después de unos minutos.

— Fue mi culpa — dijo.

— Pero, ¿qué pasó y porqué te alejaste así?

— Supongo que fue un impulso.

Lo miré.

— ¿A qué te refieres?

Se dio media vuelta y sus ojos me absorbieron por completo.

— No podemos ser amigos, Katia. Supuse que a esta altura ya te habrías dado cuenta. Hay cosas en la vida que no pueden forzarse, como la amistad, como el amor.

— ¿Cómo el amor? — inquirí.

— Somos diferentes.

— Eso no es verdad, si fuéramos diferentes no nos habríamos llevado así de bien desde el principio. Elizabeth te dijo algo, ¡lo sé!

Él negó.

— ¿Esto es lo que buscas, que nos sintamos incómodos cuando estamos cerca?

— No. Lo hemos pasado bien, sí, pero se acabó.

Una parte dentro de mí se rompió. Y fue en ese momento en que me di cuenta de que no había marcha atrás en esto. Estaba enamorada de Ryder Montgomery y él no sentía lo mismo.

Asentí.

— ¿Podemos irnos?

— Sí.

Cuando llegamos a la casa no había nadie. Mi hermana había dejado un mensaje en la contestadora que decía que llegarían por la mañana porque se quedarían a dormir en la casa de sus amigos.

Mientras que Ryder se dirigió a la cocina, yo me marché a mi cuarto, me di una ducha y me acosté. Pero era evidente que esa noche no iba a poder dormir al recordar sus manos presionando mi cintura y posteriormente, sus duras palabras en la ribera.

No sé cuanto tiempo rodé en la cama sin poder dormirme hasta oí el ruido de latas que al parecer cayeron al piso; aunque estimo que fueron unas cuantas horas porque cuando miré el reloj eran las 5.26 de la madrugada.

Salí de mi cuarto y oí que alguien gimió, entonces me asusté. Fui hasta la habitación de Ryder pero no lo encontré allí. Así que decidí bajar a la planta baja, desde dónde provenía el ruido.

— ¿Ryder? — lo llamé y el oí otro choque de latas.

Cuando entré a la cocina Ryder estaba intentando sostenerse de la mesada y había una buena cantidad de latas de cerveza en el piso y en la mesa. Estaba borracho.

— ¡Ryder! — le grité y corrí hasta él para ayudarlo. Literalmente se había bebido todas las cervezas del refrigerador—. ¡Estás borracho, Ryder!

Me miró por unos momentos y apretó los ojos intentando enfocarme.

—Lo...siento... ¿Me perdonas por lo que te dije? No quise hacerlo, eres de verdad mi mejor amiga.

—Ryder.

—Di que me perdonas, por favor.

Y en ese momento sus palabras anteriores emprendieron vuelo.

—Te perdono, Ry.

—Eres perfecta, y yo soy una mierda —masculló.

—Ryder, estás borracho —volví a decir mientras tomaba con una de sus manos, esta vez más calma—. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque soy una persona horrible —dijo y agachó la cabeza, pero antes pude ver una lágrima cayendo de su ojo—. Soy una mala persona...

Yo negué.

—No digas eso, Ryder.

— ¡Sí, Katia! Mira cómo te tengo...he destruido lo único que vale la pena en mi vida.

— ¿A qué te refieres?

Ryder cerró los ojos. Estaba tan borracho que no logró articular ninguna palabra más; o no quiso.

Dejé escapar el aire que estaba conteniendo y, como pude, comencé a arrastrarlo hasta su habitación.

—Te quiero —balbuceó.

—Sigues borracho, dudo que vaya a creerte —le dije.

Él se sujetó más fuerte de mí y llegamos hasta el piso superior. Solo faltaban unos pasos más hasta llegar a su puerta. Así que con él colgando de mis hombros, logramos entrar y al segundo siguiente el de desplomó sobre la cama. Lo ayudé a quitarse la chaqueta y él insistió, entre balbuceos, en quitarse la camisa; lo cual fue bastante complicado para mí. Le quité los zapatos y en cuanto quise levantarme de la cama, me rodeó la cintura con sus brazos y me arrojó a la cama.

— ¡No, Ryder! —alcancé a gritar en cuando caí a su lado—. Tengo que ir a mi cama.

—Duerme conmigo hoy —rogó contra mi cabello—. Por favor...

«Es lo que más quiero, pero tú no estás consciente de esto», pensé.

Entonces me di cuenta de que no contaba con la voluntad suficiente como para alejarme de Ryder. Sentir el calor de su pecho contra mi espalda y su respiración irregular me hacía pensar que estaba indefensa ante él.

La camiseta se me había levantado un poco y cuando me di cuenta de que sus manos estaban directamente sobre mi piel, el calor me abrumó.

—Yo... —dijo y cuando pasaron los minutos y no volvió a decir nada supe que se había dormido profundamente.

Cerré los ojos e intenté levantarme, pero Ryder me había abrazado con tal fuerza que no pude salir de allí. Lo único que podía hacer era girarme sobre mi propio cuerpo hacia él. La luz estaba encendida de modo que en cuanto me puse de frente, su rostro quedó a pocos centímetros del mío. Su respiración chocaba con la mía.

Me mordí el labio con fuerza. Se veía tan hermoso cuando dormía. Algunos mechones de cabello le caían en la frente, por lo que como pude, levanté mi mano y se lo llevé hacia atrás. Mis dedos se deslizaron lentamente a lo largo de su cara hasta su mentón. Me detuve un segundo cuando se removió. Lo llamé y nada.

« ¡Primer beso del año!» gritó una voz en mi mente. Dudé por un momento, pero al final decidí hacerlo. Su boca estaba ligeramente entreabierta cuando presioné mis labios sobre los suyos. Acababa de besarlo, y probablemente él nunca se daría cuenta de ello.

—Feliz primer beso del año, Ry —susurré y al poco tiempo me quedé dormida con mi cabeza apoyada sobre su pecho desnudo.

Capítulo 14

Pedir perdón

A la mañana siguiente cuando me desperté, estaba sola en la cama. Al parecer Ryder me había tapado con una manta, porque no recordaba haberme tapado sola. Tenía un ligero dolor de cabeza, pero no era nada que no pudiese soportar y arreglar con una aspirina.

Recordé el beso que le había dado a Ryder en la noche y solo esperaba que él no lo recordase.

Me arrastré por la cama hasta incorporarme del todo, y fue cuando salí del cuarto que oí una discusión en la habitación de Elizabeth.

Procurando que nadie me viese, me acerqué hasta su puerta y me sorprendió que Ryder estuviese dentro.

—Yate lo he dicho: no sucedió nada. Deberías confiar un poco más en mí — exclamó Ryder.

— ¿Por qué estaba en tu cama, Ryder?

—No..., no lo recuerdo.

— ¿Ves? — exclamó ella—. Pudo haber pasado algo.

—Solo sé que salimos de la fiesta, fuimos a la ribera y cuando llegué aquí tuve el impulso de beber.

—Absolutamente todo.

—Sí, pero con Katia no pasó nada. Ni siquiera sé porqué se encontraba en mi cama. Estaba demasiado borracho y dudo que ella quisiera estar conmigo en ese estado.

—No soy idiota, Ryder, los vi. Y en lo único que puedo pensar en estos momentos es en ella.

—Por favor, ahórrate todo el discurso que ya conocemos —pidió él.

Hubo un silencio incómodo hasta que Elizabeth habló:

—Quiero que seas honesto conmigo... ¿qué sientes por ella? ¿Qué sientes por Katia?

Mi corazón se aceleró. Sentí un nudo en el estómago al esperar su respuesta. Una parte de mí quería que él confesara lo que sentía por mí, pero otra estaba asustada porque temía lo que ya sabía.

— ¿Vas a contestarme? —preguntó Elizabeth—. ¿Qué sientes por Katia?

Nada. Ryder hizo silencio y no dijo nada. Y ella insistió otra vez.

— ¡Está bien! —Mi ritmo cardíaco se detuvo y me acerqué un poco más a la puerta—. No siento nada especial por ella. Solo somos amigos, así que cálmate de una maldita vez que no pienso enamorarme de tu hermana, ¿está bien?

«No pienso enamorarme», la frase retumbó en mi cabeza y en segundos mi vista se nubló ante las lágrimas que comenzaban a quemarme los ojos. Entonces la noche pasada, sus brazos alrededor de mí y su súplica por quedarme a su lado no eran más que una mentira.

En ese instante rompí a llorar, no pude controlarme.

Antes de que ambos salieran de la habitación, salí corriendo hacia mi cuarto y permanecí allí todo el resto de la mañana, tarde y noche, hasta que Ben golpeó la puerta avisándome que ya estaba la comida lista. Sin embargo no bajé, no tenía ganas de comer nada.

Durante las siguientes dos semanas no coincidimos casi nunca. La primera semana pasé tanto tiempo con Melissa como me fue posible, ya que Helena llegaba recién a principios de la segunda semana para el inicio de clases. Ya después, me iba más temprano que de costumbre a la universidad y volvía en el horario en que él buscaba a Max a la escuela. Ben había ayudado en eso, ya que me acercaba lo más que podía hasta el campus, aunque a la vuelta me volvía sola o Julien se ofrecía a llevarme a casa.

Uno de esos días, durante la cena, pizza, le pregunté a Ben si había visto dónde estaba Ryder -una parte de mí necesitaba saber de él con urgencia-, pero fue Elizabeth la que me contestó luego de aclararse la garganta.

Los niños también estaban allí, pero se encontraban demasiado perdidos en las caricaturas que parecían no estar.

—Salió con una amiga, aunque creo que hay algo más ahí —dijo sin inmutarse. Sin siquiera darse cuenta de que mi rostro se volvía rojo. Ben lo advirtió y bajó la mirada a su porción de pizza.

—Creo que son solo amigos —dijo él.

—Yo creo que no —replicó mi hermana.

—Elizabeth —insistió Ben.

Ella se encogió de hombros.

—Solo digo. Además dijo que pasarían la noche fuera. De hecho creo que ha pasado bastantes noches con esa chica.

Tragué saliva y asentí, dejando la pizza a medio comer. Mis lágrimas amenazaban con fluir en cualquier momento.

—Sí, entiendo —Ben me dirigió una mirada de perdón y yo traté de sonreír, pero solo me salió una mueca—. ¿Puedo retirarme? Mañana tengo universidad temprano.

—Claro, Kat —respondió mi hermana con una sonrisa forzada—. Ah, y en el refrigerador tienes el nuevo número del taxi.

—Está bien. Buenas noches.

Y me fui a dormir tras besar a Jenifer y a Max.

A la mañana siguiente, un día lluvioso, húmedo y nublado, oí el motor del auto de Ryder casi en el preciso instante en que el taxi que había pedido media hora antes aparcaba a orillas de la acera.

Salí de la casa poniéndome la mochila al hombro, abrí el paraguas puesto que aún lloviznaba un poco y caminé a grandes zancadas por el camino de gravilla. Él comenzó a gritarme que me detuviera, y solo lo hice cuando tiró de mi brazo para retenerme. Incliné el paraguas hacia atrás para verlo mejor, aunque eso no era lo que quería.

Las lágrimas me quemaban los ojos pero apreté los labios porque no pensaba llorar frente a Ryder.

— ¿Por qué te vas así? Sin siquiera saludar. Has estado evitándome las últimas semanas —preguntó, preocupado.

¿Y recién ahora se preocupaba?

—Tengo clase, Ryder, y estoy llegando tarde —intenté zafarme y no lo logré.

Frunció el cejo, y su mirada reflejó la confusión que parecía sentir.

—Yo te llevo —dijo—. No sé porqué me estás esquivando así.

—No —sentencié, y bajé la mirada a la puerta del taxi, pero me vi obligada a alzarla de nuevo cuando carraspeó intencionalmente para que lo mirase—. No te preocupes, me tomo el taxi.

— ¿Por qué? —exigió con voz ronca. En ningún momento apartó sus ojos de los míos—. ¿Por qué rayos te escapabas así? Lo que sucedió en año nuevo, quería pedirte perdón por lo que te dije.

—Porque necesito pensar, Ryder. Y no puedo hacerlo cuando estas cerca de mí — y de pronto me di cuenta de que no debí haber dicho eso, solo me exponía ante él.

Ryder se quedó boquiabierto.

— ¿Qué...qué intentas decirme?

Tragué saliva y lo miré, ofendida, por no haberse dado cuenta de a lo que me refería.

— ¿Realmente no te das cuenta?

Ryder se encogió de hombros y no dijo nada. A punto de echarme a llorar, cerré el paraguas, le di la espalda y me deslicé en el asiento trasero del taxi cerrando la puerta. No miré la ventanilla, no necesitaba verlo y saber que nunca me querría como había pensado tantas otras veces. Porque al parecer Ryder Montgomery aspiraba a otro tipo de mujeres...

Mis hombros se relajaron en cuanto supe que por lo menos esa puerta de metal nos separaba. Apoyé la cabeza sobre el respaldo y dejé escapar un suspiro.

— ¡Kat! —gritó y golpeó la ventanilla. Tenía el cabello húmedo y también el rostro. Él era como una perfecta obra de arte que ves en el museo pero que sabes a ciencia cierta que nunca vas a poder adquirir—. ¡Kat, no te vayas así! ¡Tenemos que hablar!

—Vámonos —le dije al conductor.

Dejé a Ryder parado en la acera mirando al vehículo alejarse. Él no se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo. Él no se daba cuenta de lo que sentía por él.

Apoyé la cabeza en la ventanilla y en ese momento recibí un mensaje de texto.

De: Ryder

7:52 AM 17/01/2010

«No sé qué demonios pasa contigo. Ya te pedí perdón por lo que dije en año nuevo, por favor solo dime que me perdonas, kat »

No contesté nada y entonces llegó otro más.

De: Ryder

7:55 AM 17/01/2010

«Eres mi mejor amiga, no me gusta estar así contigo»

Y otro.

De: Ryder

7:59 AM 17/01/2010

«Espérame a la salida de tu clase, voy a buscarte»

Cerré los ojos y por fin las primeras lágrimas reprimidas comenzaron a salir. El taxista me miró pero se limitó a no decir nada.

Me vi obligada a responderle. Y lo que iba a enviarle era una mentira a medias. Así que lentamente tecleé la respuesta.

De: Yo

8:05 AM 17/01/2010

«No. Estaré ocupada cuando salga. Julien me invitó al Starbucks. Lo siento. Hablamos después, Ryder»

El mensaje se envió y otro regresó de inmediato en su lugar.

De: Ryder

08:11 AM 17/01/2010

«No me gusta esto, Katia. Solo di que no estás enojada conmigo. No podría soportarlo. Me importas más de lo que crees»

¿A qué estaba jugando conmigo? Una lágrima pesada cayó sobre la pantalla de mi móvil y de mis labios se escapó un leve gemido. Me ajusté la cola de caballo y respiré profundo. Nunca había pensando a mi corazón como un delicado cristal, pero ahora se sentía así, como si cualquier cosa que Ryder hiciera, pudiera quebrarlo en millones de pedazos. Eso era lo que él provocaba en mí. Sin embargo sabía que no todo era su culpa, puesto que la manera de ser suya era lo que técnicamente me había ido atrayendo de a poco. Conclusión: a veces es verdad cuando dicen que si dos personas pasan tanto tiempo juntas pueden llegar a tener sentimientos el uno por el otro. Y ese era mi caso: estaba enamorada de Ryder y él parecía no tener la menor idea de ello.

Le envié el último mensaje antes de entrar a clase de la materia que ahora me resultaba irónica, antropología.

Apreté los labios.

De: Yo

08:30 AM 17/01/2010

«Te perdono, pero estar cerca de ti solo me produce dolor, Ryder. Tenías razón cuando dijiste que no podíamos ser amigos»

De: Ryder

08.32 AM 17/01/2010

« ¿Por qué? ¡Lo q dije fue una estupidez! ¿Por qué, Kat? »

«Porque estoy endemoniadamente enamorada de ti y es una situación irremediable. Te quiero, Ryder Montgomery, y eso duele.» Me dije y no tuve el valor de decírselo a él.

Nunca antes me había sucedido algo así.

Sentí una mano en mi hombro en cuanto crucé el umbral de la sala: era la de Melissa que me saludó y me guió hasta la banca que me había apartado. Ella y Elliot, quien también estaba allí, siempre llegaban temprano y nos apartaban a Helena y a mí. Esta vez fue para la clase del profesor Ericson, un viejo amargado que se la pasaba diciendo que los jóvenes de hoy eran unos haraganes que no iban a llegar muy lejos.

A la salida de la clase, Melissa atisbó que mi rostro se veía algo ceniciento y me apartó del grupo para preguntarme qué me pasaba.

—Nada en particular —dije encogiéndome de hombros—. Solo estoy un poco cansada.

Puso los ojos en blanco.

—Claro que no. Créeme, yo leo rostros, cariño, y el tuyo dice que estás sufriendo por amor.

Negué con la cabeza y ella insistió diciendo que no me creía. Me llevé las dos manos a la cara y expulsé un suspiro que se sintió muy mal, muy frío y solitario.

— ¿Tanto se nota?

Melissa alzó una ceja al tiempo que se acomodaba el morral.

— Eres un jodido corazón roto andante. Se te nota a leguas.

— Maldición.

Cambié mi peso de un pie al otro y me mordí el labio inferior.

— ¿Es algo que puedas contar? Aunque Elliot me curioseó algo.

— Estoy bastante segura de que puedes imaginarlo. Lo has visto también.

Ella arrugó la nariz.

— Ryder, el de la linda gorrita. Sí, no me caben dudas de que sufras por su culpa.

Tiene nota la pinta de mujeriego.

Le di un codazo.

— Eres de mucha ayuda, ¿sabes?

— Tienes que poner los puntos en esto, Katia.

— No, ni siquiera vale la pena.

— Entonces bórratelo de la cabeza.

Fruncí el cejo.

— El amor no se puede borrar de un plumazo. Una vez que se instala en tu corazón, amenaza con ser eterno.

— Eso fue lindo.

Me reí.

— Lo que no quita que Ryder sea un idiota.

Melissa sonrió y seguimos andando hasta la cafetería. Atravesamos el pasillo repleto de estudiantes y luego nos deslizamos por la puerta principal para ubicar nuestra habitual mesa que con suerte estaba vacía, o semi. Antes compramos dos lates y una galleta para ella.

— ¡Hola! —Nos saludó Julien alzando la mano desde una distancia de unos cuantos metros y segundos después su mirada se posó en mí—. Hola, Katia, ¿cómo has estado esta semana?

Melissa me empujó hasta la mesa para que me ubicara al lado de su hermano y él se hizo a un lado.

Le dirigí una sonrisa forzada que él no se merecía. Julien era digno de una sonrisa real, una que en ese momento no podía darle.

— Bien, ¿y tú?

— Algo atareado estudiando para los exámenes parciales. Son un verdadero castigo a veces —respondió con una mueca de desgano.

— Esperen aquí —dijo mi compañera guiñándome un ojo—. Voy a buscar a Elliot y a Helena. No me gusta que se queden tanto tiempo solos.

—Claro, no va a ser que te lo seduzca —dije y me volví hacia Julien que me miraba casi expectante.

— ¡Ay, mi Dios! —gritó Melissa con dramatismo—. Confío en ti, pero no en ella. Me voy volando.

Y ambos la seguimos con la mirada hasta que abandonó la cafetería. Julien se volvió hacia mí.

—Entonces... —su mirada castaña bajó hasta su dedo que estaba jugando con un poco de azúcar derramada y luego se aclaró la garganta—. He estado pensando en algo en estas últimas dos semanas.

Abrí bien los ojos y él me miró.

— ¿Acerca de?

— ¿Invitarte a...a salir? —dijo, con evidente timidez—. Lo siento, sé que sueno como un idiota. No soy bueno para esto. No le he pedido salir a una chica desde mi primera novia.

Le sonreí.

—Claro que me gustaría salir a algún lado, eres un gran chico —respondí sorbiendo un poco de mi late.

— ¿Cuándo quieres ir? Podemos ver una película y luego comer algo.

— ¿Podemos ir esta tarde?

Julien dejó escapar el aire con una sonrisa en sus labios y se puso sus lentes.

—S...Sí, me parece perfecto. Puedo ir a recogerte a tu casa.

—Pensaba que podríamos ir después del mediodía, cuando acabe el horario.

Julien apretó los labios.

—Ay, lo siento. Es que al mediodía tengo clase de gramática avanzada —dijo con un gesto de pena.

Me encogí de hombros y sonreí.

Un mensaje de Ryder sacudió mi móvil.

De: Ryder

10:12 AM 17/01/2010

«Por favor, no te tardes. Necesitamos tomar un té y hablar. Te extraño»

« ¿A qué juegas, Ryder?», pensé.

—Entonces está bien, no te preocupes. Nos podemos ver en la tarde —me rasqué la punta de la nariz, pensativa.

¿Qué carajo estaba haciendo? No podía salir en una cita con Julien mientras estaba enamorada de Ryder. Era hipócrita de mi parte y hasta estúpido. Si las cosas no salían bien iba a perder a un buen amigo por una ridiculez mía.

Julien llamó mi atención dándome toques en el hombro con su dedo índice.

— ¿Estás bien? Estás como...perdida.

Negué con la cabeza.

—No..., solo...estoy algo abrumada —y me levanté de golpe—. ¿Sabes a dónde puedo conseguir un taxi?

— ¿Te vas a casa, no tienes otra hora de clase? —preguntó.

—Sí, pero creo que necesito ir a casa.

—Entonces yo te llevo, tengo un intermedio de una hora, ¿quieres?

Recogí mi mochila.

— ¿Estás seguro?

Él me lanzó una sonrisa benévola y asintió.

—Sí, solo déjame enviarle a Mel un mensaje para avisarle que nos vamos. No quiero que se enoje.

—Claro.

Al cabo de unos pocos minutos ya estábamos de camino a casa en su Volkswagen Golf verde que parecía tener unos cuantos años.

Ya no llovía, al parecer la tormenta había sido pasajera.

Durante el viaje hablamos muy poco, la cabeza me estallaba y sentía que si no llegábamos lo antes posible iba a vomitar el maldito late que había bebido y mi bilis.

—Podemos dejar la salida para otro día —dijo Julien sin apartar la vista del camino—. No te preocupes por eso.

Sacudí la cabeza.

—No, no. Para la tarde voy a estar bien. Dobla aquí, son una seis cuadras más — le indiqué—. Bueno, eso si aún quieres ir — me encogí de hombros.

Julien apoyó la cabeza en el cabecero del asiento y sonrió, más para sí mismo que para mí.

—Enserio, no me lo perdería por nada del mundo. La paso bien hablando contigo.

—Si, también yo. Me parece de lo más natural —dije, mirando que ya estábamos a unos metros de llegar. El auto se detuvo frente a la casa lentamente y Julien apagó el motor.

—Te veré en la tarde —dijo—, procura descansar.

Lo besé en la mejilla y me deslicé fuera del asiento justo cuando Ryder salía de la casa. Nos miró desde el porche y caminó rápidamente hasta el vehículo.

— ¿Por qué no contestas los mensajes? Te he enviado más de cinco en menos de un minuto —dijo, al borde del pánico.

Su mirada se dirigió hacia Julien, a quien fulminó con la mirada.

—Estaba en clase.

— ¡No, recién!

— ¡No me grites!

Su rostro no expresaba ira, sino más bien preocupación.

— ¡Entonces contesta los malditos mensajes! — gritó.

Julien estuvo a punto de decir algo antes de que Ryder lanzara la bomba.

— ¡No tengo porque...!

— ¡Max tuvo un accidente en la escuela!

— ¿Qué? — pregunté sin aliento. Fue como si me hubieran golpeado en la boca del estómago.

— Acaban de llamar de la escuela. Lo están llevando para el hospital — explicó algo alterado—. ¿Vienes conmigo? ¿O vas a seguir preocupándote por tu cita?

Fruncí el ceño.

— No seas estúpido — me volteé hacia Julien y no hizo falta que dijera nada.

— Sí, no te preocupes. Solo a avísame si necesitas algo, ¿sí? Adiós — y luego se dirigió hacia Ryder—. Adiós.

Ryder asintió con la cabeza y con los labios apretados. Julien encendió el auto y se marchó.

— Vámonos — apremió Ryder arrastrándome hacia el Lancer—. Sube al auto que tenemos que ir al hospital.

Nos deslizamos en los asientos y en segundos el vehículo vibró y ya estábamos calle abajo en dirección al hospital a una velocidad alarmante.

Capítulo 15

El lugar más seguro

Llegamos al hospital al cabo de media hora y entramos literalmente corriendo. Ambos estábamos muy preocupados, pero era Ryder quien estaba peor, puesto que parecía encontrarse al borde de la histeria absoluta.

En el camino tratamos de comunicarnos con Elizabeth o con Ben, pero se nos complicó. Ambos tenían audiencia esa mañana y ninguno atendía el teléfono. Yo ya me estaba poniendo nerviosa porque nadie nos atendía en la recepción de urgencias. A su vez, Ryder estaba apoyado sobre el mostrador y se pasaba la mano por el cabello cada dos por tres.

— ¿Cuánto más van a tardar en atendernos? — preguntó con la voz ahogada.

— Ahí viene la recepcionista — dije.

Una rubia de unos 25 años, que desgraciadamente no apartó la vista de Ryder en ningún momento, pasó por detrás de nosotros y se sentó en su sillón de oficina frente a una computadora de pantalla plana. Se puso sus anteojos y luego se dignó de una maldita vez a voltearse hacia nosotros batiendo sus pestañas como una zorra.

— ¿Sí? ¿En qué puedo ayudarlos? — dijo.

— Estamos buscando a Maxie Montgomery, ha entrado de urgencias como hace 20 minutos — explicó Ryder al borde del pánico.

La rubia rebuscó entre unos papeles y sacó una pequeña carpeta. ¿Por qué mierda era tan lenta?

— Sí, aquí está. Piso 6, sala de terapia intermedia, puerta H.

— ¿Terapia intermedia? — pregunté, asustada. Ryder viró sus ojos hacia mí con una mirada que expresaba claramente su preocupación, y luego le preguntó a la rubia qué había sucedido.

— ¿Está fuera de peligro? — añadió.

Ella asintió.

— Sí, no se preocupen. El doctor Maurice los atenderá en cuanto suban.

Ambos asentimos al unísono y nos dirigimos rápidamente hacia el elevador. Ryder apretó un botón, y en segundos las puertas se abrieron y nos deslizamos dentro.

— No puedo creer que esto nos esté pasando — susurró él, llevándose las manos al rostro—. No puedo creer que el pequeño haya sufrido un accidente que lo dejara en terapia intermedia.

Dejó caer las manos a los costados de su cuerpo y apoyó su espalda contra el espejo.

Me mordí el labio con fuerza en cuanto atisé sus lágrimas cayendo lentamente por sus mejillas y el corazón se me estrujó. Nunca creí que verlo llorar me provocaría tanta angustia. Y lo abracé, y él a mí. Y tal vez era lo único que podíamos hacer en ese momento.

Sentí sus brazos rodeándome con fuerza y su mentón sobre la coronilla de mi cabeza. Cerré los ojos y susurré algunas palabras:

—Vamos, Ry, él va a estar bien.

Ryder olía a jabón, siempre. A veces también a sudor y jabón juntos.

—Lo sé, pero no puedo dejar de pensar en que podría haberle pasado algo peor, ¿y si...?

—Shhh... Ni siquiera pienses en eso. Max está bien y tenemos que agradecer por ello.

Él me estrechó con más fuerza y en silencio absoluto. Enterré mi rostro en su pecho pensando en lo difícil que le resultaba a Ryder todo esto. Solo podía oír sus profundas respiraciones que denotaban claramente lo abrumado que se sentía. Segundos después, el elevador abrió sus puertas y Ryder me liberó del lugar al que ya anhelaba volver. El único lugar en donde siempre me sentiría a gusto, confortada y segura: en sus brazos.

Sin embargo, nuestro contacto no se cortó. Ryder me tomó de la mano con firmeza y me condujo así hasta la sala de terapia intermedia.

Llegamos hasta la habitación H, en donde tenían a Max, y luego de llamar a la puerta, un médico salió a atendernos.

— ¡¿Cómo está él, qué le sucedió?! —Se apresuró a preguntar Ryder y apoyé mi mano sobre su pecho para calmarlo.

El médico en cuestión, era un hombre de unos 50 años, calvo y bajito que nos preguntó si éramos los padres de Max.

—No —respondí—. Somos los tíos. No hemos podido contactarnos con ellos aún, están en una audiencia.

El médico nos miró a ambos.

—Soy abogados —concluí—. Pero ahora, por favor, díganos qué le sucedió a Max, doctor.

— ¿Están al tanto de la construcción que se está llevando a cabo en uno de los laterales del colegio?

—Sí —dijo Ryder.

—No —dije yo, y me sentí como una boba.

—Bueno, al parecer se han desprendido pedazos de una viga y han caído durante el recreo. Su sobrino y un par de niños estaban cerca de la zona en ese momento.

Los ojos de Ryder se ampliaron como dos platos. Se llevó una mano a la frente y frunció el ceño. El labio inferior le tembló.

— ¿Me está diciendo que..., mierda, usted está tratando de decirme que a Max lo golpeó un pedazo de..., de concreto?

El doctor Maurice asintió penosamente.

—Tranquilo, Ryder —le apreté la mano con fuerza y él movió la cabeza—. ¿Y cómo está ahora, doctor?

—Está fuera de peligro, pero tuvimos que instalarlo en la sala de terapia intermedia porque sufrió un fuerte desmayo producto de la herida producida por el golpe.

— ¿Herida? —pregunté.

—Sí, pero no se preocupen. La herida era pequeña y ya fue suturada. Eso sí, tendrá que quedarse al menos 12 horas más en esta sala y luego pasará a observación.

Ambos asentimos y Ryder le preguntó si podíamos entrar a verlo, a lo que el médico dijo que sí, pero que tuviéramos en cuenta que Max estaba con anestesia.

Las habitaciones eran individuales y la de Max parecía ser una de las más pequeñas, que de todas maneras me resultaban grandes. La cama estaba dispuesta en medio junto a una mesa de noche que estaba cerca de la ventana sobre la que había una jarra de agua y dos vasos. Y del otro lado, más cerca de la puerta por la que ingresamos, se ubicaba un sofá plano.

Ryder pasó delante de mí y se sentó en una pequeña banca junto a la cama de Max. Éste podía respirar por sus propios medios ya que el accidente no había sido grave, pero sí estaba con suero. Ryder respiró hondo y tomó la mano de Max.

—Estás bien ahora, campeón —con su otra mano libre le quitó el flequillo de la frente con un gesto muy paternal—. Solo recupérate pronto. La semana pasada me pediste que fuéramos a Hyde Park a jugar fútbol y ten dije que tenía que hacer un par de cosas. Iremos en cuanto te recuperes, te lo prometo. Todas las veces que quieras. Lo juro.

Y besó su frente, con una dulzura que jamás había visto en nadie. Entonces atisé las lágrimas inundando sus ojos.

Durante las siguientes dos horas intentamos comunicarnos con Elizabeth hasta que por fin dimos con ella. Fue Ryder quien habló, puesto que últimamente había cierta aspereza en mi relación con ella.

—Sí, es lo que te estoy diciendo —gritó al teléfono—. Fue un accidente. Me importa una mierda que quieras iniciar una demanda legal, Elizabeth —respiró profundo y con un dejo de frustración—. Eso se lo verá después, él está fuera de peligro. Está bien, ¿en cuánto tiempo? —Me miró por unos segundos y se volvió a la ventana—. Claro. Nos vemos.

— ¿Qué te dijo?

—A veces me da la sensación de que de lo único que tu hermana se interesa solo de los "asuntos legales" —respondió, indignado.

— ¿Por qué?

—Dijo que iba a iniciarle una demanda a los dueños de la construcción. Yo creo que primero debería preocuparse por Max. Incluso aunque esté fuera de peligro su prioridad debería ser siempre él.

—Sí, es verdad, tienes razón.

Elizabeth era impulsiva, y eso ambos lo sabíamos muy bien. Cuando se empecinaba con algo no paraba hasta que las cosas salieran como ella quería. Era dominante, y eso había influido mucho en cómo me sentía por Ryder.

Cuando Elizabeth y Ben llegaron, cerca de las seis de la tarde, se aseguraron de que todo estuviera bien con Max. Y por su puesto que lo estaba. Ryder y yo ya nos habíamos ocupado de todo.

—No tienen que quedarse —les dijo Ryder—. Mañana es día laboral y además él ya está bien.

—Es mi hijo, Ryder, me gustaría que recuerdes eso —replicó mi hermana en un tono ácido.

—No estoy diciendo que no sea tu hijo, Elizabeth, deja la paranoia. Solo digo que él ya está bien y que yo me quedaré.

Ella lo miró como si la idea no le agradara, y sin embargo aceptó. Y mientras la relación entre los adultos se ponía tensa, Jenifer jugaba con su sonajero, ajena a todos nosotros.

—Yo creo que será lo mejor, Lizzie —añadió Ben—. Ha sido un día muy largo. Mañana podemos pasar antes de ir a la reunión con Reggenis.

—Está bien —dijo ella luego de meditarlo—. Pero si surge algo, cualquier cosa, me llamas, Ryder.

—Lo haré.

Entonces me dijo que la acompañara.

— ¿Qué? No, yo me quedo aquí también.

—Tienes que descansar —dijo ella mirando directo a Ryder. ¡Oh, vamos! No sería capaz de empezar con su estupidez de que no podemos estar juntos justo ahora.

—No estoy cansada, voy a quedarme.

—Mañana tienes clase en la universidad —replicó.

—No pienso ir.

—Katia —intentó intimidarme, pero no lo logró.

Sus ojos se volvieron oscuros y me miró con severidad. Ella tenía miedo, pero no lograba descubrir por qué.

Ryder no decía nada.

—Deja que se quede, mi amor —le dijo Ben—. Tú hubieras hecho lo mismo.

A reñadientes, ella accedió a que me quedara.

Así que para las ocho de la noche, mi hermana y mi cuñado ya se habían marchado a la casa llevándose a Jenifer luego de que nos despidiéramos de ella.

Fuera de la habitación, pasamos unos momentos en silencio, aunque probablemente fueron algunas horas, hasta que Ryder finalmente se decidió a hablarme. Ambos estábamos sentados uno al lado del otro en dos pequeñas bancas porque el doctor nos dijo que Max necesitaba descansar con las luces bajas.

— ¿Kat? —dijo, alzando la mirada hacia mí. El silencio reinaba de manera tal que podía oír su respiración.

No había nadie más en aquel pasillo, aún así, susurré.

— ¿Sí?

— ¿Por qué estás enojada conmigo? Creí que lo de año nuevo ya había pasado, que me habías perdonado aquella noche.

Respiré profundo y me mordí el interior de la mejilla, nerviosa.

Ryder se inclinó ligeramente hacia mí.

—Yo...

—O hice algo malo y no me di cuenta...en ese caso...

Le dirigí una mirada cargada de vergüenza en cuando sus maravillosos ojos azules se posaron en mí.

—No es..., yo no debí haberme puesto así por una idiotez.

— ¿Por una idiotez? —preguntó y asentí—. ¿A qué te refieres?

Dejé escapar el aire y bajé la mirada a mis manos apoyadas sobre mi regazo, ¿Por qué todo esto me resultaba tan complicado? ¿Por qué todo lo que se refiriese a Ryder resultaba ser un caos en mi cabeza?

—Ayer por la noche me fui a dormir algo enfadada contigo, incluso más que las otras noches.

Pero yo sabía que mi enfado no solo era por eso, sin embargo tampoco podía decirle que estaba enojada porque no me quería como yo a él.

— ¿Ah, sí? —dijo alzando ambas cejas.

—Sí. A la hora de la cena no estabas y como Elizabeth me dijo que habías salido con una amiga, creí que toda tu historia de que no tenías amigos era una mentira. Me sentí estúpida. Fue como si en cuanto yo dejé de ser tu amiga, tú te conseguiste a alguien más de inmediato.

Ryder frunció el cejo y me obligó a mirarlo. Su mirada era dulce, y mucho más cuando la acompañó con una sonrisa.

—Tú eres mi amiga, Kat, y lo sabes. Lo de ayer y los demás días..., bueno, eso tiene explicación.

Sacudí la cabeza. Las lágrimas estaban quemando mis ojos, pero debía contenerme.

—No tienes que explicármelo. Ya de por sí me siento estúpida pidiéndote explicaciones.

—Pero quiero hacerlo. Esa mujer con la que me he encontrado es una vieja amiga, y es la esposa de Bruno. Grisel es como la madre de las carreras, por decirlo

de alguna forma. Ella sabe perfectamente qué sucede y cómo solucionarlo, por eso fui a pedirle ayuda.

— ¿Qué?

— Ella es la única que puede convencerlo. No quiero correr si tengo otra opción.

— ¿Y porqué no me lo dijiste? Habría entendido.

— Porque..., porque eres muy valiosa para mí, porque estuviste enfadada por lo que pasó en año nuevo —dijo y puso su mano sobre la mía. No habría creído nunca lo que se puede sentir cuando esa persona a quien quieres demasiado toca tu mano delicadamente como lo estaba haciendo Ry—. Y no quiero que haya en tu vida preocupaciones como esta. Te mereces otra cosa, algo mejor. De hecho, algo que estoy seguro no puedo darte.

Ryder me regaló una sonrisa forzada. Apoyé mi mejilla sobre su hombro y suspiré. Y esta vez no logré contener las lágrimas.

Él pasó su mano detrás de mis hombros y me abrazó.

— ¿Qué te sucede? —preguntó.

Hipé.

— No sé lo que me merezco, Ry.

— Te mereces lo mejor —susurró presionando sus labios sobre mi cabello—, eso es lo que te mereces.

— No... —repetí—. No sé lo que merezco, pero sí sé lo que quiero. De eso estoy segura, y sin embargo...

— ¿Qué?

Me separé de él e incliné la cabeza hacia atrás para verlo mejor. Él me limpió las lágrimas con su pulgar y me llevó el cabello detrás de la oreja en un gesto dulce.

— No puedo tenerlo...

Ryder frunció el cejo, con una expresión compasiva.

— Tú puedes tener todo lo que quieras en esta vida, nena.

Levanté la barbilla y suspiré. Iba a hacerlo sea cual fuere el resultado final. Alcé lentamente mis manos y tomé su rostro entre ellas acariciando delicadamente su piel con las yemas de mis dedos. Respiré profundo y cerré los ojos, así que no logré ver su expresión en ningún momento. Sabía que si movía mi rostro hacia delante, mis labios encontrarían los suyos. Pero no lo hice.

El corazón me latía con fuerza.

No lo hice porque él se adelantó y me besó. Fue el tipo de beso que había imaginado decenas de veces, el tipo de beso que solo Ryder podría regalarme. Primero mantuvo su boca sobre la mía en un beso casto, dulce y tierno. Un beso casi inocente se podría decir. Luego, separé los labios temblorosamente y sentí su lengua buscar la mía con ansiedad, con desespero. Deslicé mis manos sobre su cabello y él me abrazó subiéndome a su regazo. Sentí calidez recorriendo mi

MI DULCE DESTRUCCION

cuerpo cuando sus manos me presionaron la cintura. Profundizó el beso con fuerza hasta que intentó separarse.

Su pecho subía y bajaba con brusquedad. Mi respiración también era entrecortada y temía que si no seguía besándolo me volvería loca.

—Por favor... —le pedí susurrando sobre sus labios.

Una de sus manos se deslizó por mi espalda y me tomó de la nuca para acercarme a él en un beso más poderoso que el anterior que me hizo lanzar un suspiro. Metí mis dedos entre su cabello y presioné mis labios aún más. Nunca creí que un beso pudiera lograr que me sintiera así, a punto de quedarme sin aire.

En ese momento no existía nadie, ni Elizabeth, ni Ben, ni Julien...nadie más que Ryder y yo. Y ese era el lugar más seguro en donde ambos podíamos estar; uno en los brazos del otro.

ISABELLE BELLMER

Capítulo 16

Amor real

Estaba segura de nunca haber dormido tan relajada, incluso estando en el pasillo frío de un hospital. Con la cabeza recostada sobre el regazo de Ryder y su mano apoyada en mi cadera, suspiré en silencio. No recordaba en qué momento me había dormido; o si lo hice antes que él o no. Sin embargo, lo único que podía recordar era la sensación de sus labios sobre los míos, cálidos, estremecedores y míos...solo míos.

Abrí un poco los ojos en cuanto oí murmullos y pasos que provenían desde el pasillo que conducía a los elevadores. Tenía los pies algo fríos, pero no le di importancia. Llamé a Ryder pero él seguía dormido, así que me quedé recostada donde estaba y entrecerré los ojos. Lentamente dos figuras poco nítidas comenzaron a aparecer: Elizabeth y Ben con el coche de bebé de Jenifer, quien debía de estar dormida. Estaba a punto de abrir los ojos cuando oí que hablaban de nosotros. Aunque una parte de mí no los abrió porque sabía la cara que pondría mi hermana en cuanto nos viese tan cercanos. Incluso aunque no hayamos hecho nada malo.

—Míralos —susurró Ben—. Se ven tan pacíficos juntos. Se ven como...

—Ben, no. Tú sabes más que nadie que esto no funcionará —le espetó mi hermana, algo que no me sorprendió en lo absoluto.

—Cuando dices que no funcionará, ¿a qué te refieres exactamente? Si es por Ryder, bueno, tal vez pueda entenderlo. Pero si te refieres a que ellos no son indicados el uno para el otro —hizo silencio. Seguro nos estaba observando detenidamente—, creo que podrían haberse conocido en otra vida. Tienen esa conexión que se ve en muy pocas personas.

—Como digas —resopló mi hermana e imaginé que rodaba sus ojos—. Sin embargo, tu misticismo no les servirá de nada, Benjamin.

—Ajá. De todas maneras me parece que hay otra cosa que no has notado —respondió él.

—¿Qué?

—Ella está enamorada de él.

Ahogué una tos, por nuestro propio bien.

—¿Qué ideas tienes? —se exasperó ella—. Por favor, ni lo digas.

—Es tan obvio —repuso él—. Y Ryder la quiere, Elizabeth. Tal vez hayas creído cuando te dijo eso de que no se enamoraría de ella. Pero conozco a mi hermano y no tengo dudas de que la quiere.

Mi corazón latía con fuerza y temía que mis mejillas se convirtieran en dos bolas de fuego, delatándome. Apreté los ojos un poco. Ya no sentía frío en los pies, ya no sentía frío en ninguna parte de mi cuerpo.

—No puede suceder —masculló mi hermana.

— ¿Y qué si sucede? —Replicó Ben—. Elizabeth, se más emocional y menos racional por una vez. Y míralos, pero míralos en serio.

—Los estoy viendo, Ben...

— ¿Y no te das cuenta? —se quejó él. Diablos, necesitaba abrir los ojos y acabar con esa estúpida discusión. Pues si yo quería a Ryder era mi asunto. Aunque Ben tenía un buen punto.

—Acabo de decírtelo. Es imposible.

Ben prosiguió.

—La manera en que ella se acuesta sobre su regazo. La mano de él en su cadera... ¿no te recuerda a alguien?

— ¿A quién?

—A ti y a mí. ¿Recuerdas que no podíamos separarnos ni un momento?

Ambos hicieron silencio y Ryder presionó sus dedos sobre mi cadera, lanzando descargas de energía a todo mi cuerpo. Respiré profundo y me obligué a no sonreír como idiota ante su toque. Al parecer había despertado o llevaba consciente la misma cantidad de tiempo que yo. No obstante, al igual que yo, no había abierto los ojos, puesto que aún podía oír a mi hermana hablar sobre nosotros.

Minutos más tarde, Elizabeth y Ben entraron en la habitación de Max, y Ryder abrió los ojos y se enderezó. La poca luz de la madrugada se filtraba a través de los cristales empañados a causa del frescor. Pues estábamos casi a mediados de invierno.

Me froté los ojos con las manos y parpadeé. Luego saqué el móvil del bolsillo de mi pantalón y revisé la hora: 5.18 AM. Con toda razón aún no comenzaba a aclarar del todo.

—Hola —dije en un hilo de voz y esbozando una sonrisa. No había estado equivocada cuando pensé que ese beso cambiaría nuestra relación.

Él me miró y articuló un "hola" muy silencioso.

La extraña sensación que tuve al ver sus ojos me llenó de dudas.

— ¿Estás bien?

Asintió.

— ¿Seguro?

Asintió otra vez. Tenía la mirada perdida.

—Lo siento... —dijo tras unos incómodos minutos de silencio absoluto, como si estuviese consciente de que estaba en una conversación.

— ¿Qué es lo que sientes? —pregunté frotándome las palmas de las manos sobre las rodillas.

—Lo de anoche, no debí...

— ¿Te arrepientes de haberme besado? ¿De que nos hayamos...besado? —inquirí y temí que dijera que sí.

Sin embargo, Ryder no respondió.

—No, eso no es lo que quiero decir. Me refiero a que..., somos amigos, Katia. No quiero arruinarlo.

—No vas a arruinarlo —dije, sin poder ocultar que la voz estaba a punto de quebrárseme.

Ryder sacudió la cabeza y se miró las manos al tiempo que las dejaba caer sobre su regazo.

—No vas a entenderlo —dijo con un suspiro. Apretó los labios y me devolvió una mirada contrariada.

—Pues explícame, Ryder, porque así no vamos a llegar a ningún lado. Tenemos que hablar si queremos que esto funcione.

— ¿Y quién dijo que yo quiero que esto funcione?

Algo dentro de mí se quebró. ¿Por qué siempre se empeñaba en decir las cosas más desafortunadas?

Su voz me llegó frígida, al tiempo que fruncía el ceño y apartaba sus ojos de los míos. Luego, al parecer cayó en la cuenta de lo que había dicho.

—No quise..., Kat.

Decidí no discutirle. Cerré los ojos con fuerza para contener las lágrimas tibias que amenazaban con salir y me levanté sin decir más mientras él me llamaba. Ryder tenía esa maldita facilidad de hacer de mis sentimientos un absoluto desastre, y eso dolía más que mil puñaladas en el pecho.

Entré en el cuarto de Max en pocos segundos, y descubrí aliviada que ya había despertado y que solo faltaba esperar a que el doctor llegara para su traslado al piso de observaciones.

Mi cabeza daba vueltas.

Ryder entró detrás de mí y esta vez pude apreciar otro tipo de expresión en los ojos de mi hermana. Pero eso ya no importaba: Ryder se había encargado de destruir la poca esperanza que había en mí.

Media hora más tarde, ya todo estaba listo para el traslado de Max y fue Elizabeth la que decidió quedarse con él hasta que le dieran el alta. Ben ya se había marchado al trabajo y se había llevado con él a Jenifer.

— ¿Estás segura que no quieres que te acompañe? —le pregunté, con la leve esperanza de que me dejara quedarme con ella. En el fondo sabía que mi corazón no resistiría otros 20 minutos de Ryder Montgomery.

—No, ve a descansar.

—Está bien. Entonces será mejor que vaya a mi clase. Será mejor no perderla.

—Pero ayer dijiste...

—Lo sé, pero eso no importa.

Ella me miró con los ojos apretados y luego a Ryder, quien estaba con la mirada perdida en el monótono paisaje que era el estacionamiento del hospital.

— ¿Ryder, estás bien? —preguntó Elizabeth.

Tras unos segundos, se volvió hacia nosotras.

—Sí, es solo que no me siento muy bien. Seguro es el cambio de clima brusco.

Mentiroso, tal vez solo sentía remordimiento.

El viaje fue mucho más incómodo de lo que habría imaginado. Ryder intentó iniciar una conversación en múltiples oportunidades sin obtener respuesta alguna.

—Katia... —dijo finalmente.

Cuando entramos a la casa, subí las escaleras ignorándolo, y me metí en mi cuarto sin decir palabra. Me dejé caer en la cama y suspiré, irritada, triste, abrumada y desilusionada de mí por ser tan idiota en caer.

Me di una ducha y dormí una media hora luego de cambiarme para ir a mi clase.

El golpeteo recurrente a la puerta me hizo incorporarme de golpe.

— ¡Katia, por favor! ¿Puedes abrir la maldita puerta?

No obtuvo su respuesta. Hundí la cabeza entre mis rodillas y sollocé en silencio. Las lágrimas me quemaban, sentía que el corazón iba a salirseme del cuerpo y me dolía el vientre de tanto hipar.

— ¡Katia!

Nada. Miré la hora, ya eran casi las siete, así que sin más, tomé mi mochila y me la llevé al hombro.

— ¡Katia, por favor, quiero hablar contigo!

No quería salir, pero era muy necesario hacerlo. Debía escapar de allí, por lo menos por unas cuantas horas. Solo que primero debía asegurarme de que Ryder no estuviera detrás de mi puerta como un perro guardián.

Cuando ya no oí nada, o me pareció no oír nada, salí sin hacer ruido. Me enjuagué las últimas lágrimas y seguí hasta la escalera. Pero como era de suponer, nada de lo que planeaba salía nunca como lo imaginaba y me encontré a Ryder parado al pie de la escalera.

— ¡Aléjate de mí! —le exigí mientras bajaba los peldaños.

—Vamos, escúchame. No quise decir lo que dije —intentó detenerme, pero logré zafarme—. Katia...

— ¡Tú nunca quieres decir lo que dices, Ryder! ¡Pero lo dices!

—No, no. Por favor, déjame explicarte.

Llegué hasta la puerta de entrada.

— ¡Apártate, Ryder! ¡Esta mañana lo has dejado muy en claro y no necesito que te expliques más!

Las lágrimas volvieron a inundar mis ojos y mi pecho se contrajo dolorosamente. De inmediato cerré los ojos y los apreté con fuerza para que no notase el llanto.

—Kat...

—No, te lo pido... Si no te importa nada, solo déjame en paz porque a mí sí me duele. Solo... —me giré sobre mí y estiré el brazo para tomar el picaporte de la puerta, pero fue demasiado tarde.

Ryder me tomó por los hombros y luego me envolvió en sus brazos pegándose a mí por la espalda. Sus manos apretaron mi cintura y sentí un intenso cosquilleo en el vientre. Oí su respiración profunda pero creí que no lo hacía en serio. Lo único que se me venía a la mente en ese momento eran las tantas veces que Ryder se había disculpado: "lo siento", "realmente lo siento", "perdóname", "lo siento mucho". Lo había dicho tantas veces que ya no estaba segura que lo dijese en con sinceridad. Parecía un acting.

La mochila se me deslizó del hombro y cayó a mis pies como un peso muerto.

—Por favor... —me pidió.

Apoyé la frente sobre la fría madera de la puerta. Me costaba sostenerme con mis propias piernas y sentía como si me hubieran drenado toda la sangre del cuerpo y me hubiese quedado completamente vacía. Lo peor era que solo él podía devolverme la vitalidad.

—No puedo, Ryder. Ya no...

Me costaba respirar y sentía que las lágrimas me rodaban por las mejillas. Me faltaba el aire.

—Te pedí perdón y podría hacerlo un millón de veces si así lo quisieras —susurró con sus labios pegados a mi cabello.

—No lo sé. Yo...yo no lo sé. Me confunde tu contrariedad, Ryder y temo que de un momento a otro cambies de opinión —dije y luego de aflojar la presión de sus brazos sobre mi cintura, me giró hacia él en un movimiento lento. De inmediato bajé la cabeza.

Su respiración era irregular.

—Lo sé, y lo siento tanto. No tenía previsto de que esto sucediera. Lo último que quiero es herirte, Kat. Eres lo mejor que me ha pasado.

Sus palabras me golpearon con fuerza.

Respiré profundo. No podía moverme. No cuando lo tenía tan cerca de mí. Sin embargo, tampoco hubiera querido alejarme, pues había algo magnético en él, algo hipnótico que era al mismo tiempo destructor.

—No sé a qué te refieres, y...

Sentí sus labios cubriendo los míos incluso antes de poder reaccionar. Sus besos sabían salados, al sabor de mis lágrimas que no paraban de rodar. Abrí los labios con decisión y dejé a su lengua entrar en mi boca. No habían pasado ni 12 horas y ya lo extrañaba tanto. Cerré mis puños sobre su camiseta y lo atraje hacia mí con decisión. Él se apretó más a mi cuerpo y soltó un gemido ronco sobre mis labios. Maldita, maldita sea: lo quería tanto que dolía.

Se separó de mí para tomar aliento por un segundo. Sus ojos azules brillaban como la mejor de las joyas y luego apretó su frente contra la mía.

—Déjame explicarte, por favor.

Asentí y me llevó al sofá para sentarnos. Apoyé mi cabeza en su hombro y él me abrazó.

—Me cuesta mucho razonar con esto. Parte de mí quiere ser fuerte y entender que a pesar de todo —tomó aire—, que a pesar de todo no puedo detener esto que me sucede contigo. Pero otra parte me dice que no debo hacerlo, que solo causaré destrucción en nuestras vidas. Y lo que más me enfurece es que es verdad. Eso es...inevitable.

— ¿Qué es lo que intentas decirme? —me separé de él para mirarlo mejor—. Ryder, siempre hablas con códigos, con palabras sueltas que no nos conduce a nada. Sé claro.

—No quiero lastimarte. Hay cosas de mí que... —se mordió el labio—. Cosas que van a lastimarte, a lastimarnos.

—Entonces dime.

—No es el tiempo aún, esa es la cuestión ¿serás paciente? Prometo que cuando esté preparado...

No dejé que acabara la frase. Pasé mis manos por detrás de su cabeza y atraje hacia mí sin vacilación besándolo sin querer apartarme ni por un milímetro.

—Tendrás todo el tiempo del mundo —dije sobre sus labios mientras me sentaba en su regazo—. Solo que ahora quiero que cierres la boca, ¡Oye, no literalmente!

Ryder rió en mi boca y mordí su labio inferior imitando su risa. Me rodeó con sus brazos con una fuerza que me hizo estremecer y luego se levantó conmigo sobre él. Cerní mis piernas alrededor de su cintura y sus manos se deslizaron a mis muslos.

—Te deseo tanto —solté, y sonó más como un gruñido.

Ryder subió las escaleras conmigo a cuerdas sin dejar de besarme.

—Creo que deberíamos parar de besarnos ahora —dijo y frunció el cejo—. Digo, antes de que caigamos rodando por la escalera.

Me reí.

Llegamos a su cuarto, me bajé al piso y Ryder cerró la puerta detrás de sí. Podía oír palpar su corazón, que al igual que el mío, golpeaba con fuerza.

— ¿Estás segura? —dijo envolviéndome en sus brazos una vez más. Asentí, agitada. Lo había ansiado tanto que estaba más que segura. No había sido así con Lenn, mi viejo amigo, pero era sabido que con Ryder todo iba a ser distinto. Porque lo que sentía por él era tan intenso que me consumiría si no apagaba ese fuego.

Ryder respiró profundo y me besó por enésima vez. Le ayudé a quitarse la camiseta y él tiró de mi suéter hacia atrás, librándome de él al tiempo que los botones de mi camisa de jeans parecían desprenderse solos. Todo cayó a nuestros

pies, excepto la ropa interior, y en menos de un segundo lo empujé al colchón y me subí sobre él.

—Creo que llegarás tarde a tu clase —se burló girándome para quedar debajo.

Enarqué las cejas.

—Eso es lo último que me preocupa ahora —ronroneé al sentir sus labios sobre mi cuello—. Ay, eso lo hace peor —dije buscando su boca—, pero no puedo evitar querer más de ti. Me encantan, me encantan tus besos, Ryder.

—Dios mío, eres hermosa cuando hablas agitada. No, espera, siempre eres hermosa.

— ¿Y tú te has visto en el espejo, Ryder Montgomery?

Sonrió.

—Sí, soy arrebatador y condenadamente sexy.

Carcajeé.

—Me gusta tu trasero —se me escapó y sentí que el rostro me ardía de vergüenza.

Ryder rió y tomó mi rostro entre sus manos.

— ¿Te gusta? ¡Que halago! Déjame decirte que mi trasero te lo agradece.

— ¡Qué idiota!

—Te quiero —dijo y mi mundo comenzó a girar con fuerza.

Ryder buscó el broche de mi sujetador casi al tiempo que el teléfono de la casa sonaba en su mesa de noche.

—Dejémoslo —dijo—. Si es importante volverán a llamar.

Y de hecho lo hicieron.

Con un suspiro de frustración, Ryder cayó sobre mí y estiró la mano para atender.

— ¿Ahora? ¿Y dices que le dieron el alta? —abrió los ojos un poco y se levantó—. Está bien, yo le preparo algo. Bien, los veo en 10. Adiós.

Colgó y me miró sonriendo de lado.

—En 10 minutos llegan Elizabeth y Ben. Le dieron el alta con la condición de que haga reposo.

Me besó y me ayudó a levantarme. Maldita sea.

—Lo lamento —dijo—. Creo que el universo no está a nuestro favor hoy.

Me encogí de hombros y me besó por última vez antes de pasarse la camiseta por la cabeza.

Más tarde, Elizabeth llegó con Max, y Ryder estuvo a su lado casi toda la tarde. Siempre había amado la dedicación que él le ponía a cuidar a los niños, y esta no era la excepción. Era esa faceta suya que nunca te imaginarías si lo veías por la calle con ese auto absolutamente llamativo y esa manera de ser tan particular.

Con el día libre, aproveché para estudiar y dormir un poco. Pero la cabeza me seguía dando vueltas en lo que podría haber sucedido. Habíamos estado a nada de

hacer el amor y yo no podría haberme sentido tan revitalizada. Lo necesitaba, mi cuerpo lo necesitaba.

Luego, en la noche, y cuando todos estábamos acostados, Ryder se escabulló en mi habitación.

—No puedo dormir, ¿puedo acostarme contigo?

—No —dije bromeando.

Juntó sus manos como si fuera a rezar y me regaló la sonrisa más ridículamente tierna que había visto en mi vida.

—Por fa.

Dejé escapar el aire.

—Está bien.

—Gracias, prometo que seré lo más inocente que hayas visto.

— ¿Y quién te dijo que querías que fueras inocente?

Sin embargo estábamos demasiado cansados para hacer algo, y en cuanto Ryder me abrazó por la espalda, nos quedamos dormidos.

Durante la siguiente semana no tuvimos mucho tiempo para estar juntos porque Max quería que Ryder estuviera con él. Y conociendo a Ryder, no dejaría a su sobrino por nada del mundo. Sin embargo, él se escabullía todas la noches para dormir conmigo como la primera vez. Como la noche de año nuevo.

Uno de esos días estaba lavando los platos que habían quedado del almuerzo cuando sentí sus manos deslizándose por mi cintura. Apoyó su mentón en el hueco entre mi cabeza y mi hombro.

Cerré los ojos al sentir su respiración sobre mi piel.

—Te quiero —susurró.

Me enjuagué las manos y me las sequé. Ryder no me soltó ni por un segundo.

—También te quiero.

Me di la vuelta y lo besé.

—A veces me siento culpable por quererte —dijo al separarse.

— ¿Por qué, Ry?

—Por el daño que te hice, y por el daño que seguramente te haré. Eres demasiado perfecta para el dolor.

—El amor real soporta todo, Ryder. Y yo realmente te amo —dije y volví a besarlo.

Capítulo 17

Celos

Aquella noche dormimos, como todas las noches, en la misma cama. Tardé un poco más que Ryder en dormirme. La habitación estaba a oscuras, pero con solo saber que él se encontraba a mi lado y sentir su aliento en mi cuello y sus fuertes brazos alrededor de mí, me provocaba una felicidad que nunca había creído posible.

— Buenas noches, Kat — susurró tras besarme la mejilla.

Me giré hacia él y lo besé en los labios. Ryder cerró los ojos al tiempo que respiraba profundo y sonrió.

— Buenas noches, Ry.

Minutos después ya estaba dormido.

A la mañana siguiente abrí los ojos cuando sentí que Ryder se levantaba. Miré mi despertador y eran casi las 6, pero aún me sentía tan cansada que quería seguir durmiendo. Además era sábado.

— Buenos días — dije estirando los brazos —. ¿Adónde vas?

Él se acercó hasta mi rostro y me besó.

— Me surgió algo de última hora. Pero voy y vengo.

Enarqué ambas cejas.

— ¿Puedo acompañarte?

— Lo siento, Katia, pero no — asentí —. Sé que te prometí que hablaríamos de lo que sucede, pero aún no es el tiempo.

— Está bien, ¿a qué hora vuelves?

Ryder sonrió.

— ¿Estás controlándome, Katia Green?

— Claro que no — me quejé —. Solo que pensaba salir con mis compañeros de la universidad. Me enviaron un mensaje para ver si quería ir al cine con ellos al mediodía. Quería verte antes de irme.

Ya me había despabilado. Así que me incorporé y me senté al borde de la cama buscando mis pantuflas.

— Ajá. ¿Y va el tal... Julien? — preguntó con evidente molestia.

Reprimí la risa.

— Sí, probablemente. Somos amigos.

Ryder frunció el cejo involuntariamente y luego se apoyó en la puerta de la habitación, meditando sobre quién sabe qué.

—Ejem, sí, ¿pero has visto cómo te mira? —dijo después de unos segundos. Sus ojos se oscurecieron y caminó hacia mí lentamente.

— ¿A qué te refieres?

—No me gusta como lo hace.

Puse los ojos en blanco.

—Ryder, no digas ridiculeces. Solo somos amigos.

—Nosotros también éramos amigos, y mira cómo terminamos.

—Contigo es diferente. Julien no me produce nada especial como tú.

—Sí, bueno, esperemos que le quede claro a él también —me besó en la frente y se levantó—. Ah, y no voy a tardar mucho, quiero ir contigo. Hace años que no voy al cine.

Se encogió de hombros.

— ¿Estás controlándome, Ryder Montgomery? —pregunté desplegando mi sonrisa más seductora.

Él sacudió la cabeza y rió.

—No, solo cuido lo que quiero, y a ti te quiero más que cualquier cosa en el mundo.

—Entonces ven aquí, ¿es tan urgente lo que tienes que hacer? —Lo observé unos momentos esperando que dijese algo.

Ryder sonrió de lado.

—No, no realmente.

Apreté los labios y reprimí una risita. Mi corazón latía con fuerza y sentía que si Ryder no volvía a la cama iba a perder esa sensación de satisfacción que me inundaba.

— ¿Entonces? Hay cosas que no deben dejarse a medias y la lo hemos retardado varios días —insinué.

Ryder se encogió de hombros y sonrió pasándose la camiseta por la cabeza en un rápido movimiento. Me removí en la cama, inquieta.

—No sé cómo demonios haces esto, Katia —dijo metiéndose en la cama con una enorme sonrisa en sus labios.

— ¿Hacer qué?

—Volverme loco, lo único en lo que pienso últimamente es en estar contigo.

Estando de lado, me tomó la cara entre sus manos y me besó desde la punta de la nariz hasta dejar un camino de besos por todo mi mentón y cuello.

— ¿Cómo vas a superarlo? —bromeé en su cuello al tiempo que besaba mis hombros. Me acercó a él con su brazo y me apretó con fuerza.

Ryder fingió que pensaba.

—Lo de volverme loco por ti, ya me he acostumbrado. Me gusta. Y para lo segundo, planeo arreglarlo ahora mismo.

Su aliento tibio me hizo estremecerme y sonreí.

—No tenía idea de que planearas tener sexo conmigo.

—Porque no planeo tener sexo contigo.

— ¿Entonces?

—Planeo hacer el amor contigo porque eres la luz en mi vida —dijo y me besó decididamente en los labios.

Abrí la boca y dejé que su lengua acariciara la mía. El beso no tardó en volverse cada vez más profundo y desesperado. Lo tomé por los hombros mientras dejaba que se ubicara sobre mí. Su cuerpo se tensó cuando luché por sacarme la camiseta que usaba para dormir, y la sorpresa se reflejó en su rostro al darse cuenta de que no llevaba puesto el sujetador, lo que me ahorraba la vergüenza de tener que quitármelo. Incluso aunque la luz de la madrugada fuese tenue.

—Espera —dijo Ryder poniéndose una camiseta suya—. Ahora vengo.

Se incorporó, me besó y se dirigió hacia la puerta. Estuve a punto de preguntarle a dónde iba, pero cuando quise acordarme ya estaba de nuevo mirándome con una enorme sonrisa plasmada en sus labios.

— ¿A dónde fuiste? —pregunté cubriéndome con la sábana.

Ryder sacudió un pequeño paquete plateado.

—Dudo que estés planeando tener un mini-Ryder —dijo y me reí. Absolutamente no lo estaba planeando.

Sacudí la cabeza.

—Sí, me lo esperaba —dijo y rió.

Se acercó hasta mí otra vez y me besó.

No pasó mucho tiempo, entre besos y caricias, hasta que la poca ropa que nos separaba quedase rezagada de la cama. Respiré profundo cuando Ryder apoyó los codos sobre el colchón y me miró fijo preguntándome si estaba lista. Asentí con sus labios sobre los míos mientras comenzaba a sentir su presión en mi interior. Con mis manos todavía debajo de él, acaricié su vientre marcado llevando los dedos hasta sus hombros. Ryder lanzó un gemido que quedó atrapado entre nuestras bocas y sonreí cuando el acto se hizo inminente. Se sentía tan extraordinariamente bien que aunque intenté reprimir un grito no logré mi cometido, al mismo tiempo que con mis manos acariciaba su espalda desde el cuello hasta la cintura, y más. Las piernas me temblaron y sentí que iba a desvanecerme allí mismo si no fuera porque los labios de Ryder buscaban los míos a cada segundo y me mantenían enérgica. Solo se apartaba para respirar y mirarme con esos profundos ojos azules como el océano en la noche.

—Eres una bendición, nena —dijo, y sus palabras temblaron al mismo tiempo que nosotros. Yo me mordí el labio sintiendo que mi cuerpo se consumía bajo el suyo—. Lo eres todo para mí, Katia. Todo. Y no sabes lo que he luchado contra esto.

—Ryder...

Me sostuvo la cabeza con una mano y con la otra se sostuvo de la barandilla. Sus movimientos eran rápidos y constantes hasta que se desplomó sobre mí. Con la poca fuerza que tenía luego de haber tenido esas sensaciones tan intensas, lo abracé con fuerza y besé su cuello. Dejé caer la cabeza hacia atrás y suspiré.

—Te amo, Ryder.

—También te amo, y si tuviese que amarte por mil años más, no dudes que lo haría.

— ¿Habrán escuchado algo?

—No, lo dudo. Estas paredes son muy gruesas. Además es muy temprano.

—Eso espero —confesé, lanzando una risita nerviosa.

Seguimos abrazados hasta que él se quitó de encima y rodó a un lado de la cama con la respiración aún agitada que no tardó mucho en normalizarse. Yo también giré sobre mí y besé su pecho, recosté mi cabeza sobre él y su brazo se cernió sobre mi cintura. Nos quedamos allí acostados sin decir nada hasta que volvimos a quedarnos dormidos.

—Ya, creo que nunca volveré a sentirme igual —susurré en cuanto desperté. Ryder, que ya estaba completamente despabilado, me sonrió.

Él suspiró y besó la cúspide de mi cabeza.

—Y yo creo que quiero quedarme toda la tarde en esta cama —dijo.

—Entonces quedémonos —lo alenté.

—No, hay que levantarse. Ya van a ser las 10 y si Elizabeth me encuentra aquí la cosa se va a poner fea.

Fruncí el cejo, repentinamente molesta porque él no quisiera admitir esto frente a los demás.

— ¿Por qué le tienes tanto miedo?

—Porque a veces creo que ella tiene razón —me miró por unos segundos sin decir nada—. Que no soy lo que te mereces y que conmigo nunca obtendrás un final feliz.

Ryder tragó saliva, su voz había sonado tan profunda que no dudé ni por un segundo que fuese honesta. Y eso dolía.

—Pero podemos intentarlo, Ryder —dije con la voz a punto de fallarme—. Estoy enamorada de ti, y no puedo pensar siquiera en la posibilidad de perderte.

Él asintió y presionó sus labios sobre los míos. Cuando nos separamos, atisé lágrimas corriendo por sus mejillas.

— ¿Realmente estás tan enamorada de mí?

—Sí.

—Siento que no me lo merezco.

—Tú no eres quién para decidir lo que te mereces o no. Y yendo al caso, eres terriblemente bueno, Ryder Montgomery y no creo que haya nada en el mundo que pueda hacer que fueras malo.

—Te quiero tanto, Kat. Y aunque hay cosas que sean inevitables, juro por Dios que siempre te amaré.

Más tarde, cuando recibí el mensaje de Melissa preguntándome si al final iría, le consulté a Ryder si él vendría conmigo también.

Estábamos en la cocina tomando el desayuno. Elizabeth, Ben y los chicos aún no se levantaban. Bueno, lo de Max era justificable porque seguía estando en reposo durante unos cuantos días más. Y Jen era bebé aún como para levantarse sola.

— ¿Tú quieres que vaya? —preguntó revolviendo el líquido humeante con una cuchara metálica.

— ¿Es una broma? Te llevaría a todas partes, solo mírate. Todas van a envidiarme —bromeé.

Ryder fingió ofenderse.

—Oh, no creí que solo que amaras por mi cuerpo. Así que resultaste de lo más superficial, Katia —dijo y lanzó una carcajada.

—Ja, no finjas que no te gusta eso, vanidoso.

Ryder levantó su taza de té y me lanzó una sonrisa de satisfacción.

—Bueno, un poquito. Pero solo cuando lo dices tú.

—Tonto —dije y alzó las cejas. Sus ojos se iluminaron volviéndose un azul más claro que de costumbre.

— ¿Entonces vamos?

—Sí, a las tres en el Starbucks de la calle strand.

— ¿Y cuál es el itinerario del día, señorita organizadora?

Me incliné un poco hacia él y acaricié su rostro con las yemas de mis dedos. Muy pocas veces me había dado el lujo de hacerlo, pero ahora sabía que tenía todo el tiempo del mundo para tocarlo cuanto y cuando quisiera.

—No fui yo quien organizó la salida, fue Melissa, mi compañera de clase. Tal vez vayamos al cine y luego a comer algo por ahí.

—Ajá —dijo engullendo un pan—. ¿Y quiénes irán específicamente?

—A ver..., bueno: Melissa, Julien, Elliot y Helena. Ten cuidado con Helena, tiene aires de zorra.

Lanzó una carcajada.

—Entiendo, y también tendré que mantenerme alerta con el tal Julien, si intenta algo contigo...

—Ryder, no exageres.

—No, no estoy exagerando. No soy yo cuando me pongo celoso, y créeme, nunca he amado tanto a nadie como a ti, y tengo miedo de joderlo en un momento de locura.

A pesar de, le sonreí.

—No tienes porque estar celoso. Te amo a ti, y solo a ti, tonto —tomé su rostro entre mis manos y lo besé—. Rayos, a veces es como si no me escucharas —solté

una risita boba sobre sus labios él me abrazó, bajándose del taburete para acercarse más a mí.

—Creo que nunca voy a tener suficiente de ti —dijo.

— ¿Lo prometes?

Sonrió.

—Mientras me quieras, estaré ahí, pero sé que algún día estarás lista para dejarme ir, y te juro que también seré feliz solo con saber que tú lo eres.

—Nunca seré capaz de dejarte ir, Ryder.

Cuando Ryder volvió a besarme, esta vez con más decisión y profundidad, oímos que alguien se aclaraba la garganta y caminaba hacia nosotros.

—Diablos —mascullé para mí. La cara de Elizabeth se había transformado por completo y parecía que estaba a punto de sacar una espada de doble filo y cortarnos la cabeza a los dos. Ben estaba detrás de ella, con la misma pobre mirada, derrotado por el mal genio de su esposa.

Ryder se separó de mí, miró a mi hermana y luego a mí. Una mirada que solo podía interpretarse como culpa surcó su rostro.

Para nuestra sorpresa, Elizabeth no dijo nada. Pasó por nuestro lado arrastrando los pies, se sirvió una taza de café y en cuanto se marchó, la tensión que había estado acumulando sobre mis hombros se liberó. Sin embargo no sabía qué me resultaba más doloroso, su oposición o el hecho de que nos hubiese ignorado por completo.

Sabía por experiencia que cuando Elizabeth ignoraba algo, la cosa solía ponerse aún peor, pero honestamente, esta vez no estaba segura de cuán mal se podría poner, y tenía miedo de muchas cosas. Sobre todo de que me regresara a Boston. A fin de cuentas siempre sería mi hermana mayor y encima yo estaba viviendo en su casa.

Ben, que seguía allí parado, nos sonrió.

—Enhorabuena —dijo—. Yo ya lo intuía, pero me alegro por ambos, chicos.

—Gracias, hermano.

—Creo que a Elizabeth no le hizo mucha gracia —dije y me encogí de hombros. De repente sentí frío.

—Dale tiempo, solo se preocupa por ti. Pero todo vale cuando hay felicidad, Katia —Ben me sonrió y me dio un abrazo.

—Sabe que soy la peor opción... —murmuró Ryder y fingí no oírlo.

—Entonces, ¿no podemos ir a dar una vuelta? No quiero estar todo el día aquí.

—Claro.

—Sí, vayan, disfruten de esta bella mañana.

—Está bien, me doy una ducha y vuelvo —dije, besé a Ryder en la mejilla y me dirigí a mi cuarto.

—También yo.

Cuando entré, me encontré con Elizabeth sentada en el borde de la cama, de brazos cruzados y semblante fantasmagórico. Me miró por unos segundos y se mordió el labio inferior. Estaba segura de que soltaría su típico discurso. Ella era la mejor abogada, y no cabía duda de que se las ingeniaba perfectamente para tergiversar todo cuanto estuviera en sus manos con el objetivo de que las cosas salieran como ella quisiera.

— ¿Lo amas? —preguntó.

Rodeé la cama y me apoyé sobre la mesa de estudio. Asentí.

Mi hermana rió, pero era una risa cargada de sentimientos negativos.

—Piensas que todo esto es maravilloso, que es perfecto, que vivirán felices por siempre porque nacieron para ser el uno para el otro, ¿crees que no lo sé, Katia? — dijo y la voz le tembló—. Pero nada de esto es cierto. Cuando conozcas la verdadera realidad de Ryder te asustará tanto que querrás salir y será demasiado tarde. Nunca serás capaz de soportar el mundo en el que está viviendo. Cuando finalmente entres a él, desearás nunca haberte enamorado de Ryder.

Dejó las palabras flotando en el aire y se marchó sin más. Nunca me había asustado tanto en mi vida. Y ahora en lo único que podía pensar mientras me duchaba, era en qué me encontraría al otro lado del muro que Ryder Montgomery me imponía. Y aunque me hacía una pequeña idea, estaba segura de que sería muchísimo peor.

Capítulo 18

Estar contigo

Salí de de la ducha envuelta en una nebulosa de confusión. Las palabras de mi hermana, las de Ryder y las de Ben...todo era un caos en mi cabeza. Tantas posturas para un solo problema. Aunque Ryder prácticamente parecía ceder ante lo que Elizabeth le impusiera. En cambio Ben, él lo aceptaba y pretendía que todo estaba bien cuando al parecer no era tan así. Me puse el albornoz y me sequé el cabello. Las lágrimas que había derramado durante el baño seguían acumulándose en mis ojos. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Y por qué nadie quería decirme nada?

—Estás preciosa —dijo Ryder en cuanto salí al pasillo. Exagerado, solo llevaba unos jeans, una blusa beige y zapatillas.

—Mentiroso —dije.

—No estoy en posición de mentir, estás preciosa...hermosa —añadió y me besó la frente.

Me encogí de hombros y sonreí, apenas.

Ryder me miró fijo por unos segundos y me frotó los brazos con sus manos.

— ¿Estás bien, Kat?

Asentí. No podía exigirle nada en ese momento. Sí, tal vez podría preguntarle qué rayos estaba sucediendo y por qué no confiaba lo suficiente en mí como para contármelo. Pero por otro lado, todas las personas tienen secretos, secretos que son tan complicados o tan profundos que les cuesta ser honestos...pero aún así, me dolía que no se entregara por completo.

—Supongo..., supongo que ahora que Elizabeth se ha enterado, bueno, las cosas cambiarán.

— ¿Te dijo algo?

—No, no realmente —mentí—. Pero intuyo que no le gustó nada.

—Lo sé.

—Déjala, Ryder, si ella no lo entiende no es culpa de nadie. No voy a limitar mi vida a lo que Elizabeth considere bien o mal para mí. Olvídalo, ¿sí?

Asintió.

—Entonces, ¿vamos?

—Sí. Te espero en el auto.

—Está bien, voy a buscar mi bolso y bajo.

Ryder sonrió y antes de que me girara para entrar en mi habitación, me tomó de la mano y cernió su brazo sobre mi cintura atrayéndome hacia él. Sus ojos brillaron por unos segundos y susurró:

—Te amo. ¿Sabes?, creo que te he amado desde que apareciste en la puerta con esa cara de tengo mal genio y si no te gusta, a la mierda.

—Bueno —dije inmersa en su abrazo—, no voy a mentir. No te amé desde el primer día, pero has ganado mi corazón. Es tuyo, Ryder. Siempre será tuyo.

Sonreí cuando presionó sus labios sobre mi cabello.

—Y tú que no querías ser mi amiga —se burló y me reí sobre su pecho.

Entonces me liberó para ir a buscar mi bolso.

Bajé las escaleras trotando y me encontré a Ben apoyado sobre el umbral de la puerta de entrada. Mi rostro aún seguía denotando mi preocupación y la bola de angustia que sentía en la boca del estómago. Nunca antes me había sentido así de mal.

— ¿Estás bien?

— ¿Eh? Sí, considerando que mi hermana está por echarme a la hoguera por haberme enamorado de Ryder...

Benjamin se llevó las manos a los bolsillos y se encogió de hombros. En esa postura tenía cierto aire a Ryder, a pesar de sus tantas diferencias físicas.

—Por un lado la entiendo, pero creo que eres tú la que decide a quien amar. Bueno, en realidad nadie decide a quien amar.

—Lo quiero tanto, Ben. Pero al verlo, siento una inmensa angustia que me arrastra poco a poco hacia la confusión por no saber qué sucede.

—Te entiendo. Prometo que llegará el día, ten paciencia.

Dejé escapar un suspiro.

— ¿Acaso es tan malo? Elizabeth dijo que cuando conozca la verdadera realidad de Ryder querré no haberme enamorado nunca de él, ¿Qué pasa con su pasado? ¿Qué hizo?

Ben frunció el cejo.

—No es su pasado lo que lo atormenta, Katia. Es su presente. Y sí, probablemente ella lo esté dramatizando un poco, pero lo hace por ti.

Sentí un nudo en la garganta, y el dolor me embargó. Esto no tenía lógica.

— ¿Su presente? —pregunté, confundida—. ¿Qué ocurre con su presente? ¿Qué tiene que ver eso con Calle Inter? Me parece que ha estado yendo.

—Tiene que ver con la razón por la que se alejó de allí. Ryder amaba ir, amaba correr. Siempre ha sido su pasión. Y sí, tal vez no llevaba la mejor vida. Pero ha salido de allí por decisión propia. Él sabía que correr ya no era una opción, y mucho menos con la presión que Bruno Prime le imponía.

No podía imaginarme siquiera lo que estaba ocurriendo. El futuro se presentaba ante mí, incierto y cargado de nubarrones oscuros.

— ¿Qué fue exactamente?

Ben bajó la mirada al suelo, y cuando la alzó de nuevo, la tristeza apagó su rostro.

—Me gustaría decírtelo, Katia, pero es su decisión. Si él te prometió que te lo dirá, lo hará. Pero tienes que confiar.

— ¿Es tan malo, cómo puedes estar tan tranquilo?

—Porque es mi hermano pequeño, y porque sé lo que él ha sufrido. Por eso, otra vez te pido que confíes en él.

Hinché el pecho y dejé escapar un lento suspiro.

—Espero tener la paciencia para ello. Lo amo, Ben, pero no sé si podré soportar que no sea honesto conmigo. No quiero ese tipo de relación en mi vida.

Sin decir más, me ajusté el bolso al hombro y salí de la casa. Ryder me esperaba fuera, dentro del auto con una media sonrisa. Llevaba una gorra azul oscuro, que resaltaba sus ojos, con la visera hacia atrás. Cuando rodeé el auto, se inclinó para abrirme la puerta y me deslicé en el asiento del copiloto. Sí, copiloto, ya que técnicamente este era un auto de carreras.

Lo miré sin decir nada, me puse el cinturón y encendió el auto.

—Quiero enseñarte algo —dijo mientras el auto rodaba marcha atrás.

— ¿Qué es?

—Es una sorpresa.

Me incliné para besarlo en la mejilla y con su mano libre, una vez que estuvimos en la carretera, envolvió la mía enviando una cálida sensación de confort y amor a todo mi cuerpo. Me dije que no debería preocuparme, que todo iba a llegar a su tiempo, pero cierta partecita en mi cabeza seguía logrando que todos los pensamientos de duda maquinaran a cien por segundo. Y de pronto, todo pasó frente a mí como una película. Qué ocurriría si nada de esto funcionaba entre nosotros. Ryder y yo estábamos acostumbrados a estar juntos. Vivíamos en la misma casa. Desayunábamos el uno con el otro todas las mañanas. Veíamos la televisión juntos. Él me llevaba a la universidad y me ayudaba a estudiar, quedándose conmigo casi toda la noche, aun cuando quisiera estar descansando en su cama. Él había sido mi gran apoyo durante estos casi seis meses de mi estadía en Londres. Yo creía que lo era todo para mí, pero ¿y si nada resultaba como ambos imaginábamos? ¿Y si Elizabeth tenía razón al respecto? Y tal vez Ryder no fuera lo que aparentaba: el chico bueno, de ojos azules que enamoraría a cualquiera que tuviera un poco de corazón. Sacudí la cabeza. No. Ryder Montgomery era el ser más bondadoso que había conocido en años. Él era un chico especial, dulce y el mejor amigo que alguien pudiera tener. Y a pesar de ese aspecto de chico rudo, era jodidamente altruista. Si algo había aprendido en mi estadía en la casa de mi hermana, era que no debía juzgar a la gente por su aspecto o por pequeños detalles que tal vez fueran nada respecto a la totalidad de la persona. Y a mí me gustaba la totalidad del chico que en ese momento conducía por una autopista con el ceño levemente fruncido, producto de la concentración. El chico que te miraba a los ojos

con tal calidez que no podrías dudar ni un segundo de que sus intenciones fueran puras.

Sin embargo... «No es su pasado lo que lo atormenta, Katia. Es su presente.»

«Dime cómo puedo ayudarte, Ry. Haré lo que sea por ti, lo que sea.»

Ryder condujo autopista arriba un buen rato hasta que entramos de lleno en la zona céntrica de Londres. A medida que íbamos divisando cada vez más edificios, me impacientaba más. Quería saber a dónde estábamos yendo, pero esta era su sorpresa e iba a disfrutarla, fuera cual fuese.

—Bueno, ya casi llegamos —dijo ingresando en el garaje de un enorme edificio que parecía tener más de 20 pisos. Tal vez muchos más. Desde abajo no podría calcular la altura exacta.

— ¿Qué es este lugar? —pregunté. Todo se oscureció más en contraste a la luz del día, y también a causa de que estábamos bajando hacia un subsuelo.

—Mi sitio. No vengo por aquí seguido, pero cuando lo hago significa que es un momento especial. Y estar contigo es más especial para mí que cualquier cosa.

— ¿A un estacionamiento?

Ryder lanzó una carcajada.

—No, nena. Quiero que conozcas mi apartamento.

Mis labios formaron una o. Recordaba haber oído la palabra apartamento salir de la boca de Ryder en algún momento, pero no perfectamente.

Salimos del vehículo y caminamos hasta un elevador. Ryder apretó uno de los botones de metal con una flecha hacia arriba grabada sobre el y esperamos hasta que las puertas se abrieran. Entramos. Ryder presionó el número 19 de los 35 que habían y comenzamos a subir.

Él entrelazó sus dedos con los míos, y con su pulgar acarició el dorso de mi mano. Se inclinó para besarme la mejilla y luego enterró su cabeza entre mi cuello y mi hombro.

— ¿Siempre hueles así de bien? —murmuró.

Lancé una risita tonta.

—Es el jabón, tiene aroma a durazno.

Sentí su aliento en mi cuello.

—No, eres simplemente tú. Hueles endemoniadamente embriagadora todos los días. Solo que antes no estaba seguro de decírtelo, mira si te enfadabas.

— ¿Por qué habría de enfadarme? —pregunté, echándole un vistazo al contador. Piso 15.

—Eres una chica especial, Kat. No me apetecía que pensaras que quería estar contigo solo por estar. Y tú sabes, en estos días todo se puede malinterpretar.

Sonreí.

—Bueno, gracias por el cumplido, señor Montgomery.

Salimos del elevador y caminamos por un estrecho pasillo hasta detenernos en la puerta 7B.

—Lindo corredor —dije echándole un vistazo al piso alfombrado y a los muros decorados con estilo.

—Y eso que no has visto el interior —dijo girando la llave dentro de la cerradura. Abrió la puerta, me dejó pasar delante de él y encendió las luces. Luego cerró la puerta detrás de nosotros.

— ¡Guau, Ryder! Este lugar es hermoso —exclamé y al instante, tras oír su risita, me sentí como una boba. No me importó—. De veras, es muy lindo. Me extraña que no vivas aquí.

La amplia sonrisa de Ryder disminuyó y me sentí mal por haber dicho algo (aunque no estaba muy segura qué), que lo hiciera sentir mal. Recorrí la habitación principal con la mirada, una enorme sala de estar en tonos cremas, marrones y rojizos. Todo parecía ser nuevo, incluso la cocina, que contaba con una isla que separaba el living de la cocina en sí. Todo parecía combinar.

—Bueno, a veces uno debe renunciar a ciertas cosas.

—Pero, ¿este lugar? Podrías vivir aquí tranquilamente.

—No me sentiría bien estando tan solo. Creo que ya he tenido suficiente de eso. Me giré hacia él y rodeé su cintura con mis pequeños brazos.

—Estoy contigo ahora, no quiero que te sientas solo otra vez.

Ryder me separó un poco de él y acunó mi rostro entre sus manos. Una pequeña sonrisa comenzó a tirar de la comisura de sus labios.

—Te quiero tanto que tengo miedo que todo sea una mentira, y de que cuando te des cuenta de que no vale la pena estar conmigo, te marcharás.

—A veces eres confuso, pero no importa —susurré—. Así que más te vale que vayas acostumbrándote a mí, Ryder Montgomery porque se te va a hacer muy difícil librarte de esta mujer.

A pesar de que sonrió, sabía que aún no había sacado todo lo que tenía en su interior. Esa era la razón por la que se empeñaba en pedir disculpas.

—Siento mucho todos los problemas que te he causado con Elizabeth.

—No te preocupes por ella, ya te lo dije. Ahora vamos a otra cosa.

— ¿Quieres comer algo? —dijo haciéndome caso.

—No, ¿qué hora es?

Ryder frunció el cejo.

—Cerca de la una, ¿por qué?

—Tengo otros planes, ¿dónde tienes la habitación? Aún no me la has enseñado. A pesar de que fue especial, no puedes negar que fue algo incómodo que todos estuvieran en la casa mientras lo hacíamos.

—Eres una chica terrible —dijo con una sonrisa plasmada en sus labios—. Solo quieres llevarme por el mal camino.

Ambos reímos.

Me alzó en brazos y me llevó hasta un pequeño pasillo. Luego de luchar para abrir la puerta, luchó también para encender la luz y cuando por fin me dejó de espaldas sobre la cama, me importó muy poco inspeccionar el cuarto. Primero quería besar a mi novio hasta el cansancio. La palabra novio flotó en mi mente. Ryder me había dicho que me amaba, pero en ningún momento había mencionado que quería que fuéramos una pareja real, y lo último que quería era estropear lo que había entre nosotros pareciendo una niña caprichosa que quiere todo a cualquier costo.

Sus besos se extendieron desde mi boca hasta mi cuello pasando por mis hombros y mi clavícula. Lo amaba tanto que no me imaginaba a otra persona en su lugar, ni ahora ni nunca. Sabía que si no llegaba a tener a Ryder en el futuro, si él cambiaba de opinión respecto a nosotros, me volvería loca.

Hasta llegar a Londres no conocía el verdadero significado del amor porque honestamente nunca me había preocupado por ello, pero todo había cambiado la primera vez que lo besé. Ese sentimiento que te hace ver todo de una manera muy distinta. El sentimiento de que nunca estarás sola si alguien te ama, de que has venido al mundo por la perfecta razón de compartir tu vida con alguien que te completa de una forma muy especial. Y eso me hacía sentir Ryder, que había nacido para llegar a este momento de mi vida con el solo objetivo de estar juntos. A quien había besado en el pasado no importaba, era solo un beso más de esos que olvidas. Incluso mi primera vez era nada cuando mi cuerpo desnudo entraba en contacto con el de Ryder, y le agradecí a Dios por esta experiencia tan maravillosa.

Envuelta solo en una delgada sabana de algodón, rodé hacia un lado para tomar mi celular.

— ¡Dios mío, Ryder! ¡Son las tres y media! Tenemos que levantarnos —dije apresurada. Busqué mi ropa y comencé a cambiarme.

—Ya llegamos tarde, ¿tenemos que ir igual?

Se incorporó un poco y tiró de mis jeans hacia él, así que como consecuencia, volví a caer en la cama. Me abrazó.

— ¡Ay! —Lancé una risita—. Sí, vamos, levántate que se lo prometí a Melissa. Ya has visto cómo es, si la dejo plantada va a quejarse toda la maldita semana.

—Hem, está bien —respondió, ridículamente a regañadientes. Tomó su camiseta negra y se la pasó por la cabeza.

¿Alguna vez iba a acostumbrarme a que ese hombre tuviera ese cuerpo tan perfecto? La respuesta era simple: no. Siempre me embelesaría mirándolo como una idiota.

Salimos del apartamento a las 15.45 y llegamos al Starbucks cerca de las 16.20. La carpeta de mensajes recibidos de mi móvil estaba repleta. Literalmente Melissa me había enviado más de veinte mensajes y llamado otras veinte.

—Nunca creí que una persona pudiera ser tan controladora, quiero decir, aparte de Elizabeth.

—No, ella solo debe estar preocupada porque no llegamos. A veces resulta un poco paranoica, en el buen sentido. Y para colmo se me terminó el crédito en la línea.

—Llama con el mío, Kat. Está aquí —dijo metiendo la mano en un pequeño compartimento—, toma.

Tomé el móvil y marqué el número de Melissa.

— ¿Hola, Mel?

—Hasta que al fin das señales de vida, querida —se quejó.

—Lo siento, lo siento. Tuvimos algo de improviso, pero estamos yendo, ¿aún están ahí?

Podía oír murmullos al otro lado del teléfono; podrían ser clientes del Starbucks o el resto del grupo.

— ¡Dile que traiga su culo lo más rápido posible! —oí la voz de Helena y un escalofrío recorrió mi espalda. Ahora entendía los celos de Melissa hacia ella. Si había alguien con quien había que tener cuidado era con esa mujercita de cabello largo y pestañas postizas.

Melissa suspiró.

—Ya —susurró en un tono muy bajo que incluso a mí me costó oír—, creo que ya ni recuerdo porqué la invité, es una perra, uh.

Me reí.

—No me digas que te oyó.

—No, ese es mi hermano. La zorra le está rondando como un cuervo, y Julien es amable, así que va a tener que aguantarla todo el día.

— ¿Está Julien ahí? —pregunté y Ryder me miró de reojo. Estábamos a un par de cuadras.

—Sí, creo que está esperando desesperadamente a que llegues.

—Ah, bueno. Quería contarte algo... —dije, y por un momento me sentí horrorosamente culpable por querer a Ryder—. ¿Recuerdas lo que hablamos el otro día?

—Kat's, hablamos muchas cosas el otro día, y el otro y el otro.

Me encogí de hombros, ¿cómo hablar de Ryder estando a mi lado?

—A la salida de antropología.

—Ahhhh... ya, sí. Ryder.

—Bueno, ya sabes.

—No, no sé.

—Sí, sabes a lo que me refiero. Sucedió —Ryder lanzó una carcajada.

— ¿Tuvieron sexo? ¿En su auto?

— ¡¿Qué?! —La sangre se acumuló en mi rostro—. No. Bueno, sí, pero no. No en su auto.

Ryder se rió, pues había entendido todo.

Entramos al estacionamiento y Ryder aparcó al fondo.

—Ya llegamos, después te cuento mejor, ¿sí?

—Está bien, amiga. Estamos en la planta de arriba, junto a la ventana.

—Okay, allá te veo.

Las puertas del auto se cerraron electrónicamente y Ryder me tomó de la mano para entrar a la cafetería. Estaba segura de que ese contacto estaba relacionado al hecho de que Julien iba a estar allí. Vamos, como si tuviera de qué preocuparse. Subimos por las escaleras de vidrio y llegamos hasta el segundo piso. Melissa y los demás estaban justo en una de las esquinas, acomodados en los ya habituales sofás del Starbucks.

—Hola a todos —los saludé a todos haciendo un ademán con la mano—. Recuerdan a Ryder, ¿verdad? —los chicos asintieron menos Helena, que no había asistido a la fiesta de fin de año.

Ryder movió un poco la mano y con una de sus encantadoras sonrisas, los saludó. Y como era de esperarse, Helena atacó.

—Hola, Ry, ¿puedo llamarte Ry?

—No —dijo él y Melissa comenzó a toser—. Solo unas cuantas personas me llaman así, personas importantes para mí.

Julien lo miró como si no pudiese creer que él estaba allí, y Elliot le dirigió una mirada divertida. Luego me miró a mí y sonrió como diciendo «Te lo dije»

—Oigan, chicos, vengan y siéntense aquí —dijo Elliot. Todos se movieron hacia la izquierda y nos dejaron dos lugares vacíos. Yo me senté al lado de Melissa, quien estaba de la mano con Elliot, y Ryder se sentó junto a mí con su brazo rodeando mis hombros. Helena nos lanzó una mirada, estaba molesta y eso me encantaba. Era evidente que hervía de celos.

—Así que, Ryder, hemos oído muy poco de ti —dijo Elliot—. Para nosotros eras el sujeto misterioso que llevaba a nuestra amiga a las clases. Katia no suele hablar mucho de ti. Ni siquiera hablaste mucho en la fiesta de año nuevo.

—Son amigos —agregó Julien—. No creo que se sienta cómoda contándonos de él. Nadie habla todo el tiempo de sus amigos.

Ryder se incorporó, inclinándose un poco hacia delante.

—No, ¿sabes qué? —dijo, y su voz sonó algo pesada—. No somos amigos, ella es mi novia, ¿verdad, cielo?

Asentí, algo perdida.

Yo quería que tuviéramos una relación formal, pero no solo porque él estuviera celoso de la presencia de Julien, sino porque Ryder realmente lo quisiera. Además, ese era un tema para hablar entre nosotros.

— ¡Eso es tan lindo! —Expresó Melissa—. ¿Y desde hace cuánto?

—Desde hace varios días —alegó Ryder y le dirigí una mirada de soslayo.

Elliot nos animó deseándonos suerte, Helena dejó de prestarle inmediata atención al chico sentado a mi lado y Julien se levantó para ir a pedir las bebidas.

—Siento interrumpirlos, pero muero de hambre, ¿qué van a pedir?

—Yo Frappuccino de vainilla —dijo Melissa—. Y para Elliot un café Frappuccino.

—Y yo voy contigo —dijo Helena, quien había conseguido una nueva presa.

Julien asintió. En total iba a ser: dos Frappuccinos de vainilla, uno de café, uno de Mocha blanco. Lo que fuera que fuese a elegir Julien, y un café negro para Ryder.

Cuando por fin fuimos a buscar nuestras bebidas, Melissa comenzó a hablar de la fiesta que realizaría en su casa. El sitio estaba repleto de personas, y aún así solo le podía escuchar su voz. El móvil de Ryder sonó una vez pero él no atendió.

—Así que será en unas cuantas semanas. Va a ser sencilla, pero muy divertida y con mucho alcohol —seguía diciendo.

—Eso es lo que me gusta, nena —dijo Elliot y la besó. De hecho la besó tanto que creí que comenzarían a llamar demasiado la atención—. Nada mejor que festejar tus 21 años con una buena fiesta.

—Sí, está de más decir que están todos invitados. Incluso tú, Ryder.

Él asintió.

Más tarde, me levanté para ir al baño y cuando salí, me encontré con Julien apoyado sobre la barandilla de la escalera. No sabía bien si acercarme o no. Parecía concentrado en algún pensamiento importante.

—Hola —dije al final.

Se volvió hacia mí con una media sonrisa.

— ¿Todo bien?

—Sí, ¿por?

—Nada, solo que parecías algo tensa en algunos momentos.

—No, no, estoy bien.

Julien sonrió y se llevó las manos a los bolsillos. Una pareja de adolescentes tomados de las manos y riendo pasó a nuestro lado.

—Así que...novios. Enhorabuena.

—Gracias, supongo. De hecho no lo teníamos previsto. Es que Ryder resulta a veces un poco impulsivo —me reí nerviosa.

— ¿Es celoso? —preguntó frunciendo el cejo.

—Algo, pero descuida, está muy lejos de ser peligroso.

—Bueno, eso me deja tranquilo. Me miraba como si fuera a arrancarme los ojos.

— ¡Y lo haré si no te apartas de mi chica! —oí la voz de Ryder que venía desde el otro lado del pasillo. No lo había visto hasta que se detuvo detrás de Julien.

— ¿Está todo bien aquí? —preguntó con una sonrisa falsa que hasta a mí me asqueó.

Algo enfadada porque se volviera de pronto un neandertal celoso, me crucé de brazos y asentí con el ceño fruncido. Julien era realmente agradable, y los celos de Ryder -que había tenido desde el principio del primer trimestre- me resultaban completamente ridículos.

—Ryder, discúlpate —le espeté, y aunque Julien me dijo que no importaba, se lo volví a pedir—. ¿Ryder?

— ¿Por qué debo hacerlo? Expresé mi opinión, no me van a juzgar por eso.

Ryder se cruzó los brazos sobre el pecho. Era unos cuantos centímetros más alto que Julien.

—Acabas de amenazarlo —grité.

—Oh, vamos, Kat. Era una estúpida broma.

—Me da igual, pídele disculpas.

—No voy a hacerlo, lo siento.

—Creo que voy a volver al sofá —dijo Julien y se marchó esquivando a unas cuantas personas en su trayecto.

—Julien.

—Déjalo, déjalo.

Me volví hacia Ryder con la mirada enfurecida.

—No me gusta ese comportamiento tuyo, Ryder, y no estoy jugando.

Él rodó los ojos.

—No puedo creer que te enfades por esto, nena —intentó abrazarme y me eché hacia atrás.

— ¿Desde cuándo se te dio por ser un novio celoso? ¿No te bastó con oír que solo te quería a ti? Además, puede que sea tu novia, como ya has postulado. Pero no soy tu chica. No soy un juguete que le pertenece a alguien, ¿entendiste?

Sus ojos me escrutaron con detenimiento y su sonrisa desapareció.

—No quise hacerlo, solo estaba ahí cuando ustedes hablaban y...

—Y decidiste intervenir como un tipo idiota que no piensa antes de hacer las cosas.

—Siempre pienso todo muy bien cuando se trata de ti, Katia, no digas eso. Eres mi prioridad.

—Bueno, entonces aprende a mantener a raya tus ridículos celos. Sé que me lo advertiste, pero así no iremos a ningún lado. ¿Acaso ves que yo me pongo como histérica por cada mujer que te mira? Y ¡maldición! Te miran demasiado.

Él sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro.

— ¿Entonces, vas a comportarte?

—Está bien, lo siento. Pero olvídate que le pida disculpas a Julien, hay algo de él que no me agrada. Es muy sospechoso.

Estuve a punto de decirle que cerrara la boca, pero no quería pelear más con él. Simplemente necesitaba olvidar ese episodio y seguir adelante. Me encogí de hombros y lo abracé. Al final siempre me ganaba, siempre me ganaría el amor por él.

—Bueno, solo deja de ser un idiota, por favor. Sabes que te amo y nunca te engañaría.

—Haré lo que pueda.

Mientras Helena seguía haciendo algunas estúpidas preguntas sobre la fiesta de Melissa y ella le daba respuestas vagas, atisé que Ryder había sacado unas cuantas veces su móvil. Mire de reojo mientras fingía prestarle atención a mi amiga, y como ahora él estaba entre nosotras, podía ver claramente lo que estaba haciendo.

8 mensajes recibidos. 12 llamadas perdidas de un número desconocido.

Ryder abrió uno de los mensajes en cuanto creó que no le prestaba atención.

De: Remitente desconocido

15.23 PM 29/01/2010

«Rex, te necesito urgent. Por favor, ven. Brit»

Y luego otro.

De: Remitente desconocido

17.15 29/01/2010

«Cariño, ven esta noche, x favor. Brit»

Sabía que hacer un escándalo en medio de la cafetería no iba a ser bueno.

¿Cariño?

Diablos, maldición. Esto no podía estar pasándome. No Ryder, él no. Así que me mantuve serena por un momento, tenía que tener la cabeza fría antes de reaccionar. Incluso aunque mi corazón estuviese resquebrajándose por dentro. Ryder no era capaz de engañarme en nuestra primera semana de noviazgo, ¿o sí? Las dudas volvieron a embargarme y las palabras de mi hermana me llegaron con fuerza, que el mundo que Ryder le presenta a los demás no es real. Y menos para mí.

— ¿Kat? —dijo él y lo miré, pero por un segundo no vi al chico que veía todos los días, sino a un mentiroso—. Me surgió un imprevisto, tengo que irme.

— ¿A dónde? ¿Ya te vas? —mi voz sonó tan lejana que tuve miedo de romper a llorar allí mismo.

—Sí, es urgente, luego te veo, ¿sí?

—Pero, Ryder ¿vas a dejarme aquí? —apoyando su mano sobre el apoyabrazos del sofá, se levantó.

—Sí, créeme, no me iría si no fuera de suma urgencia —todos nos miraban, así que me obligué a asentir.

—Yo te puedo llevar después, no te preocupes —dijo Julien y Ryder le lanzó una mirada furibunda. Hipócrita.

—Llama a Ben, él vendrá por ti.

—No, me voy con Julien, ¿algún problema con eso?

Ryder tomó su billetera y las llaves de su auto. Sacudió la cabeza, y luego de despedirse de los chicos, y de mí con un simple beso en la mejilla, se fue. Y fue en ese momento en el que me di cuenta de que esto sería el inicio de la inminente destrucción de mi corazón.

Capítulo 19

Mentiras

Un sin fin de dolorosas preguntas, y respuestas aún más dolorosas se hicieron presente en mi mente mientras veía a Ryder alejarse de mí. Todo resultaba tan jodidamente confuso que ya no sabía en qué creer. Él era como un gran oasis, una ilusión óptica que desaparece en cuanto lo tocas. Y eso me estaba sucediendo.

Ryder se estaba convirtiendo en esa parte de mi vida que te lastima aún sin que puedas controlarlo. Él era mi parte débil, mi talón de Aquiles. Y cada cosa que hiciese iba a afectarme de una manera imperial. Supongo que a veces el amor conlleva un poco de todos esos sentimientos, pero nunca imagine que pudiera resultar dolorosamente cruel.

«Brit. Rex» ¿Dónde había oído antes ese nombre...? Rex, Rex, Rex.

¡Rex! ¡Bruno! Bruno le decía Rex a Ryder, por poco lo olvidaba. Y aquel nombre de mujer.

«Recuerda, Katia»

« Son 50 mil libras. 5 carreras, Rex, piénsalo. Si tu chica participa con las mías, y con Britanie ¿la recuerdas? Claro que la recuerdas, era tu favorita. Te gustaba mucho ella»

¡Oh, mi Dios! ¡Maldita seas, Ryder!

«Te gustaba mucho ella» Las palabras se replicaron junto a un dolor agudo en mi vientre.

¿Cabía la posibilidad de que fuera la misma de la que Bruno le había hablado a Ryder aquella vez que nos interceptó en Calle Inter? ¿La mujer paga?

No quería pensar en nada porque todas las posibilidades cabían. Podía estar confundíendome, o podría estar incluso malinterpretando las cosas.

El conflicto dentro de mí se hacía cada vez más grande, con más preguntas y más misterios. Respiré profundo, y sentada en el asiento del acompañante del auto de Julien, me encogí de hombros de solo pensar en lo que Ryder podría estar haciendo a esa hora y en la casa de aquella mujer que me presagiaba nada bueno.

— ¿Estás bien? —preguntó Julien sin apartar la vista del camino. No estábamos muy lejos de casa. Yo había decidido marcharme antes que los demás porque honestamente no estaba con ánimos de continuar con la salida, pero a Julien no le importó. Él solo sonrió y dijo que podríamos irnos en cuanto quisiéramos.

Entonces me pregunté porqué no podía enamorarme de alguien como él. Sin tanto lío a su alrededor. Un chico franco sin tantos problemas ni misterios.

Asentí lentamente.

—Sí, aunque creo que la bebida no me cayó muy bien —dije y me obligué a forzar una sonrisa.

—Puede ser.

Me mantuve en silencio unos segundos, hasta que finalmente dije:

— ¿Estás enojado?

Julien abrió mucho los ojos.

— ¿Por qué estaría enojado contigo?

Lo miré, tenía el cejo fruncido, pero su rostro reflejaba repentina confusión.

—Por lo de Ryder. Sé que debí haberte explicado cómo eran las cosas entre él y yo. Que nosotros...

—Vuelvo a preguntártelo, Katia ¿lo amas?

A pesar de que parece ser un completo imbécil, mentiroso e hipócrita, sí. Lo amaba más que a mi propia vida.

—Sí, mucho.

—Estás enamorada de él —dijo y asentí—. No puedo enfadarme por eso. No puedo enfadarme contigo porque estás enamorada de otro chico, Katia. Eso sería estúpido.

— ¿Por qué? —pregunté, y de inmediato me arrepentí. No quería sonar orgullosa.

Julien respiró profundo.

—Mi madre solía decirnos a Mel y a mí que el amor es el sentimiento natural más puro y desinteresado que tiene el ser humano. No decidimos de quién nos enamoramos. Solo sucede inesperadamente. Y aunque hay veces en que sabemos bien cómo terminará, o incluso sabemos que nosotros somos los que vamos a sufrir al final, nos arriesgamos por él; porque está en nuestra naturaleza amar. Por eso no puedo enojarme contigo. Lo amas, sí. Y nadie podrá cambiar eso, Katia.

Respiró profundo.

—Yo te quiero, y te lo he dejado en claro. Pero también deseo que seas feliz porque eres una gran chica.

Asentí y me dejé envolver por sus palabras, sin embargo algo de lo que dijo me recordaba a mí.

¿Parte de mí sabía que mi relación con Ryder no iría a ningún lado? Porque, vamos, él literalmente no tenía planeado un futuro por delante. Había abandonado la universidad y vivía de el dinero que había ahorrado de las carreras, ¿y cuando eso se le acabara? ¿Qué iba a hacer? Yo lo quería, y seguiría amándolo a pesar de todo. Sin embargo, no quería pensar en cómo sería un futuro junto a él si ambos tomábamos diferentes caminos.

—Eres demasiado bueno.

—No, no lo creo. Solo trato de ser lo más comprensible que puedo. Supongo que es mi naturaleza —rió—, y no creas que me gusta. A veces me digo a mí mismo que debo ser más egoísta y tomar lo que quiero, pero es imposible.

—Y aún así acabas siendo bueno.

Él sonrió y cuando quise hacerlo, decenas de imágenes se me aparecieron delante de mí. La manera en que Ryder me había mirado aquella mañana y aquella misma tarde, con sus grandes ojos azules repletos de lo que había estado segura era amor. Su sonrisa. Y luego las sensaciones: la humedad sus besos haciendo un camino desde mi cuello hasta mi vientre, atravesando por la curvatura de mis pechos... Respiré profundo. Su respiración agitada, el calor que su cuerpo emanaba cuando estaba sobre mí. Él me había dicho que me amaba, ¿cómo podía destruirse todo eso en pocos segundos? ¿Y si no era más que una mera confusión mía? A esa altura ya nada era seguro para mí.

Me quedé pensativa.

—Katia, ¿estás bien? —preguntó Julien y al mirarme, notó que una lágrima se derramaba por mi mejilla.

Detuvo el auto en la orilla de la acera.

—No sé qué pensar... —se me escapó. No quise decirlo porque lo último que quería era llevarle mis frustraciones a Julien.

—¿A qué te refieres?

—No, lo siento. No debí decir eso.

—Katia, ¿soy tu amigo?

Lo miré y asentí.

—Confía en mí. Solo quiero ayudarte, cuéntame.

Dudé por un segundo, pero finalmente le expliqué la razón por la que Ryder se había marchado esa tarde.

—Pero, ¿tú estás segura? Tal vez sea un malentendido.

—Esto espero. No lo soportaría, Julien. No podría siquiera concebir algo así en mi cabeza. Confié en él como en ninguna otra persona.

—¿Fue tu primer chico? —dijo y sacudió la cabeza—. Lo siento, lo siento, no quise decirlo.

—No, no te preocupes. Y no, no realmente. Pero es mi primer amor real y dolería demasiado que Ryder me engañara.

Julien posó su mano sobre la mía y la apretó ligeramente.

—Descuida —dijo—. Todo saldrá bien, ten fe de ello.

—Gracias.

Me pasé el resto de la tarde leyendo mis apuntes; o mejor dicho, fingiendo que los leía, puesto que no podía pensar en otra cosa más que Ryder. Necesitaba urgentemente hablar con él, pero las horas pasaban y no llegaba. Se hizo de madrugada y estaba cansada de esperarlo, ¿dónde estaba? ¿Se encontraba bien? ¿Estaba solo o acompañado?

Salí del cuarto y me dirigí a la sala para acostarme en el sofá, tal vez si lo esperaba allí obtendría mis respuestas apenas llegase. Y él me las debía.

Cerca de las tres de la madrugada, y cuando estaba a punto de dormirme en el sofá, oí la puerta de entrada abrirse. La habitación estaba en absoluta penumbra, pero era evidente que solo podía ser Ryder quien entraba. En ese momento sentí un dolor en el pecho, un dolor demasiado real como para ignorarlo.

Comenzó a caminar hacia las escaleras en silencio. Podía oír su respiración desde donde me encontraba.

— ¿Ryder? — dije y se detuvo de inmediato—. ¿Ryder, eres tú? —No contestó, y aunque sabía que era él, volví a preguntárselo.

—No enciendas la luz —pidió y las millones de preguntas regresaron a mí.

¿Qué podía estar ocultándome?

— ¿Por qué?

—Solo no lo hagas, hablaremos mañana —su voz sonó ronca y severa.

No le hice caso y me levanté para dirigirme hacia él. Encendí la luz. Lo que vi a continuación me partió el corazón, y aunque al principio me pareció extraño que no llevase su camiseta puesta y en su lugar tuviese una camisa blanca, atisbar las marcas de labial rojo en el cuello de ésta me revolvió el estómago.

—Dime que no es cierto —le exigí con los ojos húmedos. El dolor se hizo más agudo y agónico. Podía sentir como si cada fibra de mi cuerpo se rompía en mil pedazos.

Él me miró por unos segundos sin decir nada y dejó caer la cabeza. Tenía la mandíbula tensa y los ojos inyectados en sangre. No me cabían dudas de que había estado bebiendo, y mucho, porque se tambaleaba un poco al caminar.

— ¡Dime que no es cierto, Ryder! — volví a decir sin dejar de mirar las marcas de su cuello. Maldita, maldita sea. Solo quería salir corriendo de allí y no volver a verlo nunca más.

—Lo siento... —dijo cerrando los ojos.

Me quedé paralizada. La idea de que había malinterpretado los mensajes se hizo añicos.

El cuerpo me temblaba. Los minutos se pasaron en silencio entre nosotros y a cada momento sentía que Ryder se alejaba más de vida, porque no estaba segura de poder volver a confiar en él después de todo esto.

Ryder dejó caer la cabeza sin decir más.

—Confíe en ti, Ryder —me encogí de hombros—. ¿Qué he hecho para que te burlaras de mí de esa manera? ¡Eres un maldito hijo de puta!

Él abrió los ojos.

—Lo siento, solo...

— ¡Solo qué! —estallé.

— ¡Solo pasó! ¡¿Está bien?! Solo pasó. Y baja la voz que vas a despertar a todos.

Negué con la cabeza frenéticamente.

— ¡No me importa! ¡Eres un mentiroso! ¡Un...! ¡Mmm! ¡Mmm!

Se abalanzó hacia mí y me tapó la boca bruscamente.

—Basta, Katia, ya hablaremos de esto mañana. Te dije que lo sentía, no lo hagas más difícil.

Me sacudí entre sus brazos para intentar zafarme pero no logré hacerlo. Era mucho más fuerte que yo. Solo cuando me tranquilicé lo suficiente, me quitó la mano de la boca.

—Comprende, las cosas suceden porque sí. Ya te lo pedí, deja de hacerlo difícil.

— ¿Cómo puedes decirlo con esa frialdad? —pregunté, horrorizada—. Te acostaste con una zorra y soy yo la que lo hace difícil —mascullé luego con lágrimas rodando por mis mejillas.

Cuando me miró de cerca, sus ojos se veían vacíos, oscuros.

—No le digas así, es una buena mujer —dijo y fue demasiado.

« ¡Hipócrita!» gritó mi fuero interno.

— ¿Y todavía tienes la desfachatez de defenderla? Nunca pensé que diría esto, pero me das ASCO, Ryder. No eres para nada lo me has hecho creer —la voz se me rompió, pero me obligué a seguir. Tenía que sacarme ese dolor del pecho—. Y me siento como una estúpida por haberme enamorado de ti.

Sus ojos me escrutaron por unos segundos, tragó saliva y dijo:

—Te lo advertí, te dije que conmigo no obtendrías nunca tu final feliz —susurró, y no sonaba como él. Pero su mirada pretendía fingir dolor ahora.

—También dijiste que me amabas...pero ya veo que confiar en ti es como querer escribir sobre el viento.

—Solo estoy suavizando tu caída.

— ¡Deja de hablarme como si fueras un misterio! ¡No eres más que un hijo de puta!

—Lo digo en serio, es mejor que duela ahora. Que nos duela a ambos, Katia, empréndelo de una maldita vez.

Me acerqué a su rostro.

—Me importa un carajo —mentí—. Te odio, y me arrepiento tanto de todo lo que ha pasado.

—Mejor así, amor —masculló y su voz se amortiguó con el crack de mi corazón. Él lo había roto y ahora sentía que nada valía la pena. Un dolor como ese podría matarte por dentro y apagar tu rostro. Un dolor como ese podría hacer de tu vida la cosa más miserable que existe sobre la faz de la tierra.

Me solté de su agarre y no me volteé cuando subí las escaleras para irme a mi habitación. Por primera vez desde que había llegado a la casa de mi hermana, no quería volver a ver a Ryder nunca más.

Capítulo 20

Hipocresía

Dicen que todas las mañanas son como un nuevo renacer, que lo que ha sucedido el día anterior tiene otra cara y que el dolor disminuye. Y sin embargo yo me sentía mucho peor. No había logrado conciliar el sueño en toda la noche y tampoco había logrado calmar mi llanto hasta alrededor de las seis de la madrugada, cuando los pájaros comenzaron a cantar y el sol recién se veía en el horizonte.

Incluso la mañana del lunes fue horrorosamente triste y abrumadora. Tenía unas cuantas llamadas perdidas de Melissa, pero no había logrado responderle, así que solo le envié un mensaje diciéndole que todo estaba bien. Al parecer ella intuía algo, pero Julien no le había contado nada.

— ¿Cariño?

No pude responder. Se suponía que aquel iba a ser el día en que le contaba a Ginger que me sentía muy feliz por haber estado con Ryder, porque él me hubiese dicho que me quería, y porque parecía que las cosas iban a salir más que bien. Pero no.

— ¿Cariño, sigues ahí?

Asentí, pero claro, ella no podía verme.

— Sí, lo siento.

— Todavía no puedo creer lo que hizo, ¿estás segura que no quieres que tome el primer vuelo y lo asesine a sangre fría? Puedo cortarlo en mil pedacitos.

Ginger... la única que me hacía reír, a pesar de todo. Respiré profundo y me dejé caer sobre la cama. No había abandonado la habitación en todo el resto del fin de semana, ni parte del lunes. Ni siquiera para comer, pues no lograba probar bocado sin que se me revolviere el estómago, provocándome vomitar.

— Tampoco yo, me ha mentado tan descaradamente. Estábamos tan bien, quiero decir, aquella mañana... — cerré los ojos al recordar el momento en el que habíamos estado juntos—. Aquella mañana fue tan perfecta. E incluso en la tarde. Y entonces él va y se acuesta con aquella zorra.

— Vaya, es insaciable.

— Ginger.

— Ay, lo siento, corazón. Es que todo esto es... Diablos, estoy muy enfadada. Quiero abrazarte, mucho, mucho.

Me sorbí la nariz y me enjuagué las lágrimas que comenzaban a invadir mis ojos hasta rodar por mis mejillas enrojecidas.

—También yo, te extraño mucho. No tienes idea cuánto te necesito —dejé escapar el aire—. Sé que tienes mucho que hacer allí en Boston, pero de todas maneras me hace muy bien hablar contigo, Gin.

—Oh, cariño, vas a hacer que me vuelva un manojito de llantos. Escúchame atentamente, Katia. Sé que probablemente lo que te vaya a decir te duela —asentí para mí—, pero creo que es mejor que haya sucedido esto ahora y no cuando su relación se hubiese formado más. Me refiero a que, tú lo quieres, y esto duele, pero qué crees que hubiera pasado de aquí a unos cuantos meses: estarías locamente enamorada de él, y el dolor sería aún peor.

«Estoy locamente enamorada de él.»

—Lo sé. Pero...yo lo quiero mucho. No puedes imaginar lo que siento por Ryder. He aprendido a quererlo en el transcurso de los meses porque siempre había sido tan amigable, tan gentil..., tan lindo conmigo —seguí enjugándome las lágrimas mientras sostenía el teléfono entre mi hombro y mi oreja—. O por lo menos eso era lo que me hacía creer, que era un gran chico, cuando al parecer no deja de ser otro más del montón que andan por ahí rompiendo corazones sin pensar en los demás.

»No puedo creer que todo esto sea real. Que lo he perdido para siempre. Pero lo peor es que no me cabe en la cabeza que él me haya engañado tan vil mente como si yo no valiera absolutamente nada. Eso fue muy cruel.

— ¡No, no, no! No entiendo que tú pienses que no vales nada. Amiga, vales mucho más que todos nosotros. Tienes un corazón tan grande, Katia. ¿Recuerdas que en la escuela yo era siempre la rencorosa y tú la que les perdonaba todo a todos? Eres como un ángel.

— ¿Quieres decir que debo perdonarlo, a pesar de todo?

—No. Quiero decir que te tomes tu tiempo. Sabes que siempre intentaré darte los mejores consejos, pero a fin de cuentas eres tú la que toma la decisión final, y debes pensarlo muy bien.

Mi móvil comenzó a sonar: era un mensaje de Julien.

—Sé que lo quiero, de eso estoy muy segura. Pero también sé que no podría mirarlo a los ojos sin recordar lo que hizo. Sin ser consciente de la manera que jugó con mis sentimientos.

—Te entiendo.

Tomé el móvil y deslicé el dedo por la pantalla para abrir el mensaje.

De: Julien

14.18 PM 31/01/10

«Hola. Solo quería saber cómo estabas. Bueno, no solo eso. Mel me dijo que tienen una clase extra curricular hoy y que era obligatoria, ¿quieres que vaya a recogerte?»

— ¿Qué sucede? —preguntó Ginger, intuyendo algo.

—Julien me envió un mensaje.

— ¿El universitario? ¿Qué quiere?

—Al parecer su hermana le comentó que teníamos una clase obligatoria esta tarde y me preguntó si quería que me viniese a buscar.

Ginger se quedó en silencio.

— ¿Qué? —dije—. Cuando tú haces silencio es porque estás dándole vueltas a algo.

—No lo conozco, pero, ¿tú confías en él?

—Claro que sí —aseveré—, ¿por qué no habría de confiar en Julien? Es un buen chico.

—Bueno, considerando la experiencia. No quiero que se aproveche de ti solo porque no estás pasando un buen momento.

—No, Ginger, él no es así. Ya hemos hablado de esto. Julien me ha explicado lo que siente por mí, pero nunca ha insinuado nada. De todas maneras, si lo hiciera, nada me ata a nadie. Si Ryder no me ama, tengo que encontrar la forma de seguir, aunque duela horrorosamente.

Cerré los ojos ante la posibilidad de tener que quitar a Ryder de mi mente, ¿acaso eso sería posible? De seguro iba a ser una tarea titánica, casi imposible. Él estaba grabado a fuego en mi piel.

—Excepto al corazón. Y no estás precisamente atada, yo diría que estás encadenada al corazón de Ryder, y has perdido la llave, cariño.

Tragué saliva. Santo Señor, ella estaba en lo cierto. Desprenderme de Ryder era como desprenderme de mi propia alma.

Sacudí la cabeza. Podía decirlo, podía gritarlo, pero dudaba mucho que fuese a lograr tal hazaña.

Oí el motor del auto y me asomé a la ventana pensando que Ryder se estaba marchando, pero no, era solo Elizabeth que tenía cita con el médico de Max. El domingo mi hermana había entrado a mi habitación para ver cómo estaba. En esa casa no se podía esconder nada. Fue entonces cuando me contó que Max había sufrido unos fuertes dolores de cabeza, y que debía llevarlo al doctor.

Me alejé de la ventana y volví a la cama.

—Soy un desastre, Gin —respiré profundo—. Tienes razón. Yo estoy realmente enamorada de Ryder. Aún sigo sintiendo esa extraña conexión con él, eso es algo que no se ha roto.

—Entonces dense tiempo, y si él aún no quiere nada, que te diga porque te dijo que te amaba y porqué demonios te pintó un mundo de colores cuando no estaba dispuesto a dártelo.

—Estás en lo cierto, necesito una explicación de...

Entonces algo apareció en mi mente: el sábado por la mañana Ryder tenía que ir a un lugar. Yo le había pedido ir, pero él me había dicho que no, y luego...

Un manto gélido me heló la sangre. Tal vez tenía que encontrarse con aquella mujer, y lo que había sucedido entre nosotros no había sido más que había tenido él para que yo creyese que realmente me quería.

El cuerpo me tembló bruscamente.

Así, el segundo sentimiento me invadió: ira absoluta. Si Ryder realmente iba a encontrarse con aquella mujer esa mañana, esa iba a ser la gota que colmaba el vaso.

— ¿Katia?

Mi amiga, al otro lado del teléfono, me estaba llamando pero yo ya estaba perdida en mi furia.

— ¿Katia, estás ahí?

Dejé escapar el aire que no sabía que estaba conteniendo.

— ¿Hablamos luego? Tengo que hacer algo, ¡urgente!

— ¿Qué es?

El pecho me subía y me baja con brusquedad.

— Si es lo que creo, pienso matarlo — dije cargada de ira.

— ¡Katia, dime que suceda!

— No lo sé, y eso es lo que voy a averiguar.

Corté la comunicación y arrojé el teléfono inalámbrico sobre la cama. Tomé aire unas cuantas veces antes de salir de mi habitación. Si él decía que sí todo se derrumbaría allí mismo.

Apreté el picaporte con fuerza y me mordí los labios para evitar el llanto.

«Resistiré, resistiré a esto. Vamos Katia, no dejes que la locura te invada. Resiste.»

Y finalmente abrí la puerta. Su habitación estaba a unos cuantos metros y solo debía tomar valor e ir hasta ella. Y lo hice. Cuando estuve frente a su puerta hipé debido al llanto amenazante, pero iba a mantenerlo controlado.

Golpeé un par de veces hasta que oí el choque de porcelana: típico, de seguro estaba tomando su estúpido té.

«Toma control de ti. Toma control de ti.»

De pronto sentí un nudo en la garganta, pero me obligué a tragarlo. Y cuando la puerta se abrió, todo lo que había pensado antes de salir de mi habitación se derrumbó. La ira y la desesperación aún seguían ahí, al igual que la impotencia. Pero no iba a dejar que él viese esa parte mía. O por lo menos eso era lo que había planeado.

— Elizabeth, ¿necesitas al...? — dijo y se detuvo al verme al otro lado de la puerta. Tragué saliva, ¿por qué tenía que tener ese aspecto?, ¿por qué tenía que ser tan lindo? — . Katia...

Mantuve mis labios en una fina línea recta y mi cejo fruncido.

—Vengo a preguntarte algo, y espero que me contestes con la verdad.

Él asintió.

—Creí que nunca vendrías a hablar.

Se hizo a un lado y me dejó pasar. Cuando intentó cerrar la puerta le pedí que no lo hiciera, no quería estar encerrada en ese pequeño cuarto con él. Esa pequeña habitación que tenía su perfume. Inspiré disimuladamente.

—No iba a hacerlo, pero esto es importante, o por lo menos para mí.

—Si vienes en plan de pelea, ahí tienes la puerta —dijo señalando detrás de mí.

—El sábado ibas a encontrarte con ella, ¿verdad? —acabé la pregunta antes de que se me quebrara la voz.

«Vamos, resiste»

— ¿De qué hablas?

Di un paso hacia delante y alcé la mirada a sus ojos azules, puesto que había estado con la cabeza gacha para no llorar.

—El sábado tenías que ir a algún lado, y luego...ya sabes lo que pasó. ¿Ibas a encontrarte con aquella z..., mujer?

Él frunció el cejo y se cruzó de brazos. No dijo nada.

—Por favor, contesta —le pedí.

Ryder hizo silencio por unos cuantos segundos más y luego suspiró.

— ¿Eso haría la diferencia a todo lo que está sucediendo?

El nudo de mi garganta había regresado. Asentí sintiendo cómo las lágrimas me quemaban los ojos. Haría la diferencia porque yo finalmente entendería que no era importante para él. El pecho me dolía, y no sabía cuánto tiempo más aguantaría frente a sí caer hecha añicos.

—Sí —dijo y logré oír como mi corazón seguía resquebrajándose en sus manos—. Era ella.

Apreté los labios.

—Entonces lo que...lo que sucedió entre nosotros no cuenta, ¿verdad?

Él negó. Mierda, seguía lastimándome sin siquiera pensar en cómo me sentía.

— ¿Por qué eres tan cruel?—dije y de pronto todo se nubló, las lágrimas me habían ganado. Parpadeé varias veces.

Su mandíbula se tensó. Sus ojos lucían tan fríos.

— Te estoy dejando que corras a la cama del universitario, supongo que no opondrá resisten... —el choque de mi mano con su mejilla produjo un especie de chasquido que me devolvió un poco de energía. Ryder se inclinó hacia un lado con una mueca de dolor, y en cuanto se quitó la mano de la cara, descubrí orgullosa que le había dejado los dedos marcados. Por lo menos se acordaría de mí por unos cuantos minutos gracias al escozor.

— ¡Hipócrita! —Le grité antes de marcharme a mi habitación, pero él se adelantó, me sostuvo del brazo con fuerza y me acercó a su cuerpo—. ¡Suéltame! ¡Suéltame, Ryder!

Me miró a los ojos, clavando sus pupilas azules en las mías. Traté de zafarme, pero no logré hacerlo.

— ¿Crees que no me di cuenta de cómo te mira? Lo único que quiere es acostarse contigo.

— ¡Es lo mismo que hiciste tú, hipócrita! —mascullé.

Ladeó una sonrisa que nunca había visto; pues se veía como diabólica.

—Por lo menos yo tuve la decencia de esperar unos meses.

Y eso fue lo último que pude soportar. Me solté como pude de su agarre y salí corriendo hacia mi cuarto. Todo se había ido a la mierda, y no estaba segura cómo podría lograr seguir así.

En ese momento, a pesar de todo lo que Ryder había dicho, yo sabía que solo podía confiar en Julien.

Le respondí en mensaje de texto en cuanto cerré la puerta de mi cuarto.

De: Yo

15.03 PM 31/01/10

«Hola, prdona q no t contst ants. La cosa es q si ¿pueds venir x mi ahora?»

De: Julien

15.05 PM 31/01/10

«En 20 estoy allí»

De: Yo

15.06 PM 31/01/10

«Gracias. Eres mi salvacion»

De: Julien

15.08 PM 31/01/10

«Nunca, nunca en la vida me agradeczas nada, Katia.»

—Gracias —le susurré al teléfono. Al menos podía confiar en él.

Capítulo 21

Lejos

La pantalla de mi móvil se empañó gracias a mis lágrimas. Lo limpié y luego lo dejé al costado de mis piernas.

«Lo odio, lo odio, lo odio, lo odio, lo odio», me repetí millones de veces, hasta que las palabras dejaron de tener sentido.

Todo había terminado. Todo realmente había terminado. Es como cuando estás tan sumergida en un libro, o una película, y de pronto todo se acaba. No hay un párrafo siguiente, no una escena más. Solo existe el final...

Dejé escapar un suspiro y varias lágrimas más.

«¿Qué voy a hacer ahora? Él ha cambiado mis planes tantas veces que...que ya no sé cómo seguir»

Ryder no había roto mi corazón, lo había destruido, destrozado. ¿Y cómo lograría odiar a la persona que más había amado? ¿A la persona con la que había pasado momentos tan bellos? Porque por lo menos fueron hermosos para mí.

«Eres una chica especial, Kat. No me apetecía que pensaras que quería estar contigo solo por estar. Y tú sabes, en estos días todo se puede malinterpretar.»
Mentiroso.

La primera vez que lo besé, sentí como si besara a un ángel. Ahora me daba cuenta de que era un demonio que me condenaba a la tristeza.

Cerré los ojos cuando las imágenes, tan vívidas, aparecieron en mi mente. No habían pasado más de unos cuantos días desde aquello. Había pensado que finalmente lograríamos llegar a algo, que lo intentaríamos a pesar de que Elizabeth no le gustase la idea de estar juntos. Lo peor es que a fin de cuentas ella tuvo razón, él iba a romper mi corazón y única que sufriría eso iba a ser yo.

Estuve unos minutos buscando mis cuadernos y libros. Los puse en la mochila y como me había duchado en la madrugada para ver si podía relajarme, solo me quedaba cambiarme los jeans, la camiseta y ponerme un suéter. Metí la portátil y unos audífonos. Luego rebusqué por pañuelos descartables dentro de la cómoda y me soné la nariz. Guardé los dos paquetes que me quedaban.

—Creo que no falta nada —me dije a mí misma enjugándome las últimas lágrimas.

El sonido del móvil me devolvió a la realidad.

De: Julien

15.32 PM 31/01/10

«Estoy fuera de tu casa»

De: Yo

15.33 PM 31/01/10

«Enseguida salgo»

Tomé la mochila repleta y me la llevé al hombro. Me dije a mí misma que debía controlarme, que arrojarme a la cama a llorar no iba a ser la solución. Si realmente Ryder no sentía nada por mí, iba a demostrarle que podía seguir sin él, aunque por dentro supiese la verdad: que era imposible.

Salí del cuarto cerrando la puerta detrás de mí y bajé las escaleras trotando. Me detuve en seco al pisar el último escalón. Ryder estaba de espaldas a mí diciéndole algo a Julien. Lo más probable es que estuviese siendo tan desagradable como siempre había sido con él. Con el cejo fruncido me acerqué a ellos. Julien estaba algo tenso, lo que confirmó mis sospechas.

De pronto Ryder dio media vuelta y se marchó en dirección a la cocina.

—Hola —dije a Julien.

—Hola, ¿cómo estás?

Me encogí de hombros. No pensaba ocultarle lo que había sucedido.

El aire fresco me sentó mucho mejor de lo que hubiese creído. Sentía los ojos secos, puesto que al parecer había derramado todas las lágrimas que mi cuerpo reservaba. Luego de haberle contado a Julien parte de lo que había ocurrido, omitiendo el comentario equivocado de Ryder sobre que él, nos quedamos en silencio por unos cuantos minutos, hasta que yo misma rompí el silencio.

—No iré a la clase hoy —dije.

No estábamos muy lejos de la universidad.

— ¿Estás segura?

—Sí. Solo déjame por aquí, luego veré qué hago.

Julien lanzó una carcajada mientras orillaba el auto.

—Como si fuera posible que vaya a dejarte varada en cualquier lado, Katia. Sé que no nos conocemos hace mucho, pero tienes que confiar en mí.

—Quiero confiar en ti, solo que después de lo que Ryder ha hecho...

—Pero no soy él, nunca te lastimaría. Primero que nada, me gusta mucho esta amistad que tengo contigo, y no quiero fastidiarla por nada del mundo. Segundo, nunca te presionaría, aunque estuviese locamente enamorado de ti, siempre respetaría los sentimientos. Y tercero, si llego siquiera a hacerte enfadar, Melissa me asesinaría sin pensarlo dos veces. Y no estoy bromeando con lo de Mel —dijo y guiñó un ojo.

Me reí.

—Entonces, ¿quieres venir conmigo? Tengo helado de chocolate con nuez.

—Nunca he probado chocolate con nuez.

—Lo que significa que nunca has vivido en el paraíso. No creo que exista persona en el mundo que pueda contenerse ante tal sabor.

—Si tú lo dices.

—Nunca te mentiría con algo tan importante —fingió hablar seriamente.

Lancé una carcajada más fuerte. Era oficial, después de Ginger, Julien era quien me había hecho reír en la situación más difícil.

—Está bien, vamos.

El apartamento de Julien quedaba a 20 minutos de la universidad, en la misma dirección que estaba la casa de mi hermana. No era un edificio alto como el del apartamento de Ryder, sino más bien bajito, de unos diez o doce pisos. Y el ascensor era de los antiguos. Subimos por las escaleras hasta llegar al piso cuatro.

—No es muy espacioso, pero supongo que no se necesita más, ¿verdad?

—Tienes razón.

Abrió la puerta y encendió la luz. Todo ese momento fue como un dejavú del sábado anterior. Ryder y yo atravesando aquel hermoso corredor. Ryder mostrándome su gran apartamento. Sacudí la cabeza. Eso ya no debía importarme en absoluto.

El apartamento de Julien era de dos ambientes. Tenía un pequeño living y una cocina en la misma habitación, su cuarto, un baño y un pequeño balcón que daba a una avenida.

—Me gusta, es muy...

—¿Azul, tal vez? —dijo él apretando los ojos.

Bueno, eso era verdad. Todo era muy azul. Las mesadas, los sofás. Pero también me gustaba porque lo azul estaba cortado con cortinas y sillas blancas, y algunas cosas en verde manzana.

—Es lindo, si pudiera comprarme un apartamento, quisiera algo así.

—Bueno, de hecho no es mío, es de mi tío Benedict. Pero como no lo utiliza hace años me lo ha prestado. Costó reacondicionarlo, y sin embargo, quedó bastante...

—puso los brazos en jarra y miró a su alrededor—, quedó.

Le sonreí. Me invitó a sentarme -de hecho dijo a ponerme cómoda-. Dejé mi mochila al costado del sofá y luego Julien me ofreció un té.

Una cosa era cierta, nunca más en mi vida tomaría un maldito té. Esa era la bebida que más me recordaba a él.

—¿Los ingleses solo toman té?

Julien se encogió de hombros.

—No, claro que no. Ya sé, puedo ofrecerte un chocolate caliente. Dejaremos el helado para más tarde, ¿quieres?

—Por mí está perfecto.

Pasamos una tarde de lo más relajada, o por lo menos traté de que así fuese. Me sorprendió descubrir que estar lejos de Ryder me hacía bien, y aunque pensaba en él a cada segundo, en cuanto mi mente se distraía me divertía olvidando el dolor que realmente sentía. Julien me mostró algunos de los libros de viejas ediciones que eran herencia de una tía y algunos escritos suyos. Eran románticos. Tal vez no eran mi estilo, pero resultaban interesantes.

—Igual no escribo hace mucho —confesó Julien, se acomodó en el sofá y bebió un poco más de chocolate—, creo que perdí la costumbre.

—Tal vez deberías retomar. Supongo que escribir es como andar en bicicleta, nunca se olvida, ¿verdad?

Él asintió al tiempo que su móvil sonaba. Me miró con sus ojos castaños ampliados y aceptó la llamada. No sabía que lo había puesto en alta voz hasta que oí la voz de Melissa. ¡Nos habíamos olvidado de decirle que yo no iría a la clase y que estaría en lo de Julien! Seguro estaba bastante preocupada, siempre parecía poseer el carácter de una mamá oso.

—Hola.

— ¡Julien, ¿dónde demonios está Katia?! —Gritó su hermana—. Por favor dime que no tuvieron un accidente y que no están en un hospital —se la oía agitada.

— ¿Te gusta el drama? —Me susurró él en complicidad—. Ahí tienes de sobra —añadió señalando el móvil.

Reprimí una risita.

—Hola, Mel —dije con algo de miedo—. Perdona que no te haya avisado que no iba a clase hoy, no me sentía muy bien.

Silencio.

— ¿Katia? ¿Katia? ¿Qué haces ahí?

— ¿No acaba de decírtelo, mujer? Se sentía mal, y yo me ofrecí a traerla al apartamento.

—Qué buen samaritano eres —se burló ella—. Bueno, como sea. Katia, la clase fue horrible pero luego te hago una copia de los apuntes y te paso la grabación, ¿sí?

—Te lo agradecería mucho —dije al tiempo que dejaba la taza de cerámica sobre la pequeña mesa de centro—. Por poco he olvidado que estamos a pocas semanas de los parciales intermedios.

—Como los odio —se quejó—, pero no nos queda más que estudiar. Escucha, ¿cómo está tu guapo? —Ese había sido uno de esos momentos en que mi mente se convertía en una laguna, hasta que ella lo nombró—. En sentido figurado, porque sabemos ambas que estás más que bien.

Julien me miró y le dijo a su hermana que se estaba quedando sin batería en el móvil. Mis ojos se empañaron de inmediato. Sentía las lágrimas surgir desde el fondo de mi ser, y de no ser porque estaba apretando los labios con fuerza, me habría echado a llorar en ese preciso instante.

—No de verdad, Mel, se me apaga el móvil, te llamo lue... —y cortó la llamada—. Siento mucho eso —dijo inclinándose hacia mí para tomar mi mano.

En ese momento no me importó si confiaba en él o no, solo sé que era la persona que tenía cerca en ese momento, y yo necesitaba abrazar a alguien con mucha fuerza. Así que me arrojé sobre Julien y él me recibió en un abrazo comprensivo. Me susurró que todo saldría bien, pero yo sabía que no sería así, porque si no tenía a Ryder, no quería nada.

— ¿Quieres desahogarte un poco?

Con una de sus manos, me acarició la espalda y cuando logré mantenerme en calma nos separamos.

—Me siento vacía —confesé—. Nunca me imaginé que el amor pudiera hacerme sentir así.

—Y aún así lo sigues amando, por sobre todas las cosas —susurró con una leve sonrisa.

— Aunque sé que no debería hacerlo, ha roto mi corazón sin piedad.

—Eso no lo decides tú, Katia —tomó aire—. Pero, ¿sabes?, ¿nunca le has preguntado el porqué de su comportamiento?

— ¿A qué te refieres?

Julien me miró por unos segundos sin decir nada, hasta que volví a preguntarle a qué se refería.

—Me refiero a que..., los seres humanos se movilizan, hacen cosas por algún motivo. Nada es arbitrario, ¿no crees? —fruncí el cejo, confusa, ¿cabía la posibilidad?—. Tal vez él tenga sus razones.

— ¿Para destruirme el corazón y engañarme? Sí, porque es un idiota. Esa es su única excusa.

— ¿Estás realmente segura?

— ¿Por qué hablas como si supieras algo?

Julien esquivó mi pregunta.

—Solo digo que me parece extraño. En el Starbucks sus reacciones de celos fueron muy reales.

Dejé caer la mirada y me encogí de hombros.

—A esta altura no sé qué es real o no cuando se refiere a Ryder.

Julien frunció el cejo y me miró con pesar.

—Yo creo que te quiere, pero a veces el miedo nos hace ir en la dirección incorrecta. El problema viene cuando nos damos cuenta de que el tiempo que hemos perdido nunca regresará.

«Miedo», aquella palabra flotó en mi mente por mucho tiempo.

No sabía en qué momento me quedé dormida sobre el sofá de Julien, solo sabía que cuando desperté, fue por el timbre de mi móvil, y por el aroma a salsa que salía de la pequeña cocina.

—Hola, Elizabeth —dije en un susurro, aunque estaba más dormida que otra cosa.

— ¿Dónde estás, Katia? Mira la hora que es aún no has llegado, estoy muy preocupada porque no avisaste nada.

—Lo siento —me refregué los ojos—, necesitaba un cambio de aire, estuve pasando la tarde con mi amigo Julien. No te preocupes, estoy bien.

— ¿Segura? No te oyes bien.

—Ya sabes porqué.

—Bueno, solo llámame si vienes a casa, si quieres que vaya por ti o por cualquier cosa, ¿sí?

—Sí, adiós.

—Adiós, cariño.

Apagué el móvil y lo dejé en mi mochila otra vez. Esa noche no deseaba volver a casa, y Julien fue muy comprensivo al respecto.

Capítulo 22

Confusiones

Parpadeé unas cuantas veces antes de despabilarme por completo. Tuve que recordar dónde me encontraba antes de levantarme. Ahora que las ideas comenzaban a ordenarse, recordé que estaba en el apartamento de Julien. Él me había dejado quedarme allí, y encima había ofrecido su cama para que no durmiese en el sofá.

Había sido una noche tranquila; comimos pasta, de postre el helado prometido, y antes de acabar viendo una película muy triste interpretada por Richard Gere y un perro que me hizo llorar como loca, bebimos un poco de café. Eso era básicamente lo que imaginaba el día que viajé a Londres, quería tener una vida así, tranquila, calma. Una vida con pequeños momentos felices. Y sin embargo, en ese instante comprendí que mientras Ryder estuviese en mi cabeza, nada de lo que Julien hiciese; por más cariño que le tuviera, se iba a sentir tan bien como con Ryder. Cada momento con él me había resultado perfecto, digno de recordar por el resto de mi vida. No lo sé, tal vez el amor lograba eso; que una mirada, una sonrisa o un simple chiste fuese magnífico, hermoso...

Cerré los ojos y la imagen de Ryder se materializó en mi mente.

« Te amo. ¿Sabes?, creo que te he amado desde que apareciste en la puerta con esa cara de tengo mal genio y si no te gusta, a la mierda. » Sus palabras me habían sonado tan sinceras.

—Te quiero, Ryder —susurré en la penumbra—. Te quiero aunque sé que debería odiarte por hacerme sufrir.

« Te quiero tanto que tengo miedo que todo sea una mentira, y de que cuando te des cuenta de que no vale la pena estar conmigo, te marcharás. »

— ¿Qué es lo que está sucediendo contigo, amor? Algo anda mal, Ryder, lo siento aquí —llevé mi mano al centro de mi pecho, la angustia seguía allí, aferrada a mí—, en el corazón.

Y luego la imagen de Julien, y sus palabras.

«Yo creo que te quiere, pero a veces el miedo nos hace ir en la dirección incorrecta. »

Una sola palabra: miedo. Miedo. Miedo. Miedo, ¿a qué? Pero lo que probablemente me intrigaba más era, ¿por qué desde la perspectiva de casi todos, Ryder solo estaba actuando en consecuencia de algo, sea lo que fuere? Y Ryder y Julien coincidían en esa palabra que me tenía abrumada: Miedo. Cabía la posibilidad de que todos estuvieran mintiéndome. Y eso no me agradaba en

absoluto. Pensé y pensé, y por más que intentase hallar respuestas a todo ello, no lograba relacionar nada.

Si embargo, las palabras que se me habían grabado eran dolor, traición y engaño. Todas implementadas por Ryder.

Suspiré y dejé de darle vueltas al tema, porque sin información adicional no conseguirá nada. Me levanté y me cambié la ropa de dormir que Julien me había prestado; unos pantalones deportivos y una camiseta que me quedaba hasta las rodillas. Así, y con el pelo enmarañado y mal atado, no cabía duda de que estaba muy lejos de verme bien. Pero no me importó, de hecho nunca me había importado. Me puse mis jeans, mi camiseta y mi suéter verde de cachemira. Busqué mi móvil debajo de la almohada: eran las 8. 15. No tenía clase ese día, y tampoco tenía cara para pedirle a Julien que me dejase estar un día más en su casa. No después de que él haya tenido que dormir en el sofá por mi culpa.

Tenía que hacer algo, tal vez conseguir un empleo de medio tiempo que me ayudase a pagar un cuarto. Muchas chicas pagan cuartos mientras estudian en la universidad. Agradecía tener algo de dinero que me serviría para pagar por lo menos un mes de alquiler. Ahora debía sacar unas cuantas copias a mi curriculum y probar suerte.

Terminé de cambiarme y me puse las zapatillas. Pasé al baño, Julien aún seguía durmiendo en el sofá. Me lavé el rostro, los dientes y cepillé el cabello.

Cuanto estaba terminando de guardar las cosas en mi mochila, Julien despertó. Por un momento creí que no me preguntaría nada, pero finalmente lo hizo.

— ¿Tienes clase? Yo tengo una en... —miró el reloj de pared—. ¡Maldita sea, media hora!

Saltó del sofá como si fuera un resorte.

—No, no tengo ninguna —dije.

Julien detuvo lo que estaba haciendo de inmediato.

— ¿Y a dónde vas? Si quieres volver a casa, puedo llevarte, pero después de mi clase. Puedes quedarte aquí mientras tanto.

Sacudí la cabeza. Él se acercó, con los ojos aún algo hinchados.

— ¿Dónde irás? —preguntó.

—Aún no lo sé, solo sé que no quiero volver allí por tiempo indeterminado —no mientras tuviese esos sentimientos tan fuertes y contrariados dentro de mí.

Julien frunció el cejo, evidentemente confundido.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras, Katia, eso lo sabes.

—Y te agradezco muchísimo por esto de verdad. Pero no puedo seguir abusando de tu hospitalidad, Julien. Lo último que quiero es invadirte.

—No me invades, es bueno tener con quien hablar cuando has pasado tanto tiempo a solas en este lugar.

Le sonreí con agradecimiento y me acerqué un poco más a él para abrazarlo.

—Gracias, Julien, pero no.

—Vamos, Katia, no quiero que estés sola sintiéndote así.

Me separé de él.

—No te preocupes, conseguiré un empleo y buscaré un cuarto.

— ¿Tienes para pagar el cuarto?

Supuse que tenía lo suficiente, aunque una vez más, estaba equivocada. Le mostré a Julien el dinero y él se exasperó.

— ¿Tienes idea de lo que cuesta un cuarto medianamente decente en Londres, Katia? Esto no te alcanzará.

—Conseguiré uno mediocre entonces.

Julien miró la hora. Era obvio que se debatía entre convencerme e ir a su clase. Se quedó en silencio por unos segundos y sacudió la cabeza.

—Haremos una cosa —dijo—, puedes quedarte aquí hasta que consigas tu cuarto, y un buen empleo, ¿está bien?

Me encogí de hombros. Esa era una buena opción.

— ¿Estás seguro?

Asintió. Yo dejé escapar el aire de mis pulmones y también asentí.

—Ahora voy a ducharme que llego tarde a mi clase. Tú ponte cómoda que cuando vuelva podemos ir a recoger algunas de tus cosas, ¿sí?

—Claro —le sonreí y él salió disparado hacia el baño—, y gracias.

Pasé un par de horas ordenando un poco y leyendo algunos apuntes para mis próximos parciales, pero la cabeza no me dejaba en paz. Tampoco estaba segura de aceptar quedarme en el departamento de Julien, lo último que necesitaba era confundirlo respecto a nuestra relación de amistad.

Cuando decidí que no había más que hacer, me senté en el sofá y le envié un correo electrónico a Ginger.

Mensaje nuevo.

Para: Ginger Foster.

De: Katia Green.

Asunto: "Perdona por la llamada"

Hola, Gin. Perdona por haberte cortado así la llamada de improviso. Resulta que tuve que averiguar algo que se me vino a la mente. Y por desgracia fue así. Ryder es lo peor que hay en este mundo, amiga. La mañana que lo hicimos, él iba a encontrarse con la zorra esa, ¿puedes creerlo? No tienes idea de cómo rompió mi corazón. Él me humilló, Gin, fue horrible. Dijo básicamente que lo que hicimos no significó nada. Tú no confías en Julien solo porque no lo conoces, pero él ha hecho tanto por mí. Incluso ha tratado de convencerme de

que Ryder hace lo que hace porque tiene miedo de algo. ¿De qué puede tener miedo Ryder? No lo comprendo, amiga. Me siento como una estúpida a la que nadie le dice nada. Sé que allí hay algo, pero no sé que es. Son demasiadas cosas entremezcladas con las que no puedo llegar a ninguna conclusión: lo de esa Calle Inter, el tal Bruno, los miedos y los secretos de Ryder, Julien de alguna manera defendiéndolo. Y a eso se le suma lo que siempre me ha llamado la atención, ¿por qué Elizabeth se enfadaba tanto y Ben se lo tomaba a la ligera? Creo que Ryder hizo algo malo, Gin. Me parece que es eso. Bueno, te dejo un beso. Espero tu respuesta, adiós.

Julien llegó de su clase tres horas después, trajo algo de comida rápida para almorzar y luego se ofreció a que fuéramos a buscar algunas de mis cosas.

— ¿Aún no te arrepentiste de que me quede en tu apartamento? —bromeé.

—A menos que te conviertas en un clon de Helena, no.

Lanzó una carcajada y nos metimos al auto. El día se estaba nublando un poco, y el calor comenzaba a sentirse. Iba a ser una jornada húmeda.

—A propósito, ¿qué hay con ella? Se muestra muy interesada en ti, pero te he visto esquivándola varias veces.

Julien reprimió una sonrisa.

—Hay algo en ella que no me cuadra, no sé, es como si estuviera fingiendo constantemente.

Me abroché el cinturón de seguridad.

—Probablemente solo quiera encajar —dije—. Aunque creo que tienes razón en eso de que finge, es un poco... ¿cómo decirlo?, interesada.

—Tienes razón.

Después de unos veinte minutos de camino, el cielo terminó por encapotarse y la lluvia comenzó a arreciar casi al mismo tiempo que llegábamos a la casa. El auto de Ryder no estaba en la entrada, lo que era un buen y mal augurio. Bueno porque no tendría que enfrentarme a él, cosa me que quitaba mucha energía y hacía que me sintiera como un gato mojado bajo la lluvia, indefensa. Y malo porque solo podría significar que estaba con ella, y eso a mi corazón no le gustaba para nada.

Le pedí a Julien, aprovechando que Ryder no estaba, que se bajara conmigo. Tenía unas cuantas cosas que buscar y no quería que se quedase dentro del auto mucho tiempo. Podría hacerle un café mientras tanto.

Todavía tenía la llave, así que entramos, le preparé la bebida y subí a mi cuarto de inmediato mientras él me esperaba en el living. Anteriormente pasé por el cuarto de Max pero no estaba allí, tal vez Ryder se lo había llevado con él.

Saqué mi maleta de debajo de la cama y abrí el ziper. Comencé a guardar unas cuantas camisetas, unos suéteres, unos jeans, mi ropa interior y los libros de las

materias que estaba cursando. Busqué el cargador de mi móvil y el de mi computadora y también los guardé. Abrí los cajones de mi escritorio y saqué los apuntes que tenía allí. Pero cuando trasladé los papeles de la cajonera a la maleta, un pequeño rectángulo blanco cayó a mis pies. Respiré profundo, la reconocía y la recordaba aunque estuviera dada vuelta: la fotografía que nos habíamos tomado con Ryder y los niños en Hyde Park. Me tapé la boca conteniendo un sollozo. No quería romperla, esa era la única prueba física que tenía para comprobar que sí habíamos pasado lindos momentos juntos. Acaricié su rostro plano con mis manos. Lo extrañaba, lo extrañaba mucho. Después de aquellos meses viviendo bajo el mismo techo, la idea de no verlo cada mañana irrumpiendo en mi habitación, con sus tazas de té y su enorme sonrisa reflejada en sus ojos azules, me destruía. Los viajes a la universidad, las noches en que se quedaba conmigo mientras estudiaba, sus comentarios fuera de lugar pero bien intencionados. Extrañaría absolutamente todo de él. Incluso sus repentinos cambios de humor.

No lo soporté más. Parecía que llorar no era suficiente cuando pensaba en él. El pecho se me encogió y las lágrimas se sentían como fuego surcando mis mejillas. El dolor era avasallante. Hipé unas cuantas veces y me senté a un lado de la maleta secándome las lágrimas. En cuanto oí que alguien tocaba a la puerta me levanté de inmediato y con las palmas terminé de secarme los ojos. Respiré profundo, no quería que Julien me viese más así.

—Julien, pasa.

—Soy yo, tía Katia, Max.

¿Max estaba en casa?

—Pasa, cariño —grité, la puerta se abrió y apareció mi sobrino con un semblante un poco ceniciento—. ¿Estás bien?

—Sí, solo me duele un poco la cabeza, pero el doctor de mami me dijo que era normal.

Se acercó a mí y lo estreché en mis brazos. Él hizo lo mismo y se quedó unos momentos recargado en mí. Cuando se separó, me miró con sus grandes ojos, escrutándome.

— ¿Estabas llorando? —preguntó y me mordí el labio. No creí que pudiese resultar tan obvio.

—Eh...algo así, es que se me metió una basura en el ojo. Y no sabes cómo duele.

—Luces muy triste.

Oh, Dios.

—Estoy bien, no te preocupes por mí —dije cambiando de tema, era verdad cuando decían que Max era demasiado perceptivo—. Escúchame, ¿dónde estabas? Fui a tu habitación y no te encontrabas allí.

—Estaba con el tío Ryder, fuimos a comprar los materiales que pidió la maestra porque tengo que recuperar la semana que no fui.

Di media vuelta y miré por la ventaba. Ahora el auto de Ryder estaba estacionado en la entrada. Una lágrima rebelde resbaló por mi mejilla.

— ¿Sigues llorando? —replicó Max—. El tío lloraba anoche, pero tampoco quiso decirme porqué se sentía mal.

Max miró mi maleta y luego alzó una mirada interrogante.

— ¿Te vas?

— ¿Ryder estaba llorando? —pregunté omitiendo lo que él me decía.

Max asintió.

—Tenía la misma cara que tú, estaba muy triste y pronunciaba tu nombre. Luego se fue y volvió recién esta mañana.

— ¿Y sabes a dónde fue?

— Papá dijo que fue a esa Calle Inter, pero no sé lo que es, ¿tú sabes?

Sacudí la cabeza, negando.

— ¿Tu mamá dijo algo?

Max se encogió de hombros y me miró como diciendo: no sé más nada.

—El único que habló en la cena fue papá, estaba enojado el con el tío, aunque no sé por qué.

Sabía que no debía presionar a Max con muchas preguntas, no solo por el golpe en su cabeza sino también porque era un niño y él no tenía las respuestas que yo estaba buscando. De igual forma, insistí.

— ¿Estás seguro de que Ryder estaba llorando y de que pronunciaba...? —no logré acabar la pregunta.

Max dijo que sí, me dio un beso en la mejilla y se fue dejándome repleta de dudas.

Cerré la maleta con la esperanza de no cruzármelo cuando, pero sabía que esto iba a ser imposible. En esos momentos Ryder estaba en el living, tal vez poniendo incómodo a Julien.

Capítulo 23

La llamada

A diferencia de lo que esperaba, no vi a Ryder cuando bajé al living. Al parecer él había subido a su habitación optando por no salir de allí hasta que yo me fuera de la casa. Mejor así. Sin embargo tenía que ser honesta conmigo misma, no era capaz de ignorar el dolor que estaba sintiendo. No podía pretender que de un día para el otro todos los sentimientos desapareciesen sin más.

Julien tomó mis cosas y las llevó a su Volkswagen Golf. Fuera, la cortina de lluvia era intensa y el cielo se había oscurecido más de la cuenta.

Suspiré a causa de la frustración y lo seguí hasta el coche. Parte de mí quería esperar a mi hermana para saludarla y contarle que me iba de la casa por tiempo indeterminado, pero sabía muy bien que si me quedaba allí las posibilidades de cruzarme con Ryder irían aumentando con el transcurso de los minutos.

— ¿Estás segura de esto? —preguntó Julien poniendo la llave en el contacto. Me ajusté el cinturón y asentí—. Creo que merecen un tiempo para reflexionar sobre lo que hay que hacer.

—No hay nada que hacer, Julien. Él no me quiere, no es honesto conmigo, y se ha acostado con esa mujer, ¿necesitas más?

Se encogió de hombros y sacudió la cabeza. El Golf comenzó a andar, aunque ésta vez tardaríamos más en llegar a causa de la lluvia. Alcé una mano y desempañé el vidrio al tiempo que Julien encendía la calefacción.

—Creo que estar separados va a ser bueno para ambos, especialmente para mí que sí he sentido el tiempo que he pasado con él.

—Y sin embargo...

— ¿Y sin embargo qué? —repliqué.

—Siempre hay un "y sin embargo", Katia.

—Y tú sabes cuál es: lo quiero, pero no voy a estar dependiendo de si él siente algo un día y deja de sentirlo al día siguiente. No pienso permitir que juegue conmigo.

— ¿Y si no es eso?

—Déjalo, Julien. Es todo lo que hay, y más aún, es todo lo que puedo soportar.

Julien asintió sin decir nada más, porque yo traía la razón en esto.

El viaje de regreso a su apartamento fue más largo de lo que habíamos esperado, las autopistas estaban literalmente colapsadas, y las avenidas aún peor. Solo necesitaba unas cuantas semanas para establecerme, ¿acaso no había pensado hacer eso cuando llegué a Londres? Conseguir el empleo en alguna cafetería y luego el cuarto. Con suerte conseguiría todo eso en el plazo de un mes.

Una vez que llegamos, Julien volvió a ofrecerme su cama, lo cual no me parecía justo; de modo que por más que insistió e insistió opté por dormir en el sofá. De hecho descubrí que era muy cómodo. Hicimos un espacio en su clóset y finalmente todo encajó. Estaba segura de que íbamos a pasarla bien, pues éramos buenos amigos y parecía que nos interesaban las mismas cosas.

La primera semana pasó lenta, lluviosa y sorprendentemente fría. Y con el frío también llegaron los parciales intermedios, los cuales me llevaron más noches que las deseadas, algo que agradecí. A veces mantener la mente ocupada te libera de muchas cosas. Estudié con Melissa y Helena para algunas materias en el apartamento que compartían y del resto me encargué sola. A decir verdad no era buena estudiando en grupo, ellas tenían sus métodos y se tomaban todo con calma. Y para mí, que había estado estudiando muy poco desde que hubieron comenzado las clases, el tiempo me apremiaba. La celeridad con la que pasaban las horas era abrumadora y los exámenes estaban cada vez más cerca.

Durante la mayoría de las noches me sentaba en la pequeña cocina del apartamento y desplegaba todos los apuntes sobre la barra de Julien. Intentaba concentrarme en lo que tenía que leer, pero muchas veces me perdía pensando qué podría estar haciendo Ryder, qué había hecho esa semana, y qué haría luego. Tenía unas ganas inmensas de verlo. No había pasado tanto tiempo lejos de él desde que había llegado a Londres hacía ya seis meses. Había creído que la distancia me iba a beneficiar, pero no, con ella me di cuenta de que más tiempo pasaba sin verlo, más lo extrañaba y mucho más lo amaba.

Dejé caer la cabeza sobre la barra. Las revelaciones podían resultar dolorosas.

No les hablé a las chicas acerca de lo que había sucedido con Ryder, no es que no confiara en Melissa o Helena; bueno, tal vez no confiaba en Helena. Pero con Melissa era distinto, ella vivía en un mundo rosa en donde su relación con Elliot era prácticamente perfecta, y no quería agobiarla con mis problemas.

Cuando me preguntaron porqué no estaba más con Ryder les respondí que necesitaba un tiempo para dedicarme a la universidad. Obviamente Melissa se comportó un tanto escéptica, no solamente porque no quería hablar de Ryder, sino por el hecho de estar viviendo en el apartamento de su hermano.

Me sentía como una mala amiga por engañarla.

Los únicos que estaban al tanto eran Ginger y Julien, a parte de mi hermana y Ben.

La segunda semana fue aún peor. Con los exámenes en puerta solo tuve un día para relajarme. Fue el domingo en que Melissa nos invitó a todos a Hyde Park. Yo no quería ir allí, no después de ver todas las noches la fotografía que finalmente había escondido en mi maleta. Hyde Park siempre me iba recordar a Ryder, pues él había sido el primero en llevarme.

— ¿Qué tal tus exámenes, Katia? —preguntó Elliot. Él y Melissa estaban recostados, y abrazados, sobre una de las mantas que habíamos dispuesto en el césped.

—Creo que voy a reprobar todos —confesé, no estaba muy segura de que me hubiera ido bien.

Elliot hizo una mueca.

—Bueno, ya sabes lo que dicen —dijo alzando su vaso—, desafortunado en el estudio, afortunado en el amor.

— ¡Así no es el refrán! —le gritó Melissa.

—Da igual, Mel —replicó él—, lo importante es que aquí es que el amor fluye.

Helena finalmente se había conseguido una presa, un chico de unos 26 años que estaba a punto de graduarse. Paul. Ese tipo era realmente para ella, puesto que los dos disfrutaban de pavonearse por el campus de la universidad mostrando a su pareja. Helena se colgó de su cuello y presionó los labios sobre los de él.

Miré a Julien.

—Habla por ti —dijo mi compañero de apartamento encogiéndose de hombros.

Elliot se apartó un poco de flequillo de la frente y miró a Julien.

—No te pongas dramático, cuñadito, tienes que dejarla ir.

Nunca había visto a Julien ponerse realmente tenso, bajó la mirada por unos segundos y se llevó una mano a la frente. Quería preguntarle si estaba bien, pero algo me decía que no era un buen momento. Melissa le dio a Elliot con el codo en el estomago y luego le pidió disculpas a su hermano.

Julien se levantó de improviso, y salió caminando hacia uno de los lagos. No estaba segura de seguirlo, y Melissa me lo confirmó.

—Que nadie vaya por él —dijo.

— ¿Está bien? —pregunté.

Helena y Paul seguían a los besos, regalándonos un espectáculo digno de ser olvidado para siempre. Ninguno de los dos parecía haberse percatado de lo que sucedía.

—Todos tenemos algo de lo que nos arrepentimos, Katia. Julien no está ajeno a eso.

—No creí que pudiera afectarle todavía —dijo Elliot—. Quiero decir, de esta manera.

Mel rodó los ojos y le pegó a su novio una palmada en la cabeza.

— ¿Tú qué harías si yo me suicidara? —Se le escapó a Melissa. Rápidamente se tapó la boca con la palma de la mano, pero era demasiado tarde, ya lo habíamos oído.

Sus palabras me aturdieron. Por Dios Santo, no podía creer lo que estaba oyendo. Ella había dicho claramente que alguien se había suicidado, alguien que Julien

amaba. Y siguiendo lo que Mel intentó decirle a Elliot, podría tratarse de la exnovia de Julien.

¿Cómo un chico así como él, que siempre se veía feliz, poder llevar tal dolor en el corazón?

La tarde grupal acabó allí. Helena ya se había marchado con su perro faldero y Melissa y Elliot también habían decidido irse a casa. Solo quedábamos Julien y yo, bueno, solo yo, porque no lo encontraba por ninguna parte. No obstante, el Golf seguía estacionado en el mismo lugar en donde lo habíamos dejado horas antes.

Encontré a Julien sentado en la orilla oeste del Lago Serpentine, solo y con la cabeza escondida entre las rodillas. El día recién comenzaba a caer. Me dejé caer a su lado y él levantó la vista, había estado llorando.

—Pensé que necesitarías hablar con alguien.

Frunció el cejo.

— ¿Lo sabes?

Asentí.

—Melissa —dijo él y volví a asentir—. No me sorprende.

Me mordí el labio, no me gustaba para nada la expresión en su rostro, así que por primera vez dejé fuera de esto mi problema con Ryder y lo escuché.

—Se llamaba Diana, habíamos ido toda la secundaria juntos pero comenzamos a salir unos meses antes de que empezara mi primer trimestre en la universidad —dijo, y sus palabras se oyeron tan cargadas de tristeza—. Realmente la amaba y ni siquiera aún puedo comprender cómo pude ser tan ciego. Diana era tan cerrada, nunca contaba nada, no me dejaba ir a su casa ni le gustaba hablar de su familia. Pero a mí eso nunca me preocupó porque pensaba que así éramos felices —una lágrima escapó de su ojo y él la atrapó antes de que rodara por su mejilla—. Si hubiera sabido de todo lo que sucedía a su alrededor, nunca hubiera descuidado como lo hice.

Apoyé una mano en su hombro.

—No es tu culpa si ella no quería o no podía contarte lo que le sucedía.

—Claro que lo fue, yo comencé a preocuparme por aprobar los exámenes y la dejé de lado —replicó—. Tenía que haberme dado cuenta que ella necesitaba mi apoyo, que tenía que salir de esa casa antes de que algo malo sucediera.

»Nadie tiene idea de lo que es lidiar con eso cada noche. Así como yo no tenía idea del maltrato psicológico que Diana sufría en casa. Si solo hubiese preguntado más, indagado más en su vida. Fui tan ciego.

— ¿Quién era capaz de hacerle algo tan cruel a una muchacha de esa edad?

—Tendría que haberlo asesinado con mis propias... —su voz se rompió antes de acabar la frase.

— ¿A quién?

—Al padrastro. El muy bastardo solo se encargaba de humillarla y yo fui tan malditamente ciego, Katia —se inclinó un poco hacia mí y lo abracé. Ese fue el detonante para que rompiera en llanto—. Dos años estuvimos juntos y nunca advertí nada.

—Hay gente que sabe guardarse sus cosas muy bien —intenté consolarlo.

—Creí que estábamos bien, ella siempre sonreía, la pasábamos estupendo juntos. Hasta que un día simplemente dejó de llamar, dejó de encontrarse conmigo en la universidad —tomó aire y continuó—. El primer día no me preocupé, el segundo tampoco. Y justo al cuarto día, cuando realmente comencé a preocuparme, recibí una carta en la puerta de mi apartamento. De hecho eran dos: la primera era una pequeña nota de su hermana. Decía que Diana se había ahorcado en el garaje de su casa...

»En ese momento mi mundo se derrumbó por completo, se puso negro. Su hermana había escrito que se había arriesgado mucho a traerla porque no quería ser vista por su padrastro, y solo lo entendí cuando leí la carta de Diana. Las confesiones del maltrato, tanto psicológico como físico a ella y a sus hermanas. Y pensé, si era demasiado para mí leerlo, ella debió de haber sufrido mucho.

Nos separamos y volvimos a sentarnos mirando hacia el lago.

—No sé qué decir —confesé, ¿qué podía decir para aliviar su dolor?

—No te preocupes, aún duele un poco, sí. Pero el tiempo ha ayudado. Sé que Diana está en un buen lugar ahora. Estoy seguro que Dios entendió sus razones y la perdonó por haber hecho lo que hizo.

—Segura que sí, Dios es misericordioso, Julien.

— ¿Sabes? —dijo con una pequeña sonrisa—, a veces me la recuerdas. Tenía un carácter un poco complicado, pero eso era lo que más amaba de ella. Diana podía ser una chica desafiante, solo que la vulnerabilidad que era su madre y sus dos hermanas la consumieron. No podía defenderlas todo el tiempo de ese monstruo sin ser el objetivo de sus contraataques. Él la destruyó, estoy seguro de que fue ese miserable el que le impedía contarme lo que sucedía.

— ¿Cómo sabes eso?

—Porque en la carta ella me pidió que no contara nada, especialmente a mi tío Charles, que es oficial de policía.

— ¿Y lo hiciste?

—A pesar de que lo pidió, lo hice, no podía dejar que algo así volviese a repetirse.

— ¿Y qué sucedió?

—Luego de que las tres mujeres declararan los maltratos que habían recibido por parte de ese animal, mi tío se encargó de que se le atribuyeran los cargos por el suicidio de Diana. Está en prisión desde entonces.

«El miedo» susurró mi mente, por eso él había hablado del miedo de esa manera.

— ¿Aún la extrañas?

—Mucho, pero quiero recordarla por como era en realidad. Ella siempre decía que cuando estábamos juntos podía ser ella misma, y si eso era verdad, quiero recordarla así. A diferencia de lo que Elliot cree, la he dejado ir hace mucho tiempo, lo que no significa que a veces no la extrañe.

Decidimos volver al apartamento porque estaba comenzando a hacer frío. Julien me pidió que no le contara nada de lo que habíamos hablado a nadie. Nunca podría haber hecho algo así.

Durante la cena me contó algunas cosas muy bonitas acerca de Diane que me hicieron acordar a Ryder y a mí, solo que el sentimiento de ellos era mutuo.

Hubiera deseado conocerla.

—Por eso tienes que oírme cuando te digo que debes pelear por él si lo amas. Para mí fue muy tarde, Katia, y no me gustaría que alguien por quien tengo un bonito sentimiento sufra sin necesidad.

Le di un abrazo.

—Eres un chico muy bueno, Julien. Tienes un corazón tan grande.

—Hago lo que puedo.

—Lo digo en serio. Tú dices que tienes sentimientos por mí, cualquier sujeto en tu lugar hubiese aprovechado la oportunidad.

Julien sonrió.

—Es que quiero que seas feliz. Si la vida de Diana hubiera sido normal, y ella me hubiese confesado que amaba a alguien más, habría querido que fuera feliz también, ¿no es lo correcto?

—En ti lo es —dije.

Mi móvil sonó. Número desconocido.

— ¿Desconocido? —preguntó Julien. Tal vez podía ser Ryder llamando desde otro móvil que no fuera el suyo.

Pulsé el botón verde.

— ¿Diga?

— ¿Katia Green? —dijo una voz ronca de mujer.

El corazón se me aceleró sin razón aparente.

—Sí.

—Me llamo Britanie, y necesito hablar contigo.

Britanie. La mujer que se había acostado con Ryder. De pronto las lágrimas comenzaron a fluir.

—Eres tú —mascullé—. ¿Por qué demonios haces esto? ¡No vuelvas a llamarme, zorra!

Y antes de que pudiera colgar ella dijo:

— ¡No me cortes, por favor! —no lo hice—. Tienes que ayudar a Ryder, está en peligro.

MI DULCE DESTRUCCION

Miré a Julien con los ojos bien abiertos, finalmente las cosas comenzaban a destaparse, y esto tenía que ver con Bruno Prime.

ISABELLE BELLMER

Capítulo 24

Britanie

Me sequé las lágrimas.

— ¿Qué quieres decir con que está en peligro? — pregunté, al borde del pánico.

— No podemos hablar esto por teléfono.

— Mira, te conviene que esto no sea una broma para burlarte de mí.

Del otro lado de la línea se oyó una voz de hombre, pero no era la de Ryder, ya que esta era tan ronca como la de la mujer.

— Niña, a ver si me escuchas y dejas de divagar. Necesitamos hablar mañana a primera hora, ¿está bien?

— ¿Ryder sabe algo de esto?

— ¡No, y no le digas nada! Si él llega a enterarse de esto, todo va a salir mal.

Miré a Julien, quien estaba casi pegado a mi móvil.

— ¿Cómo que no lo sabe? Es él el que está en peligro.

— Rex...

— Ryder — repliqué.

— Ryder le debía cinco carreras a Bruno, ha ganado las primeras cuatro, pero Bruno sabe que si Ryder no gana tampoco podrá obtener las ganancias. Hay mucho dinero en juego, mañana es la noche crucial y Bruno necesita ese dinero a como de lugar.

— ¿Y qué tengo que ver yo en esto?

— ¿Nunca has oído hablar de la plataforma?

— No.

— Entonces mañana reúnete conmigo.

Dudé, ¿y si nada de esto era real?

— Por favor — pidió ella.

— Está bien — no solo lo hice por Ryder, sino porque necesitaba ver el rostro de la mujer que me lo había arrebatado.

A la mañana siguiente Julien y yo fuimos a la universidad más temprano que de costumbre, aún no había amanecido del todo, puesto que el invierno se acercaba y las noches comenzaban a alargarse. A esa hora no había muchos alumnos, solo algunos que otros que estaban desde temprano para sus finales intermedios.

Hacía mucho frío.

Nos quedamos cerca de la entrada principal hasta que oímos aquella voz femenina seguida del ruido de tacones. Ambos nos dimos vuelta. La mujer no era precisamente lo que esperaba, ni siquiera podía imaginar cómo Ryder pudo haber

estado con ella. Era alta, morena y de ojos café. Iba vestida con unos jeans negros y una chaqueta larga de cuero color suela. No voy a mentir, era bonita, pero sus años de hermosura parecían haberla abandonado.

— ¿Katia? —preguntó y asentí, cruzada de brazos y con el cejo fruncido.

Por ella, por ella Ryder me había engañado. Julien me tomó del brazo, él intuía que podía perder la cabeza si llegaba a soltarme.

— ¡Eres idéntica a su descripción! —exclamó sorprendida—. No mintió cuando dijo que tenías la belleza de un ángel.

¿Ryder había dicho eso de mí?

— ¡Para con esto! —le espeté dando un paso hacia ella, y como mi amigo me sostenía no podía avanzar más—. No necesito que venga con sus mentiras, ha ganado, ya tiene a Ryder, ¿qué más busca?

— ¿Que ya lo tengo?, ¿a qué te refieres, cariño? —y su tono de voz me hizo acordar al de mi madre.

La miré por unos instantes sin decir nada. Parte de mí quería arrojarse sobre ella, golpearla, lastimarla, por ser tan hipócrita.

— ¿Está mintiéndome en mi cara? ¡Yo vi el labial en la camisa! —Oh, no. Las lágrimas comenzaban amenazar con salir, sentía como surgían desde mi pecho.

Ella contuvo la risa.

—No puedo creer que esa falacia haya funcionado, nena. Vaya, Rex es todo un artista cuando quiere.

— ¡Deje de llamarlo así! ¡Y dígame de una maldita vez qué es lo que está sucediendo!

—Katia, cálmate un poco —pidió Julien.

—Y ese eres tú, el chico al que la ha arrojado —dijo ella con un dejo de pena en su voz—. Realmente lo hizo.

Britanie sacudió la cabeza y me miró con una expresión de piedad en sus ojos oscuros.

— ¿De qué está hablando? —preguntó él.

—Chicos, creo que debemos ponernos cómodos. Hay que hablar de muchas cosas.

Había un café en la esquina de la universidad que estaba abierto las 24 horas, así que nos trasladamos allí.

Aún no estaba muy segura de a qué atenerme, pues ya me encontraba demasiado perdida y aturdida. Britanie nos contó qué había sucedido la tarde en que Ryder me dejó en el Starbucks, pero antes nos explicó cómo había conocido ella y su esposo lo habían conocido. Resulta que ella conoció a Ryder cuando él comenzó a correr en Calle Inter para Bruno Prime, hacia casi cinco años. Otros de los apostadores grandes de Calle Inter lo querían ya que Ryder no solo era uno de los mejores, sino también porque había sido profesional, y eso, en un lugar como aquel

era como un boleto a la gloria. Estaba de más decir que las apuestas siempre apuntarían a Ryder, trayéndole enormes ganancias a Bruno.

—Rex... —la miré con el entrecejo fruncido, no me gustaba para nada ese seudónimo—. Lo siento, cariño, solo sé llamarlo así.

Dejé escapar el aire y bebí un poco de café.

—Rex era un jovencito de 19 años que meses atrás había perdido a su padre, Katia. Necesitaba sentir que podía seguir, y que todo por lo que había luchado junto a su padre valía la pena. Necesitaba la contención que su madre nunca le dio, que por lo que tengo entendido, porque era una perra.

La madre de Ryder, él nunca había hablado de ella.

— ¿Ella está viva? Nunca me contó nada, aunque confieso que tampoco me percaté de preguntarle.

—Creo que sí, pero me parece que no vive en Londres. ¿Sabes?, es extraño ahora que lo pienso, oí que ella abandonó la ciudad casi al tiempo que Rex dejó de ir a Calle Inter.

— ¿Por qué decidió dejarlo todo si amaba el drift?

—Honestamente no lo sé, siempre fue muy reservado acerca de porqué se alejó. Fue como una especie de exilio. Ahora volviendo a lo anterior —se detuvo e intentó recordar por dónde se había quedado—. Sí. Técnicamente Rex no tuvo más opción que trabajar con Bruno, aunque no hubiera querido. Él lo llevó allí, a él le pertenecía.

— ¿Y tu esposo y tú eran amigos de Ryder? —preguntó Julien.

—Quiero a Rex como si fuera mi hijo, y mi esposo Jay también. Ha sido un gran apoyo cuando no teníamos nada. Jay era corredor, pero sufrió un accidente que le impidió volver a las carreras; y parte del dinero que Rex ganaba solía ofrecérsela. Le debemos tanto, aún hoy.

— ¿Qué quieres decir? —dije.

—Tengo un niño pequeño, tiene 8 años —Britanie apretó los labios como si estuviera conteniendo las lágrimas—. Bruno me amenazó. Sabía que haciéndolo Rex correría. Por eso aquel sábado estuve intentando contactarlo por todos los medios. Lo que pasó después...juro que si sabía lo deprimido que estaba nunca lo hubiera llamado.

— ¿Deprimido?

—Decía que había cometido un error.

— ¿Cómo?

—Sus palabras exactas fueron: "la amo, pero no puedo estar con ella. Si lo sabe se marchará. Fue un error que nos hayamos enamorado". No sé qué fue lo que te dijo, pero puedo imaginarlo. Un chico que pide una camisa prestada y la mancha con labial solo busca que su novia lo deje.

La cabeza se me llenó de dudas. Ryder estaba muy equivocado, yo lo amaba, nunca me marcharía si él me lo pidiese.

—Entonces, ¿nunca te has acostado con él?

Ella me miró con los ojos bien abiertos como si no pudiera concebir la idea.

—Claro que no, puedo ser cualquier cosa, pero nunca dormiría con un muchacho al que doblo en edad.

— ¡Cada vez entiendo menos! —dije frustrada.

Britanie se encogió de hombros.

—Desearía ayudarte con eso, cariño —dijo ella—, pero no sé qué es lo que sucede. Rex siempre ha sido tan seguro de sí mismo que me extrañó su posición. Lo que sí es seguro es que ese chico está enamorado de ti. Solo que al parecer hay algo que lo está deteniendo.

—Él me quiere... —se me escapó.

—Te lo dije —comentó Julien con una sonrisa.

—Y ahora está en peligro —murmuré—. ¿Qué sucede con eso?

Ella se inclinó hacia mí.

—Bruno debe dinero. Enormes cantidades, y la única manera de conseguirlo es esta noche. Hoy es crucial porque según mi esposo, llegarán corredores y apostadores de distintas partes de Europa, lo que significa que el ganador recaudará el cuádruple de que lo habitual. Bruno tiene un sobrino que también correrá, pero por alguna razón no confía en él.

— ¿Y qué tengo que ver yo en esto?

—Él intuye que Rex siente algo por ti, o por lo menos cree que te aprecia.

Me aprecia...

— ¿Entonces?

—Eres su garantía. Rex correrá, eso es seguro, pero nada le garantiza a Bruno que vaya a ganar.

—Me parece que me estoy perdiendo —dijo Julien.

Había pasado más de una hora desde habíamos entrado al café, y a esa hora ya comenzaba a entrar más gente. Sobre todo estudiantes.

—Tienes que participar en la plataforma. Cuando mi esposo tuvo ese accidente yo comencé a participar. Siempre era seguro que Rex ganara. El ganador se lleva a una de las tres chicas que participa, solo que con él teníamos un acuerdo que extrañamente me beneficiaba más a mí. Él ganaba las carreras y todos creían que era para estar juntos, pero no, Rex solo se encargaba de que no fuera a caer en manos equivocadas. —Respiró profundo—. Decía que era como su madre, y que no dejaría que la necesidad que estábamos pasando con mi esposo me llevara a hacer cosas que no quería. Me ha salvado de terminar como una más de esas putas, con perdón de la palabra.

Me tapé la boca. Esa era la razón por la que Bruno le decía a Ryder que le gustaba esta mujer, porque a la vista de muchos parecían tener una relación. Incluso aunque ella estuviera casada.

— ¿Quieres decir que muchas de esas mujeres solo van para obtener dinero por una noche?

Había una sola palabra para ello, prostitución. Y me revolvió el estómago.

—La mayoría sí. Algunas intentan cazar a algún corredor y así asegurarse algo más de dinero.

—Espere —la detuvo Julien—. Lo que intenta decir es que Katia deber ir a ese lugar y participar, ¿está loca? Nada nos asegura que Ryder vaya a ganar.

—Lo sé, pero ese es el punto. Si ella está, él se esforzará en ganar. Y me da rabia de solo imaginarlo, pero si ella no asiste, Bruno nos amenazó con que esa sería su última carrera.

— ¿Qué?

Britanie nos lanzó una mirada suplicante. Yo tragué saliva, no imaginaba una vida en la que no estuviera Ryder.

—Dijo que los accidentes pasan seguido en lugares como ese, yo lo sé muy bien.

— ¿Sería capaz de hacerlo? —pregunté.

—Mi esposo se salvó de milagro, Katia.

— ¿Sabes si él ha amenazado a Ryder alguna vez?

— ¿Bruno? Es estúpido, pero no para tanto. Ya sé porqué lo dices, crees que su distanciamiento pueda estar relacionado con él, ¿verdad?

—Asentí.

—Lo dudo, cariño. No estoy segura de que sepa sus verdaderos sentimientos hacia ti. Él solo dijo que notó lo que tú sentías por Rex, y que ibas a ser tú la que impulsara su victoria. Sea lo que fuera, creo que su preocupación excede a Calle Inter.

Cerré los ojos.

—Dios, no sé si podré hacer algo así, me sentiré tan baja.

—Si Rex gana, y sé que lo hará, no tendrás de qué preocuparte, cariño. Te elegirá a ti y todo habrá acabado esta misma noche.

Suspiré. Era mi dignidad o su vida.

— ¿Y si no gana?

Ella sonrió.

—Es Rex, Katia. Rex nunca pierde una carrera.

Capítulo 25

La plataforma

Cerré los ojos con la intención de dormir un poco pero me fue imposible. Asimilar todo lo que estaba sucediendo fue demasiado abrumador. Sin embargo estaba dispuesta a seguir, por él. Ryder me amaba, y eso le daba un nuevo giro a todo. Solo faltaba una pieza en el rompecabezas, comprender porqué intentaba alejarse. Britanie había dicho que era casi imposible que Bruno amenazara directamente a Ryder conmigo. Pero si amenazó a su pequeño hijo, ¿por qué no habría de hacerlo también con nosotros? Entonces ella respondió que Bruno no sabía que Ryder estaba al tanto de la amenaza, ya que como le había pedido a Britanie que lo convenciera a cambio de la seguridad de su hijo (y sin que le dijera nada) la situación había quedado como si Ryder hubiera decidido ir a Calle Inter por su propia iniciativa.

— ¿Tienes miedo? —preguntó Julien. Nos encontrábamos en el living ahora, luego de que mi intento por dormir al menos una hora fallara.

—Para ser honesta, no lo sé. Tengo una mezcla de sentimientos aquí —dije señalándome el vientre—, pero no están muy claros. Tal vez sea un poco de todo, ¿tú qué opinas?

—Me parece una locura, pero ¿acaso el amor no es loco?

—Lo es —dije recordando aquellos ojos azules que tanto echaba de menos. Solo faltaban un par de horas para que fuéramos a Calle Inter—. No sabes cómo lo extraño.

Julien sonrió y pasó su brazo por detrás de mis hombros para estrecharme hacia él.

—Claro que lo sé, Katia. Te he estado observando estas dos semanas, te veías miserable, sin ofender.

Lancé una carcajada.

—Me sentía muy miserable, pero Ry me quiere, y yo haría lo que fuera por él.

—Y vas a demostrarlo esta noche, tenemos que confiar.

Me mordí el labio.

Había pasado todo el día pensando en que lo volvería a ver que no pensé en qué podía suceder si Ryder perdía aquella carrera. Caer en las manos de alguien desconocido que podría intentar aprovecharse de mí no era una opción para mí.

—Confío en él, pero a la vez me preocupa que las cosas no salgan como se han planeado. Si Ryder no gana...

—Oye, no. Él ganará, debemos que tener fe ciega. Y como Britanie te dijo, todo habrá terminado esta noche.

Me quedé allí recostada por lo menos una hora más mientras Julien improvisaba algo para comer. Tenía el estómago cerrado por los nervios, pero él insistió, de modo que no pude negarme.

El tiempo voló y cuando menos me lo esperé, ya estábamos a unos cuántos kilómetros de Calle Inter.

Lo primero que vimos al acercarnos fue aquel cartel que yo recordaba de la vez que fui con Ryder, pero ahora lucía diferente puesto que cada una de las letras que formaban "Calle Inter: Drift", eran tubos de luces de neon rojos y azules.

A medida que nos adentrábamos por la entrada principal, el ruido de gente gritando, rugido de motores y la música se hacían cada vez más audibles. Julien estaba fascinado con lo que veía, y debo admitir que yo también. El lugar se veía completamente diferente a como lo recordaba, con luces de colores por todos lados, iluminación dentro de los viejos edificios y decenas de automóviles estacionados por todos lados. La luna, en lo alto, le regalaba al lugar un resplandor color plata.

—Será mejor que nos estacionemos por aquí —sugirió Julien—, es la primera vez que me da vergüenza mi pequeño Golf.

Contuve la risa, él tenía razón. Desde la entrada al lugar nos habían estado observando, y acercarnos más iba a lograr solo que fuéramos objeto de burla por el auto de Julien, el cual era evidente que no encajaba con el resto de los vehículos lógicamente preparados para ese tipo de carreras.

Recordaba la pista como un camino serpenteante rodeado de edificios y columnas altas, con flechas que marcaban el recorrido y estrechos pasadizos por donde parecía solo caber un auto. Ryder era profesional, pero de solo pensar en que algo podía salir mal, se me ponían los pelos de punta.

Un brillante coche rosa llamó mi atención a la derecha. Sobre el capó estaba sentada una chica vestida con minifalda, un top y zapatos de tacón. A su alrededor, un grupo de hombres parecían estar a punto de saltarle encima. Sacudí la cabeza, admitir que Calle Inter era impresionante en cuanto a su dimensión y a su apariencia era una cosa. Pero no estaba de acuerdo con la vida que parecían llevar esas mujeres. Definitivamente nada de ese mundo encajaba conmigo, excepto Ryder.

Julien me tomó de la mano para no separarnos. De fondo, en todo el lugar y siendo propagado por altoparlantes ubicados en diferentes sitios, sonaba *There it go*, de Juelz Santana.

—Britanie tuvo razón cuando dijo que hoy estaría atestado —dijo.

—Creo que estoy temblando, y no solo por el frío.

Seguimos avanzando entre el tumulto de autos, mujeres ligeras de ropa- aunque yo no estaba en posición de cuestionar por cómo iba vestida-, humo y olor a gasolina y a caucho quemado.

Todo iba bien hasta que llegamos al centro. Vi el auto de Ryder, el Mitsubishi Lancer Evolution azul como sus ojos zafiro antes de verlo siquiera a él. Pero si el Lancer estaba allí, siendo admirado por algunos fanáticos, Ryder también debería estar cerca. Y estaba en lo cierto.

El corazón se me desbocó dolorosamente al verlo apoyado sobre uno de los laterales del capó, con los tobillos y las manos en los bolsillos de los jeans. Estaba serio, o concentrado, no lograba distinguirlo desde la distancia de diez metros que nos separaba. Las manos comenzaron a sudarme, a pesar del frío. Y las piernas; enfundadas en largas botas bucaneras de cuero que eran de Britanie, se me volvieron de gelatina. Era impresionante y hasta sorprendente cómo mi cuerpo reaccionaba al verlo; como si fuera la primera vez que lo veía y estuviera ansioso por tenerlo cerca y sentir su calor.

Britanie y un hombre de unos cuarenta años, bastante guapo, se aproximaron hacia nosotros. A ella ya la había visto en la tarde cuando se ofreció a conseguirme ropa acorde a la ocasión, pero a su marido no lo conocía.

—Ha estado con esa cara desde que llegó —dijo ella observándolo—, parece preocupado por algo.

— ¿Será que sabe que vine?

—No, lo dudo.

—Mejor así. —Me giré hacia mi amigo—. Escucha Julien, quédate aquí con ellos. Esto tengo que hacerlo sola, ¿sí?

—Claro que sí —respondió con una sonrisa.

Continué avanzando algunos metros desde el lado que Ryder no podía verme. Su silueta se veía recortada por las luces. Respiré profundo y me sequé las palmas. El pulso se me disparó y un calor repentino se expandió apoderándose de todo mi cuerpo. Nunca pensé que acercarme a él iba a ser así de complicado.

Un sujeto estaba hablando con él, pero enseguida desvió la mirada en cuanto me acerqué.

— ¿Ryder? —Lo llamé, intentando que mi voz sonara firme pero relajada. Pasaron unos cuantos segundos antes de que se girara hacia mí, y cuando lo hizo, el corazón me dio un vuelco. Lo único que nos separaba ahora el Lancer.

Su cuerpo se veía recortado por las múltiples luces a su alrededor.

Dejé escapar el aire. Sabía muy bien qué reacción esperar de él al verme allí: enojo. Pero no creí que fuera a ofuscarse tanto como su rostro tenso delataba. Abrió bien sus ojos, quizá comprobando que realmente era yo.

— ¿Qué estás haciendo aquí? —dijo él con una mirada cargada de contrariedad.

Tragué saliva. Ryder comenzó a rodear la parte frontal del Lancer hasta llegar a ponerse entre el coche y yo. Me mantuve erguida, aunque probablemente lo que más me costaba era contenerme y no besarlo.

—Vine por ti.

Me miró de los pies a la cabeza, lentamente, hasta que sus ojos brillantes se clavaron en los míos. La tensión se podía cortar con navaja. Sin mirar a nuestro alrededor fui consciente de que algunas personas nos estaban observando. Tal vez no a mí, sino a él, a Rex.

—Vete a casa ahora mismo —masculló inclinándose hacia mí. Dios, no iba a poder aguantar la cercanía—. Este sitio es peligroso para alguien como tú.

Sacudí la cabeza al tiempo que él giraba la visera de la gorra hacia atrás.

— ¿Para alguien como yo? Escúchame —dije poniendo mi dedo índice sobre su pecho y acercando mi boca a la suya—. No puedes decirme qué hacer, Ryder, no eres mi dueño.

Ryder suspiró y el brillo de sus ojos azules se intensificó.

—Entonces te lo voy a dejar más en claro: no te quiero aquí, nena —aseguró alzando las comisuras de sus labios.

Esta vez sus palabras no dolían, porque la seguridad que tenía acerca de su amor por mí iba más allá de todo cuanto pudiera decir. Así que le sonreí.

—Vine a participar en la plataforma —solté y su sonrisa se borró de golpe.

—No puedes, Katia —replicó fieramente.

Y allí terminó mi actuación. Tenía que decirle la verdad.

—Ry, Bruno amenazó con hacerte daño si no venía. Dijo que yo era la garantía para que ganes.

Ryder cerró los ojos con fuerza y apretó la mandíbula. Conocía muy bien las expresiones de su rostro, y ésta decía claramente que estaba furioso. Él odiaba que no le dijeran las cosas, pues siempre necesitaba saber que podía corregir todo lo que sucedía a su alrededor.

—No puedo creer que esto esté sucediendo —masculló y se volvió hacia mí apoyando sus manos en mis hombros—. Tienes que irte, Katia, ¡ahora! No quiero que seas parte de esto, es enserio.

Negué con la cabeza.

—Ni lo pienses, no voy a dejarte aquí.

— ¡No hay garantía de que gane, entiéndelo de una maldita vez!

—No todos pueden equivocarse cuando dicen que Rex nunca ha perdido una carrera.

Ryder parpadeó.

— ¿Cómo me llamaste?

—Ellos te dicen Rex, ¿no?

Él asintió.

—Ry, acaba con esto de una vez. Te necesito, te he echado tanto de menos como sé que tú a mí.

Las lágrimas me quemaban los ojos, pero ese no era un momento para llorar.

Él bajó la mirada.

—No tengo asegurada la victoria, Katia.

—A ver si esto te hace cambiar de opinión —murmuré, y antes de que alzara la cabeza, tomé su rostro entre mis manos y lo besé como había estado anhelando desde hacia dos semanas.

El estómago me burbujeó.

Al principio solo presioné mis labios sobre los suyos esperando su reacción, que no tardó en llegar. El beso lento se convirtió algo más desesperado. Ambos lo deseábamos con tanta fuerza que olvidamos dónde nos encontrábamos.

Oímos un par de silbidos y griterío, lo que provocó que me ruborizara. Ryder se rió sobre mi boca. Es que aquellos besos más el juego no dejaban nada a la imaginación. Y mucho menos la ropa que Britanie me había hecho poner.

Se separó un segundo para respirar pero sus labios volvieron a moverse furiosamente sobre los míos al momento siguiente. Mis manos se deslizaron entre su cabello y Ryder cernió su brazo sobre mi cintura descubierta, se giró sobre el auto y me subió sobre el capó sin dejar de besarme. El corazón me brincaba bruscamente. Sentía que nunca podría dejar de besarlo. Rodeé su cintura con mis piernas y gemí con la presión de su cuerpo.

—Creo que vas a arrepentirte de esto —murmuró entre besos.

Lo detuve un segundo.

—Jamás. Te amo más que a nada, Ryder, nunca me arrepentiré de este sentimiento.

—Es una locura.

—Y tú eres mi locura favorita.

—Eres imposible de convencer, Katia.

—Sí, sobre todo si intentas alejarme de ti. Ry, perdóname por todas las veces que te dije que no era tuya. Soy tuya y tú eres mío. Por favor, no vuelvas a dejarme nunca más.

Ryder me soltó de improviso y presionó su frente contra la mía en cuanto una sirena se hizo audible sobre todos los ruidos de Calle Inter. Su cuerpo se tensó.

— ¿Qué sucede? —pregunté.

—Ha comenzado.

Me bajé del capó y Ryder me tomó de la mano.

— ¡Atención, atención! —dijo la voz del alto parlante que me sonaba extrañamente familiar—. Esta es una noche muy particular para Calle Inter, así que algunas reglas de la casa han cambiado.

Los presentes comenzaron a abuchear y a gritar insultos, pero luego la voz añadió que eran cambios beneficiosos.

— ¿A qué se refiere, Ry?

—No lo sé, pero no me gusta nada.

— ¡Damas y caballeros, las apuestas sobre nuestras señoritas han cambiado! Lo que hará las cosas jodidamente interesantes esta noche.

Esa voz.

—Bruno —masculló Ryder como si oyera mis pensamientos—. Sabía que esto tenía que ver contigo.

— ¡Hoy el ganador obtendrá a la señorita que más haya recaudado! A diferencia de lo normal, cuando decide a quién se lleva.

—Esto será una tortura —dijo Ryder exhalando.

— ¡Esta noche se han seleccionado tres señoritas! ¡Mikela Haig tu, una belleza asiática! —proclamó y de entre el público surgió una muchacha que no parecía superar los 18 años.

Esa niña me apenó a pesar de que tal vez estuviera allí por decisión propia.

Atisé que la plataforma, que no era más que un escenario decorado con luces de neon rojas, no estaba muy lejos de nosotros.

Ryder apretó mi mano.

— ¡Jenda Collins! —Los hombres comenzaron a silbar— ¡Sí, ustedes la conocen, toda una zorrilla! —anunció cuando la segunda subió. Era alta, rubia y estaba enfundada en un vestido elasticado blanco que le llegaba hasta por debajo del trasero. Era evidente que le gustaba estar allí.

— ¡Silencio! —gritó Bruno, no ubiqué desde dónde hablaba—. Ahora viene lo mejor de lo mejor. Nunca han visto una nena morenaza como esta —un grupo de sujetos borrachos comenzó a decir asquerosidades. Cerré los ojos y estuve a punto de entrar en pánico. Miré a Ryder, sus ojos estaban buscando a Bruno desesperadamente.

Alguien detuvo la música creando un suspenso aplastante para todos excepto para Ryder y para mí.

— ¡Siiii! —gritaban algunos.

— ¡¿Quieren saber más?!

— ¡Siiii!

—Nunca debiste haber venido —dijo Ryder.

—No es tiempo para lamentarse —erguí la espalda y respiré profundo.

—Creo que esto le va a interesar mucho a nuestros 10 corredores. No, esperen, solo a 9 —Ryder se tensó—. ¡Porque esta nena en particular le pertenece a alguien! —un par de sujetos, que tal vez fueran los corredores abuchearon—. ¡Lo siento, Rex! Creo que no eres lo suficientemente hombre para tu chica si se ha ofrecido al resto de los corredores sin más.

Tragué saliva. Me estaba dejando como una zorra.

Un cúmulo de personas se giró hacia nosotros. Todos conocían a Ryder, y luego de aquella demostración de besos, y ahora con esto, todos sabían quién era yo.

— ¡Uuuuuhhhh!

—Hijo de puta —gruñó Ryder y pateó una de las ruedas del Lancer.

— ¡A la plataforma, Katia!

Se oyeron más silbidos que para las otras participantes y supe cuál era el juego de Bruno. Todos querían ganarle a Ryder, todos querían lo que él tenía, fuera lo que fuese. Y él me tenía a mí. Bruno buscaba que todos apostasen por mí. Si lo hacían y Ryder ganaba, él tendría el dinero suficiente para pagar su deuda a costa nuestra.

— ¡Vamos, preciosa! —me apremió y todos rieron—. Ya es hora de que te liberen.

No sé si lo dijo porque Ryder aún me tomaba de la mano u otra cosa, solo sabía que ese infeliz no iba a pasarnos por encima. De una cosa estaba segura, nunca dejaría que humillara a Ryder. Así que ignorando al resto de los presentes que nos observaban, me volví hacia él y lo besé dejando en claro que tenerlo era más que suficiente.

—Te amo, Ryder —dije lo suficientemente alto como para que me oyeran—. Esto va por los dos, amor.

Ryder me devolvió el beso y me dejó ir. Estaba furioso y esa era la parte que más me atemorizaba. No me gustaba para nada la idea de que corriera en ese estado, pero teníamos que hacerlo si queríamos olvidarnos de esto para siempre.

— ¡Damas y caballeros, lancen sus apuestas!

Capítulo 26

Apuestas

No fue una sorpresa ganar en las apuestas, Bruno al parecer lo había planeado así. Tampoco fue una sorpresa que en el gran panel eléctrico apareciera primero "Rex", el seudónimo de Ryder. Aún después de no haber aparecido por mucho tiempo, los aficionados seguían confiando en que él podía ganar. Yo también lo creía, aunque muy poco entendía acerca del Drift.

Bruno no iba a aparecer hasta la carrera final, no después de haber encendido la furia en Ryder.

Éramos nosotros solos contra todos ellos, aunque la mayor parte estaba en manos de Ryder.

Cuando Ryder me soltó la mano para que fuera hacia la plataforma, las piernas me fallaron y por poco pierdo el equilibrio. Pero me mantuve firme, subí la pequeña escalera de metal bajo el griterío y me uní a las otras dos chicas a las que era evidente que no les caí muy bien. No me importaba. Luego de esa noche no pisaría más el suelo de ese lugar.

Todo estaba listo para lanzar la primera carrera de 10 corredores. Quedaban fuera 2 por carrera. De ella quedarían 8, luego 6, luego 2 y la última decidiría el ganador.

La primera carrera comenzaba a las 02.00 am en punto- ahora eran la 01.26-, ni un minuto más ni un minuto menos. Me llamó mucho la atención la forma en que estaba organizado todo, era tan estructurado. El lugar era como un enorme club nocturno. Siempre había imaginado a las carreras clandestinas como sitios feos y oscuros sin ninguna organización más que para la repartición de las ganancias. Pero Calle Inter era diferente, la zona fabril había sido restaurada, todo el sitio era muy moderno. Había muchas pistas en el lugar, yo creía que existía solo una, pero no. La que se utilizaría esa noche era la principal, delimitada por conos naranjas en algunas partes para que los corredores no se confundieran, y dentro de esa pista estaba el túnel curvo que me daba un poco de miedo.

Cuando las apuestas acabaron, los organizadores volvieron a poner música a tope, esta vez era un rap que nunca había oído. La gente comenzó a dispersarse y a formar pequeños grupos como al principio. A nosotras nos dejaron bajar de la plataforma con la advertencia de que nos quedáramos cerca del lugar. Allí no valía arrepentirse.

Había un sujeto que no apartaba la mirada de mí poniéndome incómoda. El esposo de Britanie dijo que no tenía de qué preocuparme, aquel era Tony, el

sobrino de Bruno. Tony, o Anthony, también correría esa noche. Y era más que evidente que estaba disfrutando las mentiras que había dicho su tío.

Durante el transcurso de la noche, la temperatura había ido descendiendo y la ropa que llevaba puesta, los shorts de jeans y la camiseta a tirantes roja no ayudaban en nada. Suerte que Britanie me había traído un abrigo largo. Lo primero que hice al bajar fue ir a buscar a Ryder, necesitaba verlo y saber que estaba tranquilo. Él debía saber que si algo le sucedía yo me volvería loca.

Me abrí paso rápidamente entre el círculo que rodeaba a Ryder, por no decir groseramente porque algunos se estaban propasando demasiado y no se los iba a permitir, y llegué hasta él.

Estaba muy furioso, podía percibirlo por la tensión en su rostro. Nunca lo había visto de esa manera. Le tomé la mano pero no reaccionó.

—Debes calmarte, Rex —dijo un chico que estaba a su lado, un chico moreno y bastante atractivo—. Tienes que correr con la cabeza fría.

El sujeto en cuestión le pasó su cigarrillo y Ryder le dio una calada. Me sorprendió verlo fumar, puesto que cuando vivíamos juntos nunca lo había hecho. De hecho, siempre lo había catalogado como un chico bastante sano que no tomaba más que cerveza, y muy escasamente.

Oí un chirrido proveniente del centro de la pista. Allí había dos autos, uno estaba en el centro y el otro marcaba un círculo de humo a su alrededor. Pero lo curioso es que el auto número dos giraba de costado, como si se estuviera deslizando.

—Danny, tu has visto lo que hizo. Juro por Dios que lo mataría sin sentir remordimiento alguno.

—Hazlo simple, gana y no le entregues el dinero —lo animó el tal Danny.

Ryder le dio la última calada al cigarrillo y lo arrojó al piso.

—No me importa el dinero.

— ¿Entonces por qué mierda corres?

—Porque no tengo otra jodida opción.

Danny frunció el cejo y me miró.

— ¿Y tú?

Me encogí de hombros y le expliqué porque estaba allí. Él se sorprendió que estuviera dispuesta a arriesgar mi dignidad por Ryder, allí la mayoría de las mujeres solían preocuparse por ellas mismas y por acabar bajo las sabanas de quien tuviera más dinero.

—Esa es la otra parte, Katia ni siquiera debería estar aquí. —Ryder me fulminó con la mirada, algo en él acababa de cambiar repentinamente, y estaba segura de que era por culpa de Bruno—. A propósito, ¿quién mierda te trajo?

— ¡Óyeme una cosa, a mí me hablas bien! —le espeté.

—Yo hablo como quiero.

—Yo mejor los dejo solos, chicos —dijo Danny y se fue.

— ¿Qué rayos te pasa, Ryder? Sé que estás enfadado pero tampoco tienes que tomártela conmigo.

— Todavía estoy tratando de que me entre en la cabeza por qué demonios estás aquí.

— ¡Deja de maldecir!

Miré a mí alrededor para comprobar quién nos estaba observando, había un grupo de chicas en una esquina, pero no parecían poder oír desde la distancia en la que se encontraban. El resto de la gente que minutos atrás estaba rodeando al Lancer y a Ryder se habían dispersado.

Se paró frente a mí e inclinó su rostro perturbado sobre el mío.

— Dime, Katia, ¿te gusta que todo el mundo crea que eres una zorra? Porque eso es lo que están diciendo, que no puedo contigo y que por eso estás buscando una presa nueva — abrí los ojos como dos platos, ¿acababa de oír bien? —. Eso es lo que está diciendo todo el mundo.

Me tragué las lágrimas.

— Eso es lo que realmente te importa, ¿verdad?, que piensen que no eres lo suficientemente hombre.

Ryder me miró, algo desencajado.

— Me importa lo que malditamente piensen de ti, ¡tú no eres como ellas!

— ¡¿Y qué hay si lo fuera?! ¿Me hubieras querido? — grité y estaba segura de que los que estaban cerca me oyeron. Ryder miró en varias direcciones antes de volver a enfocar su mirada ofuscada en mí.

— Baja la voz — masculló—. Estás mezclando las cosas.

— Yo creo que tú tienes un serio problema, Ryder. No imagino cómo te has vuelto tan errático estas últimas semanas.

— Mírame bien, Katia — dijo tomándome por los antebrazos—. Esto que ves es lo que hay, siempre he sido así.

Una lágrima cayó de mi ojo. Ya estaba por fluir el llanto incontenible.

— No mientas — repliqué, aún tenía esperanza en él, nunca la perdería—. Sigues diciendo este tipo de cosas para que me aleje de ti.

No discutió porque sabía que estaba en lo cierto. Le había dado al clavo.

— Tienes que decirme qué es lo que sucede, amor — dije apoyándome en su pecho y rompiendo su barrera de frialdad—. Ryder, confía en mí, por favor.

— Voy a romper tu corazón, Katia — confesó rodeándome con sus brazos lentamente—, y no te lo mereces.

— No quiero ser mala, Ry, pero ya lo has roto una vez y estoy aquí, contigo.

— Y eso fue solo el inicio — susurró.

— Si hablas en código nunca podré entenderte.

— Si eres como ella nunca lo entenderás, simplemente te irás dejándome solo.

«Su madre»

— ¿Qué es lo que sucedió para que se marchara, Ry? Sé lo que hizo tu madre.

Ryder se apartó de mí y me acunó el rostro entre sus manos. Sus ojos demostraban que se había calmado un poco, pero aún estaba algo tenso. No podía imaginar algo demasiado malo como para que una madre decidiera abandonar y romper el corazón de su hijo de esa manera.

—No quiero hablar de eso ahora, tal vez cuando acabe la carrera —dijo y presionó sus labios sobre mi frente—. Así, cuando lo sepas, sabrás qué hacer.

—Si estás pensando que algo, lo que sea, puede alejarme de ti estás muy equivocado. No sé qué se le habrá pasado por la cabeza a tu madre, pero yo nunca te dejaré ir.

Ryder sacudió la cabeza lentamente. Solo faltaban 15 minutos para el inicio de la primera carrera.

— ¡Hasta que al fin te encontré, Katia Green! —gritó Julien detrás de mí—. Puedes creer que me perdí, pero una de las chicas me ayudó a encontrarlos.

Sabía a ciencia cierta que en cuando Ryder lo viese volvería a ponerse furioso por sus celos, sin embargo, al parecer estaba enfadado por otra cosa.

—Hola, Ryder, o...Rex —dijo Julien algo agitado.

— ¡Sabía que tú estabas metido en todo esto! ¿Acaso no has escuchado nada de lo que te pedí?

— ¿Qué le has pedido? —pregunté, y ambos me ignoraron.

Ryder suspiró hondo, como si estuviera controlando su temperamento.

—Óyeme, tú no me advertiste nada de todo este mundo tuyo, ¿cómo rayos iba yo a saber que iba a pasar esto? —se quejó Julien.

— ¿De qué hablan? —insistí, pero nada, parecía invisible.

—Solo pedí que cuidaras de ella, idiota, ¿es tan difícil?

—Me dijiste también que la mantuviera alejada de ti, ¡y sí, es difícil! ¿Sabes porqué? Porque Katia te ama, pero al parecer no has tenido en cuenta eso.

Ryder dio un paso hacia delante para encarar a Julien pero me interpuse entre ellos. Dejó escapar el aire y retrocedió.

—Ustedes dos van a provocarme más dolores de cabeza de los ya que tengo —dijo llevándose una mano a la frente.

La sirena para ubicarse en los puestos sonó.

— ¡¿Nunca dejarás de ser tan dramático?! ¡Enfrenta tus miedos de una vez! —Ryder alzó la cabeza y lo fulminó con la mirada—. Vamos, Katia, Britanie nos está llamando.

Me acerqué a Ryder para besarlo, pero mantuvo su boca cerrada y sus ojos puestos en Julien. Lo único que me faltaba.

— ¡Oye, tú! —gritó Ryder al tiempo que nos marchábamos. Ya había metido medio cuerpo dentro del Lancer—. Hemos hablado de esto, pero más te vale que te

comportes, no quiero tener que amarrarte a la cola del Lancer y arrastrarte por toda la pista.

Definitivamente eso iba para Julien. Ryder terminó de meterse en el coche y este dio una pequeña sacudida al encenderse. Mi amigo rodó los ojos.

—Una amenaza extraña, déjame decirte —dijo.

—No le hagas caso, solo está enfadado. Solamente espero que todo ese lío que tiene en la cabeza no le juegue en contra.

—No, lo dudo.

Un sujeto pasó por mi lado y se acercó a mi oído, pero Julien lo apartó. Era Tony.

—Eres hermosa, gatita. Si te has cansado de Rex, esta noche gano y te llevo conmigo, ¿quieres? —dijo.

—Ni en sueños —le espeté.

Tony sonrió con lascivia.

—No dirás lo mismo cuando estés gritando en mi cama.

Tragué saliva. En ese momento, Jay, el esposo Britanie se interpuso entre nosotros. Él era mucho más grande que Tony, lo que agradecí. Britanie se puso a mi lado y pasó su brazo alrededor de mis hombros. Ellos dos me transmitían seguridad, seguramente era por eso que Ryder los apreciaba tanto.

—Más te vale que salgas pitando de aquí antes que te haga volar de una patada en el culo, ¿me captas, imbécil?

Tony alzó las palmas.

—Oye, cálmate hombre. Solo le estaba barajando a señorita las posibilidades que tiene esta noche.

— ¡Quisieras! —grité—. Ryder ganará esta noche, ¿por qué no miras a tú alrededor y vez que todos están con él?

Tony carcajeó.

—Me subestimas, preciosa.

— ¡Vete a la mierda, eres igual que arrogante que tu tío! —gruñó Britanie.

— ¿Entonces por qué te enamoraste de él en el pasado, Brit? —Ella miró a Jay y él sacudió la cabeza restándole importancia. Demasiada información—. Ahora bien —siguió Tony—. Cuenta la leyenda que Jay también estuvo a punto de ganar una vez, era como Rex. Lástima que tuvo ese pequeño accidente —se burló—. Esperemos que tu chico no corra con la misma suerte, gatita. No queremos dos inválidos.

Antes de que Jay lo tomara por la camiseta y lo impulsara hacia la pista gruñendo, me solté de Britanie y le propiné una bofetada que se acordaría por el resto de su vida. Luego se alejó, sin decir nada. Si volvía tendría que enfrentarse a Jay.

El ruido de los motores se intensificó, así como el humo y el olor a caucho quemado. Muchas personas se habían ido ubicando en diferentes lugares. Hasta

incluso se podía ver a los aficionados en las azoteas de las viejas fábricas, que como algunas no eran muy altas, la vista de allí seguramente resultaba privilegiada y segura.

El Lancer estaba cuarto desde el lado en donde nos encontrábamos con Britanie y Julien.

Una sirena un poco menos aguda pitó y los diez vehículos salieron literalmente volando, seguramente alcanzado unos 300 kilómetros por hora. Ryder iba a la cabeza ahora, era un destello azul que se movía dejando una estela de humo detrás de él. Tomó la prima curva realizando la misma acción que había hecho la tarde que vinimos aquí. El auto desaceleró solo un poco y comenzó a deslizarse de costado, casi en diagonal a la pista. En cuanto la curva acabó, el Lancer salió disparado hacia el túnel que me parecía aún más peligroso.

Los organizadores habían colocado cámaras dentro del lugar, puesto que cuando Ryder entró a toda velocidad, el enorme tablero que había estado mostrando el resultado de las apuestas, nos presentaba ahora cómo el Lancer seguía desliziéndose dentro de esa curva tan cerrada.

Se oía gente gritando «Rex» por todos lados. Más humo, más ruido, más ovaciones. Aquellas personas estaban disfrutando del espectáculo mientras yo me encontraba al borde del pánico. La mandíbula me temblaba. Bueno, no solo la mandíbula, el cuerpo entero.

El corazón me latía desenfrenado ante lo que estaba presenciando. No quería mirar, pero necesitaba seguir al auto de Ryder para saber que él continuaba en carrera e intacto.

El piso vibraba.

El Lancer salió raudo del túnel envuelto en una humareda que se fue disipando a medida que se acercaba a la recta final. Detrás de él surgieron cuatro autos más, a uno lo distinguí como el auto al que se había subido el sobrino de Bruno, y luego otros tres, pero ya era tarde. Ryder había ganado la primera carrera por una diferencia abismal respecto al resto de los corredores.

— ¡Esto es pan comido! — exclamó Jay cuando Ryder continuó en puesto número uno durante las primeras tres carreras. Julien me tomó de la mano y sonrió.

— Ya ves, Katia, no hay de qué preocuparse.

Yo le devolví una sonrisa entusiasmada. Ryder ganaría y todo habría valido la pena al final.

Sin embargo, mi corazón seguía acelerado. Hasta que el Lancer no se detuviera por última vez no estaría en calma.

Y luego de la tortura, solo quedaron dos autos: el Mitsubishi Lancer Evolution azul de Ryder y el, según Jay, el Subaru Impreza rojo de Tony, el sobrino de Bruno. El muy infeliz había logrado llegar después que Ry con una diferencia mínima. Los

organizadores ampliaron la pista para que la última carrera durara más. Ahora había más curvas, lo que significaba más peligro.

Los motores rugieron y los autos se sacudieron. El Lancer lanzó una especie de llama azul por el caño de escape, algo que nunca había visto y Jay me explicó que eso le servía para darle velocidad al vehículo. Tony también lo tenía, pero aún no lo había utilizado.

Cada minuto parecía eterno y mi esperanza sobre la victoria de Ryder se hacía cada vez más grande.

Los autos iban cabeza a cabeza. Tanto que no podías distinguir quién iba ganando. Ryder entró a la cabeza en la primera curva. Cerré los ojos. Todo iba a estar bien. El pulso me estaba matando. Otra curva, pista recta, el túnel.

—Lo va a hacer —dijo Jay—. Va a ganar, solo le queda recorrer la pista final.

El pecho se me llenó de repente orgullo, quería llorar de la emoción. Solo quedaban los kilómetros de la recta final. Tony encendió su turbo, si es que se dice así, e igualó a Ryder. No quedaba mucho, los autos iban casi pegados. Todo saldría bien.

— ¡Vamos, Ry! —grité histérica.

Faltaba poco, muy poco.

Ryder aceleró y Tony quedó unos centímetros rezagado. El suelo siguió temblando. La carrera se estaba haciendo eterna.

— ¡Va a ganar! ¡Va a ganar! —gritaba Britanie—. ¡Va...!

Oí la frenada antes de percatarme de lo que había sucedido. Los ojos se me llenaron de lágrimas en cuestión de segundos.

— ¿Por qué frenó? —pregunté.

Apreté los labios con fuerza.

—No puede ser —balbuceó Julien—. Acaba de perder.

—Se detuvo a propósito —añadió Jay, como si no pudiera comprender porque Ryder había hecho eso.

El Impreza atravesó la recta final mientras que el Lancer se quedó en donde Ryder lo había detenido.

—No, no, no, no —murmuré al borde del pánico. Las piernas me flaquearon y Julien tuvo que sostenerme para que no me cayera. Sentía una oleada de frío en todo el cuerpo. Ryder acababa de perder. Ryder acababa de romper el trato perdiendo a propósito y dejándome a merced de...

« No dirás lo mismo cuando estés gritando en mi cama»

Comencé a sollozar aferrada al hombro de Julien al tiempo que oía los alaridos de la gente enfurecida con Ryder.

Todo había acabado. Tony se cobraría la bofetada que le di.

Capítulo 27

Cristales y corazones rotos

«Esto no puede estar pasando. Esto no puede estar pasando. Esto no puede estar pasando», me repetí decenas de veces. No lograba asimilar qué había pasado por la cabeza de Ryder para detenerse a escasos metros del punto de llegada, aún cuando estaba a punto de ganar. Él técnicamente me había arrojado hacia una desgracia inminente. Pero no iba a permitirlo, lucharía con todas mis fuerzas si fuera necesario. Nadie en la vida me tocaría sin mi voluntad.

Por más que intenté, no podía detener el temblor de mi cuerpo. Me sentía asfixiada, al borde del pánico. Traté de respirar profundo pero el aire no llegaba a mis pulmones.

« ¿Por qué lo hiciste? »

Julien me envolvió más en sus brazos apretándome contra su pecho. Oí a Britanie gritar una serie de insultos hacia nadie en particular, y a Jay intentando tranquilizarla. La gente estaba consternada y enfadada. Todo era tensión.

En el momento en que Ryder se había detenido, el lugar había quedado en completo silencio salvo por el rugido del motor del Impreza de Tony llegando a la meta.

—Tranquila, Katia, ya veremos qué hacer —dijo Julien en tono conciliador mientras acariciaba mi cabello—. Prometo que no dejaré que se acerque a ti.

Las pocas personas que habían apostado por Tony corrieron a su alrededor para felicitarlo. Y en cuanto al Lancer, este no se movió ni por un segundo de dónde estaba detenido.

Britanie apareció detrás de mí y me frotó los brazos como si intentara darme calor.

Me volví hacia ella.

—Katia, lo siento tanto. Todo esto es mi culpa, yo nunca debí haberte involucrado en esta mierda. Estoy segura de que Rex...

Sacudí la cabeza frenéticamente y fruncí el cejo.

—No, no, Britanie, la culpa es mía —confesé—, ya debería de haberme dado por vencida con él —nuevas lágrimas comenzaban a fluir. Sentía dentro de mí un peso horriblemente aplastante y desgarrador—. Siempre estoy tratando de arreglar y ver el lado positivo, el...el lado bueno de todo lo que hace, pero ya me cansé. Me quiere lejos, fui tan estúpida al creer lo contrario.

—Katia, tiene que haber un error, él te ama.

— ¡Has visto lo que han visto todos! Se ha detenido adrede —dejé caer la cabeza—. Acaba de dejar en claro que no le importo. Él sabe cómo funciona esto y no le preocupó ni un poco que Tony me vaya a arrastrar con él.

El ruido de un micrófono siendo probado me hizo doler los oídos.

— ¡Quiero a la nena que me gané, ahora! —llamó Tony como si fuera un capricho de un niño pequeño.

El cuerpo siguió temblándome y tuve que apoyarme en Julien. Me aferré a él todo lo que pude, hasta que Jay se paró junto a mí con el objetivo de protegerme. Pero en el fondo sabía que no tenía escapatoria, en Calle Inter no valía arrepentirse, y mucho menos después de que el ganador reclamara su recompensa.

No me moví, tendría que venir a buscarme y llevarme a rastras. Iba a resistirme hasta el último momento.

— ¡Pero antes! —dijo—. ¡Quiero ver la cara de GRAN perdedor! ¡Vamos Rex, sal del auto a ver cómo me llevo a tu chica!

Todos los rostros se giraron hacia el Lancer, que fue encendido segundos después y comenzó a avanzar lentamente hacia la meta. Yo lo seguía con lágrimas en los ojos.

Muchas veces mi corazón había latido con fuerza a causa del amor que sentía por Ryder, esta vez el sentimiento porque el que latía así era todo lo contrario, estaba herida, decepcionada y terriblemente asustada.

El Lancer se detuvo junto al Impreza y Ryder se bajó de él. Estaba rígido y lo primero que hizo fue buscarme entre la multitud hasta que me encontró, con mis manos cubriendo mi boca y sollozando incontrolablemente. Estábamos a unos 10 metros de distancia. Luego apartó la mirada y siguió caminando hacia Tony. Pero no llegó hasta él, porque Bruno, apareciendo por primera vez en la noche luego de su numerito, lo increpó con una fuerza descomunal. Ambos cayeron al suelo y comenzaron a forcejear.

Tony rodó los ojos con una sonrisa maliciosa en su asqueroso rostro. Estaba parado sobre el capó del Impreza.

— ¡Qué mierda hiciste! —gruñó—. ¡Me has hecho perder todo, jodido hijo de puta!

Ahora una cosa quedaba clara, era evidente que Tony no le daría a su tío ni un centavo.

Ryder luchó con él hasta quitárselo de encima. La gente gritaba ¡pelea! ¿Nadie se iba a dignar a separarlos?

¡Maldita sea!, gritó mi fuero interno.

— ¡La próxima vez intenta mantener tu puta boca cerrada y obtendrás el dinero! —el alma se me cayó a los pies. Ryder había perdido solo para que Bruno no obtuviera su dinero por lo que había dicho de ambos. Por haberlo puesto en

ridículo y haberlo hecho parecer poco hombre. Pero a Ryder poco le importó que fuera yo la que sufriese las consecuencias. Esta vez había sido simplemente egoísta.

Jay corrió a su lado para ayudarlo a incorporarse. Ryder se alzó sobre sus piernas con un gesto de dolor. Desde mi lugar pude ver que le salía sangre de la boca.

— ¡Ya me has fastidiado demasiado, infeliz! —Le gritó Bruno totalmente fuera de sí—. ¡Debería matarte aquí mismo, o mejor dicho, acelerar el proceso! ¿No crees, Rex?

Ryder lo fulminó con la mirada. La sola idea de que la amenaza podría convertirse en una realidad encendía en mí el instinto de protegerlo, a pesar de todo. Ese era mi problema real, podría estar enfadada con él por el resto de mi vida, pero en cuanto me necesitase estaría allí.

— ¡Ya basta! —chilló Jay empujando a Bruno lejos de Ryder. La gente alrededor comenzaba a impacientarse. Ellos querían una pelea.

— Tienes razón, ¿por qué matarlo ahora cuando puedo disfrutar que tomen a su noviecita en contra de su voluntad y no pueda hacer nada?

— ¡Eh, eh! ¡Estoy aquí! —dijo Tony—. ¡Si no me traen el premio aquí pienso a ir a buscarlo yo!

— ¡Eso no va a pasar! —Le espetó Jay—. ¡Katie no va a ir a ningún lado contigo, gusano! ¡Rex, haz algo, maldita sea!

Tony saltó del capó del Impreza y comenzó a dirigirse hacia mí arrastrando los pies. Minutos antes me había estado buscando. Tenía esa mirada oscura de cazador y una sonrisa de suficiencia. Mi cuerpo estaba a punto de sucumbir, podría haberme desmayado en ese mismo instante si Julien no hubiera estado a mi lado.

Cada vez estaba más cerca. Podía prever todo lo que iba a suceder después. Tony estaba dispuesto a arrastrarme hasta su coche, estaba segura. Me aferré más a Julien y él me rodeó con su brazo libre. Me sentía desesperada e impotente porque sabía que nada iba a poder hacer en cuanto me agarrase.

Respiré profundo al oír su voz. Maldito arrogante. Había logrado que la sangre se me helara.

— ¿Acaso no es lo que querías? —dijo riendo—. Te estoy dando la posibilidad de que dejes a ese perdedor y te vengas conmigo, muñeca. Y no le ofrezco eso a todas las...

Me eché hacia atrás violentamente y Julien me sostuvo. Parpadeé unas cuantas veces antes de reaccionar a lo que acababa de suceder. Ryder había salido de no sé dónde, tomó a Tony del cuello y lo jaló al piso. El corazón se me aceleró al tiempo que la gente gritaba emocionada. Ambos cayeron enfrascados en una pelea más. Ryder tomó a Tony de la camiseta con los puños apretados e hizo que la espalda de este impactara ruidosamente contra el piso de concreto.

— ¡Ni se te ocurra ponerle tus asquerosas manos encima! —gritó.

Estaba completamente desenchajado.

La multitud enardeció.

— ¡Tú solo te metiste en esto! Vamos a ver cuando disfrute de tirarme a tu novia —se burló Tony, lo que pareció incrementar la furia de Ryder, quien lo presionó más contra el concreto. La gente seguía gritando que quería una pelea. Y Ryder estaba a punto de darles el espectáculo. Levantó el puño en un movimiento casi imperceptible y comenzó a golpear a Tony repetidamente. La boca de su adversario comenzó a expulsar grandes cantidades de sangre. Era casi imposible que Tony lograra levantarse ya que tenía todo el peso de Ryder sobre él.

Ahogué un grito, nunca lo había visto tan enfadado. La rabia se había instalado en sus ojos azules.

En una esquina, Jay sujetaba a Bruno que parecía estar dispuesto a intervenir por su asqueroso y arrogante sobrino.

Ryder lo golpeó una vez más, descontrolado. La multitud gritó, eso era lo que querían, sangre.

Al minuto siguiente, un par de sujetos salieron de la nada y tomaron a Ryder por los brazos y lo estrellaron contra uno de los coches estacionados. Se oyó un grito de dolor pero de inmediato se incorporó.

— ¡Ryder! —grité y él giró su rostro hacia mí esquivando un puño que iba en su dirección.

En la riña se fue metiendo cada vez más gente. El primero en lanzar un puñetazo fue Danny, el chico que había estado hablando con Ryder horas atrás. Él estaba de su lado. Y otros chicos más, todos fuera de sí. Ahora ya no se sabía quién estaba del lado de quién. Solo se escuchaba griterío, gemidos de dolor, y ruido de golpes y cuerpos chocando contra los autos. Todo se había vuelto un descontrol.

Un segundo después oí un disparo muy cerca de mí y luego un metal frío apoyado detrás de mi cabeza que hizo que mi cuerpo se congelase. Alguien sujetó a Julien y lo alejó mientras él forcejeaba por soltarse.

Todo se silenció de repente y pude oír mi acelerada respiración.

— ¡Es simple, Rex! ¡O me la llevo ahora, o te la dejo aquí, muerta! ¡Tú eliges!

Tony había logrado escabullirse fuera de la pelea y ahora estaba apuntándome con un arma.

Dejé escapar un sollozo. La multitud se dividió en dos dejando a Ryder, golpeado, al descubierto.

—Te mueves y te vuelo la cabeza, zorrita —murmuró Tony cerca de mi oreja—. Y luego de la vuelo a él. Así que ni se te ocurra correr a sus brazos.

Tragué saliva. Se podía oír a mi corazón golpear contra mi pecho.

Ryder llegó hasta unos metros de nosotros y cayó de rodillas. Se me llenaron los ojos de lágrimas al verlo tan humillado. Había tanto dolor en su mirada.

—Me rindo, Tony, te daré lo que quieras pero déjala en paz —dijo con voz desesperada—. Ella no merece esto.

Tony lanzó una carcajada.

—La hubiese dejado en paz si no me hubiera abofeteado. Ahora es tarde. Además, no sé por qué te arrepientes, gané porque te detuviste.

Ryder me miró por unos segundos y luego volvió su mirada hacia Tony.

—Anthony, siempre has querido mi coche, te lo doy. Toma el Lancer si quieres.

«Este auto es mi vida, no lo cambiaría por nada del mundo.»

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas manchadas de sangre, tenía el cabello desbaratado cubriendo su frente.

—Humm..., es verdad siempre lo quise, pero ahora que he encontrado algo más importante para ti, me lo quedo. Igual descuida, la tendrás de vuelta mañana, aunque dudo que esté intacta.

La cara de Ryder se contrajo en dolor, lo que hizo que mi corazón se estrujara. Hasta donde habíamos llegado por hacer las cosas mal.

Finalmente Ryder se rindió. No esperaba otra cosa en ese momento: Tony apuntándome a la cabeza con un arma y él sin poder hacer nada.

Segundos después, Tony me arrastró hacia el Impreza aún a punta de pistola.

—Muévete rápido —masculló, abrió la puerta del copiloto y me empujó dentro—. ¡Todos quítense de mi camino! —gritó antes de meterse dentro—. Prepárate para disfrutar.

Tony dejó la pistola a sus pies.

No dije nada, bajé la cabeza e intenté controlar mi respiración. Necesitaba encontrar la manera de mantenerlo con las manos alejadas de mí.

El Impreza vibró bruscamente y salimos disparados hacia la oscuridad de la carretera a una velocidad peligrosa. Tony se mantuvo en silencio durante los primeros minutos. El interior del auto era rojo, así como la luz de los comandos que se derramaba sobre la penumbra. Fuera no se veía nada más que oscuridad.

Pensé en Ryder llorando, pensé en Ryder desesperado. Esto había sido su culpa.

—¿Vas a matarme? —pregunté y Tony lanzó una carcajada.

—Eres muy ocurrente.

—¿A dónde me llevas?

—A donde Rex no pueda encontrarte. Y no, no voy a matarte. No pienso arriesgar mi libertad por una zorra como tú.

Apreté los dientes.

—¡No soy una zorra!

—Va, todas dicen lo mismo.

—Vete a la mierda, cerdo.

Él volvió a reír y eso me desesperó.

—Iremos juntos, mi amor.

Me mantuve en silencio unos cuantos minutos hasta que lo oí maldecir y mirar el espejo retrovisor. Alternaba su mirada entre los espejos y la carretera que tenía por delante.

— ¡Mierda! , parece que tu novio quiere seguir jugando a las carreritas.

Miré por el espejo y vi los faros delanteros del Lancer acercándose a toda velocidad. Tony aceleró el auto y cambió de velocidad. Miré el contador, íbamos a más de 300 kilómetros por hora.

— ¡Detente! — grité—. ¡Vamos a estrellarnos!

— ¡Cierra la boca!

El Lancer se acercó cada vez más hasta que se puso a su lado. Ambos autos iban peligrosamente pegados. Tony intentó buscar el arma, pero con el impulso esta se había deslizado debajo del asiento. Mi corazón estaba a punto de estallar. Tony dio un rápido volantazo hacia el Lancer y Ryder se alejó lo suficiente como para no ser golpeado. Una vez más, otra, otra.

El último volantazo fue el que lo cambió todo, el definitivo, el que provocó el caos. El Lancer esquivó la trompa del Impreza y derrapamos. Tony acababa de perder el control del vehículo. Nadie advirtió el cruce de caminos, ni Tony ni yo, hasta que las luces amarillas de un camión aparecieron de costado.

El chofer frenó de golpe y Tony logró esquivarlo, pero toda acción tiene una consecuencia, y el auto viró hacia un conjunto de árboles que estaban camuflados en la oscuridad.

Me golpeé el hombro contra la ventanilla y grité.

Lo último que recordé fue el ruido del metal retorciéndose contra los árboles y luego todo se volvió oscuro y silencioso.

Capítulo 28

Infortunio

Antes de que finalmente todo se oscureciera, sentí un dolor anestésico en todo mi cuerpo.

«Este es el final, Katia, vas a morir», pensé.

No había forma de salir vivo de allí. Y menos con la manera en la que el auto se había estrellado contra los árboles.

La cabeza me estaba matando. Intenté abrir los ojos, pero me sentía demasiado cansada. No sé si estaba consciente, pero me pareció oír voces.

— *¡No puedo creer que hayas dejado que esto pasara, Ryder!* — gritó mi hermana —. *¡Te pedí que te alejaras de ella! ¡Mírala ahora!*

Oí llantos desmesurados por parte de él.

— *Lo siento tanto, Lizzie, yo no creí...*

— *¡Ella pudo haber muerto igual que el otro sujeto!*

Tony había muerto.

— *Katia está bien, Elizabeth* — dijo Ben —. *Tranquilízate, el doctor dijo que no sufrió traumatismos ni daños graves.*

— *¿Lo estás defendiendo, Benjamin?*

— *Para con esto, amor. Estás haciendo demasiado drama.*

— *No puedo creer que digas eso.*

— *Elizabeth, sé que me equivoqué. No supe cómo protegerla y si algo le hubiera pasado...* — confesó Ryder y su voz se rompió.

— *No es tu culpa, Ryder* — dijo Ben —. *Ella hubiera hecho lo que sea por ti, así como tú harías lo que fuera por ella.*

— *Tendría que ser yo el que esté en esa cama. Ya debería haber muerto hace mucho tiempo.*

Se escuchó el ruido de una puerta al abrirse, unos pasos, y luego cerrarse de nuevo.

— *¡Ryder!* — gritó Ben.

— *Sabía que nada bueno iba a salir de esto* — dijo mi hermana.

— *Deja de ser tan dura con él, ¿no ves lo mal que lo está pasando?*

— *Es mi hermana pequeña, Ben, entiéndelo.*

— *Y él es mi hermano pequeño, y está sufriendo más que cualquiera de nosotros. No es su culpa todo lo que ha estado sucediendo. ¿Tú que harías en su lugar? ¿Dejarías que me fuera, que me alejara de tu vida? Tiene miedo, Elizabeth, tiene miedo que cuando Katia sepa la verdad se aleje como mamá. Sabes que no podría soportarlo.*

—Ella nunca haría algo así, he comprendido, a la fuerza, que su amor por él va más allá de todo. Pero estos cambios en su estado de ánimo, Ben, van a empeorar.

—Es por eso que la necesita a su lado, ella ha sido su fortaleza. Katia tendrá la decisión en sus manos y sabrá qué hacer, ¿tú me abandonarías?

—Nunca en la vida. Yo solo no quiero que ella sufra las consecuencias.

—Todos sufriremos las consecuencias.

—Pero ella más, a medida que aumente su amor, aumentará el dolor también.

—Creo que Katia ha dejado más que claro la magnitud de su amor por él.

Las voces comenzaron a silenciarse paulatinamente...hasta que dejé de oírlas.

Creo que pasó una buena cantidad de tiempo hasta que volví a oír voces. A una de ellas la conocía a la perfección, a otra la había reconocido después de unos momentos de oírlo.

— ¿Cómo está? —preguntó la voz de Danny, aquel amigo de Ryder de las carreras.

—Por suerte se encuentra fuera de peligro, pero aún no ha despertado y ya han pasado más de tres días —dijo Ryder.

—Tuvo mucha suerte, Tony está muerto y ella ha salido con vida de milagro.

—Lo sé, pero también es cierto que el Impreza impactó de lleno del lado de Tony. Si hubiera sido al revés...

—No, ni lo digas, hermano.

—No sé qué va a suceder cuando despierte, le he visto la cara antes de que Tony la arrastrara al coche. Estaba enfadada conmigo, lo sé. Forcé demasiado su amor.

—Esta chica te ama, todo lo que ha hecho...

—No tendría que haber hecho nada, pero no puedo juzgarla porque yo también daría toda mi vida y todo lo que soy por ella.

—Escúchame, Rex, no quiero cortarte el rollo, pero se ha iniciado una investigación.

— ¿Acerca? —preguntó Ryder sin darle mucha importancia.

—Acerca del accidente. La policía empezó a investigar de dónde veía el auto de Tony la noche del accidente. Si se enteran que esa noche Inter estuvo colapsado de gente, y que hubo una pelea producto de ustedes dos no sé qué va a pasar. Sabes que si alguien llega a abrir la noca estamos acabados. Por eso van a cerrar la zona por unos meses.

— ¿Crees que alguien se arriesgue a delatarnos?

—Lo dudo, pero también es cierto que todos vieron cuando fuiste detrás del Impreza luego de que Tony amenazara con matarla. Y fuiste tú el que llamó a la ambulancia.

—Le puso un arma en la cabeza, no sabía qué hacer, solo esperé y cuando caí en que realmente se la había llevado me volví loco, Danny, Katia es mi razón de ser.

— ¿Qué pasó allí? No has dicho nada desde que pasó el accidente.

—Planeaba ir a buscarla, como sea. Así que corrí tras ellos pero sabes cómo era Tony, siempre creyendo que puede salir victorioso. Corrimos a toda velocidad por la carretera, estaba todo oscuro y él intentó estrellarse contra mí un montón de veces, hasta que en una

desistí y bajé la marcha, pero Tony no alcanzó a maniobrar bien y el auto derrapó. Cuando vi que el camión casi se los lleva por delante me desesperé, lo esquivaron y al segundo siguiente oí el choque. Me detuve a la orilla de la carretera, había humo pero no se oía nada. Lo primero que hice, en la desesperación fue buscar a Katia que había perdido la conciencia por causa del choque.

— *¿Por qué te detuviste?*

— *Te dije que Tony intentaba provocar un accidente.*

— *Me refiero a antes, en la carrera.*

Silencio.

— *Honestamente, no lo sé. Estaba malditamente fastidiado por lo que Bruno había dicho de ella, pensé que si Tony ganaba se llevaría el dinero. Nunca creí que se atrevería a llevársela, considerando cómo nos hemos llevado desde el inicio.*

— *Yo la miré en ese momento —confesó Danny—. Le partiste el corazón.*

Cuando finalmente abrí los ojos, me costó acostumbrarme a la luz. Parpadeé un par de veces. Estaba en la cama de un cuarto de hospital. Recorrí con la mirada el lugar y vi a Ryder acostado en un sofá.

— *¡Ay!* —me quejé al intentar incorporarme. La cabeza me estaba matando. No recordaba con detalles exactos qué había sucedido. Lo único que se me venía a la mente cuando pensaba era haber sentido como el Impreza se salía de control y nos estrellábamos contra unos árboles. Tal vez habré oído el sonar de una sirena de ambulancias, pero no estoy segura.

Cerré los ojos por un segundo y cuando volví a abrirlos vi a Ryder mirándome con los ojos llenos de lágrimas. Dio un paso más hacia mi cama y mi cuerpo se tensó. Me impresionó descubrir que aún seguía enfadada con él por todo lo sucedido. Porque había aprendido que con Ryder nunca se sabía con certeza qué iba a pasar a continuación. Era como si el tomara malas decisiones constantemente, unas tras otras, sin pensar en nadie más que en sí mismo. Y eso me dolía mucho, porque para mí era lo más importante en mi vida. Sin embargo, a esta altura había dejado de ser el Ryder Montgomery que había conocido al principio. Se había vuelto inestable. No obstante, lo que más me dolía era que nunca hubo confiado en mí. Todo se había originado por ello, ese era el factor que había determinado el caos posterior.

— *¡Katia! ¡Amor, despertaste!*

Apreté los labios con fuerza para intentar controlar el llanto venidero.

— *No quiero hablar contigo —dije y nunca creí que cuatro palabras fueran a doler tanto.*

Algo en su rostro se oscureció y sus ojos perdieron todo brillo. Bajó la mirada. Su pecho bajaba y subía con rapidez.

— *Lo siento tanto, Katia, no quería que todo esto pasara.*

Sentí la tibieza de mis lágrimas cuando comenzaron a gotearme hacia el cuello.

—Esto no es algo que puedas solucionar con una simple disculpa, Ryder. Acaba con esta porquería de una vez.

— ¡Déjame explicarte! —exclamó—. Déjame que te explique todo lo que está sucediendo.

—No puedo y no quiero.

Mi visión de Ryder se empañó con mis propias lágrimas. Un dolor agudo me estaba dejando sin aire.

—Te lo ruego, déjame...

— ¡No! ¡Estoy cansada de todo esto, Ryder! ¡Estoy cansada de intentarlo contigo! ¿No crees que me has hecho demasiado daño ya?

Se sentó en la cama y puso sus brazos a cada lado de mi cuerpo obligándome a mirarlo. Él estaba tan roto como yo, pero todo había sucedido por su causa. Me sorbí las lágrimas. El calor de su cuerpo inclinado sobre el mío se sintió abrumador. Deseé abrazarlo, besarlo y decirle que lo perdonaba, pero parte de mí no me dejaba hacerlo.

Cerré los ojos.

—Mírame, por favor. Katia...Necesito que me perdones, eres el amor de mi vida. No puedo perderte ahora.

—Déjame en paz.

—Abre lo ojos, por favor. No tienes idea lo que sentí cuando vi que el Impreza se estrelló.

—No.

—Te necesito, Katia. Te necesito a mi lado, y sé que tú me necesitas en el tuyo. Por favor, te lo ruego, oye lo que tengo que decir —su voz se rompió y abrí los ojos al sentir su frente presionando contra la mía. Sentí su aliento rebotar en mis labios y me prohibí ser débil.

—Amor... —sollozó y acunó mi rostro entre sus manos.

Acercó sus labios hacia los míos y le corrí la cara. La opresión dentro de mi pecho se hizo cada vez más fuerte.

—Ni se te ocurra besarme —dije.

—No quiero que terminemos así.

—No finjas sorpresa, Ryder, has tratado que todo entre nosotros salga mal desde el principio. Ahora es tarde, por favor, sal de aquí.

—No me pidas eso.

—Sal, vete, aléjate de mi vida, Ryder. No vuelvas aquí, no me busques, no intentes llamarme —hipé—. Quiero estar lejos de ti, donde no puedas lastimarme.

—Kat...

—Vete, Ryder. Vete antes de que esto no acabe destruyendo a los dos.

— ¿Tanto daño te he hecho? —preguntó, herido.

—Más del que puedes imaginar. Pero lo que más me duele es que no hayas confiado en mí. Te juré mil veces que te apoyaría en todo y nunca te abandonaría. Ese secreto que tienes... —respiré hondo—. Nada de lo que puedas decir ahora importa. No te quiero en mi vida.

Me sostuvo la mirada por unos segundos cuando me volví a él y apretó la mandíbula. Sabía que acababa de romperle el corazón, pero no estaba dispuesta a ceder. Él debía comprender que jugar con una persona trae consecuencias desagradables.

— ¿Éste es el final?

Asentí.

—Eres el mejor regalo que me ha dado la vida, pero si esa es tu decisión, te comprendo. Solo quiero que sepas que siempre te amaré, a pesar de todo.

Salió de la habitación sin decir más, con la cabeza a gachas y arrastrando los pies. Lo había perdido para siempre, y aquello había sido una decisión mía.

No tenía la menor idea de que había estado casi tres días sin despertar, ¿significaba que estaba en coma? Tal vez. Durante los siguientes días recibí la visita de Elizabeth, que me dijo que había estado acondicionando mi habitación para volver a casa. Según ella, Max me extrañaba mucho. Yo también lo extrañaba a él, pero volver a casa con Ryder no estaba en mis planes.

Britanie y Jay también fueron a visitarme. Intentaron contarme que Ryder estaba demasiado herido emocionalmente después de todo lo que había sucedido y que no sabían qué hacer por él. No les dije nada, no quería hablar de ese tema.

— ¿Cómo que volverás a ese apartamento? —preguntó Elizabeth. Había pasado una semana y media desde el accidente y ya me habían dado de alta. Algunos hematomas aún no habían desaparecido, pero el resto de mi cuerpo se sentía bien, a excepción de mi corazón.

—Voy a quedarme con Julien por tiempo indeterminado —aseveré.

Elizabeth fulminó a mi compañero con la mirada.

— ¿Y si te sucede algo? Has recibido un golpe muy fuerte en la cabeza, podrías desmayarte en cualquier momento.

—Y allí estaré yo, no pienso dejarla sola ni por un segundo.

— ¿Y por qué debería confiar en ti? No te conozco.

Julien se acercó a ella.

—Porque soy su amigo, y porque si es decisión de Katia no estar en su casa voy a apoyarla hasta el final. Ella necesita tener tiempo para pensar.

Elizabeth respiró profundo y se sentó junto a mí.

— ¿Has hablado con él estos últimos días?

—No desde que le pedí que se fuera, y es mejor así.

—Tal vez deberías escucharlo.

La miré con los ojos bien abiertos. No podía creer lo que mi hermana me estaba diciendo.

— ¿Es una broma? Fuiste tú la que dijiste que en cuanto conociera su mundo desearía nunca haberme enamorado, pues bien, ahí lo tienes. En este momento deseo nunca haberme enamorado de él.

—Sí, pero...he cambiado de parecer acerca de muchas cosas.

— ¿A qué te refieres? — pregunté, confundida.

—Hay ciertas cosas que aún no sabes, pero no soy yo quien debe contártelas.

La miré por un segundo sin decir nada.

—No volveré a hablar con Ryder, Elizabeth. Y puede que a fin de este mes vuelva a Boston, es la única manera que tengo de alejarme de él. Lo siento mucho por los niños porque no volveré a verlos.

— ¿Dejarás tus estudios? — dijo mi hermana.

— ¿Piensas irte? — preguntó Julien.

—Retomaré otra vez allí —los miré a ambos—. Chicos, es todo lo que se me ocurre.

Elizabeth tomó su cartera y me dio un abrazo.

—Está bien, has lo que creas correcto, pero ten en cuenta que el tiempo no vuelve.

¡Maldición! ¿Quién entendía a esa mujer? Primero me decía que no podía estar cerca de Ryder y ahora insinuaba que no debería dejarlo.

Aquella primera semana lejos de Ryder fue mucho más dolorosa que las anteriores. Porque sabía que esta vez realmente todo había acabado. Le había pedido que no me buscara y él cumplió. Probablemente la parte desesperada de mi corazón anhelaba con locura que se apareciera en la puerta del apartamento de Julien y me pidiera volver. Y después de esa semana en la que tuve el tiempo suficiente para pensar, me había convencido de que no podía vivir sin él. Era malditamente imposible no pensar en Ryder Montgomery a cada segundo porque él se hubo metido como nadie debajo de mi piel. Fuera donde fuera, su presencia me seguiría.

Pasé los días con Julien, Melissa y Elliot. Vale contar que Melissa casi me asesina, y a Julien, cuando le contamos que había tenido un accidente y nadie le había informado.

— ¡Mira si te pasaba algo! —me gritó—. ¡Somos amigas, Katia, no puedo creer que confíes más en el tonto de mi hermano!

— ¡Oye! —se quejó Julien.

—Ocultadores —terminó mascullando y luego rió.

—Lo siento, Mel, solo que he sido más cercana a él que a nadie en estos días. No lo culpes por ello.

Melissa puso los brazos en jarra y sonrió

—Está bien, pero si me llegan a seguir ocultando cosas me las van a pagar.

Le ocultábamos más de lo que ella creía.

El día que me dieron el alta, había llegado al apartamento y luego de chequear el email, había descubierto que tenía más de 15 correos de Ginger. Definitivamente iba a asesinarme. Traté de hacerle un breve resumen de todo lo ocurrido, y no me sorprendió para nada que se pusiera como loca.

Mensaje nuevo.

Para: Katia Green.

De: Ginger Foster.

Asunto: "Mujer, no puedo creer lo que has hecho"

"Katia, Katia, Katia. ¡Qué hiciste, Santo Dios! Quiero decir, estoy de tu lado cuando dices que él te ha roto el corazón y que no quieres arriesgarte a que lo haga de nuevo. Pero, ¿no has pensado que él pueda tener sus malditas razones para hacerlo? No me cabe dudas, cuando dices lo que dices, que está jodidamente enamorado de ti ¡mierda! ¡Se ha metido en una riña callejera por ti! ¡Ha perdido su maldito orgullo arrodillándose frente a cientos de personas! Me da mucha pena que no puedan estar juntos porque sé que tú lo amas como la loca que eres. Y si él es tu amor, no debes dejarlo ir, Kat. Te lo dice tu amiga que te conoce de toda la vida. Sigue arriesgado. El amor verdadero solo llega una vez en la vida, y si al principio duele, es porque va a valer la pena todo el trayecto sufrido.

Otra cosa, ¿dijo que eras su razón de ser? Bien, bien, me calmo. ¡Eso es muuuuy lindo! No sé qué es lo que estás esperando, ve a por él. Ve por el único chico que ha hecho a tu corazón correr a mil kilómetros por segundo (chequea la analogía de las carreras, perra jeje)

Bueno, amiga, es tarde y debo irme a dormir porque mañana presento un examen. Espero que sigas mis consejos y no te dejes engañar por esa cabeza tuya que te hace creer cosas incorrectas.

PD: Olvidé contarte que Sebastian y yo nos peleamos. Al parecer no soy tan intelectual para su familia. De hecho, la palabra que usaron fue "SALVAJE", ¿puedes creerlo?

PD1: ¿Qué onda ese Julien? No puedo decir que aún confíe en él, pero trataré de no decir cosas malas sobre su persona.

Y la última.

PD2: ¿Así que dijiste que Ryder tiene una especie de mejor amigo? ¿Y es guapo? Tal vez cuando vaya a visitarte puedan presentármelo - eso si te arreglas con él-. Siempre me han excitado los chicos de las carreras, con sus autos

deportivos. Está bien, puedo intuir tu cara, ya dejaré de escribir. Solo recuerda pensar bien. Te amo, amiga. Cuídate.

Una de esas tardes en que me encontraba en el sofá intentando leer para mis clases, Julien se presentó delante de mí.

— ¿Ahora qué sucede?

— Estás hecha un asco, Katia — dijo y frunció el cejo.

— ¡Oye, hago lo que puedo!

Julien rodó los ojos.

— Escucha, me gusta tenerte aquí, pero me partes el corazón. Pareces un alma en pena vagando por la casa.

— Si lo que quieres es que me vaya, me voy — me defendí.

— No, lo que intento decirte es que tienes que hablar con él — respiró profundo—. Ya te lo he dicho, deja de perder tiempo tratando de fingir que lo has olvidado cuando es evidente que no es así.

— Estoy en el proceso.

— No seas mentirosa, estás tan enamorada de él como antes. Y él está hecho un trapo de piso, peor que tú.

Me incorporé y dejé los apuntes sobre la mesa del living.

Mis cejas se alzaron.

— ¿Lo has visto?

— ¿Acaso te interesa? — se burló.

— ¡Julien!

Se rió.

— ¡Está bien! Sí, lo vi y hablé con él. Es un desastre de persona actualmente, deberías verlo.

— Esto es muy difícil para mí. Yo lo quiero. Siempre lo querré, pero me ha roto el corazón dos veces seguidas. A veces no solo basta con una disculpa para que todo vuelva a ser como antes.

— ¿Y crees que su corazón no está roto?

— Has aprendido a defenderlo muy bien, ¿verdad?

Julien suspiró y se metió las manos en los bolsillos. Sus ojos marrones se oscurecieron por un segundo.

— Él tiene sus cosas, Katia, y las sufre.

— ¿A qué te refieres?

— Creo que es hora de decírtelo, si nadie piensa hacerlo voy...

Ring. El timbre.

— ¡Ay, qué inoportunos! — gritó mientras se dirigía a la cocina para tomar el interlocutor—. ¿Diga?

Su mirada se trasladó hasta mí.

—Está bien, le pregunto y le digo —dejó el aparato y se volvió a mí—. Katia, es Benjamin, el hermano de Ryder. Dice que necesita hablar contigo ahora.

— ¿Le habrá pasado algo a Ryder? —el corazón me dio un vuelco, si algo le sucedía yo moriría—. Está bien, dile que pase.

—Bien —tocó un botón para volver al interlocutor—. ¿Benjamin? Puedes subir, aquí te espera.

Cuando colgó la llamada, se acercó a mí y con el dorso de la mano me acarició la mejilla.

—Tienes que ser fuerte, Katia, por los dos.

Tragué saliva y lo miré sin comprender bien. Sentía que el corazón volvía a latir con una fuerza descomunal. Julien me dio un abrazo y luego fue a tomar un abrigo. Le pregunté por qué se marchaba y me dijo que Ben y yo necesitaríamos hablar solos. Todo era confuso, y sin embargo, parte de mí sabía que la visita de Ben no traería nada bueno con ella.

Temía que algo malo le hubiera sucedido a Ryder por mi culpa.

Capítulo 29

Secretos develados

No respondí de inmediato a lo que Ben acababa de decirme, solo me dejé caer en el sofá y él me abrazó. Cuando el inminente llanto se hizo más fuerte, me abrazó aún más. Esta vez resistirme a las lágrimas no era una opción.

— ¡Dime que no es cierto! —grité—. ¡Dime que todo esto es un maldito sueño, Ben!

—Desearía que así fuera —gimió él.

— ¿Por qué tiene que pasarle esto a él? —sollocé—. ¡No es justo! ¡No es...!

—Lo siento, tanto, Katia. Sé que debió de habértelo dicho —dijo—, pero tuvo mucho miedo de que lo abandonaras.

— ¿Y porqué intentaba alejarme de su vida, Ben?

—No lo sé, francamente no lo sé.

Cuando Ben entró al apartamento me dijo que había algo muy importante que debía decirme acerca de Ryder. En ese momento mi corazón se encogió porque estaba segura de que no era nada bueno.

Me sentí mareada, como si me hubieran drenado toda la sangre del cuerpo. Sin fuerza absoluta para continuar. Podía imaginar claramente lo perturbador que pudo haber sido para Ryder soportar en silencio lo que le estaba sucediendo.

Un tumor cerebral. Respiré profundo y presioné mi rostro contra el pecho de Ben. Eso era demasiado para mí, para cualquier persona. Ryder había sufrido tanto o incluso más que yo por nosotros.

—Yo nunca lo abandonaré —le dije a Ben en cuanto logré calmarme—. Sería lo último que hiciera.

—Pero él no lo sabe, Katia. Cuando papá murió creímos que todo estaría bien, que saldríamos adelante porque aún teníamos la fortaleza de mamá, y no fue así. Ella intentó marcharse pero se lo impedí porque Ryder la necesitaba más que yo. Él siempre ha sido el más vulnerable de los dos —se sorbió la nariz—. Finalmente ella se quedó, hasta el día del accidente...

— ¿Qué sucedió ese día? Ryder me contó del accidente, pero no dio mucha información.

—Él venía de dejar a Ben en la escuela y se dirigía hacia el mercado. Había estado toda la semana con unos leves dolores de cabeza, pero no le dio mucha importancia. Esa mañana nos llamaron del hospital para avisarnos que Ryder había tenido un accidente, al parecer se había desmayado conduciendo y el auto perdió el control.

—Oh, Dios.

No podía controlar mi llanto.

—Fuimos con Elizabeth y mamá a verlo. No había sufrido daños graves. Sin embargo, cuando los estudios de tomografía computada estuvieron listos, se develó lo peor.

Me mordí el labio inferior con fuerza y cerré los ojos.

—La tomografía mostraba el tumor adherido en el tejido cerebral. Inmediatamente hicimos los estudios porque era necesario saber con qué tipo de tumor estábamos tratando. La esperanza de que fuera benigno y eso nos diera una posibilidad —la voz de Ben se rompió pero se obligó a recomponerse. Se pasó las palmas por los ojos para secarse las lágrimas—, simplemente se esfumó cuando su doctor nos dijo que era del tipo maligno y que estaba en una zona peligrosa para operar.

—No puedo creerlo...

—No tienes idea por todo lo que hemos pasado desde entonces. Él es uno de esos casos en los que los síntomas no se presentan sino hasta..., hasta la etapa final. Pero ha pasado noches sin poder dormir por causa de las migrañas, los vómitos. Los dolores de cabeza mejoraban por la mañana pero en cuanto lograba dormirse, despertaba de madrugada a causa del dolor.

Recordaba haber oído a Ryder quejarse las noches que durmió en mi cama, pero había creído que estaba soñando. Ahora tenía sentido aquel día que amaneció con dolores de cabeza. También lo había visto unas cuantas veces mareado.

En ese momento muchas cosas que él había dicho comenzaban a tener sentido para mí.

De pronto recordé el primer día en casa de Elizabeth hablando sobre que Ryder había dejado la universidad.

— ¿Pero qué pasó con su madre?

—Se fue. Lo abandonó, Katia. Esa tarde que Ryder llegó de la universidad y fue directo a su cuarto para hablar con ella, se encontró con una carta sobre la cama. Mamá le decía que tenía que marcharse porque no podía soportar ver morir a su hijo.

Y allí estaba la palabra. Muerte. Yo había estado cerca de la muerte, pero esto era diferente, era algo inminente.

—Le rompió el corazón sin piedad —dijo Ben con lágrimas en los ojos—. Si ella se hubiera quedado, él tal vez no hubiera decidido abandonar todo. Bianca fue la causante de que Ryder se alejara de las personas que lo querían, porque hay muchas personas en Calle Inter que lo aprecian y lo admiran. Y sin embargo él estaba convencido que los iba a lastimar a todos cuando el final llegase.

—Es lo que ha hecho conmigo —murmuré.

—Los alejé a todos porque prefería eso antes que ellos lo dejaran a él. Decía que no podría soportar seguir siendo abandonado.

Ben volvió a romper en llanto y se apoyó en mí.

—No sé que ha hecho esta familia para merecer estas desgracias, primero papá, ahora Ry. A veces creo que no podré soportarlo.

—Tranquilo —intenté calmarlo y calmarme al mismo tiempo—. A veces la vida es injusta y no comprendemos porqué, pero supongo que Dios tiene una razón para todo lo que hace —me enjuagué las lágrimas.

—Solo tiene 23 años, Katia, es mi pequeño hermano.

— ¡Lo sé! ¡Y no tienes idea lo que estoy sintiendo yo, Ben! Es como si me arrancaran la piel del cuerpo, pero tenemos que estar fuertes por él. Si sabe que sufrimos también sufrirá y ya estoy cansada de este maldito sentimiento.

—Tienes razón —dijo incorporándose—. No podemos desmoronarnos ahora.

Se limpió las lágrimas y se levantó del sofá. Ben era fuerte, pero esto nos superaba a todos. Yo era débil, lo sabía, quería esconderme en un rincón oscuro y llorar hecha un ovillo hasta que la angustia y el dolor se disipasen.

Ryder era el amor de mi vida, y perderlo iba a ser lo más destructivo en mi vida. No quería perderlo, no podía concebir esa idea.

Yo también me sequé las lágrimas y tomé varias bocanadas de aire.

—Necesito verlo —dije—. Quiero verlo ahora, ¿puedes llevarme a casa?

—Ya no está en casa, se marchó a su apartamento.

— ¿Por qué? —y la respuesta me llegó sola. Porque yo le había roto el corazón y, al igual que yo, estar en la casa con todos nuestros momentos vividos iba a torturarlo—. Entonces llévame al apartamento, Ben, quiero estar con él.

Ben asintió, tomó algunas cosas y lo seguí hacia su coche.

El viaje hasta el apartamento de Ryder fue más corto de lo que creí. Ben sabía que necesitaba estar a solas con él, así que me entregó un juego de llaves que Ryder le había dado a él por si algo llegaba a suceder algún día.

Las sostuve en mi mano y el frío metal me hizo dar escalofríos.

—Conociéndolo, no querrá ver a nadie. Así que entra directamente.

Asentí y me dio un abrazo.

—Sé que vas a hacerlo feliz, Katia, el tiempo que sea. No había tenido tanta vitalidad sino hasta que llegaste.

Forcé una sonrisa.

—Es lo único que quiero, Ben, que Ryder sea feliz.

Entré al edificio, tomé el elevador hasta el piso 15 y caminé por el pasillo hasta el apartamento 7B. Por más que tenía llaves, decidí que lo mejor iba a ser tocar el timbre. Pero Ryder no abrió. Toqué una vez más. Nada. Entonces finalmente decidí entrar por mi propia cuenta. Metí la llave en la cerradura con cuidado y cuando abrí la puerta todo estaba oscuro. Creí que era un indicio de que algo andaba mal, pero no. Podía ver cómo la luz del cuarto se derramaba por el pequeño pasillo. Ryder debía estar allí.

Me adentré en el living en silencio hasta llegar a la puerta de su habitación y miré por la rendija. Sentí una opresión muy fuerte en el corazón al ver a Ryder sentado en la cama con la cabeza caída. Estaba de espaldas a la puerta, de modo que no se dio cuenta cuando entré.

Caminé lentamente a su lado. Las cosas habían cambiado tanto desde la última vez que lo vi. Sin embargo no tenía que dejarme caer, él se merecía que estuviera fuerte, por ambos.

— ¿Ry? —murmuré y él alzó la cabeza. Se giró hacia mí y me contempló con sus ojos hinchados por unos segundos, como si no pudiera creer que estaba allí.

Contuve las lágrimas.

—Lo siento tanto —dije y sus ojos azules se abrieron más—. Si hubiera sabido que todo esto estaba pasando.

Una lágrima se derramó por su mejilla y al segundo siguiente sus ojos se cristalizaron.

—Perdóname —susurró.

Llegué hasta su lado y me senté en la cama. Lo envolví en un abrazo y ninguno de los dos fue capaz de seguir conteniendo el llanto.

—Perdóname, Katia, tendría que haberte dicho la verdad desde el principio.

—Shh, no tengo nada que perdonarte, amor —besé la cúspide de su cabeza y pareció hacerme más pequeño bajo mis brazos—. Te amo, Ryder, te amo y juro que no te dejaré solo en esto.

—No puedo pedirte eso...

Tomé su rostro entre mis manos y lo obligué a mirarme. Sequé sus lágrimas que seguían cayendo por su cara y presioné mis labios sobre los suyos.

—Hagas lo que hagas, Ryder Montgomery, no pienso dejarte.

—No necesito que me tengan compasión.

—Esto no se trata de compasión, Ryder, se trata de amor.

Me rodeó fuertemente con sus brazos y me atrajo hacia él. Apoyé el mentón sobre su hombro y me sorbí las lágrimas.

—Eres mi mejor amigo y el amor de mi vida, Ryder. No podría ser feliz sabiendo que tú sufres, porque tú eres mi otra mitad y lo que te pase también me afecta.

Se presionó más contra mí.

—Pero es injusto.

—Injusto es que quieras alejar a todos de tu vida.

Ryder respiró hondo.

—Creí que era lo mejor.

Volvimos a separarnos.

—Mírame —demandé—. Mírame bien, Ryder, ¿crees que he sido feliz todo este tiempo que he estado alejada de ti? Me sentí tan miserable cuando dejaste el cuarto de hospital.

—Me lo merecía.

— ¡Claro que no! Si me hubieras dicho, habría soportado todo por ti.

— ¿Ves? Es mi culpa. No te merezco, Katia, no te merezco en absoluto.

Rodé los ojos. Me sentía triste por lo que estábamos atravesando, pero eso no impedía que Ryder lograra ponerme de mal humor.

—Hablamos de esto hace más de un mes, Ry. No sé qué merezco o no. Yo solo sé que te quiero a ti y a nadie más que a ti.

Sus ojos zafiro brillaron por unos segundos y una pequeña sonrisa comenzó a tirar de sus labios.

— ¿Qué he hecho para merecerte?

Le sonreí y dejé escapar un suspiro.

—Es por lo que eres, bebé. Tienes un corazón enorme, Ry. A pesar de que sabías de las probabilidades que tenías de sufrir un accidente en las carreras te arriesgaste, por la vida de un niño.

—No tenía opción, Bruno lo amenazó.

—Claro que la tenías, podrías haber dicho que no ibas a hacerlo, pero lo hiciste. Siempre estás intentando ayudar a los demás.

—Pero te descuidé a ti, te puse en peligro cuando me detuve antes de finalizar la carrera. Y luego en la carretera —dejó escapar el aire—. Si algo te hubiese pasado, cariño, nunca me lo iba a perdonar.

—Dime porqué te detuviste —le pedí, aunque ya lo había oído cuando se lo contaba a Danny.

Ryder bajó la mirada. Lo tomé del mentón y lo obligué a mirarme.

—Porque dijo esas cosas feas de mí, y luego te enfrentaste a Tony. Ahora comprendo todo lo que siempre has hecho por mí. Quisiste protegerme desde un principio y fui tan ciega de no verlo, amor.

Besé su mejilla y sonreí.

—Estoy enamorada de ti por todo eso. Y sé que va a doler perderte —y allí venían nuevamente las lágrimas—. Que se sentirá horrible, pero no quiero que eso impida que seamos felices hasta entonces.

— ¿Sabes? Nunca le he tenido miedo a la muerte —confesó—. Lo había tomado como algo natural desde que comencé a asistir a Calle Inter. Allí suelen suceder todo tipo de accidentes, y lo sabes muy bien. Y también con respecto al tumor. El miedo llegó la primera vez que te besé, porque ahí fue que me di cuenta que lo más doloroso en mi vida iba a ser dejarte atrás.

Presioné mi frente contra la suya.

—No quiero que tengas miedo.

—Tampoco quiero dejarte.

—Pase lo que pase, Ryder, sabes que siempre estarás en mí. Te llevo grabado en mi corazón y no creo que exista persona en el mundo que pueda ocupar tu lugar.

—Siempre serás mi vida entera, Katia.

Ryder acunó mi rostro entre sus manos y me besó con delicadeza. Me apretó con su cuerpo y sentí que mis latidos se acompasaban a los suyos.

—Hagamos que nuestro tiempo juntos valga la pena —le pedí y él asintió—. Así que sécate esas lágrimas y bésame. No quiero el recuerdo de un novio llorón —bromeé.

Ryder lanzó una carcajada agridulce y me besó.

Hablamos sobre todo lo que había sucedido, y sobre todo lo que había sucedido con su madre. Y así llegamos a la conclusión que de Julien tenía razón, el tiempo era el factor más importante en nuestra relación, y no queríamos desperdiciarlo más.

Además acordamos volver a la casa. Ryder también tenía que pasar tiempo con los niños, pero por sobre todo, ese era nuestro hogar. El lugar que contenía todos nuestros recuerdos.

—Juro que haré lo que esté a mi alcance para hacerte feliz —dijo.

—Estar aquí, contigo, es lo único que necesito para ser feliz. Lo demás no importa.

Me abrazó con fuerza y comenzó a mover sus labios sobre los míos. Había anhelado tanto tenerlo entre mis brazos que quería ir despacio, así que me levanté y me senté a horcajadas sobre sus piernas. Sus manos se deslizaron por mis caderas y me presionó contra él. Su boca volvió a buscar la mía con desesperación.

—Quiero abrazarte el resto de mis noches —murmuró.

—Así será, amor.

Capítulo 30

Ángel

Busqué a Ryder por toda la casa en la mañana y no lo encontré. Estaba comenzando a pensar que algo malo le había sucedido. Había estado con unos dolores de cabeza el día anterior y me preocupaba mucho.

A esa hora no había nadie en casa, Max estaba en la escuela, Jenifer en la guardería, y Ben y Elizabeth trabajando.

Habían pasado seis meses desde que me había enterado de la enfermedad, y un año y un mes desde que llegué a Londres. Y si bien él no era uno de esos pacientes que sufría de todos los síntomas que conlleva un tumor cerebral, siempre estaba alerta a cualquier queja que pudiera tener. Su doctor decía que la prevención era lo más importante porque él podría desmayarse en cualquier lugar y hacerse daño. Pero Ryder parecía a veces no querer escuchar nada de lo que le decían, porque aún quería seguir manejando. Y a pesar de que el tumor no había afectado al cien por ciento su psicomotricidad, su estado de ánimo solía cambiar a menudo, olvidaba algunas cosas de la vida cotidiana y muchas veces se levantaba débil y con fuertes dolores de cabeza.

Y así y todo, habíamos logrado que la felicidad triunfara. A pesar de que la esperanza de vida de Ryder se hubiese extendido, con ayuda de tratamientos, a cinco años desde que se lo habían diagnosticado.

Algunos, tal vez, no lo entendían, pero para mí valía la pena velar por Ryder cuando se quedaba despierto toda la noche sin querer dormir por miedo a no despertar a la mañana siguiente, o en esos momentos en que debías tenerle paciencia cuando quería explicarte algo y se frustraba al no encontrar las palabras adecuadas; todo producto del tumor.

Salí de la casa hacia el porche. Era un día bastante caluroso, estábamos en verano pero a veces los días eran muy frescos. Esperé unos minutos hasta que vi al Lancer estacionar frente a la casa. Corrí hasta él y cuando Ryder se bajó, con una de esas enormes y esplendorosas sonrisas en su rostro, se borró de mi mente todo pensamiento de regañarlo por asustarme.

—Ay, Dios, Ry. Tienes que avisarme cuando te vas —dije—. Me he preocupado cuando me desperté y no te vi.

Ryder se encogió de hombros.

—Lo siento —dijo, rodeó el Lancer y se acercó a mí.

Tomé su rostro entre mis manos y lo besé.

—Ven conmigo —pidió—, quiero mostrarte algo.

Tiró de mi brazo y me llevó hasta dentro de la casa.

— ¿Qué es? —pregunté confundida, no llevaba nada en las manos, ¿qué iba a mostrarme?

Llevaba puesta una camisa azul que comenzó a desprender de inmediato apenas entramos.

— ¿Qué haces?

—Quiero que veas esto.

Cuando acabó de desabotonarse la camisa, mis ojos se abrieron como dos platos.

— ¿Te tatuaste mi nombre? —pregunté, sorprendida, porque muchas veces él me había dicho que no le gustaban para nada. Pero ahora tenía el nombre Katia justo sobre el corazón.

Él asintió con una enorme sonrisa y sus ojos brillaron con intensidad.

Alcé ambas cejas.

—Se supone que son las chicas enamoradas e inocentes las que se tatúan el nombre de su novio —me reí.

—No —susurró rodeándome con sus brazos y presionando su frente contra la mía—. Yo quiero que me recuerdes por tener mi nombre marcado en tu corazón, no en tu piel —acercó su boca a mis labios y me besó—. Además no eres lo que se dice una chica inocente.

— ¡Ryder! —me reí.

—Te amo tanto —murmuró sobre mis labios—. Nunca pensé que podría ser tan maravillosamente feliz.

Entonces me dijo que en realidad se lo había tatuado hacia unos días, pero que ahora ya estaba listo. Esa era la razón por la que nunca se quitaba las camisetas.

Rodeé su cuerpo con mis brazos y me presioné más a su cuerpo. El latido de su corazón siempre lograba hacerme tranquilizar cuando estaba a punto de entrar en pánico o por ponerme triste.

—Eres inolvidable, Ryder Montgomery. Eres lo mejor que tengo y que tendré siempre.

Pero aquella no fue la única vez que me asustó y luego me hizo volver loca de amor. Ryder era ocurrente, muy ocurrente, y a veces salía con cosas que te hacían pensar si ese chico de grandes ojos azules y sonrisa de ensueño era real.

Fue el día en que cumplimos un año de habernos conocido. Honestamente yo no recordaba número del día, pero él sí. Estaba punto de ir a dormir, habíamos visto una película y ya eran como las 3 de la madrugada, así que prácticamente me dormía de pie. Ryder dijo que tenía que hacer algo importante, y como sabía muy bien que por las noches los dolores de cabeza se intensificaban y a veces le gustaba estar solo, lo dejé.

—Está bien —dije soñolienta—. Buenas noches.

Subí a mi cuarto, que anteriormente había sido suyo pero lo habíamos remodelado para que cupiera una cama de dos cuerpos, y me dispuse a ponerme el pijama para ir a dormir.

En cuanto me acosté, cerré los ojos pero la costumbre de tenerlo a mi lado me ganó y no logré pegar un ojo, así que me puse a leer un poco. Al segundo siguiente comencé a oír ruidos provenientes fuera de la casa. Salí al pasillo para llamar a Ryder, pero no me contestaba, ¿a dónde había ido?

Volví al cuarto y seguí sintiendo los ruidos. Se escuchaban cerca de la ventana. Me acerqué cautelosamente, si era un ladrón tendría preparado algo para partírselo en la cabeza. El corazón se me aceleró.

— ¿Quién anda ahí? —pregunté. Nada—. ¡Si es un ladrón voy a llamar a la policía!

— ¡Ay! —escuché aquella voz tan conocida que gimió de dolor y me asusté. Al segundo siguiente me asomé por la ventaba y vi una figura oscura trepando la pequeña escalera cubierta por la enredadera.

— ¿Ryder? —pregunté—. ¿Qué haces?

— ¡Solo espera ahí, cariño, ya subo!

Con un poco de trabajo extra, siguió subiendo hasta que se sostuvo del marco de la ventana. Al verme allí parada, una sonrisa apareció en su rostro arañado y cubierto de hojas.

Lancé una carcajada al notar que tenía el pelo desbaratado y lleno de hojas.

— ¿Qué haces, Ryder? —pregunté conteniendo la risa.

Él frunció el cejo y me pidió que lo ayudara a terminar de entrar al cuarto.

— ¿Te quedaste fuera?

Se quitó una hoja de la boca y sacudió la cabeza. Tenía la respiración agitada pero no dejó de sonreír ni por un segundo. Finalmente la risa me ganó al verlo así.

— ¡Oh, Katia, Katia, Katia! ¡Feliz aniversario de conocernos! —dijo y alcé una ceja. Amaba a Ryder con todo lo que era, pero no creí que pudiera darle tanta importancia al día en que nos conocimos—. Esto es para ti —tenía una rosa en sus manos. Tosió un par de veces—. Creo que me tragué una hoja.

Me reí.

Me entregó la rosa y luego de que le quitara una hoja seca que había quedado enganchada en su flequillo ondulado, lo besé. Y no dejé de besarlo por un buen tiempo. Hubiera deseado guardar ese momento para siempre.

—Igual, había una puerta —me burlé y él apretó los ojos.

—Ya lo sé, solo intento ser romántico.

—Bueno, tu romance casi me desmaya de un susto —dije.

—Pero valió la pena —guiñó un ojo.

Me envolvió en sus brazos y sentí que besaba la cúspide de mi cabeza.

—Ese día que te conocí cambió mi vida para siempre, Kat. Mi mundo giró 360 grados por ti. Te amo, nena. Gracias por todo lo que haces por mí.

—Pues tú te lo mereces.

—Tengo más de lo que merezco.

— ¿Por qué terminas siempre siendo tan dulce, Romeo? Nunca puedo enfadarme contigo.

Sonrió.

—No me hables de Romeo, amor —dijo tirando de mí brazo hacia la cama para acosarnos—. Todavía no puedo creer cómo diablos subió todos esos pisos para ver a Julieta, debió de ser muy hermosa.

Lo miré fingiendo estar enojado.

—Pero no más que tú, claro.

Me mordí el labio y le sonreí. Nos recostamos y tomé la manta para cubrirnos. Rodé sobre mí para apoyar mi cabeza en su pecho.

—Igual es un libro, Ry —dije acariciando su rostro. Ese era el momento que más anhelaba del día, cuando nos acostábamos y podíamos estar abrazados toda la noche, con o sin los dolores de cabeza de Ryder.

—Pero Julien dijo...Ups.

Alcé una ceja.

— ¿Julien te dio la idea?

—Es que ya sabes, cariño, se me están acabando las ideas. Y el hombre literatura tiene buenas ideas a veces.

Presioné mis labios sobre los suyos y sonreí.

Lo que podía rescatar de todo lo que había sucedido, fue la amistad en crecimiento de Ryder y Julien. A diferencia de lo que pudiera haber creído, ellos terminaron llevándose mejor de lo que cualquiera hubiese imaginado. Porque Ryder confiaba mucho en Julien, y éste a su vez era un buen oyente.

Cerré los ojos para aspirar su aroma a jabón y a rosas.

—Mientras estemos así, abrazados, seré feliz —dije y unas lágrimas escaparon inevitablemente de mis ojos—. No necesitas hacer nada.

—No espera —me obligó a incorporarme y encendió la luz principal—. No quiero que llores, Katia. No me gusta verte triste por mi causa.

Me sorbí las lágrimas. Alcé una mano y acaricé su cabello. El tiempo pasaba y mi miedo aumentaba, sabía que el momento de perder a Ryder podría llegar en cualquier momento, porque los médicos no sabían exactamente cuánto podía llegar a vivir a pesar de la esperanza de vida que le habían calculado. Y pensar en mi vida sin él era algo que a menudo evitaba hacer. Ryder tuvo razón aquella vez que me dijo que un día debería estar lista para dejarlo ir. Y sin embargo, sentía que nunca iba a estar preparada para ello.

—Son lágrimas de emoción —mentí.

Ryder sacudió la cabeza, negando.

—No, te conozco, Katia. Has estado reprimiendo el dolor desde hace mucho. Escucha, si quieres llorar, llora todo lo que quieras, amor —sus palabras fueron el detonante para que el llanto que siempre contenía delante de él comenzara a fluir. Me abrazó con fuerza apretándome contra su pecho y al segundo siguiente comenzó a besarme.

No me gustaba que me viese triste, pero ya no podía soportarlo.

Apagamos la luz y nos quedamos allí, en la penumbra, abrazados. Al cabo de unos minutos, Ryder dijo:

—Kat, ¿somos felices?

A pesar de que todo estaba oscuro, alcé la mirada hacia él.

—Yo soy feliz, ¿tú lo eres?

—Definitivamente lo soy.

—Claro que lo somos Ryder. En este tiempo creo que hemos sido más felices que muchas parejas que han estado años juntos.

—Lo sé, es por eso que soy tan feliz, porque sé lo que nuestro es diferente a todo.

—Lo es, Ry, lo es.

Durante los siguientes meses intentamos que todo fuera lo más normal posible. Ryder cumplió 25 años el 7 de mayo de 2011 y decidimos hacerle una fiesta sorpresa donde acudieron algunos de sus amigos de Calle Inter, que lo extrañaban bastante; entre ellos Danny. También asistieron Britanie con Jay, Julien, Melissa con Elliot, y en un vuelo directo de Boston, mi mejor amiga: Ginger. Yo creo que desde el principio ella solo se moría de ganas por conocerlo. Bueno, no solo a Ryder, sino también a Danny.

Fue un día muy hermoso, todos juntos, cenando y pasando el tiempo. Pero lo que más amé en ese momento fue ver la cara de felicidad de Ryder y la enorme sonrisa dibujada en sus labios.

Cuando lo veía sonreír, mi corazón me decía que todo valía la pena.

Después de soplar las velas y cortar el pastel, Danny se acercó a nosotros y le preguntó a Ryder si volvería ir a Calle Inter. Estábamos sentados en el sofá, yo en el regazo de Ryder.

—Lo dudo —dijo él—. Ese lugar estuvo a punto de quitarme lo que más amo.

Danny me miró con una sonrisa.

—Pero las cosas han cambiado, con el accidente de Tony y la huida de Bruno, tenemos una nueva organización. De hecho, yo estoy a cargo de ello ahora.

Acababa de darme cuenta de una cosa. Todos, al igual que yo, evitaban decir la palabra muerte delante de Ryder.

—¿De verdad? —pregunté—. Te felicito.

—Sí, tenemos nuevas reglas, Katia. Y una se llama como tú, ¿puedes creerlo?

Ryder contuvo la risa y yo directamente lancé una carcajada, no podía creerlo. Ginger, que estaba pululando por ahí, se acercó hasta nosotros.

— ¿Qué pasó? —dijo ella y los dos chicos la miraron por un segundo no pudiendo creer que fuese tan entrometida. Ella no era así, simplemente era la mujer más sociable que podrías encontrarte en tu vida. Y la mejor amiga que alguien pudiera tener.

—Me estaba contando Danny que en Calle Inter hay una regla que se llama como yo.

— ¿Ah, sí? —preguntó ella a nuestro amigo, curiosa—. ¿Y de qué va?

Ryder apoyó su mentón en mi hombro.

—Es simple, no se permiten novias en la plataforma, eso solo trae pelea y no queremos más de eso.

— ¡Guau, Katia! —Exclamó Ryder—. Acabas de hacer historia —le di un codazo y comenzó a reírse.

—Me parece muy bien —dije en tono serio—. Aunque eso de la plataforma no me agrada en absoluto, no sé cómo las demás chicas pueden soportarlo.

—Yo podría soportarlo —dijo Ginger.

—Puedes ir si tu pareja no corre —dijo Ryder en tono de burla.

—Uf, es una pena —alegó ella mirando a Danny—. Pensaba conseguirme uno como el de mi amiga.

— ¡Y que lo digas! —Dijo Ryder abrazándome por la cintura—. Me han contado del novio de tu amiga, pequeña suertuda, tiene a todo un galán en su cama.

Ginger lanzó una carcajada. Si había alguien en el mundo que podía seguirle la corriente a Ryder, esa era ella.

— ¡Oh, Dios! ¿Acaso lo conoces? —le siguió ella.

—Ya basta —dije sin poder evitar reír.

— ¿Qué si lo conozco? Tiene unos ojos azules que te dejan pasmado. Yo te aviso, Katia, si te dejo por él no es mi culpa.

Ginger se dobló sobre sí sin poder dejar de reír.

— ¡Jajajaja! ¡Este chico va a hacer que me duela la panza!

—Pues deja de seguirle la corriente.

Ella se detuvo, como pudo.

—Si pudiera.

Al final terminamos yendo unas cuantas veces más a Calle Inter, y si bien Ryder había decidido no correr más, era muy bueno enseñándoles a los chicos novatos. Ellos lo admiraban, así como el resto de los fanáticos.

Una vez, luego de su cumpleaños, le comenté a Ryder que a Ginger le había agrado mucho Danny, pero él dijo que su amigo no planeaba volver a enamorarse luego de perder a su novia en las carreras. Fue en ese momento en que

recodé cómo me miraba cuando le hube dicho que solo había ido allí por Ryder. Él me observaba como si le recordase a alguien, y en efecto, fue así.

—Eso es duro, pero no conoces a Ginger, Ry, si ella quiere algo lo consigue. Y creo que le ha gustado Danny.

—Si es así, buena suerte para ella.

— ¿No piensas decirle nada a Danny?

Ryder miró a ambos lados.

—Amor, vive en Boston, ¿cómo se supone que van a mantener una relación a distancia?

—El amor cruza barreras, Ryder. Y nosotros lo sabemos.

—Claro que lo sé, Kat —lo miré por unos segundos sin decir nada, poniendo mi mejor cara de gatito bajo la lluvia—. Está bien, veré qué puedo hacer. Cuando me pones esa cara no puedo decirte que no.

Y así, los momentos vividos con Ryder fueron los mejores de mi vida. Al principio el seguía llevándome a la universidad, pero debido a que los síntomas del tumor comenzaron a empeorar progresivamente, tuvo que dejar de hacerlo. Lo peor para él fue justamente eso, tener que dejar de conducir, algo que nunca había estado en sus planes. Desde que Ryder tenía memoria le habían fascinado los autos deportivos. Una vez me contó que nunca le habían gustado las motocicletas, a pesar de que su padre sí tenía una, a él nunca le habían llamado la atención. Le parecían peligrosas y yo coincidía en eso. Pero los autos... Creo que uno de sus grandes amores siempre fue el Lancer, ese coche era su locura. Y como para no serlo, porque honestamente hasta a mí me gustaba. No solo porque era muy lindo sino porque el color azul eléctrico siempre me hacía acordar a los ojos zafiros de su dueño.

Los meses corrieron y nuestro amor se fue afianzado, y con eso, el final. Yo lo sabía, ambos lo sabíamos. En algún momento llegaría, tendría que dejar ir a mi mejor amigo, al hombre de mi vida, a la persona que había echo que mi mundo girase a toda velocidad.

Aquel miércoles por la mañana me encontraba estudiando para un final, en la cocina, mientras Ryder tomaba uno de sus té matutino. Algunos, como el té de tilo lo ayudaban a relajarse.

—Estaba pensando en... —dijo y se tocó la frente. Enseguida dejé todo, siempre lo hacía cada vez que Ryder daba alguna señal de sentirse mal.

— ¿Te sientes bien, Ry?

—Sí, sí. Fue solo un pequeño mareo.

— ¿Seguro?

—Claro.

Pero no fue así. Seguimos estudiando un rato hasta que volvió a quejarse. Dijo que la cabeza lo estaba matando y que debía tomar una aspirina, aún cuando sabía que ya no hacían ningún efecto.

— ¿Quieres que yo vaya por ella? — pregunté.

— No, descuida — dijo y su voz sonó tan cansada.

Se levantó y salió caminando hacia el living. Algo andaba mal. El corazón se me detuvo. Ryder se apoyó contra el marco de la puerta y se sostuvo la cabeza entre las manos, gimiendo.

Me desesperé. Corrí hasta él e intenté sostenerlo, pero era demasiado pesado y ambos caímos al suelo, yo de rodillas.

— ¡Ryder! — le gritaba y él no contestaba. Su cuerpo comenzó a temblar cada vez más fuerte. Las lágrimas comenzaron a caerme por el rostro y sentía el corazón duro—. ¡Ryder! — apreté los dientes para contener el llanto. Dios mío, le estaban dando convulsiones.

Él tenía los ojos cerrados y no paraba de temblar bruscamente. No sabía que hacer, así que con manos temblorosas, saqué mi móvil del bolsillo de mi pantalón y llamé a la ambulancia.

— ¡No, no, no, no! Ry, no me dejes — los ojos se me empañaron—. Por favor, amor, no te vayas — sollocé. No podía controlarme, lo estaba perdiendo—. No puedo perderte...no puedo...

— Ry, Ry...

La visión de su cuerpo tirado en el piso me estaba destrozando el alma. No podía soportarlo más, me estaba matando. Parte de mi alma se estaba muriendo con él. Toda mi vida se iba con él.

— Ryder... — susurré justo antes de que la ambulancia arribara a casa.

Ryder llevaba en el hospital casi una semana.

— ¿No deberías estar estudiando? — dijo con una sonrisa ladeada. Los paramédicos habían llegado a tiempo para estabilizarlo, dándole unos días más de vida.

Forcé una sonrisa.

— Ya he estudiado demasiado, ahora me toca cuidarte.

Lo miraba constantemente, esos seis días en el hospital habían apagado su rostro. Estaba más delgado que de costumbre y mucho más pálido y ojeroso.

Apreté los labios con fuerza para no llorar, más que nada porque cada que él me miraba, sonreía como si nada malo estuviera pasando en su vida. Y no quería que su última imagen de mí fuera una chica triste en un cuarto de hospital llorando por su novio.

— También me has cuidado demasiado, Kat. Mañana es tu examen, deberías estar repasando.

Típico de Ryder, siempre queriendo que todo el mundo a su alrededor hiciera lo correcto.

Le sonreí.

—Tú nunca dejarás de cuidarme, ¿verdad? —lo regañé.

—Cuando me vaya —dijo como si fuera lo más natural del mundo—. Me pelearé con Dios si es necesario, pero juro que seré tu ángel, amor.

En ese momento rompí en llanto. El corazón me latía tan dolorosamente que sentí que iba a morir allí.

—Ryder... —susurré y me incliné sobre él para besarlo—. No sé qué voy a hacer si ti. No sé si podré vivir sin ti.

—Vas a vivir —dijo acariciando mi rostro—. Vas a ser feliz, porque te lo mereces. No quiero que te aferres al pasado.

—No pienso olvidarte —balbuceé.

—No te estoy diciendo que me olvides, amor. Te digo que no te aferres. Yo siempre estaré en ti, pero tienes que mirar hacia delante, Katia.

—Estarás para siempre en mí.

—Sí, cariño, para siempre en ti. Ahora prométeme una cosa.

Me sorbí las lágrimas al tiempo que me recostaba a su lado en la camilla y y lo abrazaba.

— ¿Qué?

—Que irás a dar tu examen mañana.

Sacudí la cabeza.

—No pienso dejarte solo.

—Oh, vamos, Katia, son solo un par de horas. Llámame en cuanto termines, Ben logró traer mi móvil de contrabando —dijo orgullosamente.

—No lo sé.

— ¿Por fis?

Respiré profundo. Ryder siempre me había apoyado con el estudio, no podía defraudarlo.

—Está bien, pero solo porque eres un manipulador.

—También te amo —bromeó y presionó sus labios sobre mi cabello. Aquella noche dormimos abrazados en la pequeña cama de su cuarto de hospital.

Al día siguiente me dirigí del hospital rápidamente hacia la universidad. Antes había pasado por la oficina del doctor para preguntarle si Ryder estaría bien, y como me confirmó que sí lo iba a estar, decidí asistir a mi examen final de Antropología, materia en la que Ryder me había ayudado muchísimo luego de haberla dejado dos veces en dos años. La tercera era la vencida.

Salí bastante contenta del examen porque estaba segura de que me había ido bien, no veía la hora de contárselo a Ry, iba a estar tan orgulloso de mí.

— ¿Y cómo te ha ido? —preguntó Mel.

—Seguro que bien, ya quiero decírselos a Ryder. Creo que voy a llamarlo ahora, ¿sabes que ha metido un móvil de contrabando?

— ¿Por qué no me sorprende? —dijo ella con una sonrisa.

—Porque es típico de él.

Y cuando estaba marcando su número, el nombre de Elizabeth apareció en la pantalla.

Sentí una opresión en el pecho inmediatamente.

— ¿Elizabeth? —dije apenas atendí.

Oí un sollozo del otro lado y me tapé la boca ahogando un grito.

—Lo siento —dijo y todo a mí alrededor comenzó a derrumbarse. Sentí que el cuerpo me temblaba y las piernas se me aflojaron. Melissa me sostuvo como pudo, pero ambas caímos de rodillas al suelo. Comencé a sollozar incontrolablemente. Se había ido, Ryder se había ido para siempre. ¡Maldito examen! Sabía que no debería haberlo dejado solo.

Lágrimas tibias surcaron mi rostro. El pecho me dolía tanto que temía no poder soportarlo.

— ¿Katia? —preguntó mi hermana, que seguía al teléfono.

— ¿Cuándo fue?

—Hace unos 15 minutos. Dicen que fue una hernia cerebral.

Comencé a tomar grandes bocanadas de aire, pero no lograba que llegara a mis pulmones.

— ¡No puedo respirar! —grité.

El amor de mi vida acababa de morir, acababa de irse para siempre y yo no había estado a su lado. Dejé caer la cabeza mientras Melissa me abrazaba y me decía que todo saldría bien, pero no. Nada iba a estar bien en mi vida sin él, nunca. Porque él lo era, Ryder Montgomery era mi vida.

Epílogo

Querida Katia:

Sé cómo te debes estar sintiendo en estos momentos, y no puedo dejar de pensar en que me gustaría estar allí contigo, abrazándote y diciéndote que todo saldrá bien. Lo siento tanto, amor. Siento no poder haberte dado el tiempo que te mereces. Siento no poder darte el futuro que te mereces. Lo único de lo que no me arrepentiré nunca es de haberme enamorado de ti. Eres lo mejor que me ha pasado. Tú más que nadie sabe lo inmensamente feliz que me has hecho. Iluminaste tanto mi vida. No hay nadie en el mundo que se te parezca. Eres una chica fuerte, vas a poder con esto, lo sé.

El tiempo lo cura todo, Katia, y sé que saldrás adelante. Si alguna vez crees que no puedes seguir, piensa en mí. Piensa en que estoy a tu alrededor, enviándote fortaleza y sintiéndome orgulloso del camino que elijas seguir. Sabes muy bien que hagas lo que hagas, te apoyaré incondicionalmente.

Ahora volvamos al presente: tal vez lo que más te haya dolido fue no poder despedirte como tú querías. Créeme que la última noche que dormí en el hospital abrazado a ti, sintiendo tu calor y ese amor tan puro que tienes por mí fue la mejor despedida para ambos. Katia, lo dos sabemos que decir adiós de otra manera iba a ser imposible. Tuve que hacerlo. Necesitaba ahorrarte esa parte del dolor, amor. Yo estuve presente el día que mi padre murió, y no quería que pasaras por ello. Te pido que me perdones por haberte hecho ir al examen (que seguro has rendido bien, porque eres una chica inteligente).

¿Sabes? El día que llegaste a casa, todo cambió de una manera que nunca hubiera imaginado. Tienes una forma de ser tan particular que fue inevitable no haberme enamorado de ti, aunque el amor -por lo que estaba sucediendo conmigo- no estuviera en mis planes. Además de saber que no había un futuro a mi lado, te quedaste y cuidaste de mí. Nunca en la vida voy a olvidar eso. Nunca voy a olvidar todo lo que has hecho por mí, fuiste mi ángel que no me dejó solo ni un segundo. Ahora me toca a mí ser el tuyo.

Ya lo he escrito arriba, pero quiero recordártelo otra vez. Elijas lo que elijas estaré orgulloso y feliz por ti. No tengas miedo de volver a enamorarte, Katia. Eres joven, eres hermosa y tienes toda la vida por delante. Posees absolutamente todo para hacer feliz a cualquier hombre. Estoy seguro que en el mundo hay alguien que está destinado a que lo hagas tan maravillosamente feliz como me hiciste a mí. Sería egoísta de mi parte negarle esta personita tan excepcional al mundo.

En cuanto a mí, bueno, tal vez ya no esté en tu vida físicamente, pero mi amor por ti nunca morirá. Por favor, no te dejes caer, vive, ama, ríe. Has todo eso por mí. No impidas que la gente a tu alrededor te consuele, te de palabras de aliento. Y por más que probablemente uno en esos momentos cree que no puede seguir, debemos hacerlo.

Kat, sé que no debería ponerme feliz por esto. Pero parte de mí anhela ver a mi padre. Volveré a verlo, Katia, no sabes lo feliz que me hace eso.

Antes de irme quiero decirte que continúes con tu carrera (ah, sí, señorita ¿creías que iba a olvidarme de eso? No, claro que no, te atormentaré siempre con esto también. Voy a vigilarte desde donde quiera que esté y más te vale que te vea graduarte, jajaja) Eres buena en lo que haces y tienes un futuro brillante como historiadora o profesora, cualquiera de ellas. Sigue así, bebé, nunca pierdas tus objetivos. Ahora me despido de ti con un enorme abrazo y cálido beso. Gracias por haberme dado estos casi tres años de felicidad eterna. Ya sabes. Te amo incondicionalmente.

Tuyo por la eternidad, Ryder Montgomery

PD: Transcurre tranquila tu camino, tómate todo el tiempo del mundo. Prometo que estaré al final de él esperándote para recibirte con los brazos extendidos.

Ryder me había dicho muchas veces que tendría que estar loca para quedarme con él sabiendo cómo acabaría todo. Pero Julien tenía razón, el amor es locura, y yo estaba loca por Ryder Montgomery.

Ir a su funeral fue lo más doloroso de mi vida. Al principio me negué a asistir porque en mi corazón Ryder no era lo que estaba dentro de aquel ataúd. Ryder era vida. Era mí vida. Y ahora esa parte importante que había estado guardada dentro de mí se había ido, dejando tras de sí nada más que dolor.

Antes de leer su carta, le pedí a Ryder miles de disculpas desde el corazón por no haberme podido despedido de él. Pero ahora sabía que lo había hecho por mí, no podía recriminarle eso.

Con todas mis fuerzas soporté las horas posteriores, sentada en una esquina de la funeraria intentando pasar desapercibida. Viendo pasar a la gente consternada de un lado al otro. No me sorprendió ver tanta cantidad de gente en su última despedida, porque Ryder era un ser único, todos en Calle Inter lo respetaban muchísimo, y eso me hacía sentir orgullosa.

Max, al igual que yo, era uno de los que estaba más destrozado. Él había pasado su infancia a su lado, y a todos los que le daban el pésame no dejaba de decirles que su tío era su ejemplo de vida.

—Es el mejor tío del mundo —dijo aferrándose a mí—. Me enseñó tanto, tía Katia. Voy a extrañarlo mucho.

—Lo sé, cariño, yo también voy a extrañarlo.

Ben parecía estar en shock y no paraba de sollozar que su hermano pequeño se había ido. Elizabeth era la más fuerte en aquel momento.

Haberlo amado y que él me amara fue lo mejor que me pasó en la vida. Cuando llegué a Londres jamás imaginé que viviría todas estas sensaciones, y a pesar del final que tuvimos, tampoco me voy a arrepentir nunca enamorarme de él.

Sabía que estaba rota, pero lo que no sabía que podía volver a romperme aún más. Al día siguiente por la mañana, cuando acudimos al entierro en el cementerio municipal, mi cuerpo no lo resistió. Literalmente me desplomé sobre el suelo. Era demasiado para mí, porque aquel instante no conseguía imaginar cómo seguir mi vida sin él.

Según me contó Danny tiempo después, aquella noche hicieron en Calle Inter una carrera en su honor.

Volví a Boston un par de semanas después y viví con Ginger hasta que ella afianzó su relación a distancia con Danny, otros que contra todo pronóstico acabaron felizmente juntos, por lo que ella tuvo que marcharse a Londres.

Si Ryder quería que siguiera, tenía que comprender que no podía hacerlo en Londres. Demasiados momentos vividos, demasiados recuerdos. Entrar a la casa de Elizabeth y Ben sin ser consciente de que él no saldría más de nuestra habitación. En las mañanas no me despertaría más siendo abrazada por él. Y aunque a veces me cansaba, Ryder no me ofrecería más té en cualquier momento, como solía hacerlo. Tenía que decirle adiós a todas las cosas que hacíamos juntos. Ya no me ayudaría, simplemente sentándose a mi lado, a estudiar. Ni me alentaría cada vez que yo creí que me iba a ir mal en los exámenes. Esa casa me significaba él, su alegría, sus risas, sus ocurrencias, su amor...

Sí, él estaba en lo profundo de mi corazón, pero eso no me bastaba.

Todas aquellas personas que nos rodeaban creían que yo era su sostén, que Ryder solo continuaba viviendo por mí. No solo fue así, porque yo también solo viví por él. No sabía lo que era vivir realmente hasta que lo conocí. Él había encendido en mí tantas emociones desconocidas y hermosas que le estaré eternamente agradecida.

Probablemente las fotografías de Ryder en mi billetera hubieron alejado más hombres de lo que cualquier mujer habría querido. Pero yo era honesta, y si ellos me preguntaban quién era les decía que fue mi maravilloso novio. Resta decir que el 99,9 por ciento creía que estaba algo fuera de mí, y no me importaba. No estaba preparada emocionalmente para iniciar una nueva relación y parecía que aquellos hombres nunca iban a comprender todo lo que había vivido con Ryder. Tampoco encontraría a alguien que me hiciera sentir como él.

Regresé a Londres nueve años después, cuando inútilmente creí que los recuerdos ya no me afectarían como el día que me marché. Y sin embargo, aquella mañana de julio en que bajé del taxi frente a la casa de mi hermana y vi al Lancer estacionado y brillante en la puerta del garaje, los ojos se me llenaron de lágrimas. Era como si parte de mí esperaba ver a Ryder salir de él, con su enorme sonrisa

contagiosa y sus ojos azules mirándome como si fuera lo máspreciado del mundo. Inconscientemente lo busqué, con los ojos cristalizados, pero me di cuenta de que él ya no estaba.

Cerré los ojos cuando volví a ver a Max por primera vez después de nueve años. Lo había visto en fotos, pero personalmente era más parecido a Ryder de lo que habría imaginado y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Estaba en lo cierto, nadie estaba preparado para enamorarse de una chica que aún seguía enamorada de su novio fallecido.

Solo había una persona en el mundo que me comprendía, esa persona que técnicamente había vivido algo muy parecido a lo mío y que siempre había estado dispuesto a oírme en las madrugadas que le hacía una llamada porque la soledad me resultaba aplastante.

— ¡Katia! — gritó Julien envolviéndome en un abrazo—. Te he extrañado tanto.

— También yo — dije.

— Me alegra mucho que hayas vuelto. Todos siempre preguntan por ti.

Me mordí el labio inferior.

— Debía volver algún día, supongo que era inevitable no hacerlo.

Julien asintió.

Hablamos un poco de cómo habíamos estado durante estos casi nueve años. Yo finalmente me había graduado en historia y trabajaba en la publicación de un libro con una de mis colegas. Julien ya se había graduado en la carrera de Clasicismo y estaba dando clases de Literatura en la universidad de Londres. Él, al igual que yo seguía teniendo recuerdos de Diana, su antigua novia. Julien fue mi gran motor cuando volví a Londres. Me había ayudado a seguir y estaba segura de que Ryder estaba agradecido por ello.

— Hay algo que quiero mostrarte — dijo uno de esos días.

— ¿Qué es?

— Algo que no puedes dejar de ver. Sé que puede traer consecuencias, pero es primordial que lo veas. Te hará sentir orgullosa.

Condujimos por más de una hora. En el instante en que llegamos a mitad de camino supe a dónde íbamos. Calle Inter.

— ¿Qué hay allí, Julien?

— Ya lo verás.

Y cuando llegamos, Danny y Ginger nos estaban esperando en la entrada. Lo primero que hice fue correr a abrazar a mi mejor amiga. Me sentía tan feliz por ella. Al principio creí que Danny solo le gustaba porque pensaba que era un chico de las carreras, pero el día que me confesó que estaba enamorada de él, luego de los tantos viajes de ambos, supe que Ryder había hecho lo correcto al hablarle de ella.

— Ven — dijo ella y me tapó los ojos con las manos. Caminamos unos cuantos metros hasta que me detuvo de golpe. Me destapó los ojos y me quedé pasmada al

ver el mural—. La gente lo ha hecho para él. A todos les gusta recordarlo y verlo cada noche. Algunos dicen que les da suerte.

Me reí con lágrimas amenazando por salir. Lo que tenía delante era un enorme mural idéntico a una de las fotos que Ryder tenía guardada. Era de noche y estaba sentado sobre el capó del Lancer, con los brazos cruzados y sonriendo. Miraba a la cámara. Tenía una inscripción debajo: "En memoria a Ryder Montgomery, el mejor corredor que Calle Inter haya tenido jamás".

—Los chicos querían honrarlo —dijo Danny—, y no se me ocurrió mejor idea que hacer esto. Los novatos tienen que saber que no solo era un buen corredor, era un gran sujeto.

Le sonreí. El tenía razón. Era la mejor persona que había conocido.

Esa misma tarde Julien me llevó al cementerio. No había vuelto nunca más, al no volver a Londres, porque aún sentía que él no estaba allí. Sin embargo tenía que decirle muchas cosas porque sabía que él estaría escuchándome.

Me agaché junto a su lápida y acaricié el grabado de su nombre: *Ryder Alexander Montgomery 07.05.1986 - 23.07.2011*

Las lágrimas comenzaron a fluir.

—Seguramente has visto, desde donde quiera que estés, el mural que han hecho en Calle Inter para ti —me sorbí las lágrimas—. Estoy tan orgullosa de ti, bebé.

Cerré los ojos como si esperase que por gracia divina, la voz de Ryder se hiciera audible. Pero lo único que vi fueron sus ojos reflejados en mi mente y su sonrisa.

—Sé que sabes que todavía te amo, Ryder —miré al cielo y respiré profundo—. Nunca voy a olvidarte.

Y cuando estuve a punto de desplomarme, Julien me sujetó.

—Estoy seguro que él también está muy orgulloso de ti, Katia. Y sé también que Diana y él nos están cuidando.

—Sí —susurré.

Finalmente me quedé en Londres. Con el pasar de los años, Julien y yo logramos comenzar una relación. Acabamos juntos no solo porque nos queríamos mucho, sino porque teníamos mucho en común. También nos entendíamos mejor que nadie, y sabíamos que ninguno de los dos íbamos a cuestionarnos el hecho de que por momentos seguíamos acordándonos de nuestro primer gran amor. Diana siempre iba a ser la primera chica de Julien, y eso no me molestaba en absoluto. Y en cuanto a mí, Ryder iba a ser eternamente mi gran amor.

No obstante, a pesar de que los que se enteraban de nuestras historias creían que solo estábamos juntos por eso, con el tiempo le demostramos que éramos capaces de formar una familia. Tuvimos dos hijos y 7 nietos. Fuimos felices por mucho tiempo, y siempre agradecíamos por ello.

Hoy estoy recostada en la cama que he compartido con Julien por más de 40 años. Él debe estar en el sofá leyendo, envidio que aún pueda hacerlo. Yo no, mi cuerpo está demasiado cansado y mi vista se ha ido reduciendo gradualmente a lo largo de estos últimos años. Sé que este es mi final. Ayer besé a mis hijos y a todos mis nietos por última vez. Ahora entiendo porqué Ryder no quería que estuviera cerca aquel día. Será doloroso para ellos, y para Julien. Hace unos momentos vino a verme y le dije que estaba bien, pero sé que no es así. Puedo sentirlo, el adormecimiento se está haciendo cada vez más fuerte.

Ryder es en lo que pienso durante los últimos segundos de vida. En su promesa de que estará al otro lado.

Ryder es lo primero que veo cuando mis ojos se abren nuevamente. El corazón se me desboca, no sabía que luego de morir pudieses seguir sintiendo eso. Llevo mis manos a mi cara, ya no hay arrugas, me siento fuerte. Lo miro y me sonrío. Tiene los brazos extendidos y corro hacia él sin pensar en nada más.

Se ve idéntico a como la primera vez que lo vi. Es precioso.

— ¡Ry! — gimo y me aferro a su cuerpo. Puedo sentir su calor. Me siento tan feliz. Sé que esto es real porque él me hizo esa promesa, me dijo que estaría cuando decidiera partir.

— Katia — susurra y aprieta sus labios sobre mi cabello.

— Realmente eres tú — digo entre sollozos.

— Claro que sí amor. Te dije que estaría esperándote y aquí estoy.

Alza mi barbilla con su mano y me besa. Esto tiene que ser real porque es como si se me revitalizara el cuerpo cuando sus labios rozan los míos.

— ¿Estaremos juntos de aquí en adelante? — le pregunto temerosa.

— Por toda la eternidad.

Fin

Agradecimientos

Antes que nada, quiero advertirles que no soy muy buena con las palabras en la vida real. Me cuesta expresarme, aunque suene irónico.

Primero que nada quiero agradecerles a todas las chicas de la página de facebook que me apoyaron -como siempre- desde el principio. Porque sin los lectores yo no sería nada.

Segundo, quiero agradecerles a los lectores de Wattpad. Varias veces intenté subir cosas a esa comunidad, pero no me llamaba tanto. Hasta que decidí seguir con Mi dulce destrucción y me llevé una gran sorpresa cuando comenzaron a llegarme los comentarios y los mensajes. Fue tan emotivo, de verdad. Créanme, si ustedes lloraron, ya se imaginarán que cuando escribí el 30 y el epílogo no lo soporté. Fue demasiado.

Por todo esto, de verdad me sorprende hasta donde llegué con esta novela. La comencé en febrero de este año (2014) y en mayo ya estaba acabada. No podía creerlo que en esos 4 meses hubiera pasado tanto. Es...emocionante.

Espero de todo corazón, que ustedes al igual que yo no olviden a Ryder Montgomery. Definitivamente hizo un gran hueco en mi corazón.

Y finalmente, bueno algunas cosas que me preguntaron al finalizar la novela.

¿Por qué Katia no quedó embarazada y así poder tener un hijo fruto de su amor? Bueno, no creí que fuera la mejor opción, quiero decir, Ryder sabía perfectamente que si ella quedaba con un bebé, se hubiera dedicado únicamente a su hijo. Nunca hubiera rehecho su vida. Ella no hubiera querido nada más que eso, y habría abandonado este mundo sola. Y Ryder no quería eso. Espero que esto les sirva de respuesta porque es como lo creí.

En síntesis, gracias de verdad por todo. Y gracias a todos aquellos que acaban de terminar de leerlo. Espero nos podamos encontrar en otra historia. Besos!!!!

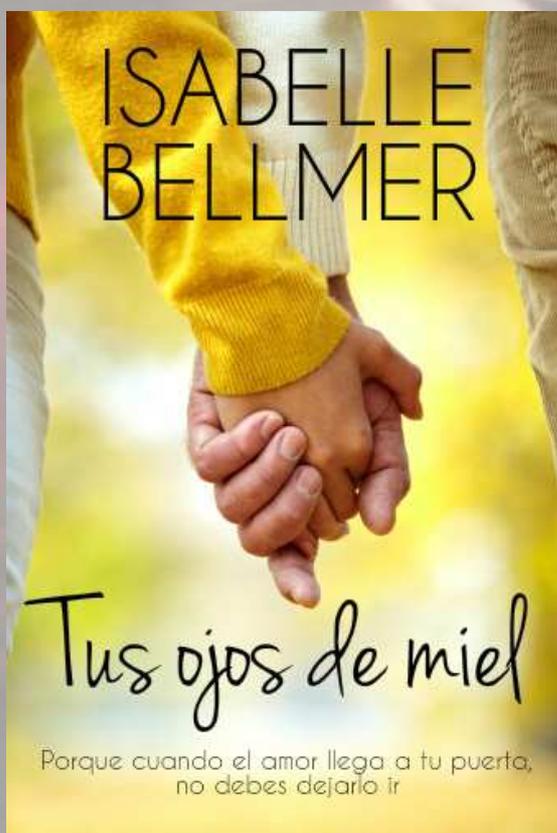
INFO SOBRE MIS NOVELAS

Si gustás de leer alguna novela más, podés enviarme un mensaje a isabellebellmer@gmail.com y puedo pasarte.

[Mi facebook.](https://www.facebook.com/isabellebellmer) <https://www.facebook.com/isabellebellmer>

[Mi Twitter](https://twitter.com/IsabelleBellmer) <https://twitter.com/IsabelleBellmer>

[Mi wattpad](http://www.wattpad.com/user/isabellebellmer) <http://www.wattpad.com/user/isabellebellmer>



Cuando Dave Barker llega a Australia para estudiar en la universidad, lo último que se esperaba era enamorarse de alguien como Irene Dempsey; una chica inestable, fría, arrogante e impredecible. Y lo peor de todo es que parece odiarlo sin una razón válida. Pero por más que Dave haga sus esfuerzos por acercarse a ella, parece nunca lograr su cometido: enamorar a la bella y distante Irene que ha preferido mantenerlo alejado de su mundo.

¿Y cómo vivir con todo eso? Si es amado por su familia pero no por ella. Sin embargo, Irene sabe que llegará el momento en el que deberá desprenderse de esa faceta de niña caprichosa y malhumorada, y elegir si seguir a su corazón o a su lógica. Porque los cambios sin retorno pueden estar a la vuelta de la

esquina, y si Irene no se decide pronto, el destino podría no darle otra oportunidad.

Esta fue mi primera novela, así que sean piadosos jaja.

[Link de la página en facebook:](https://www.facebook.com/Tusojosdemiel?ref=bookmarks)

<https://www.facebook.com/Tusojosdemiel?ref=bookmarks>

[Link de Goodreads](https://www.goodreads.com/book/show/20501945-tus-ojos-de-miel) <https://www.goodreads.com/book/show/20501945-tus-ojos-de-miel>



Oliver Finns, periodista, editor y dueño de una de las más importantes revistas de Nueva York, es todo lo que una persona no quisiera ser. Arrogante, inestable, paternalista y hosco. Oliver es ese tipo de persona que parece no tener una vida social. El tipo de persona que no suele tener amigos. Tal vez algunos enemigos.

Sin embargo las cosas no siempre fueron así. Hubo un momento en su vida en el que Oliver era feliz, en el que lo tenía todo.

Un tiempo en el que amaba...

Natalie Astor, hija de un magnate de la industria automotriz, tiene sus propios problemas. Acarrea con ella la trágica muerte de su hermana Angélica, y lucha a su vez contra ella misma, con el

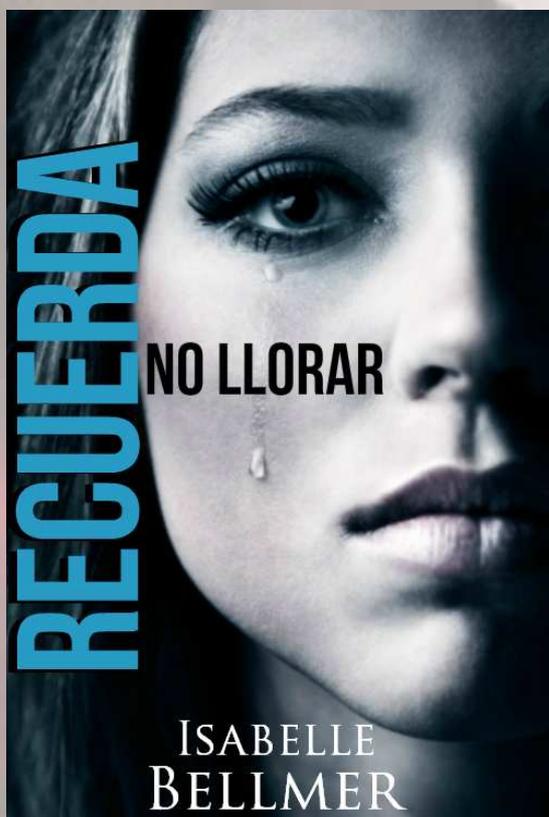
fin de poder finalmente tener un poco de paz relacionado a -como todos dicen- sus crisis mentales.

Pero cuando Natalie llega a su primer día de trabajo en la Editorial, las cosas cambiarán.

Porque Oliver no sabe todo lo que ella hará por él, y además, lo que él hará por ella.

Ambos se embarcarán en una hermosa, pero a veces dolorosa historia que los irá uniendo de a poco. Y deberán sortear muchos obstáculos, incluyendo el más difícil, el propio.

Y por último...pueden ir leyendo lo nuevo que estoy subiendo a facebook y Wattpad.



Jackson Miller es un joven agente de policía que lucha por conseguir justicia para su hermana Pandora, quien fue violada hace tres años. Él ha estado tantas veces a punto de conseguirlo que se ha olvidado que su hermana solo quiere olvidar y seguir.

Sin padres presentes, Jackson intenta ser día a día un ejemplo para su hermana. Sin embargo, el joven tiene sus defectos: es un imán para las fiestas y las mujeres porque, claro ¡Jax es para muchas la combinación perfecta de chico malo y chico bueno! El policía que aparece en cuanto algo malo te sucede, ¿quién podría resistirse a eso?

Evangeline no es precisamente bonita, aunque tampoco es fea. Vecina de Jackson desde que tiene memoria, vive con su

hermano Ethan, un chico divertido y sagaz, su madre y Otelo (su gato negro). Fanática de los clásicos de la literatura inglesa, está a punto de entrar a Cambridge. Pero Eva no cuenta con todo lo que la vida le tiene planeado para los próximos seis meses. Nunca imaginó todo lo que experimentará: amor, odio, miedo, decepción, dolor y libertad. Porque cuando tienes sentimientos por quien crees que no debes, todo se vuelve un caos.

Sin embargo, sus caminos, tan paralelos hasta ahora, se chocarán con algo que nunca debió haber sucedido; y ahora Jackson deberá elegir si sigue a su corazón o a la ley.

No obstante, ambos deberán recordar una regla muy importante: no llorar.

[Link de Wattpad:](http://www.wattpad.com/story/17095961-recuerda-no-llorar) <http://www.wattpad.com/story/17095961-recuerda-no-llorar>

[Link de Facebook:](https://www.facebook.com/recordanollorarib) <https://www.facebook.com/recordanollorarib>

Todas mis obras son registradas en Safe Creative y luego pasan a depósito del Ministerio de justicia y seguridad de la Republica Argentina.